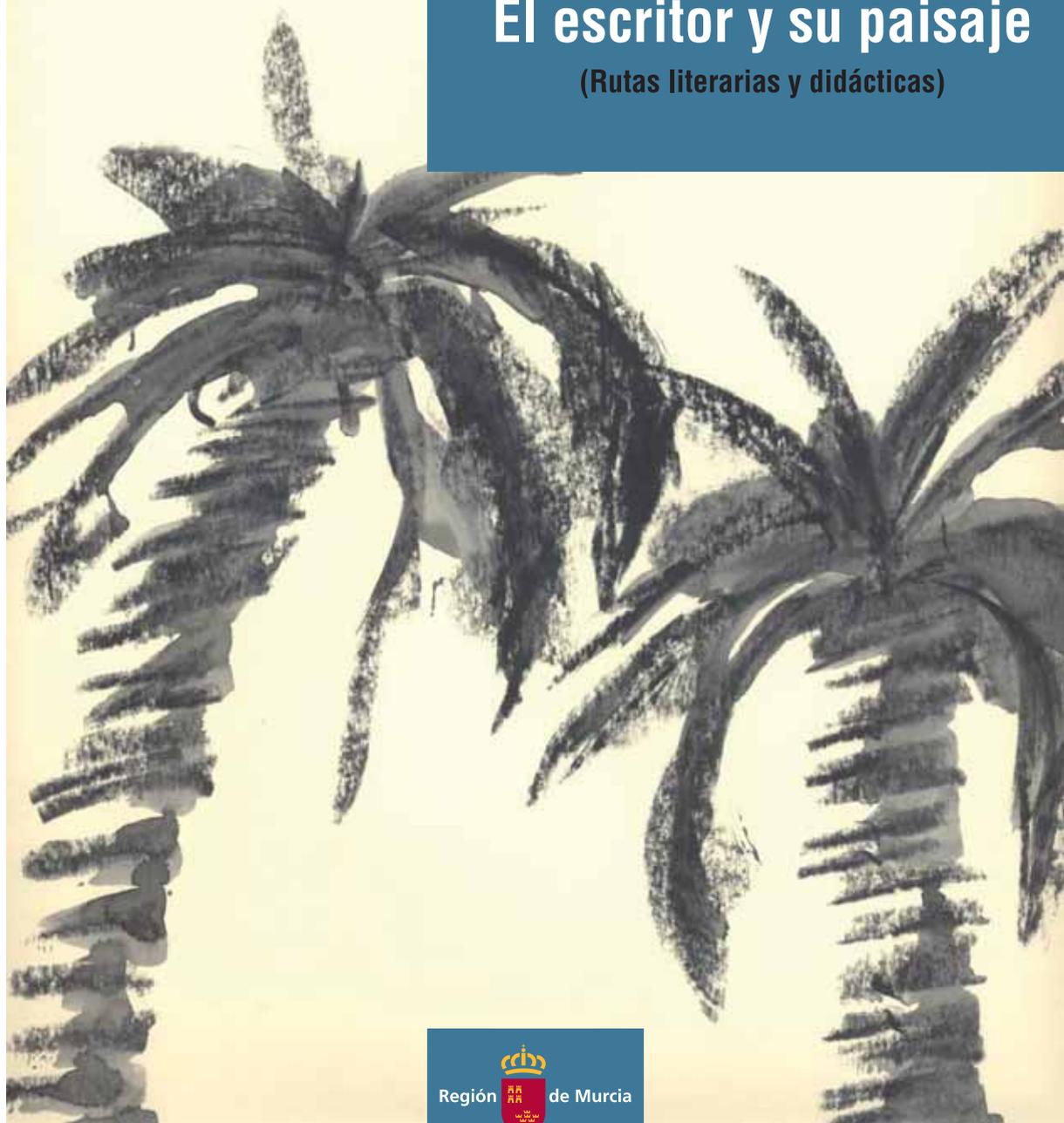




José Luis Martínez Valero

El escritor y su paisaje

(Rutas literarias y didácticas)



EL ESCRITOR Y SU PAISAJE
(Rutas literarias y didácticas)

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

EL ESCRITOR Y SU PAISAJE

(Rutas literarias y didácticas)



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General

© Consejería de Educación, Formación y Empleo. Secretaría General
Servicio de Publicaciones y Estadística

© del texto: el autor

Dibujo de portada: el autor

ISBN: 978-84-692-3043-5

Depósito Legal: MU-2.279-2009

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Tipografía San Francisco, S.A.
tsf@ono.com

*A Caty, con quien he compartido estos caminos.
A Cati y Berta que nos acompañan siempre.*

HE VIVIDO

*Quando vuelva,
si es verdad que volvemos,
quisiera recordar estas cosas:
una hora de la tarde,
algún camino polvoriento,
pájaros en vuelo,
el agua y su reflejo.
Porque estuve aquí
en el fondo de un mar tranquilo,
surcado por peces
tan fríos como el olvido.*

PRÓLOGO

El hombre habita la invisibilidad. Hacer ver, mostrar a otro, es la función primordial del profesor. No es tarea fácil, porque, para no perdernos en ese camino, es necesario que antes lo hayamos recorrido, y para ello se precisan horas de estudio, reflexión y diálogo.

En estos textos he tratado de presentar información y emoción. A menudo, me he servido del diálogo, la ficción, la descripción de lugares o momentos que, si no existieron, pudieron haber sido.

No es mi propósito hacer que el lector, posible alumno, responda como en examen de todo lo que se le ha presentado, por el contrario, sólo es mi deseo despertar su curiosidad por el mundo que le rodea, la ciudad en la que vive, el nombre de sus calles, las plazas, los libros de sus escritores.

La ciudad es la memoria de los hombres que han vivido en ella, pero, como memoria, es borrosa, es decir, propicia a las confusiones, de ahí que convenga interpretar el paisaje que habitamos. Y, para ello, he utilizado los textos que la tienen como tema, de ahí nace este proyecto. A veces he reunido en un día, los acontecimientos de muchos, esa condensación creo que permite dar con la intensidad que resulta de la lectura. Ha sido mi intención poner voz a los lugares mudos, otra cosa es que lo haya logrado.

En todos aparecen siempre las tierras de Murcia. Vemos a Jorge Guillén recién llegado a un poblachón de los años veinte, que se reúne con los representantes de la

mejor cultura. Recorremos el valle de Ricote orientados por **Aires Murcianos**, y cómo no, **Cansera**, para dar con la tierra y con los hombres de su tiempo. Con Miguel Espinosa pasamos uno de esos días plenos, rotundos. El tiempo y el espacio nos sirven para aproximarnos a la figura de Francisco Sánchez Bautista. Las reflexiones de San Juan de la Cruz corresponden a Caravaca. En el boletín de la Universidad Popular de Cartagena, **Presencia**, late la sed cultural de la República, y nos lleva como ejemplo a ese día de excursión en el que participa Miguel Hernández. Desde La Unión de Asensio Sáez, pasamos a una **Postal de verano** en la que conversamos con Gabriel Miró y su acercamiento al paisaje de Cabo de Palos. Visitamos Lorca a través de la vida y los poemas de Eliodoro Puche. La Cartagena de los cincuenta y primeros sesenta aparece en los versos de Agustín Meseguer. A este mosaico se suman Aurelio por Cieza y José Luis Castillo Puche por Yecla.

En la historia de la educación conviene recordar a los jesuitas, San Francisco de Borja, obra de Bussy, es su testimonio. Y como la correspondencia busca hoy otro soporte, me parece oportuno dejar una muestra de su existencia. También, me aproximo a la poesía y sus circunstancias, así como al mundo de la interpretación con **Tres actores y un escenario**. Finalmente, propongo algunas cosas que tienen que ver con la Enseñanza.

Acompaño cada texto de unas notas, con indicaciones mínimas destinadas a su utilización, no he pretendido ser exhaustivo, es el profesor quien conoce a sus alumnos y, por tanto, quien ha de seleccionar los textos y quien ha de formular las cuestiones que en cada momento estime sean las más oportunas.



Palacio del Marqués de Ordoño, calle baritono Marcos Redondo

LOS OJOS NO VEN, SABEN

(Primer día de Jorge Guillén en Murcia)

Los ojos no ven, saben que este señor alto, delgado, elegante, europeo en su porte, con gafas de miope, que ahora, tras cerrar la puerta de la habitación, deja la cartera de mano sobre la mesa, es Jorge Guillén.

Acaba de ganar por oposición la plaza de Lengua y Literatura españolas de reciente Universidad de Murcia, su contrincante ha sido don Ángel Valbuena, de quien es muy posible que muchos de ustedes recuerden aún su paso lento y una mirada persiguiendo aleros contra el azul del cielo.

Don Jorge ha viajado asomado a la ventanilla del tren y apenas se ha apartado para encender un cigarrillo desde que ha visto los primeros naranjos, los primeros limoneros. La máquina ha ido avanzando hasta alcanzar con el debido retraso la estación. Ha visto amanecer en La Mancha un día transparente y frío del mes de febrero, una luz pálida ha ido descubriendo el horizonte cada vez más lejano hasta convertirlo en el sueño de un loco.

–Miren, ¡el río!–, ha dicho alguien en el departamento, y todos han visto una cinta verde, cercada por árboles y cañas que oscilan. Aunque nada se oye, parece que les llegara el rumor de su curso, oscuro y lento, confundido con la marcha cansina del ferrocarril, ahí va, ahí va, hacia la mar.

En la estación, inquieto, aguarda Juan Guerrero, ayer un telegrama le advirtió de la llegada. Ha dejado su despacho del Ayuntamiento y ha dicho a su secretario que

volverá más tarde. Entre tanto, pasea al sol. El abrigo comienza a ser molesto y se ajusta el sombrero. De Jorge aún no posee otro autógrafo que sus cartas, se sabe que es poeta como del que conduce la máquina se dice que es maquinista, con esa misma naturalidad ambos se hallan en el mundo, con esa misma claridad suceden sus destinos.

Juan Guerrero teme que no encuentre de su gusto este poblachón, que el polvo y el color local procuren una atmósfera excesivamente costumbrista y produzcan en el viajero el deseo de huir cuanto antes.

Jorge que es un buen mozo vallisoletano, cuando entra en el Hotel Victoria, recuerda la Residencia de Estudiantes, piensa que puede deberse a estar solo, luego comprobará que es el mismo ladrillo, quizá las cañas del río con sabor a adelfas, esa atmósfera sureña que el que se cansara de su nombre quiso trasladar a la Colina de los Chopos.

El viajero arroja abrigo y sombrero sobre la cama y se dirige a uno de los balcones de la habitación, porque hay dos, desde este se ve la torre de la Catedral y el otro, que da al río, deja adivinar el Malecón. Él aún no reconoce y aguarda, los minutos son prólogo, sólo sabe que no hay prisa y lo descubre en la gente que cruza el puente, un tranvía lento, que gira al pie de su habitación, lo atestigua.

Juan Guerrero pasará a recogerlo una vez que haya descansado. Los dos amigos se han visto en la estación y han cruzado las informaciones oportunas sobre familia y amigos. Pedro Salinas, excelente, él ha sido quien ha recordado los jardines murcianos; de Juan Ramón que trabaja incansable; Ginesa y los niños muy bien, así Germaine y los suyos. Seguro que le gustará esta luz, el color, esa palmera.

—Ah, pero, ¿no sabe usted?, Murcia, huele.

El otro ha sonreído.

—Naturalmente, ha proseguido, también tenemos nuestros putrefectos, aunque no es el momento de esas pequeñeces.

El viajero, continua su sonrisa, ajeno a la charla del amigo, piensa que las cosas son más pequeñas y el cielo más bajo; que hay rincones hermosos. Todo ello lo descubre ahí, mientras esperan el equipaje, justo ahora, cuando ve al mozo que cargado se acerca para indicar que todo está bien.

Cuando salen de la estación, cree hallarse en una tierra lejana, el color de las casas, amarillo, rojo, naranja, intensificado por la luz limpia de febrero, convierte el momento en irreal. Esta claridad, distancia y aproxima al mismo tiempo, como si se

tratase de una frontera sin límites definidos, aquí el poema está en el aire, y en aire se respira ya la primavera.

– Tomemos una galera para ir al hotel.

Guerrero ha indicado los lugares sobresalientes del corto trayecto. Las ruedas mansamente se han ido deslizando sobre los adoquines del pavimento, entre tanto la voz del cochero que ordena al caballo ha silenciado a los amigos.

– Este es su hotel.

Y todo ha transcurrido sin molestias para el viajero.

¿Dónde estaba la Universidad? Sí, junto a la iglesia del Carmen. Un edificio minúsculo, antes escuela. Bien, no está mal, volvemos a empezar, principio de la sabiduría. Muy agradable, junto a la huerta, frente al jardín de Floridablanca, ¡ilustración tenemos, mon Dieu!, en provincias.

Tras el cristal la luz, y en la luz ese café, tras la persianas rostros que indagan la vida que pasa. Si Germaine estuviera aquí seguro que se entusiasmaba con este río color café con leche. Y, por qué no bajar, estar en la calle y ser sorprendido por la realidad, mi mentor urbano no llegará hasta las cuatro.

Calles estrechas, luz y sombra, huele a gato, a humedad. De las carbonerías salen los negros. Calle, *calles me conducen, ¿adónde me llevarán?* En efecto, le traen a esta plaza, atravesemos el arco, cómo se llama, no importa, se abre, se extiende, estos árboles son contemporáneos de Bécquer, palabras que fueron un tiempo *suspiros y risas, colores y notas*, Plaza de Santa Isabel, poco después otra plaza y otra, atmósfera de plaza que aplaza la vida, también que aplasta, puede ser, pero no va conmigo esa plaza. Mi plaza está como ésta, tumbada al sol y los ojos abiertos, respirando luz.

– ¿Qué diría Federico de estas hornacinas con santos y flores?

Estás en el Sur. Al sol y en la calle, entre ventanas, entre balcones. Una voz femenina se alza y cruza la calle con este momento doméstico, íntimo:

– ¡Fuensanta! ¡Fuensantica!, mira este condenado gato lo que ha hecho con el geranio, es que lo voy a matar, ¡Fuensanta!, ¿no me oyes?

Claro que no la oye, esta arriba, en el terrado, con las palomas, y con alguien de enfrente que la mira, casi como miran desde las hornacinas los santos de escayola.

Guerrero y Garay han llegado al hotel, y han dicho:

– Sin duda, lo primero que ha de conocer usted es el Malecón.

Poco después han desaparecido las calles, y ha sucedido el silencio como una invitación al diálogo.

– Lo distante y lo imposible tienen color azul, abracemos la realidad, repite Jorge, –en tanto que Guerrero y Garay asienten–, esa debería ser nuestra divisa. Tendríamos que grabarla en la cédula personal, no soñemos imposibles, ya sea gloria pasada, ya sea algo irrealizable.

– En efecto,– musita, tímido, Garay–. Sobre todo en una tarde como esta, con un paisaje entre jardín y trabajo, como se da aquí.

El Malecón fue un dique contra las avenidas que, hoy, se ha convertido en un hermoso paseo elevado, desde el que se domina la huerta. La huerta es un laberinto secreto, sólo conocido por el huertano, de ahí que el ciudadano se vea doblemente compensado cuando recorre este escaso tercio de legua.

– Verá usted, no pretendo imponer a nadie esta actitud, lo que deseo es que todos puedan gozar un poco más, que no se sientan tan importantes conciencias de todos, porque corremos el peligro de olvidar que somos, ante todo, hombres de un tiempo, quiero decir, limitados. Observen ustedes que lo que olvidamos a menudo es la perspectiva y, sobre esta, ya ha dicho cosas definitivas Ortega.

– Nuestra Semana Santa es importante,–ha terciado Guerrero–, y lo es porque se ve, porque sale a las calles y conmueve a las gentes. Para un pintor no debería haber otra cosa que presencia, *los ojos no ven*, ha dicho usted, los ojos saben, esto es, inventan, con una mirada orteguiana.

Entretanto, el recién llegado, no sale de su asombro, goza con la luz y con el aire, la belleza es natural. Le indican, ahí, el Botánico, aquí el huerto de los Cipreses, mientras continúan su paseo. Al poco han llegado a unas casitas muy humildes, que marcan el límite de la ciudad, no tienen tejas, la cubierta es de una tierra violeta impermeable. Pasados muchos años, cuando vuelva del exilio Ramón Gaya, estas casas serán objeto de uno de sus primeros paisajes, quizá en recuerdo de aquellas tardes.

Más allá todo es huerta y huertos. La palmera se alza agilísima entre naranjos, olivos, granados o moreras, príncipe de la naturaleza la llamó Humboldt, unas veces perfectamente vertical, otras con ligera inclinación, parecen sujetas a la tierra por la cadena de su tronco, siempre iniciando una fuga.

– Vean ese huertano que se inclina sobre la tierra, con los pantalones arremangados, con que exactitud traza los surcos, tan perfecto como la abeja elabora sus celdillas. ¿Quién lo guía? ¿Cuál ha sido su escuela?, sólo la luz que le penetra, luz y sombra, geometría interior que sucede en él de modo natural. Aquí el agricultor es cubista, sin saberlo; aquí esculpe su bancal, a la intemperie, como el artista trabaja en el estudio. Estos hombres del Sur son aristócratas de intemperie, como le he oído decir a Juan Ramón.

– Cuando algo se lleva dentro, –comenta la voz serena de Guerrero–, la realidad se transmuta en sagrada, tal como ocurre en Gabriel Miró y, no importa si el labriego es un monje o una bella moza, porque los ojos inventan lo que ven, porque van guiados por la fe.

– ¡Pero quedan los nombres!, –ha exclamado Guillén–, que vendrán a ser los perfiles nítidos del mundo, la matemática perfecta y sin espejos de feria, que hay que hallar. Así cuando el artista da una pincelada o encuentra una palabra, éstas recuperan el origen y, el mundo, pierde su mudez.

– ¿Han pensado, ustedes, alguna vez que todo lo que vemos pudiera quedar destruido? Si este paisaje, Dios no lo quiera, por efecto de un cataclismo, una guerra, por ejemplo, o una reforma urbanística, como quien dice, de la noche a la mañana, en unos años fuera otro, ¿qué sería de nosotros? Me veo en un sillón, aterido de frío, pese a que me cubre un abrigo, con la mirada hacia dentro, buscando nombres.

– Querido Luis, no es hora de tristezas.

Cuando vuelven, la sensación de valle se agudiza. Las montañas, verde oscuro o violeta, parecen pesar sobre los paseantes. Y el Malecón, antes airoso velero, semeja ahora, un bote tan cargado, que el agua alcanza la borda, luego al entrar en un nuevo meandro, recupera su calma de estanque.

– Lo siento, no quisiera apenar a nuestro amigo.

– En absoluto, usted no me ha importunado, por el contrario, su opinión confirma aun más lo que vengo diciendo desde el principio. Se trata de aprovechar el instante, un *carpe diem*, humilde y definitivo, que asuma todo lo que existe. ¡Quedan los nombres!, no busquemos en el arte aquello que conmueve a los otros y arranca el aplauso, busquemos el arte nuevo, desinteresado, irónico. No se es por comparación, nuestro único deseo debe ser acercarnos a lo propio al máximo, de ahí nuestra tranquilidad en el presente y ante el futuro.

– A ese estado que, usted, declara, he pretendido acercarme con un cuadro que llamo **Hall huertano**, donde el título, impresionado sobre la tela, contrasta con un escenario francamente costumbrista. La ironía resulta del contraste entre este término de urbe moderna y el casticismo localista que el espectador contempla.

A medida que habla, su figura afilada de místico murciano, parece que se eleva, pierde la timidez inicial y prosigue:

– En este tiempo pienso en un retrato que sé que haré algún día, porque me lo ha pedido, Carlos Ruiz-Funes. Creo que usted acaba de darme la clave, pintaré lo que quiero ver: un hombre de ciudad, sin mancha de localismo alguno, su mirada baña de inteligencia el mundo. De aspecto entre refinado y deportivo que lo convierte en un personaje de película americana. Se trata de un rostro que podríamos descubrir en Madrid, Londres, Nueva York o París. Tiene un libro en la mano, Disraeli, del que interrumpida su lectura, medita. Aparece en un confortable interior, marcado por elementos culturales, cuadros, libros; sobre la mesa se advierten útiles de escribir. Ningún gesto destemplado indica que el personaje rechace cosa alguna.

– A este propósito, quisiera recordar algo que suele repetir Salinas, acostumbra a decir que el mundo de hoy es un fabuloso despliegue de mitos realizado, y agrega, cuando vemos a una muchacha sacar de su bolso un menudo encendedor y lograr en un instante por una breve impresión del dedo, la llama deseada, no podemos menos de recordar a Prometeo y su exasperada lucha por la posesión del fuego; entiendo que en poesía esto puede traducirse de manera que, no hay cosa sino poemas. Dicho de otro modo, un cuadro, un poema son algo que está ahí, y que sólo el artista puede resolverse en forma. La forma, no lo olviden, se nos vuelve salvavidas. Y, usted, tiene ya la forma, el cuadro está ya ahí, adelante.

– Un hermoso cuadro que espero disfrutemos todos.

Los amigos hubieran permanecido muchas horas, pero han decidido volver. A lo lejos la torre de la Catedral, espiga madura, se levanta sobre un campo de tejados amarillos .

Destellos naranjas reverberan con la luz del poniente en ventanas y balcones. En la lejanía suena alguna campana, la hora es solemne, un temblor lírico recorre a los tres amigos.

– *¡Cima de la delicia!*, –ha exclamado Guillén–, al llegar al plano de San Francisco.

Un carro, que parte del molino que hay junto al río, los devuelve a la realidad, el carretero está completamente rojo, a ninguno le extraña. El recién llegado no necesita explicación, qué más da, rojo de pimentón o rojo por la luz de la tarde.

Sin apenas transición ha entrado la noche, y los amigos incansables continúan. Han llegado a la Trapería y se han reunido en el café Oriental, café con mesas de mármol. Ahora son más, Flores quiere saber de Proust, que Guillén le acerque de primera mano las novedades de París, los amplios bulevares, como grita la música negra.

En el centro se alza una tarima desde la que piano, violín y contrabajo, alegran la velada. Es agradable, se dice el profesor. Aquí el hombre siente la curiosidad en la piel, creo que me esperan días de gozo en esta tierra que creí callejón sin salida, lugar de paso. Otra vez la idea del Sur, la cultura mediterránea, donde pese a la historia, parece que ésta no existe, como la ola que continuamente se renueva. Estos hombres son presente, tiempo que fluye, y no piedra, losa en cuya inscripción puede leerse *Aquí yace*, aquí, nada yace, todo está en el aire. La realidad los inventa, la luz no es sólo una manera de ver, es el objeto mismo que ves.

Ha llegado Ballester disculpándose por su retraso, y les invita a un paseo con luna llena. La Trapería está desierta y el gigante de la torre parece velar su sueño. En la plaza de Belluga hay que buscar la perspectiva oportuna y cuando se alcanza, se descubren dos lunas, la de verdad una, otra la del reloj. Alguien dice:

– La catedral entre dos lunas: un abanico.

Todos gritan: ¡Ultraísta! Y más:

– ¡Viva Góngora!

Todos corean: ¡Vivaaa!

Espantados los gatos huyen.

Luego se internan por calles muy estrechas y Guillén tiene la sensación de que viaja en un tiovivo. Le parece que no se ha trasladado, aunque ha estado en constante movimiento. De repente, Juan Guerrero, ha detenido la comitiva, están en la calle Capuchinas, prolongación de Santa Teresa, junto al Portillo de San Antonio, y ha dicho solemne:

– En este mismo lugar, hace sesenta años vivió el insigne profesor de la Universidad de Murcia, don Jorge Guillén, poeta, que hoy nos honra con su visita,

nacido en 1893, como alguno de nosotros, ha iluminado el siglo XX. Este, que fue Palacio del Marqués de Ordoño, sea, desde hoy, Palacio de la Poesía.

(Cerrados aplausos).

Seguidamente, Ballester, da lectura a un fragmento de la crónica que al día siguiente recogerá tamaño acontecimiento:

<<De nuevo nos ha visitado el querido amigo, el maestro, el poeta, Jorge Guillén. Vivió con nosotros y nunca nos olvidó. Sevilla, Oxford, Canadá y Estados Unidos han sido parte de su trayectoria, hoy, ha querido recordar aquella primera noche, noche inmortal de luna llena, cuando, con muchos años menos, recorríamos estas mismas calles...>>

(Muchos, muchos aplausos, tantos que los vecinos empiezan a pensar que algo pasa).

El mantenedor del acto, Cónsul General de la Poesía, Juan Guerrero Ruiz, cede la palabra al homenajeado, quien con emoción recita estos versos:

*Soy, más, estoy. Respiro.
Lo profundo es el aire.
La realidad me inventa,
Soy su leyenda, ¡Salve!*

(Se arrojan al aire los sombreros, abrazos, aplausos).

Serenados los ánimos, se dirigen a la calle de la Aurora, para anunciar a los cuatro vientos este fantástico encuentro. Y, allí, *humilde eternidad por calle corta*, la reunión comienza a disolverse, justo cuando la humedad de la huerta lanza sus primeras bocanadas y las gotas del rocío, blancas por la luz de la luna, anuncian la aurora.

Guerrero ha querido que conociese el lugar que ha elegido para su residencia en Murcia.

Jorge Guillén, alegre como un muchacho, está cansado, ha conocido a pintores y escritores, lectores de diarios madrileños, de revistas europeas, con actitud abierta, inclinados a las vanguardias, gente alegre y comunicativa de los que espera serán compañía. Esta un poco aturdido y se ha retirado a descansar.

Ahora, en su cuarto, tiene la tentación de hacer balance, de ordenar las ideas, ¿qué ideas?, palmeras, naranjos, río, Guerrero, Ballester, Garay, Flores, Joaquín, Clemente y, ese muchacho, qué nombre tenía, algo como alegre, Gaya. Malecón,

molino, hombre rojo, calles y más calles, Fuensantica, plazas, olores y luz, luz clara, torre amarilla, torre roja, palmeras, cañas, ese puente, tranvía, galeras, y polvo en el aire, en los zapatos, en la luz. Alguien ha hablado de revistas, Guerrero, creo que era un proyecto, y hemos apuntado títulos: **Verso y Prosa**. Será mejor dejarlo para otro día.

Mañana, Jorge Guillén, ordenará, escribirá. Hoy, sus ojos, no ven, apenas han llegado a saber y ya han olvidado. Sus ojos se cierran.

Al día siguiente, dos de febrero de mil novecientos veintiséis, la contraventana, aun cerrada, deja pasar la luz, primero tímida, poco después aguda, como salida de un clarín que lo despierta.

Esta mañana atravesará el puente camino de la Universidad.

Objetivo de este trabajo

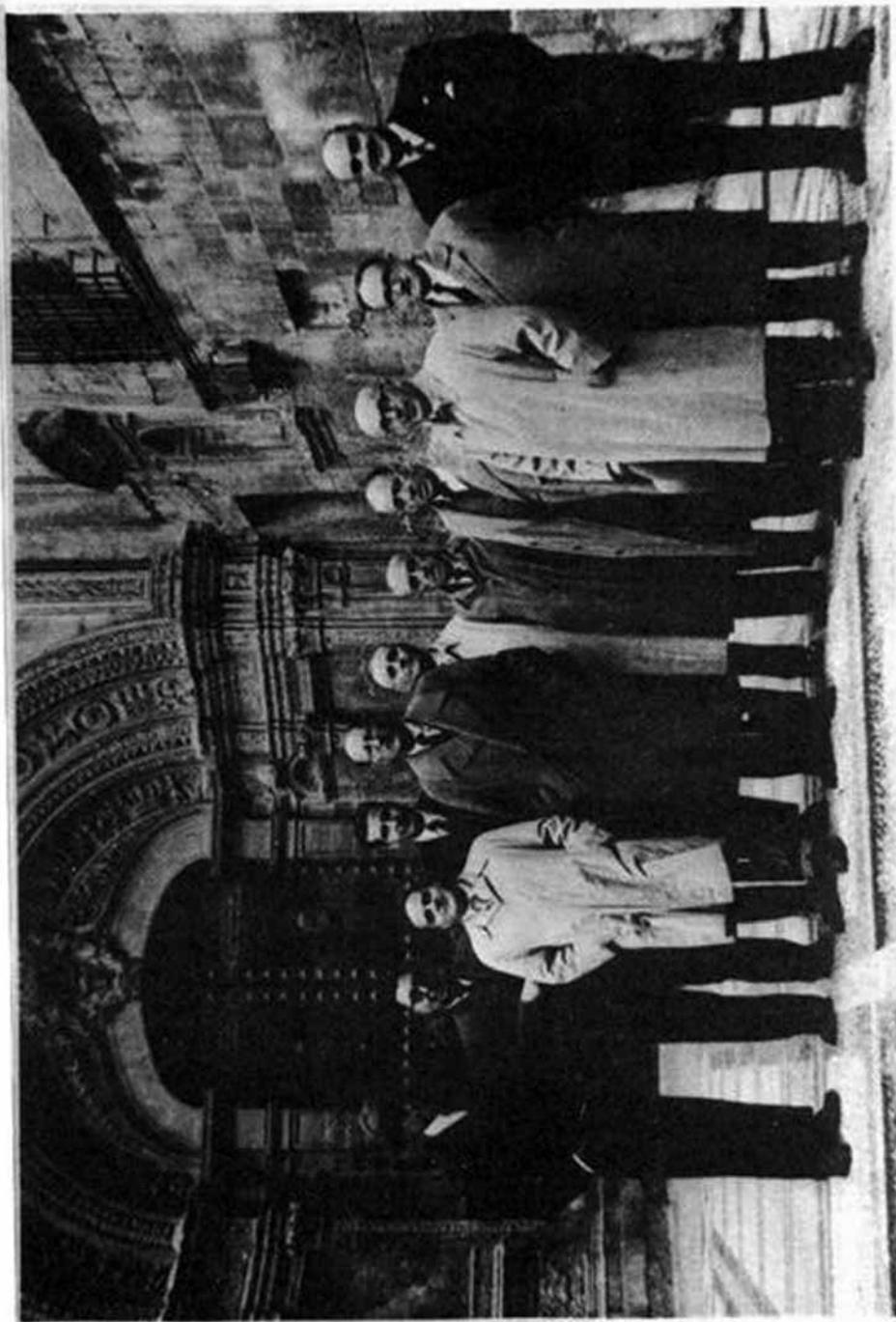
Este primer día de Jorge Guillén en Murcia trata de mostrar el clima intelectual, la amistad, que compartían los hombres del 27. Asimismo la estrecha relación entre escritores y pintores. Los lugares, Café Oriental, plaza de Belluga, pequeñas plazas, arco de la Aurora, calle de Capuchinas, Hotel Victoria, Colegio del Carmen, son reales y pueden ser visitados.

Anotaciones didácticas

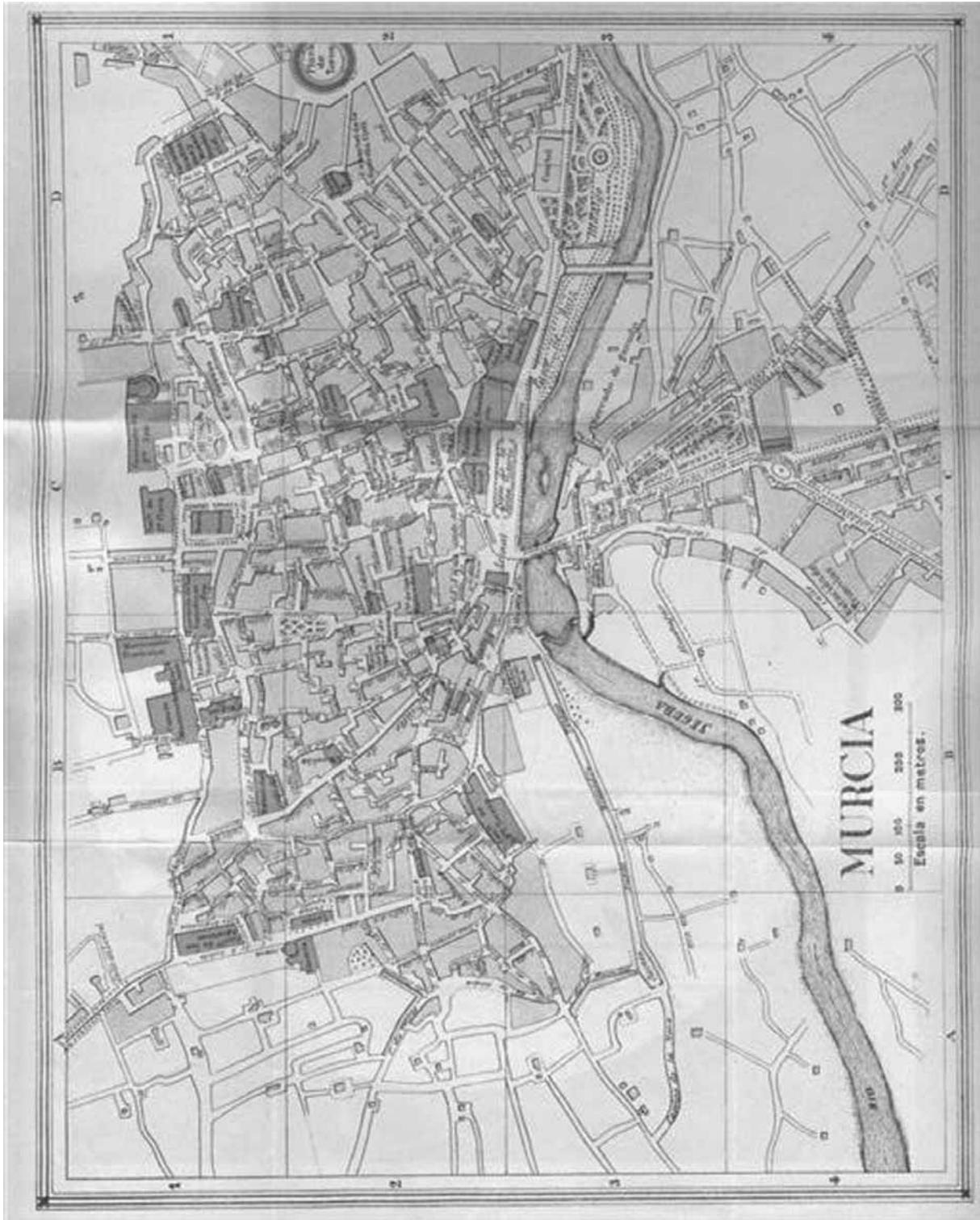
El título corresponde al poema **Beato sillón**, texto que da por finalizado en Murcia, calle Capuchinas. Es una décima que puede resumir muy bien la disposición poética del 27. Otros poemas, citados por este orden: **Plaza mayor**, los **Nombres**, **Cima de la delicia**, **Más allá** y **Calle de la Aurora**.

El profesor puede promover entre sus alumnos una tertulia en donde se representen las figuras que aquí intervienen: Jorge Guillén, Juan Guerrero Ruiz, Garay, Flores, José Ballester... El tema puede ser el comentario de un poema de esos años, un fragmento de Ortega, un cuadro.

Otras actividades de interés: la visita al Museo Gaya y al Museo de la ciudad, en uno encontramos las actividades artísticas y en el otro la ciudad y sus habitantes en esos años. En el Gaya a disposición de los profesores se puede encontrar un DVD, cuyo guión basé en este escrito.



De izquierda a derecha: Luis Garay, Valbuena Prat, Carlos Clavería, Muñoz Cortés, Guillén, Escudero, Alberto Arranz, Sobejano, Aroca, José Ballester y Carlos Ruiz-Funes



Plano de la ciudad de Murcia, 1930

GENERACIÓN DEL 27 EN MURCIA

Desde el comienzo, generación del 27 y Murcia, aparecen unidos en el panorama nacional. ¿Qué pudo ocurrir para que una pequeña provincia del Sur de España, difícilmente clasificable, entre andaluza y valenciana, aunque en su día fue reino, fuera conocida? El tiempo y el espacio algunas veces se conciertan para producir algo hermoso, y lo hacen con nombre de ciudad, así Viena 1900 ha reunido músicos, filósofos, novelistas, pintores y poetas. Berlín, París, Nueva York, Londres, Madrid, nombres que tienen un peso en la cultura de nuestro siglo, tal como Roma y Atenas..., son patrimonio universal.

No creo que Murcia suene en el concierto mundial como estas ciudades, pero al menos una nota de la sinfonía del siglo XX le corresponde. Y ello porque en este lugar y en el tiempo que se conoce por el 27, coinciden unos hombres y unas mujeres dispuestos a ser ellos mismos, a leer y escribir unos, a pintar, esculpir, o hacer música otros, y todos como amigos a trabajar juntos, porque juntos somos más.

¿Cómo era la Murcia de aquellos años? Apenas si ha modificado su aspecto del XIX, donde lo urbano y la huerta tienden a confundirse. Aún cada región tiene un carácter propio. En 1977, se publica por Chys, galería de arte, un homenaje a **Verso y Prosa** con motivo de su cincuenta aniversario, en primera página figura un artículo titulado **Merced 22**, firmado por Ramón Gaya, era la dirección de Juan Guerrero Ruiz, en el que rememora la ciudad que fue, comienza así: *¡Hace cincuenta años! ¡Medio siglo! Murcia era entonces, todavía Murcia, concentradamente Murcia. Cada lugar de España era entonces todavía él y ningún otro, es decir, cada sitio era*

*un sitio único, singular, y no sólo por su carácter y fisonomía diferentes, sino por su... por su solitaria sustancia. España, la invertebrada España, era, pues, entonces, como un tapiz muy rico, y muy apretado de... <<soledades juntas>>. Pero así como ser Córdoba –o ser Toledo, o ser Valencia– era una singularidad mucho más imprecisa, más misteriosa, más secreta, más fina (sí, más fina), más inefable, más indecible, más invisible. Eso, eso tan propio, tan recóndito, tan inexpresable en que consistía su ser, sencillamente Murcia, ser ella y ninguna otra ciudad o cosa, la verdad es que... no ha desaparecido, o no ha desaparecido del todo, pero cada día va siendo más difícil de percibir. Yo lo percibo aún, y cuando voy a Murcia voy a eso: a percibirlo, a sentirlo, aunque por otra parte, ignore en absoluto lo que pueda exactamente ser. Se trata de una ciudad interior, la realidad se hace invisible, no obstante bastaría con asomarnos a un plano de esa época, aún no se han abierto esas Vías que presumirán de grandes, el arco de la Aurora da a la huerta, y Torre de Romo es mitad calle, mitad huerta. Por lo años veinte llegan a Murcia Jan y Cora Gordon, pintores y viajeros ingleses. He aquí alguna de sus impresiones que pertenecen al libro **La gente sencilla de España**:*

Hacia un día despejado y sin viento y en seguida nos dimos cuenta de que Murcia poseía una característica más acusada que ninguna de las otras ciudades españolas que habíamos visitado. Cada casa despedía su propio olor...

Una fila de carros cubiertos, tartanas, esperaban a la sombra de los árboles de una orilla del río. En la otra dos molinos de dos pisos, y tras ellos, la ciudad se abría en una extensión de azoteas, sobresaliendo de vez en cuando las torres de las iglesias. La ciudad estaba rodeada de verdes huertas, que se extendían por todo el valle hasta el pie de las colinas...

La Murcia que he podido contrastar por los recuerdos de mi infancia y las lecturas, era una ciudad de calles estrechas que desembocaban generalmente en pequeñas plazas, de casas con terrazas y palomares, donde continuamente sonaban las campanas, o se oían los pregones, y el transeúnte olía el pan de los hornos; calles donde la gente va de un lado a otros sin prisas y los hombres llevan su mano al sombrero para saludar. Una ciudad de dos puentes, el Nuevo y el de los Peligros siempre lleno de curiosos, atravesado por el tranvía que hace la línea Murcia-Alcantarilla-Espinarido-El Palmar.

Tras el trabajo de cada día, por las tardes, se hacen visitas, o se reúnen en el café, la barbería o la taberna donde tienen la tertulia, conjunto de amigos que opinan sobre el mundo, y tratan de política, arte, religión, y alguna que otra vez de los deportes

que empiezan a aparecer, uno de ellos, el fútbol, conmoverá apasionadamente a las masas y, pronto, desplaza a los toros.

Los cafés están en el Arenal, frente al hotel Victoria, el Sol y el Comercial; en la Trapería se encuentra el Oriental. Una tertulia la forman siempre personas de diferentes profesiones, médicos, abogados, carteros, profesores, pintores, todos comprometidos en divertir las horas, no en matar el tiempo. Todos se conocen, todos hablan, las calles son un lugar tranquilo que atraviesan perezosamente carros, tartanas, más las imprescindibles bicicletas, apenas hay automóviles. Recuérdese que la distancia entre la Trapería y el Arenal es mínima, lo que significa que la vida de la ciudad transcurre en muy pocas calles, y todas a la sombra de la Catedral; aún no se ha producido el desplazamiento secularizador de los setenta, ni la barbarie de los cincuenta-sesenta ha roto la armonía urbana. Murcia es una ciudad del XIX que goza del XX, se lee la prensa, los aparatos de radio son escasos, suena la música en vivo, y en las gramolas, los vanguardistas, escandalizan a los vecinos con el tango y el jazz.

Aunque en aquellas fechas abundaba el sedentario, no escaseaba el paseante que buscaba partir la tarde con un recorrido por los alrededores, la tertulia entonces se volvía peripatética, ni el chandal ni el calzón corto eran vestimenta de andarín. Para éstos no hay lugar mejor que el Malecón.

¿Qué descubren en él? Todos conocéis el Malecón, un muro de defensa contra las avenidas, elevado sobre el terreno, lo que hace que quien allí está, domine un amplio panorama, se ofrece como un corte limpio sobre el verde de la huerta y los huertos y, desde él la vista alcanza más, llega hasta las montañas que circundan el valle, es un lugar privilegiado, porque de modo natural nos ofrece en abstracto el conjunto que forma Murcia: la ciudad dominada por la Torre, la vega y el secano. Siempre los murcianos se han negado a que este paseo se convirtiera en alameda, creo que se trata de un espacio propicio al concepto, y los árboles impedirían ver el bosque; semejante a la manera cubista, lugar desnudo, sin sombra, en fortísimo contraste con el verde laberinto de la Huerta. El que pasea por el Malecón siempre está bañado por la luz, sumergido en el aire. Y ya se verá la importancia de ambos elementos en la poesía del 27.

D. José Ballester, periodista, amigo de pintores y escritores, lo define así en su novela **Otoño en la ciudad**, 1936, la cita es larga, vamos a acompañar a sus personajes:

—Yo entro aquí cada día y respiro siempre una emoción entera, que no se me gasta con el hábito.

—Pues figúrate lo que será la primera vez. A mi me llena de curiosidad la presencia de los recién llegados...

Recuerdo a un muchacho recio y rubio, de aspecto sajón, que juntó las manos sobre el pecho y anduvo un gran rato lentamente, con los ojos muy abiertos, mirando a derecha e izquierda. Tenía unos sacudimientos nerviosos y últimamente cuando se encontró frente al ocaso espléndido de aquella tarde, abrió los brazos y parecía querer abarcar con ellos el panorama. Le seguí hasta que se marchó. Se le conoció que luchaba con la necesidad de irse, porque emprendió unos pasos acelerados, bajando la cabeza, como para sustraerse al sortilegio de lo que le rodeaba. Y al final, con el pie en el primer peldaño, volvió súbitamente y quitándose el sombrero hizo una cortesía larga y se le encendieron los cabellos de sol. Una cortesía de artista de circo o de loco, si no hubiera sido en este lugar. Había mucha gente y todo el mundo lo contempló con respeto.

Conviene saber que no es tanto el lugar donde vivimos, sino cómo nos sentimos viviendo en él. La perspectiva es un componente de la realidad, ahí está la diferencia. Un pequeño número de artistas, conscientes de vivir en una pequeña provincia del Sur, se esforzaron por ser ellos mismos y estar a la altura de los tiempos. Entienden que el espacio no es determinante, y que, la lectura de una revista, de un libro, una audición musical, la contemplación de un cuadro, constituyen un lugar que puede ser habitado.

Se reunían en un estudio de la calle Riquelme, muy cerca de la plaza de las Flores, paralela al callejón de las Mulas; el pintor Garay lo cuenta así:

Planes había regresado del servicio militar y nos propuso la conveniencia de montar un estudio. Acogimos con entusiasmo la idea y tuvimos la suerte de encontrar un caserón antiguo en la calle de Riquelme. Alquilamos el último piso, una azotea a propósito para estudio de artistas.

Allí coincidían Flores, Garay, Joaquín, Victorio Nicolás, Clemente Cantos, Gaya, Planes, Garrigós, el Paisa. Era un lugar destartado, desprovisto de muebles, con algunos libros, y habitaciones separadas donde todos trabajaban, allí acudían los amigos José Ballester y Juan Guerrero Ruiz con objeto de intercambiar noticias, ver la marcha de los cuadros, los hallazgos paisajísticos, o bien alguien leía y todos escuchaban, de este modo entraban en conocimiento de las últimas publicaciones de Juan Ramón, Miró y toda la nómina del 27.

También lo recuerda José Ballester:

La impresión que nos producía al entrar, el piso de la calle Riquelme, con aquellos aposentos vacíos en los cuales resonaban las voces juveniles del grupo de pintores y escultores que allí habían plantado un estudio colectivo, era de frialdad inhóspita. En una parte de él, sin embargo, que era el cogollo de nuestros coloquios, de nuestras lecturas, del trabajo de ellos, había calor y ambiente y espíritu.

Esta plácida ciudad del XIX ha entrado en el XX, y lo ha hecho de la mano de esos pocos jóvenes que nacidos alrededor de la última década pretenden estar al día. Quizá todo empezó cuando Juan Guerrero Ruiz, decide presentarse ante el poeta Juan Ramón Jiménez, de ahí nace una amistad que durará toda su vida y sobre todo se establece una relación que va a ser tan importante para la historia de la sensibilidad de Murcia.

El relato de estas afinidades aparece en **Juan Ramón de viva voz**, donde asistimos al proceso literario del XX. Si a ello sumamos que Guerrero tiene la capacidad de unir a todos los que escriben y trasladar a sus amigos lo que lee, conformaremos la imagen de este murciano universal, a quien García Lorca nombró Cónsul General de la Poesía.

Todos estaban vinculados a la Real Sociedad Económica del País, que aún sobrevive lánguidamente en la calle de su nombre, y que con raíces del XVIII ha conservado la fe en el hombre.

Apenas se ha abierto en Cartagena una escuela graduada, 1903, que transformará la concepción de la enseñanza, cuando en Murcia se levantan cuatro grupos escolares: García Alix, Codornú, Andrés Baquero y El Carmen.

Justo será en este último colegio, el del Carmen, donde se instale nuestra pequeña Universidad, curso 1915-1916.

En 1918 se otorga validez oficial a los estudios de música cursados en el Conservatorio, instalado en las graduadas de Santo Domingo. Estos centros más el Instituto de Segunda Enseñanza, junto al río, una Escuela Normal y la Escuela de Comercio, conforman el panorama académico oficial. Por otra parte, hemos de agregar el Seminario, para una diócesis más amplia que la actual, pues comprendía Murcia y Albacete, amén de la enseñanza privada impartida por los hermanos Maristas en los locales de la Merced.

Los diarios **La Verdad** y **El Liberal** informan sobre la región y pueden servir de orientación al recién llegado. **La Verdad** con su **Página literaria**, o con el **Suplemento** irá poniendo al día a los murcianos de lo que se escribe en el mundo.

Por tratarse de un acontecimiento afortunado, voy a centrarme en la presencia del poeta y profesor Jorge Guillén. Llega a Murcia el 1 de febrero de 1926, cuando acaba de ganar por concurso oposición la cátedra de Lengua y Literatura de la Universidad. Se instala por unos días en el Hotel Victoria y más adelante vivirá con su familia en la calle Capuchinas, hoy barítono Marcos Redondo, palacio de Marqués de Ordoño, donde encontramos una placa en bronce que lo recuerda.

Este joven catedrático ha nacido en Valladolid, 1893, el padre, empresario, acepta la vocación del hijo; de la madre será suficiente con que leamos la dedicatoria inicial de **Cántico**, su primer libro:

A mi madre en su cielo. A ella, que mi ser, mi vivir y mi lenguaje me regaló. El lenguaje que dice ahora con que voluntad placentera consiento en mi vivir, con que fidelidad de criatura humildemente acorde me siento ser, a ella, que afirmándome ya en amor y admiración descubrió mi destino, invocan las palabras de este Cántico. Si recorremos una a una estas palabras nos encontramos con toda su poesía, que se resume en afirmación, en existencialismo jubiloso.

Tras estudiar en Valladolid y Suiza, pasa a la Universidad de Madrid, donde vive en la Residencia de Estudiantes, lugar mágico que comparte con Juan Ramón y, en el que más tarde, coincidirán García Lorca, Buñuel, Dalí, Prados, entre otros; después Granada y por último Francia, como lector de Literatura castellana en la Sorbona, donde sustituye a Pedro Salina, con el que forma pareja en la generación, amistad esencial, encuentro entre dos personas que aspiran a ser; veamos la dedicatoria final del mismo libro, **Cántico**:

Para mi amigo Pedro Salinas, amigo perfecto, que entre tantas vicisitudes, durante muchos años, ha querido y sabido iluminar con su atención la marcha de esta obra, siempre en rumbo a ese lector posible que será amigo nuestro: hombre como nosotros ávido de compartir la vida como fuente. De consumir la plenitud del ser en la fiel plenitud de las palabras. Fin de este cántico.

Después de Murcia, será Oxford, Sevilla hasta 1938, y luego Canadá y Estados Unidos...Ocurre que para Europa y el mundo vienen tiempos difíciles, de los que la Guerra española no ha sido más que el prólogo. Cuando vuelve a España en los setenta fija su residencia en Málaga.

Tratemos de ordenar las impresiones que recibe, recién llegado a Murcia. Está casado, su mujer es una parisina de origen judío: Germaine Cahen, que deslumbrará a los murcianos por su elegancia y naturalidad, el matrimonio tiene dos hijos: Claudio y Teresa.

¿Cuál es su aspecto? Es alto, muy alto, como si hubiese crecido espontáneamente –dice Vicente Aleixandre– habla con distinción, como excusándose, sonriendo con limpieza, poniendo aquí y allá la palabra nítida, señalando con la mano, idealmente un cauce fresco donde restablecer un sonido real.

El poeta aún no ha publicado su primer libro de versos, sin embargo ya es conocido como miembro del grupo del 27. Fundará en Murcia, junto con Juan Guerrero Ruiz la revista **Verso y Prosa**. En su primer número Melchor Fernández Almagro lo incluye en su artículo, **Nómina incompleta de la joven literatura**, dice de él: *GUILLÉN, Jorge.– De Valladolid, pasado por el aire más fino de Europa. Material el suyo noble y frío: traslúcido. Por eso se le ve el fuego recóndito y distante en que él prende su selección de afectos. En su alambique de poeta destila poco a poco ese libro de muchos grados que algún día paladaremos todo, décima a décima. O romance a romance.*

Una revista no es un libro, ni tiene sus compromisos, de ahí que posea un tono lúdico, permite más libertad y, sobre todo, mantiene una relación inmediata con el lector. Las revistas fueron fundamentales para esta generación, así **Mediodía** en Sevilla, **Litoral** de Málaga, **Carmen y Lola** en Santander,...

Verso y Prosa, Merced, 22, se convierte en el mejor exponente de la vida cultural de aquellos años, pintores, escultores, críticos y creadores literarios se dan aquí cita. Repasemos el primer número, en la primera página, junto al artículo antes citado, aparece el poema **Guía estival del paraíso** (programa de festejos), dedicado a Salvador Dalí, e **Invierno postal** (fragmento), ambos de Rafael Alberti, ambos en tercetos, con rasgos ultraístas, lo que nos permite conectar con el pulso vanguardista de los años veinte, más la **Nómina incompleta** a la que hemos aludido. En la segunda página: **Molino de razón**, aforismos de José Bergamín; **Romances sin viento** de Emilio Prados, que enlazan con el neopopularismo, tradición y originalidad, uno de los componentes generacionales; **Balada del prisionero**, de José María Quiroga Plá, vanguardista y lorquiano; **Estampa de los siete años**, por Josefina de la Torre, prosa poética. La tercera página está ocupada por José María de Cossío con un artículo ensayístico titulado: **Intelectualismo poético**, que muestra el interés de esta generación por los clásicos. Hay un fragmento narrativo de Juan Chabás: **El amor anclado** y aparecen varios poemas, a saber: **Décima**, de Jorge Guillén; **En el alba** de Vicente Aleixandre, **Calma** por José María Hinojosa y **Poemas** de Antonio Oliver Belmás. La cuarta página, continúa el texto de Chabás y recoge libros y revistas recibidos, o a punto de aparecer, que son fundamentales. **Verso y Prosa**, se interrumpe con el número 12, octubre de 1928, en su última página figuran una carta de

Ramón Gaya, quien a sus dieciocho años muestra una madurez, una capacidad expresiva y una densidad de pensamiento envidiables, más **Istmo** de Carmen Conde, narrativa poética del 27.

Entre tanto, han aparecido en sus páginas, en lo que se refiere a murcianos, textos de Ballester, Andrés Cegarra, Rodríguez Cánovas, Sobejano, más la colaboración gráfica de Bonafé, Pedro Flores, Luis Garay, Ramón Gaya, quienes junto a Salvador Dalí, Cristoban Hall, Esteban Vicente, Gregorio Prieto, Vázquez Díaz, Gutiérrez Solana, Olasategui, Maruja Mallo, Pablo Picasso y Francisco Boreas, conforman una nómina incompleta, pero suficiente para dar cuenta de la interrelación entre pintura y escritura. El estudio de esta revista es imprescindible para abordar el 27.

Pero volvamos al Jorge Guillén recién llegado... Guillén descubre en la luz y en el aire la felicidad atmosférica, y todo porque quiere, porque tiene fe en la vida, en estos términos escribe a su mujer, cuando llega:

Estoy contento. Venía a estarlo. Quería estarlo. Y lo estoy. Hay en ello, mucho de mi propia voluntad. Pero tú sabes qué poco pido yo a la realidad para modelarla a mi gusto. Obsérvese la repetición del verbo estar.

¿Qué le parece la ciudad?

Lo importante es que Murcia me gusta. Ciudad clara de colores calientes, de piedras tostadas, color de cacahuet tostado. Y notas deliciosas de luz; las calles estrechas y sin aceras, las <veredicas del cielo> (Salinas), las tiendas de los artesanos, el esparto, la cuerda. Y ahora en el crepúsculo, una luz maravillosa.

En otro texto ofrece esta visión:

Murcia tiene elementos de Naturaleza y elementos de Historia Urbana que le dan un encanto muy visible: la dulzura del clima, la claridad en el aire y en los muros, muchas iglesias y torres, muchos escudos, y caserones antiguos, en tonos calientes, sepias, ocre, canelas y la gama indefinible del rosa, del rosa al amarillo en esos mismos colores, según las horas. Plazas con hechizo becqueriano, apacibles, silenciosas. Grandes paredes con ladrillos soleados que dan a la ciudad una gran unidad. Hay palmeras, magnolios, grandes árboles, hay jardinillos. Hay un Malecón estupendo, y el campo inmediato y los montes grises y abruptos muy cerca. Y en medio, la torre de la Catedral –que ahora estoy viendo– ornada, graciosa, entre la ligereza y la robustez, y de un color admirable. Y tartanitas, aldeanos. Y cafés, casinos. Y señores en perpetua tertulia. Y la gente afable y acogedora...

De su trabajo como profesor nos queda el testimonio de Isidoro Martín, alumno de Guillén; por él sabemos que su aula con dos ventanas daba al jardín de Floridablanca, que venía siempre andando desde su casa, junto al actual edificio de Hacienda. Veámoslo en su recuerdo:

Traía Guillén a clase una amplia cartera con libros que había de comentarnos y, a diferencia de algún otro profesor explicaba sus lecciones siempre sentado de espaldas a las ventanas del aula. Su exposición era pausada, reposada, pero no lenta y premiosa, fluida y en un tono que no había perdido su dicción a pesar de sus largas estancias en tierras de lengua francesa...

En su docencia practicó un método que resultó extraordinariamente eficaz y formativo. Cuando había tratado con cierta extensión un tema, nos exigía que redactásemos un trabajo para poner a prueba la asimilación de lo que habíamos escuchado y para fomentar los criterios personales...

No hay más poesía, para el poeta Jorge Guillén, que la que ha alcanzado el estado de poema, *la forma se me vuelve salvavidas.*

En la poesía que hace en Murcia abunda la luz y el aire, más el entusiasmo por lo que descubre, lo que después formulará con estos versos: *Soy, más estoy. Respiro./ Lo profundo es el aire./ La realidad me inventa./ Soy su leyenda. ¡Salve!*

El mundo de Guillén podría resumirse en un Sí a la vida, de ahí que descubra maravillas concretas en cualquier realidad. Los objetos lo centran, lo limitan, lo sitúan en su condición de hombre, con eso le basta. Como existencialismo jubiloso ha sido calificada su poesía. Si a ello agregamos que por aquellos años, junto a los textos de Guillén, en la revista de Occidente, aparece la traducción de **La metamorfosis** de Kafka, donde lo cotidiano es mucho y feo, su voz, sin duda es distinta. Claro que esta manera de ser y de vivir es resultado de un querer ser, por tanto, importantísimo, es el amor consciente.

¿Cómo capta Murcia? ¿Cómo la traslada a sus versos? Hemos hablado antes de la ciudad al pie de la Catedral, leamos ahora Panorama, : *El caserío se extiende/ Con el reloj de la torre/ Para que ni el viento enmiende/ Ni la luz del viento borre/ La claridad del sistema/ Que su panorama extrema./ Transeúntes diminutos/ Ciñen su azar a la traza/ Que con sus rectas enlaza/ Las calles con los minutos.*

Su manera es la del pintor que selecciona los elementos esenciales, los colores sustantivos. Condensación y también, inmediatez y reflexión. Relata el poema una

experiencia común: la contemplación de Murcia desde la Torre y, al mismo tiempo, sintetiza el ritmo urbano en abstracción geometría.

El Malecón es terraza, aire y luz, al mismo tiempo resumen de la ciudad y muestra de la naturaleza, todo ofrecido como unidad, de ahí que pueda servir de perspectiva inmejorable para contemplar su poesía, voy a elegir **Cima de la delicia**, texto que rehace en Murcia: *¡Cima de la delicia!/ Todo en el aire es pájaro./ Se cierne lo inmediato/ Resuelto en lejanía./ ¡Hueste de esbeltas fuerzas!/ ¡Qué alacridad de mozo/ En el espacio airoso,/ Hinchido de presencia!/ El mundo tiene cándida/ Profundidad de espejo./ Las más claras distancias/ Sueñan lo verdadero./ ¡Dulzura de los años/ Irreparables!/ Bodas/ Tardías con la historia/ Que desamé a diario!/ ¡Más, todavía más! /Hacia el sol en volandas/ La plenitud se escapa./ ¡Ya sólo sé cantar!*

Refiere aquí las sensaciones gozosas de alguien, que descubre un mundo tan maravilloso, que sólo se puede cantar. Momento de éxtasis terrenal, de exaltación de los sentidos y al mismo tiempo de reflexión. Leamos este fragmento que corresponde a una carta que Guillén escribe a Gabriel Miró:

Estábamos la otra tarde en el Malecón –en ese sublime Malecón, digo casi siempre– y olíamos los alhelíos de un huerto, porque eran muchos y el olor llegaba lejos. Y pasó una señora gruesa de la ciudad y dijo: <¡Huele a procesión de Miércoles Santo!>. Le recordamos a Vd. <¡Si parece Gabriel Miró!>, ya que hasta la voz del transeúnte, en estos días resuena a Oleza.

O bien este otro texto que resume lo que aquí llama felicidad atmosférica, carta dirigida a Federico García Lorca:

Hace un día espléndido. Venimos de un camino entre huertos, he vuelto a casa para escribirte. Cada día me penetra más agudamente lo que yo llamo la felicidad atmosférica: es que nos viene en el aire y en la luz del aire, cuya tranquila respiración, – solamente respiración– calma nuestra inseguridad de vivir. Sólo así estoy seguro de la totalidad de mi existencia: respiro luz.

No podía faltar la tarde, el crepúsculo, he aquí este fragmento del poema en homenaje al pintor Ramón Gaya: *Ya se acortan las tardes, ya el poniente/ Nos descubre los más hermosos cielos./ Maya sobre las apariencias velos/ Pone, dispone, claros a la mente.*

El poeta capta la esencia de la ciudad de esos años: huerta y calle al mismo tiempo, una ciudad que se asomaba al río, riberas que eran afueras y al mismo tiempo

centro, recuérdese que en la margen izquierda estaba el parque Ruiz Hidalgo, del que aún son testigos los eucaliptos que se encuentran junto al puente Nuevo: *Ved. La ciudad disfruta gracias a estas afueras/ Entre puentes: riberas/ Que el sol, de acuerdo con la espiga, dora./ Y yo voy divagando. No hay follaje sin pío./ Se inclinan las moreras con su verdor –intenso-/ Hacia el verde agrisado por las horas/ Flotante sobre el río. / ¡Manso curso! Tan sólo consigue en el descenso/ De unas presas Espuma. / Y yo, galán, sonrío/ –¡Vacación en las playas!– a ese amante de Estío.*

Desde el exilio recuerda la calle de la Aurora: *Así se llama: calle de la Aurora./ Puro el arco en el medio, cal de color azul./ Aurora permanente que se asoma/ –Sobre carro o motín– al barrio aquel del Sur./ Humilde eternidad por calle corta.*

Poema escrito ya en América, y cuya realidad procede de las primeras experiencias que tiene en Murcia, en la frontera con la huerta. He aquí su testimonio:

Vengo de ver una calle preciosa: la calle de la Aurora, con un arco azul al fondo, y en el muro, entre dos aceras, una imagen de la Virgen, y más allá los árboles –ya verdes– y un comienzo de montañas lejanas. Calle que da a la Aurora –cuidado, no al Alba– azul, florida, alegre, pobre, extramuros de la ciudad, pero muy cerca de la calle de Capuchinas donde viviremos.

Si **Verso y Prosa** agrupó a escritores nacionales y locales, conviene recordar que podría deberse al trabajo previo de Andrés Cegarra, quien desde *La Unión* y su **Editorial Levante**, se convierte en el testigo del movimiento literario, al que poco después sucede su hermana María. Por otra parte, *La revista Sudeste, Cuaderno murciano de literatura universal*, 1930-1931, con tres números, continúa esta misma labor, en la que destaca el aumento de los escritores regionales. Y no debemos olvidar que, cuando comienza la República, en Cartagena, Antonio Oliver y Carmen Conde, fundan la **Universidad Popular** que continúa ese mismo espíritu, donde la amistad, el trabajo en común, la alegría del conocimiento, conforman uno de los más hermosos proyectos que hemos heredado.

En 1951 visita Murcia Jorge Guillén, aquí reencuentra a los amigos que han sobrevivido, incluso a su compañero en la oposición a cátedra, el profesor Ángel Valbuena, reunidos otra vez en una fotografía sobre el Puente Viejo que tantas veces cruzara camino de sus clases. Nunca dejó una carta sin contestar y en ellas siempre expresó el grato recuerdo de la ciudad, que fue su primer destino. Las revistas, los diarios siempre han estado atentos a sus declaraciones, **Monteagudo** ha recibido sus

colaboraciones, la revista **Tránsito** debe su título a uno de sus los poemas escritos en Murcia.

Al producirse la diáspora, tras la guerra civil, ya no queda otra vía de unión que la correspondencia, quizá haya sido, el sombrerero Carlos Ruiz-Funes, su mejor representante. A través de las cartas mantendrá su voz en lucha con el silencio, en busca siempre del diálogo y de la amistad.

Bibliografía

- “Cuadernillo homenaje al poeta Jorge Guillén”, Publicaciones de la Sociedad Económica de Amigos del País, Murcia, 1956.
- “Monteagudo, 46-48”, número extraordinario en memoria de Carlos Ruiz-Funes, Universidad de Murcia, 1967.
- “Juan Ramón de viva voz, volumen I (1913-1931)” y Juan Ramón de viva voz, volumen II (1932-1936”, Juan Guerrero Ruiz, prólogo y notas de Manuel Ruiz-Funes, Pre-textos, Valencia, 1998 y 1999.
- “Juan Guerrero Ruiz”, José Antonio Torregrosa Díaz, Academia Alfonso X, Murcia, 1983.
- “Juan Guerrero Ruiz y sus amigos”, Universidad Complutense, Madrid, 1982.
- “Federico en persona”, Jorge Guillén, Emec, Buenos Aires, 1953.
- “Murcia desde lejos”, José Mariano González Vidal, Almodí, Murcia, 1991.
- “Correspondencia 1923-1951”, Pedro Salinas/ Jorge Guillén, Tusquets, Barcelona, 1992.
- “Verso y Prosa, boletín de la joven literatura”, edición de F. Javier Díez de Revenga, Chys, Murcia, 1976.
- “Artistas murcianos 1920-1930”, Chys, Murcia, 1972.
- “La gente sencilla de España”, Jan y Cora Gordón, Universidad de Murcia, 1980.
- “Sudeste, cuaderno murciano de literatura universal”, Academia Alfonso X, Murcia, 1992.
- “Otoño en la ciudad”, José Ballester, Museo Ramón Gaya, Murcia, 1992.

Objetivo de este trabajo

Mostrar el espacio y el tiempo en donde sucede la Murcia del 27.

Como se puede ver no he pretendido ser exhaustivo, de modo que, si se quiere ahondar, basta con que se siga la pista a cualquiera de los nombres que aparecen. En algunos casos tales como: María Cegarra, en principio continuidad de su hermano Andrés, su existencia nos lleva a Miguel Hernández y con éste, a su vez, alcanzamos a Raimundo de los Reyes.

Me he centrado en Jorge Guillén porque sus poemas y su correspondencia, más la colaboración de Juan Guerrero, constituyen un modelo de amistad y de trabajo. Y porque su estancia aquí nos permite enlazar con todo el movimiento del 27.

Anotaciones didácticas

Es conveniente disponer de diferentes planos de la ciudad.

Como se puede fácilmente ver todos están interesados por el espacio en el que viven, de ahí que a menudo la ciudad sea objeto de sus poemas, como consecuencia es recomendable visitar algunos lugares: Arco de la Aurora (contrastar carta y poema con el estado actual), palacio del Marqués de Ordoño donde se encuentra una placa en bronce que recuerda la estancia de Jorge Guillén, Malecón, Colegio del Carmen. Y, por supuesto, el museo Gaya, cuya vida encierra la trayectoria de casi todos los miembros del veintisiete.

Propongo un paseo que comience por el arco de la Aurora, casa de Jorge Guillén, calle Santa Teresa, contrastando la casa Díaz-Cassou con el edificio racionalista de enfrente, calle de San Nicolás, Plano de San Francisco, Puente Nuevo, Jardín de Floridablanca, Colegio del Carmen.

Conjunción de artistas plásticos y la palabra. No es raro que los pintores escriban, caso de Garay o la excepcional capacidad de Ramón Gaya o de Dalí. No es raro que algunos escritores del 27 pinten, García Lorca y Alberti. La relación entre pintura y escritura fertiliza la creación.

Sugiero algunos textos:

Jorge Guillén: Calle de la Aurora, Variaciones, Las afueras, Carlos Ruiz-Funes, Juan Guerrero Ruiz, Ya se acortan las tardes. Presencia de la luz. Panorama. Luz sobre el monte. Alguna de las cartas que aparecen en Federico en persona.

Ramón Gaya: De pintor a pintor, soneto. En prosa, De los huertos. Mas las cartas.

José Ballester, algún fragmento de Otoño en la ciudad.

María Cegarra: Textos de Cristales míos.

Algunos textos de Verso y Prosa y de Sudeste.

Carmen Conde y Antonio Oliver.



Balneario de Archena

RUTA DE VICENTE MEDINA

¿Dónde están aquellas aguas, sus molinos, los mozos y las mozas que se llaman...? Quedan los nombres, palabras que son Vicente Medina, pasos que abren caminos que dan al río, al árbol, al suelo y al aire. No es el parecido lo que buscamos, la línea del horizonte inmediato ha desaparecido, quedan la luz y la tierra, aunque la tierra que pisamos está bajo el asfalto, aún este sitio sigue siendo el mismo lugar que nos une al mundo.

¿Cómo volver sobre sus pasos? Entre brumas permanece la memoria. Los últimos años del siglo XIX están preñados de duros presagios, el hambre obliga a la emigración, cuando no a vivir en la miseria, sujetos a la crueldad de los compradores: *Hoy no tomo sogas, ¡ahorcarse con ellas!* La enfermedad acosa, y la mortandad infantil es terriblemente elevada, la guerra se lleva a los jóvenes, la falta de centros de enseñanza es angustiosa. La vida se reduce a unas pocas expectativas que, generalmente, o se frustran o conducen a la tragedia. De **Patria chica** recogemos este testimonio:

En la necesidad de aprovecharlo todo, los pequeñuelos no van a la escuela porque hay que echarlos de seis años en adelante a los caminos a recoger la basura o a la sierra, por albardín (especie de esparto) y por leña (monte bajo). Debido a esto, la instrucción escasea, la ignorancia cunde. Además, con la prematura excesiva tarea no se hace bien su desarrollo físico y se crían raquíticos y enfermos.

Súmese a lo anterior **Cansera**, el poema que convoca con más fidelidad la época y, a su vez, sin tiempo, presenta al hombre de estas tierras.

En ese clima podemos situar al poeta, de ahí que declare:

Desde entonces quedó definido claramente mi carácter literario. Géneros: la poesía y la dramática. Escuela: la naturalista. Asuntos: la vida actual, sus luchas, sus dolores, sus tristezas. Tendencias: radicales. En mi labor, dos literaturas, al parecer: regional y general; a mi entender una sólo: la popular.

El poeta, que ha nacido en Archena, para sobrevivir encuentra fuera, siempre lejos, su trabajo. Primero Madrid, más tarde Filipinas, luego el viaje frustrado a Argel, que le deja con un pie en el estribo de la emigración, varado en el puerto de Cartagena, y que acabaría cumpliéndose más tarde, con su exilio económico en Argentina. Pero nunca olvida su tierra; el recuerdo como una costumbre, le acompaña siempre:

Cuanto más tiempo transcurre, es más fuerte mi sentimiento de la patria chica de chico.

Recordemos que quizá hubo un tiempo en el que las fronteras no fueron barreras, sino invitación. En ese tiempo, a veces, salvarlas suponía una oportunidad para mejorar la suerte. Algo así debió pensar Vicente Medina cuando en el año 1890 se dirigió a Cartagena con intención de tomar el primer barco que le condujese a Orán:

Pero algunos amigos de aquí me disuadieron de seguir tal aventura, aconsejándome que me quedase en esta ciudad donde me ayudarían para que hallase un destino.

Amigos y compañeros le habrían hablado de la vida en las tierras de la otra costa, muy semejantes a las de su terruño. Huertos, acequias, casas achaparradas, higueras, acebuches, palmitos, esparto, albardín, y el mismo sol, un sol que lame y seca la tierra.

Cartagena era en los noventa una pujante ciudad mediterránea, puerto para el mineral, cosmopolita cruce portuario donde se vive de cara a la modernidad. Una vez que han comenzado a caer las murallas, cerco feudal que impide su desarrollo, surge el Ensanche.

Medina contempla solares y construcciones que dejan adivinar la nueva ciudad. Son carros, andamios, carpinteros, fundidores, forjadores, albañiles. Es el cemento, el hierro, la piedra, el cristal. Se deseca el Almarjal, se alzan chimeneas, comienzan a trazarse calles y paseos, surgen plazas, jardines, huele a nuevo. casa Zapata, casa

Aguirre..., calle Gisbert, calle del Carmen, calle Mayor, ayuntamiento, plaza de los Héroes de Cavite.

Inocencio Medina Vera, su primo, excelente pintor, decoraría el café Moderno, inaugurado en 1903. Las casas no son sólo para vivir, sino para ser vistas y, el que pasa convive en la calle con la belleza modernista.

Sin duda, Vicente Medina, vive en la ciudad más innovadora de la Región. Es aquí, desde donde, amarrado al duro banco de unas oficinas como tenedor de libros, sus sentidos comienzan a filtrar en palabras las sensaciones originarias, las huertas, olores, ruido del agua en las acequias, el río, la palmera, el grito y la pelea. Es en Cartagena donde conocerá al intelectual y periodista **García Vaso**, quien, del mismo modo que Sijé actúa sobre Miguel Hernández, depura y orienta su formación de poeta. Tras concebir **El rento**, que llegará a ser su más conocida obra dramática, decide estudiar el lenguaje que en ella ha empleado, el habla de la huerta:

*Escribiendo algunos romances... El primero de estos fue **La barraca**, y animado por el éxito que alcanzó entre mis amigos, le siguieron **En la cieca**, **La novia del sordao**, **Isabelica la Guapa**, **Carmencica**...Gustaban siempre y me animé. Habían nacido los **Aires muncianos**.*

Desde lejos, en 1908 está ya en Argentina, la palabra, la frase, el coro de voces, se convierten en el paisaje. A través del habla conecta con la tierra y su gente, elementos imprescindibles en la estética del andar y ver, fin de siglo. ¿Qué descubre en el habla?

En el habla dulce de mi tierra , con alegre bullir, como el agua pura de una fuente, fluye el alma sencilla.

A veces, el sentimentalismo, parece conducirnos al interior. Es este un camino engañoso; el sentimiento, añadido a la palabra, cuando es sólo efectismo, nos saca del interior y nos arroja a la exterioridad. Otras, se trata de un sentimiento cívico que pretende adeptos para la causa, una causa universal, como debe ser la del emigrante, quien, a través de lo particular, desde su sagrado lugar, quisiera compartir con los otros esa vía inefable, que se dirige al centro más sensible, y que, una vez allí, conmueve al individuo todo. Depúrense estos dos extremos, lo popular y lo cosmopolita y empezaremos a aproximarnos a Vicente Medina:

¡Qué manera de sonar/ las campana de mi pueblo!.../ Las tocan allá en España/ y en América las sienta!

Cuando se ha nacido a la orilla del agua, sea mar o río, la sensación del mundo es otra, el tiempo que fluye se hace compañía, y así, como la ola, vuelve siendo la misma y siempre distinta. La superficie y su lección nos inclinan a buscar el fondo, allí donde entre sombras permanece la memoria.

En su artículo **La ilusión del agua** evoca el chapoteo de los niños en los charcos, el gusto por los baños en el río que, como un rito pagano, celebran en la Boquera, la acequia de Alguazas..., mientras las mujeres van a lavar a Las Fuentes, y se bañan de noche en las acequias escondidas de los huertos o bajo el puente. Recuerda, Medina, la salida de la escuela en tiempo de calor:

Salíamos corriendo en dirección al río. Había que ir por el Ramel, pasar primero los huertos y luego entrar por los sotos. ¡Qué encanto y qué frescura de sotos! ¡Aquellas orillas del río, bajos arenosos, poblados de cañas verdes, de álamos, de taráis y el suelo tapizado de junza, de grama...

Escribe, una vez que ha decantado sus sensaciones en el tiempo, y nosotros que aún no hemos visto nada, tendremos que echar a andar para leer a Medina en un recuerdo, que quisiera ser común. **Aires murcianos** hay que tomarlo al pie de la letra, por ello, mi consejo es que tras la lectura reposada, cuando pensamiento y sentimiento alcancen el grado oportuno, serenado el ánimo, con algunos versos, casi coplas en la memoria, emprendaremos el viaje. Todo el valle de Ricote se nos ofrece.

El viajero, antes de entrar en Archena, debe entrar en La Algaida y, desde una de sus lomas, tratará de localizar este paraje:

La casa estaba en lo alto, en una de las lomas de La Algaida y, desde la replaceta, la vista de la huerta era un encanto...El pueblo recostado al pie del Lope, el cabezo de mis correrías de muchacho...En medio del pueblo, la Casa Grande sobresaliendo con su torreta azul...A la parte baja del pueblo y a la orilla hacia la huerta, la iglesia con su torre pajiza...Luego los huertos, cuajados de naranjos y limoneros y palmeras, y su laberinto de callejones alrededor del pueblo y de la iglesia...A un lado el puente de hierro sobre el río, y al pie el molinico de Bosques...En el río la Peña Grande y el Baladre, adonde íbamos a nadar los chicos...

Luego, por el puente de hierro hará su entrada en la villa, extremo del valle de Ricote, deténgase en la iglesia, y ande por las callejas, vea la lápida donde se dice que Vicente Medina vino al mundo y siga las instrucciones que marca en **Mi pueblocito**. Continúe a pie hacia el balneario, hasta que entre el monte y el agua, bajo los árboles, descubra que el clima es otro y el tiempo parece detenido. El río reco-

bra su protagonismo, se oye, se huele, la humedad se percibe en el aire. Y entramos en el balneario, aquí de niño jugueteaba Vicente, y leía en el puesto de periódicos y libros que, para entretenimiento de los que toman las aguas, tenía su padre. Acomódese el paso a los que relajados, tras el baño, pasean ensimismados, como recién nacidos por el bautismo del agua.

Otro día sin entrar en el pueblo y dejando a un lado el castillejo palomar, iremos por el camino de Ulea. Vamos por la margen izquierda, la carretera es estrecha, detengámonos en el azud que remansa el río. En la orilla, acacias, baladres, ricinos, cañas, alguna palmera hunde sus ramas en las aguas de la acequia. Por efecto del meandro tenemos al frente el Parque, paraje que en 1892 describía así D. Rodrigo Amador de los Ríos:

Si apeteciendo dar descanso a tu espíritu fatigado, deseas buscar el agradable reposo de la naturaleza,-no vaciles lector; y cruzando el Segura por medio de la barcaza que sirve para aquel destino, ve a la hermosa posesión que en recuerdo de quien la hizo, trocando en placentera y productiva hacienda el erial extendido a los pies del cerro del arruinado castillo,- conserva aún el nombre de Villa-Almela: deliciosas avenidas de corpulentos árboles, cuyas frondosas ramas entrelazadas tejen maravillosa y movable bóveda de esmeraldas, donde el ardiente sol nunca penetra...

El Parque constituye una reserva ecológica. Desde la carretera disfrutamos del silencio que parece surgir como de una gruta, entre los árboles descubrimos la residencia del diecinueve. Paradoja del tiempo, durante la Guerra Civil, estos pacíficos jardines, ocultaron bajo sus ramas todo un batallón de tanques.

Más adelante, cuando ya vemos Ulea, encontramos la antigua fábrica de la luz, remanso que nombran por el Gurugú, y allí con los pescadores, seguiremos un rato la corriente por recordar que somos gota en el viento. Un caprichoso palomar aumenta el sabor morisco de este rincón. Luego, una vez que hemos entrado en el pueblo, y tras dejar el coche, pasaremos por la puerta de la iglesia, donde encontramos una casa singular que recuerda construcciones germanas, hasta dar con un camino asfaltado, y nos detendremos donde el río se estrecha, en la falda donde se asentaron los moros. A un paso descubrimos escalones de arenisca y restos de viviendas; allá arriba la muralla del castillo. Tiene este paraje cierto aroma de leyenda que cristaliza en nombre: El Salto de la Novia. Bajamos hasta el camino que nos llevará al Azud de Ojós. Es un hermoso paseo, acompañado por el murmullo del agua, un agua que baja rápida, limpia.

La senda por la que andamos, aunque escasa, es suficiente para hacerla en amena conversación. Vamos hacia arriba, entre el río y los huertos, hasta que nos situamos frente a un salto de agua, parece un antiguo molino que, hoy, se aprovecha para obtener energía eléctrica, donde el río se remansa. Aquí ya no es posible seguir. Penetramos entonces en los huertos, hay una acequia entre frutales que nos puede servir de camino, conocemos que la huerta es laberinto y desistimos. Como quien laborioso trabaja en su cuarto, descubrimos un hombre, se inclina con la azada y parece que quisiera penetrar el mismo en la tierra, sabe que hemos entrado hace tiempo en la casa, nos recomienda que alcancemos el pie del monte, el Chinte, si queremos llegar al azud.

El paseo, ida y vuelta, se puede hacer en dos o tres horas. Es quizá un hermoso homenaje a Vicente Medina. Hoy gozamos por lo que no hay, no hay coches, no hay asfalto, y gozamos por lo que hay, agua, tierra, huertos, olores y ruidos naturales, puede que de vez en vez nos crucemos con un huertano, cuyo saludo tiene sabor a encuentro antiguo.

¿Conserva esta tierra huellas de otra cultura? Y entre el agua, naranjos, y palmeras, echamos de menos al muecín que convoca a los creyentes. Volvamos al valle de Ricote, pero por la otra orilla, que tantas veces recorriera Vicente Medina; vayamos de nuevo hace el Azud de Ojós, es decir, de los huertos.

La carretera se estrecha y serpea junto al río, casas pintadas como un desafío de la lógica, y palmeras, aristócratas en su verticalidad, se alzan sobre los huertos. Atravesamos un profundo tajo, desfiladero del Solvente, cuando nos detenemos en un recodo frente al Chinte, ya estamos preparados para la sorpresa, la curiosidad se transforma en admiración. Como un gigante se levanta y muestra sus estratos ennegrecidos por el musgo, a nuestra espalda un paisaje ruiniforme completa el marco de esta fábula, en la que el rey moro de Ricote pedía peaje a todo el que quería pasar. Ahí abajo, delicada esmeralda, el Azud, que forma una presa para elevar el nivel del agua de modo que pueda ser desviado hacia los huertos, donde hemos visto tantas norias.

Pensamos que no somos un pueblo monumental, no encontraremos aquí grandes construcciones, la historia se ha hecho naturaleza, pero aún puede ser leída. Los que vivieron en estas tierras gustaron del placer del paisaje, supieron graduar diferentes tonos de verde para convertir estos parajes en anticipo del paraíso, porque ciertamente, el paraíso para el murciano, debe ser verde, *logar cobdiciadero para homne cansado*, diría Berceo.

A este lugar dedica Medina el romance **Mi tierra morisca**, que comienza:

En el valle de Ricote/ los morosavía están.../ de los barrancos aquellos/ no los pudieron echar.

Y presenta a esta media España que puede considerarse morisca: *Se cambiaron las mezquitas por iglesias ¡y na más!*, para continuar con la toponimia que, sin duda, es el mejor argumento:

Al-gezares, Al-budeite,/ Beni-fayor, Beni-haján,/ Al-hama, Al-jucer, Al-guazas,/ Al-batalia, Ab-arán.

Sigue con el inventario de atavíos que conservan las maneras moriscas:

Como guisa de turbante/ un pañuelo en la sesera/ y una manta, que es el jaique/ con bien poca diferencia./ Las mujeres en el suelo/ como moras se sientan/ y los hombres en cuclillas/ se están las horas enteras.

Finalmente, enumera bailes, fiestas, pasiones, peleas, venganzas y, sobre todo, el habla *de palabras moras llena*... Nosotros para culminar el día, decidimos acercarnos a Ricote, quizá con intención de comer allí; preguntemos que ya nos indicarán. En el camino hemos dejado olivos que quizá plantaron manos moriscas. Recordemos aquí a Juan de Dios el de los romances, padre de Vicente, quien como su hijo:

Amaba el encanto de su terruño: el paisaje, los tipos aldeanos, las aguas de los ríos y de las ramblas, los frutos, las flores, las canciones, los decires de las gentes, las costumbres sencillas.

Hay otra ruta, esta la haremos en memoria del hambre. Hombres, mujeres y niños que habitaron cuevas, véase **Nochebuena**:

Con la mar de trebajos/ hizo Juan su casón en la laëra:/ un abujero en onde/ meterse tan siquiera;/ un resguardo pa'l frío,/ porque a más no alcanzaba su probeza;/ un rincón pa vivir...o pa morirse,/ ¡que el hundirse un casón no es cosa nueva!...

Entraremos al valle de Ricote por la carretera de Ulea, desde la nacional en ruta hacia Madrid. El camino se estrecha, sin apenas tráfico, nos lleva a la prehistoria, cuando mimetizadas con el paisaje, hallamos un conjunto de casas cueva, la puerta, una ventana y, arriba, adivinamos la chimenea, algunas se hallan tan a la orilla que desafían la verticalidad, y convierten al vértigo en el medio habitual del hombre. Se

trata de un buen ejercicio de reflexión sobre el tiempo, usos y costumbres de nuestros próximos antepasados.

Hay también otras edificaciones, la casa forestal y la de los peones camineros, éstas se abren a un horizonte amplio, allá abajo, con toda claridad podemos deletrear el paisaje, estamos ante el valle de Ricote, ahí el río y la huerta, Ulea, al frente Villanueva, más allá la sierra del Cajal y Ricote. Dejamos el lugar y bajamos, al poco descubrimos los cipreses del cementerio, aquí los cementerios buscan las alturas, al otro lado del río se divisa otro. La puerta parece la de una tienda árabe y, el arco de rejería, envuelve la cruz, como en un acto de hermandad que salvara distancias.

Tierra de contrastes duros, en la que, sin que medie transición alguna, pasamos, como en un ejercicio cubista, del seco rotundo al verde lujurioso, de la pura roca a la tierra que multiplica la semilla, de las ramblas salobres a las riberas dulces. Recuérdese **Los oasis de Murcia:**

Vete hasta Ulea y Ojós,/ Archena, Ricote o Blanca,/ y me dirás si mi tierra/ es pobre y árida.../ Los oásis/ son la belleza africana/ de mi tierra/ allí donde corre el agua.../ Huertos, naranjos, palmeras,/ verdores, casicas blancas.../ El río, acequias, brazales,/ hilicos de agua...

Para expresar la belleza en grado sublime, el habla murciana recurre al término dibujo: *¡Igual que un dibujo,/ de tan rebonica!...*, quiere decir la línea, esa geometría que ha entrado por los ojos, los del poeta, que saben y apetecen realidades.

Y un día es el 8 de marzo de 1931, Vicente Medina, vuelve a su tierra. Todos lo conocen, pero él no conoce a nadie, sólo cartas, telegramas y la voz, la voz del poeta que quiere por fin que sus alas arraiguen. Este encuentro es el más propicio para las decepciones, pero su voluntad de emigrante, le exige el más duro sacrificio, porque vuelve sabiendo que todo viaje conduce a la frustración.

Así que, pasados homenajes y banquetes, recorridos los lugares santos, compra una casa y una finca, tierra de seco en aquellos años, desde donde se domina el valle, cerca del *montoncico de trigo*, nombre con que denominaba su padre el cerro que la protege, y se hace construir una casita con fachada que adorna con guijarros del río y azulejos, de sabor modernista. Acerquémonos a ella, esta vez seguiremos la carretera de Ceutí, estamos a unos dos kilómetros de Archena. Pese a los años, el frente de la casa, como una espadaña, aún sigue en pie; dentro el hogar arruinado.

Esta loma es un espléndida plataforma, desde la que contemplamos el río, donde el agua continúa fluyendo. Descubrimos sendicas *por ande se fueron tantas cosas buenas*, por una de ellas debió partir para no volver más, año 1936, tras luchar por la igualdad de los hombres, por su educación. Y se fue a la Argentina, quizá para seguir soñándonos desde lejos. Allí murió el 17 de agosto de 1937.

Objetivo de este trabajo

Presentar alguno de los lugares que en la provincia testimonian el paso de Vicente Medina: La Algaida, Archena, Ulea, Ojós, Ricote y distintos parajes de esos lugares. He insistido especialmente en lo que supuso la lengua de su tierra.

Anotaciones didácticas

Recorrer estos pueblos, ver donde estuvo su primera casa, visitar el balneario, recorrer Ojós o Ricote, sería muy conveniente. Por supuesto, leer Cansera o alguno de los poemas que he propuesto en esta excursión podría ser un excelente ejercicio.

Si se quiere implicar a los alumnos quizá sería conveniente proponerles que hiciesen entrevistas a los abuelos sobre la vida en los pueblos. Exposición con fotos de época.

Organizar un recital poético basado en textos de Vicente Medina creo que puede ser bastante fácil, dado que casi todos los alumnos tendrán ropas de huertano.



Cançera

¿Pa qué quies que vengas? Se ver entre arroyos
arroyos y quejos a la tierra;
pa ver los varmigueros ríspes y mistios
y anillos los cejados,
sin una grama d' una
ni, tiempo, siquis, somben de alla...
pa ver el barranco,
sin una mata... ¡pa ver que se confiesan,
de pglars, las parras!...
Anda tú, si quisieras;
que a mí no me quera
ni un coplo d' aliento,
ni un d' unam de pizarra,
ni grama de verdura, vasecha...
Anda tú, si quisieras, que yo para que me vengas
pueda más la canca,
ni para que la pace, si no es que entre cuatro,
ya mearte, que lloran!...
Anda tú, si quisieras...
no te d' ir, por mi gusto, si en crisis me lo riegas,
por una canchita por ante se fueron,
pa no volver ni riego, tant las cosas buenan...
Esperanzas, quiereres, acideras...
to se fue por ella!...
Por una canchita se marbló un fant hijo
que murió a la guerra...
Por una canchita se foi de alegría...
¡por una canchita vinieron las penas!...
No te cancas, que no me romanos.
Anda tú, si quisieras, ¡y dame que di erona,
¡a ver si es pa siempre!... Si no me espantara...
¡tengo una cançera!...

Vicente del Obispo

Foto y autógrafo de Vicente Medina

CANSERA

La rutina ha hecho de Vicente Medina un escritor regionalista, en lucha contra la falsificación del habla y de las costumbres, cosa que es verdad, pero ha dejado en la sombra toda su otra obra, ensayos, prosa poética y poemas no dialectales. Aunque es muy posible que estemos ante un cambio de actitud, basta leer la **Antología** de Castalia, 1999, reunida por Javier Díez de Revenga, que incluye nuevas secciones castellanas: **Poesías castellanas** (1899-1908), **Poesía de la emigración** (1914-1926) y **Últimas poesías** (1930-1937).

A menudo decimos que la infancia es un paraíso perdido, en Vicente Medina esta pérdida se confirma doblemente, porque ocurre no sólo en el tiempo, sino en el espacio. Vicente Medina recordará siempre desde lejos su patria chica, así desde Madrid, Filipinas, Cartagena o Argentina. Y, cuando vuelva a su tierra, el tiempo es el que inexorablemente le ha alejado de su infancia. Si como asegura Valle-Inclán, las cosas no son como son, sino como las recordamos, sin duda, en este escritor, dicho axioma se cumple, marcado siempre con la tinta expresionista del exilio económico.

El último domingo de octubre de 1966, celebró Archena el centenario del nacimiento de Vicente Medina. Recuerdo que, ante la que fue su casa, un hombre alto, vestido de negro, que parecía brotado de la tierra, recitó **Cansera**, como nunca la había oído, y marcó solemnemente la mañana. Después un grupo de poetas: Sánchez Bautista, Carlos Clementson, Cano Pato, Sobejano, leyeron poemas en su homenaje. Creo que ahí comenzó el encuentro con el origen: Murcia tenía voz.

He aquí alguno de los versos que posiblemente se leyeron, de Francisco Cano Pato: el soneto **Atardecer con Vicente Medina en Archena**, propio de su estilo sosegado, atento a la belleza, sin olvidar, claro está las circunstancias: *Una tarde dorada, junto al río,/ dorado el fruto por el sol dorado,/ quieta la brisa, el cielo immaculado/ coronando las gracias del estío./ A ti, Vicente, mi silencio frío,/ este henchido silencio apasionado,/ y el vuelo de tu verso desolado/ descubro junto al pensamiento mío./ Son tristes la nostalgia y el olvido./ El corazón del hombre dolorido/ sus amarguras por igual encierra./ La paz no la del tiempo, y la dulzura/ en que la pulpa vegetal madura/ alza el amor profundo de la tierra.*

De Francisco Sánchez Bautista, (**Homenaje mínimo al poeta Vicente Medina**), como corresponde a su poesía de compromiso, recorre la tierra y los elementos más sobresalientes de **Cansera** y **Aires murcianos**. Aviva la memoria con el estribillo:

*¡Alcores de la Páira, / campos de Archena, / picachos de Ricote, / tierras de Ulea!
¿no sentís la caliente/ voz del poeta?*

*¡Barrancos agrietados, / peladas peñas, / arroyadas espigas, / tristes laderas!/
¿no sentís la caliente/ voz del poeta?*

*¡Viñedos desmedrados, / desnudas cepas, / labradores sufridos/ que aráis la tierra!/
¿no sentís la caliente/ voz del poeta?*

*Y tú, mujer murciana, / bella y austera, / la que sufres, callando, / inmensas penas,
¿no sientes la caliente/ voz del poeta?*

*Respetables patriarcas/ de nuestra huerta, / mozos nobles, garridos, / de sangre ibera, /
¿no sentís la caliente/ voz del poeta?*

*Él cantó las costumbres/ puras y buenas, / nuestros hondos dolores, / nuestras miserias... /
¡Él sabía de afanes/ como poeta!*

*Él, Vicente Medina, / voz de la tierra, / el eterno exiliado, / alma viajera, / duerme lejos su sueño/
de gran poeta.*

*Pero el pueblo, el que sufre/ tedio y “cansera”, / agobios y añagazas, / indiferencias, /
¡aún siente la caliente/ voz del poeta.*

En una de sus charlas sobre el Modernismo, Juan Ramón Jiménez comenta a sus alumnos americanos: *Buscábamos lo que en lo contemporáneo tuviese más novedad, más vida, más sentimiento y frescura, entonces fue el éxito momentáneo de los poetas regionales: Curros Enríquez y Rosalía de Castro, gallegos, Mosén Jacinto*

Verdaguer, catalán, y Vicente Medina, murciano que acababa de publicar sus primeros poemas. Siempre Bécquer presidiéndolo todo, como una estrella fija.

Estos primeros poemas se corresponden con los primeros **Aires murcianos**, libro en el que reúne los poemas regionales, y evoluciona en paralelo con la vida de Medina. La edición final, dividida en cinco partes, cuyo contenido y tono, aunque mantiene las constantes de tierra y sentimiento, varían con el tiempo y el espacio. Así la llegada a América, donde mejora la situación económica del autor, supone el encuentro con el nuevo mundo y, sobre todo, se pone de manifiesto que, Europa, es vieja y caduca, que Europa es el pasado. Es a partir de ese momento, cuando sus personajes no aceptarán el sino de su condición social por nacimiento, ya que pueden ser sujetos de su existencia, el destino no está escrito.

A propósito de su título: **Aires murcianos**, conviene recordar que en música, Aire, significa, según el Diccionario de la Lengua Española de D. Ramón Joaquín Domínguez: *tiempo o medida de duración que se asigna a las composiciones musicales tocadas o cantadas; se usa más comúnmente en plural y significa también los estilos, variaciones o maneras de canto y música, peculiares a determinadas poblaciones o países, etc, v. g. aires andaluces, la caña, las playeras; aires aragoneses, la jota aragonesa...*

El libro se abre con **La canción triste**, poema prólogo, de clara ascendencia becqueriana, contiene ya los elementos fundamentales que van a constituir su lírica, se trata de un emigrante que expresa su dolor, su angustia a través de una canción, cuya letra, aunque los oyentes no comprenden, llega al corazón. Se sirve del lenguaje universal del sentimiento, que se ha hecho melodía, música de la tierra, leamos el poema: *De aquel hombre extraño/ que esta mañana se arremaneció,/ la gente en un corro/ se apiña alrëor./ Páece que de tierras lejanas el probe / dista aquí llegó;/ tié la barba blanca,/ los ojos azules y dulce la vos../ ¡los ojos azules y hundíos, que miran/ que da compasión!.../ De tóico lo que habla,/ ni una palabrica, siquiá, se entendió;/ pero entorna los ojos y, triste,/ canta una canción../ ¡más triste!...¡más triste!.../ ¡como nunca de triste se oyó!/ Mienta cosas cantando que náide,/ por aquello qu'íce, sabe lo que son: / unas palabritas llenas de amargura/ y otras palabritas llenas de dulzor../ pero por el dejo tan triste, ¡tan triste!! llega al corazón,/ y es verdad que nenguno lo entiende,/ ¡pero lloran tós!/ Páece que habla mentando su tierra/ y quererres que allí se dejó../ páece que habla de hijos y que habla de nietos/ y de algo que al cielo se llevara Dios../ y se esjarra su pecho en quejaos/ ca ves que se güelve pa ande sale el sol,/ y se ve que se mojan sus ojos/ y se siente que*

tiembla su vos./ Mocicos y viejos/ sienten la canción/ del tonico triste,/ como nunca de triste se oyó,/ y es verdad que ninguno lo entiende,/ ¡pero lloran tós!

El texto en su universalidad parece referir las mil y una desgracias del que ha de ganarse el pan, canta a los desvalidos, a los marginados, los perseguidos por el hambre o la injusticia, seres humanos cuyo fatum les arrastra lejos de su tierra, que se ha convertido en un paraíso siempre perdido, paraíso que en el habla regional se conserva en estado de gracia. Y que va a buscar incansable, siempre desde lejos, recordando no sólo sus vivencias en Archena sino el recorrido por los pueblos que hacía con su padre cuando vendía los romances en pliegos de cordel.

¿Qué hay en el habla murciana? *En el habla dulce de mi tierra, con alegre bullir, como el agua de una fuente, fluye el alma sencilla.* En esta alma sencilla se encuentra en estado puro lo popular, es ahí donde se confunden el hombre sin nombre y la naturaleza, nos acerca a la intrahistoria, a eso que solemos llamar la raíz. Se trata de una lengua que recorre un mundo visible, de ahí que a veces se haya confundido la superficie con la superficialidad. Persigue una cuestión de identidad y el encuentro con una conciencia de clase. Coincide su búsqueda con los trabajos de Menéndez Pidal y Unamuno. La investigación que ambos llevan a cabo del Cantar de Mío Cid, como indagación del origen, el establecimiento de su gramática: fonética, léxico y sintaxis.

Es Unamuno quien en carta, 30-1-99 define y aconseja sobre el uso de la lengua regional: *Es poesía de la que yo llamo láctea, suave, sencilla y nutritiva como la leche, como la leche sedante y campesina...Una cosa encuentro en sus poesías cuyo manejo es delicadísimo y es los diminutivos en ico e ica. Dan gracia y delicadeza, pero a poco que uno se descuide hacen a la composición empalagosa. Debe procurar a mi juicio, no abusar de ellos...Debe Ud. <<oír mucho a los huertanos y recoger sus frases, giros, voces y modos de decir>>, sin fiarse de la memoria sola. El gran escollo en que han tropezado cuantos se han dedicado a cultivar esas hablas, ha sido el acabar creando un dialecto para sí, un vocabulario restringido.*

Por supuesto coincide también con Machado, me refiero al método seguido para dar con la fuente del habla popular, con el principio, tal como se afirma en el poema VIII de **Soledades Galerías y Otros poemas**, que todos recordaréis: *Yo escucho los cantos/ de viejas cadencias/ que los niños cantan/ cuando en corro juegan/ y vier-ten en coro/ sus almas que sueñan/ cual vierten sus aguas/ las fuentes de piedra:/ con monotonías/ de risas eternas/ que no son alegres/ con lágrimas viejas/ que no son amargas / y dicen tristezas, tristezas de amores/ de antiguas leyendas/.../ Seguía su cuento/ la fuente serena;/ borrada la historia,/ contaba la pena.*

A menudo utiliza Medina la intertextualidad, sirviéndose de canciones populares que recoge directamente o transforma, si así lo exige aquello que va a decir. No es extraño que se relacione con Bartolomé Pérez Casas, el músico lorquino, destinado en Cartagena, autor de la suite **¡A mi tierra!**, compuesta en 1898, y que puso música a su drama **Lorenzo**, hoy perdida. Los dos parecen impulsados por el mismo deseo de indagar en la identidad de nuestra tierra. Asimismo este impulso puede encontrarse en su primo Inocencio Medina Vera, excelente pintor, a menudo ilustrador de sus obras.

Medina se convierte en el bardo que canta los males que vive su gente en una tierra, que considera es la más hermosa y buena, pero donde la sociedad, las leyes, el clima son terribles. A través de sus poemas percibimos la situación de España, porque, aunque el habla sea regional y el argumento localista, presenta la profunda crisis que atraviesa el país, su grandeza y su miseria. A este respecto dice Medina en **La canción de la vida**, 1902: *Desde entonces quedó definido claramente mi carácter literario. Géneros: la poesía y la dramática. Escuela: la naturalista. Asuntos: la vida actual, sus luchas, sus dolores, sus tristezas. Tendencias: radicales. En mi labor, dos literaturas, al parecer: regional y general; a mi entender una sola: la popular.*

Cabría preguntarse por qué toda su obra está teñida por el dolor, la angustia o la muerte. Está claro que, en parte, se debe al rechazo de la caricatura que supone el panocho, diversión de señoritos; pero hay más, quiere llegar a lo esencial, quiere descubrir el tejido moral de la región que en fábula nos ofrece el paisaje. Claro que también se debe a su estética naturalista, así en su libro: **La canción de la muerte**, prosa poética, glosas a noticias periodísticas o a fotografías que el mismo tomaba, se constituye como una denuncia de la angustiada situación en que malviven miles de personas, documentos comparables al corto: **Las Hurdes, tierra sin pan**, obra de Buñuel durante la República, 1932.

¿Cómo es nuestra tierra? Está hecha de contrastes duros, pasamos del secano rotundo, al verde lujurioso; de la piedra a la buena tierra que multiplica la semilla, de las ramblas salobres a las riberas dulces, del bullir de la vida a la cansera.

El hombre aquí se convierte en la imagen de la provisionalidad, su tragedia existencial es lo que trata Medina. Estamos a merced del destino personificado en enfermedad, guerra o muerte, y contra el que no se puede luchar, ya que, a estas calamidades hay que sumar la ignorancia por falta de escuelas, la condena al trabajo de los niños, el elevado índice de mortalidad infantil, la escasa alimentación, la falta de higiene, la usura, el caciquismo, la dificultad de implantar organizaciones para la

defensa de sus intereses, y más aun, la marcha de los hijos que reduce al hombre a una soledad y desamparo comparable a la de Job.

El campesino para subsistir hace pleita, cordeles. A veces se encuentra con la crueldad de los compradores: *–Hoy no tomo sogas, ¡ahorcarse con ellas!*

A veces, el murciano, se rebela, y lo hace arrastrado por la locura del amor y del odio o por la lucidez que le lleva a renunciar a todo, a perseguir la nada, esa sublimación que alcanza en **Cansera**. La tragedia que muestra es comparable al texto de Azorín: **Vida de un labrantín**, aunque difieren en el tono, el destino es el mismo, el protagonista abandona la lucha por la vida y entra en la renuncia. Esta cansera se produce cuando el hombre ha apurado hasta las heces el mal del mundo, tampoco en Azorín hay lucha, pero al menos remite a un fatalismo que implica la aceptación de lo que por designio divino le ha tocado en suerte:

–¡Ea! ¿Cómo ha de ser? Dios lo ha dispuesto así..

En **Cansera**, Medina, comienza con una pregunta, parece interrogarse a sí mismo, y al hacerlo interroga a todos los hombres, también se niega a tomar parte en la comedia de la vida, pues ha descubierto que todo conduce a lo mismo, la muerte. Es la muerte y no la sequía lo que vemos cuando dice *pa ver cuatro espigas arroyás y pegás a la tierra*. La sendica, símbolo de la vida, ha acabado con la existencia del hijo, y de tantas cosas, de ahí que el poema se convierte en un grito de desesperanza.

Otras veces busca su ser en el exilio, la esperanza de un cambio de fortuna que cambie su vida, Medina marchó a Argentina. Recordemos que la literatura española comienza con aquel otro cantar, el de Mío Cid, cuyo protagonista será nuestro primer desterrado, recuérdense otros exilios, expulsión de judíos, moriscos, episodios de guerras: afrancesados, liberales, carlistas, el producido por la guerra civil, más el económico de los años cincuenta y sesenta, de ahí esa constante de Medina, que es pintar de memoria, recordando, reviviendo las costumbres, el paisaje murciano.

Por otra parte, su ideología radical, pronta a denunciar las condiciones míseras en que los más pobres malviven, así como su estética naturalista y un sentimentalismo fin de siglo, justifican esa elección.

Apuntaba antes que quiere descubrir el paisaje moral de esta región, he aquí lo que vemos: la envidia, no siempre la solidaridad, la opresión de los propietarios, una precaria economía que marca, que exige la sumisión para los pobres, a menudo más allá de las relaciones estrictamente laborales, el rico no sólo goza de su riqueza, sino

también puede gozar de la belleza, pues puede convertirse en propietario de la mujer joven que se entrega para asegurar el sustento a sus ancianos padres, arruinados por las exigencias del rento. El rico, por otra parte, no aparece como hombre moderno, emprendedor, empresario que invierte para conseguir la máxima rentabilidad, y para ello, despreciando prejuicios, se arriesga; por el contrario, entiende que la única forma de aumentar su riqueza es por la vía de la explotación, de la expropiación.

El paisaje no es estrictamente huertano, ya lo indica en el título: **Aires murcia-nos**. Sus protagonistas proceden del campesinado, braceros. La tierra que describe se compone de huertos y acequias, el río, barracas, casas achaparradas, higueras, palmeras, acebuches, palmito, esparto, y sol, el mismo sol que, como un perro sediento, lame y seca la tierra.

Medina comienza a escribir estos textos con intención de practicar para el teatro, de ahí la coincidencia temática, de ahí también el carácter dialógico de algunos poemas perfectamente dramatizables, y, sobre todo, el que muchos de ellos sean monólogos. Como consecuencia podríamos decir que el espacio aparece contextualizado, por ello me gustaría proponer esta hipótesis: Medina nos permite el acceso a las voces y descuida, por obvia, la escenografía. Si fuera cierta, justificaría que no posea el sentimiento del paisaje, tal como apunta José Ballester:

Creo que a Medina, el paisaje como espectáculo vivo le es indiferente.. A él le basta el aliento humano transido de dolor o de angustia en los aconteceres de la vida.

Esta característica podría ser válida hasta que desde América rememore los paisajes y costumbres de su tierra.

Volvamos a los males de esta tierra. ¿Se trata de una manifestación más del pesimismo de la época? Parece que una gran sombra oscura se hubiera abatido por todo el territorio. ¿Forma Murcia parte de la España negra?, a juzgar por lo que describe Pio Baroja en **Camino de perfección**, parece que sí, dice de Yecla:

La vida en Yécora es sombría, tétrica, repulsiva; no se siente la alegría de vivir; en cambio pesan sobre las almas las sordideces de la vida.

No se nota en parte alguna las preocupaciones por la comunidad, ni la preocupación por el adorno. La gente no sonrío.

No se ven por la calle muchachas adornadas con flores en la cabeza, ni de noche los mozos pelando la pava en las esquinas. El hombre se empareja con la obscuridad en el alma, como si el sexo fuera una vergüenza o un crimen.

De su amigo Azorín leemos en **La voluntad**:

La vida de los pueblos es una vida vulgar..., es el vulgarismo de la vida. Es una vida más clara, más larga y más dolorosa que la de las grandes ciudades. El peligro de la vida de pueblo es que se siente uno vivir..., que es el tormento más terrible.

En ese tormento del vivir es donde quieren penetrar sus poemas. Recuérdese que a mayor dolor, mayor conocimiento, o lo que es lo mismo, Rubén Darío y su poema **Lo fatal**: *Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, / y más la piedra dura, porque esa ya no siente, / pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, / ni mayor pesadumbre que la vida consciente...*

Esta conciencia de estar vivo es lo que descubre Medina, su poesía se hace metafísica, porque no es el vivir lo que relata, sino el verse viviendo. Vivir una vida de la que no somos dueños, pues estamos a merced del destino, destino trágico que se personifica en enfermedad, guerra o muerte, y contra el que no se puede luchar, ya que: *Eres pobre y eres peña/ que por los suelos te ves/ y que vas ande le rulan/ los que te dan con el pie.*

Ahora, tras esta primera aproximación contextual, vamos con el poema.

Si Jorge Manrique sólo hubiera compuesto las coplas por la muerte de su padre, sin duda formaría parte de nuestra memoria. San Juan de la Cruz con muy pocos textos se ha constituido en obligada referencia para una determinada poesía, la que procede del no sé qué. Probablemente a Vicente Medina le habría bastado **Cansera** para ser recordado.

Qué ha hecho que estos pocos versos, 34, se conviertan en un referente murciano. Escritos en la misma lengua castellana que hablan los hombres y mujeres de una pequeña región, el subdialecto murciano, se han convertido en un texto clásico para identificar un determinado estado de ánimo que coincide con el espíritu de derrota que caracteriza al 98.

El término cansera, aparece definido en el **Vocabulario del dialecto murciano** de Justo García Soriano: f. fam. y vulg. Cansancio y desaliento grande (us.t. en Salamanca)

Cansera es el poema que cierra la primera edición de **Aires Murcianos**, texto editado por la Imprenta de la Gaceta Minera, Cartagena, 1898.

José Martínez Ruiz, aún no es Azorín, destaca especialmente este poema, dice así:

Cansera es una diminuta obra maestra; una verdadera joya. El huertano, matiego apasionado de su pedazo de tierra, acorralado por las desgracias, por la mala cosecha, por la sequía, por el hijo que han llamado a la guerra, se niega a salir de ella; no, no quiere salir, siente aquella alma ruda, el cansancio insuperable, el tedio de quien toda la vida ha luchado reciamente y no recoge al final más que dolores.

¿Para qué salir? ¿Para qué ir a ver la tierra antes fértil, los viñedos lozanos antes, la huerta un día frondosa? Para qué recorrer la senda por la que él tantas veces ha pasado a través de los campos?

Es curiosa la cantidad de preguntas que sugieren estos versos.

Por otra parte, en la minúscula edición de Mignon, 1899, las ilustraciones de Inocencio Medina Vera para este poema merecen la pena considerarlas, en la primera una chica, vestida de rigurosa huertana, quizá la hija, recrimina o insta a un hombre, recostado sobre la tierra, apoyado en una piedra, imagen del pensador, la mano en la mejilla. En la segunda, el hombre tendido en un jergón sobre el suelo, dormido o atormentado, en decúbito prono, la cabeza entre los brazos.

El texto se presenta como una silva romance modernista, con versos de 12, 6 y alguno de 10 sílabas, con rima asonante en e-a. Estructura semejante a la empleada por Gabriel y Galán en el **Cristu Benditu**, y utilizada también por Salvador Rueda. Se trata de una composición estrófica muy reciente. Se repiten determinadas fórmulas a modo de estribillos, se repiten sonidos, sobre todo oclusivos, estructuras sintácticas, puntos suspensivos.

El poema comienza con una pregunta: *¿Pa qué quiés que vaya?*...El tono interrogativo lo utilizamos cuando ponemos en duda el orden del mundo, duda que necesita ser despejada. Todo poema, dice María Zambrano, procede de una pregunta, que puede que aún no se haya formulado. Claro que aquí se trata de una interrogación retórica, el protagonista no duda, tiene la certeza de que el camino, el suyo, no va a ninguna parte, de ahí la renuncia a moverse, a romper con esa falta de voluntad en que ha caído. No es que no sienta curiosidad por las cosas del mundo, es el mundo lo que no le interesa. De ahí que la respuesta sea todo el poema, confirma así su quietismo, estancamiento, inacción. Por otra parte, el ir, marchar, reemprender el camino significaría reanudar otra vez la vida, abandonar su radical nihilismo.

Parece concebido como un monólogo, dirigido a un tú presente y que quizá le ha pedido que cambie de actitud, que se anime. Claro que la respuesta podría implicar que, el tú al que se dirige, no sea otro que él mismo. Si fuese así se trataría de un desdoblamiento, producido al ser consciente del estado de abandono en que se

encuentra, un tú autorreflexivo. Tiene raíz en Job, el desconsuelo y angustia existencial parecen definitivos, aunque ni asisten los amigos, ni se establece relación alguna con un ser superior, a no ser que entendamos que ese tú al que nos referíamos, sea su conciencia, y esa conciencia, testimonio del Ser supremo.

Todo el texto tiene una raíz teatral, este soliloquio sería una justificación de su actitud ante la vida. Podemos entender esta teatralidad en una doble vertiente, por una parte, la oralidad, propia del instrumento lingüístico que el poeta ha elegido, el habla murciana y, por otra, recordemos, el hecho de que **Aires Murcianos** surgió como un ejercicio para la composición de obras dramáticas, así en **El Rentó, La sombra del hijo, El alma del molino**, encontramos un tono y unos temas muy semejantes.

El paisaje: barrancos, laderas, sin una matuja, pertenece al secano, paisaje de las tierras malas, no estamos ante el oasis de la huerta. Hay en nuestra región un contraste cubista entre la riqueza y la ausencia de vegetación, paisaje de extremos. Recordemos al ingeniero Ricardo Codorniu, apóstol del árbol, al que podéis visitar cada vez que paséis junto al ficus de Santo Domingo, cuando tras la riada de Santa Teresa, la mayor del siglo XIX, programa la reforestación de Sierra Espuña, con objeto de modificar o paliar esas catástrofes climáticas que periódicamente arruinaban estas tierras. Por otra parte, los procedimientos de cultivo, abonos, riegos, son anticuados. Y a este propósito quizá convenga recordar con Pío Baroja que no somos hijos de la tierra, sino que somos la misma tierra que piensa y siente en nosotros.

El comienzo del poema nos acerca a unos cultivos en los que por efecto de la sequía se ha perdido toda esperanza de cosecha, así dice: *Pa ver cuatro espigas arroyas y pegás a la tierra, pa ver los sarmientos ruines y mustios, y esnuas la cepas, sin un grano d'uva ni tampoco siquiá sombra de ella...* Por otra parte, el pan y el vino, alimentos básicos en la dieta familiar y que, a juzgar por lo que se ve, las circunstancias abocan a la hambruna.

Se parte, pues de una situación límite, para cuya exposición se utiliza una y otra vez la gradación negativa, que se muestra con el lenguaje plástico que caracteriza al habla murciana, donde para expresar la belleza se dice *igual que un dibujo de tan rebonica*, donde se manifiesta esa necesidad de hacer visible lo invisible, que se hace especialmente patente en las maldiciones y en la blasfemia, donde no contentos con vilipendiar a los muertos, se dice en tus muertos picaos, donde a la bombilla se la llama pera, donde lo enmohecido aparece como florecido, sustituimos el concepto por la imagen. De ahí que ahora diga ni sombra de ella, cuando al alma se

la llama estampa, o sombra, sombra que se suele acompañar con el adjetivo mala sombra. Una lengua avant la lettre modernista por sinestésica.

La plasticidad que viene marcada por el ver, ofrece un panorama desolador, la sequía, ha arruinado todas las cosechas que han de mantener a la familia durante el año, ruina que el protagonista tiene presente como una foto fija, obsesiva, tampoco aparece la esperanza, esa sombra donde podría apuntar un futuro. La enumeración comprende elementos reales e irreales, metafóricos.

Cuando continúa, ese inventario de ausencias, barrancos, laeras sin una matuja, se cierra con una exclamación, resumen de ese paisaje apocalíptico, donde a través de la animación, alcanza lo que podríamos llamar una visión geológica: *¡pa ver que se embisten de pelás las peñas!*, digo visión por su carácter surrealista, en donde aparecen las peñas, transformadas en el toro o bisonte de España, en esa hipérbole surrealista donde de pelás se embisten.

Obsérvese que el texto a medida que avanzamos se aleja de la realidad y va hacia el interior, ahora la ausencia, se proyecta en carencia vital, el sujeto no tiene ni un sople de aliento, ni una onza de fuerza, ni ganas de verse, esta gradación, hasta ese no querer verse, equivale a la paradoja teresiana del vivo sin vivir en mí, vivir desviviéndose que caracteriza a los españoles.

Anda tú, se convierte en estribillo, exhorta a su testigo, al otro, a que haga lo que crea tenga que hacer, y sobre todo que se eche a andar por esa senda, si lo desea, porque él definitivamente, ha renunciado a pisarla de nuevo. Se trata de una senda por la que ha desaparecido el hijo y con él la alegría, por donde también han venido todas las penas. Ha alcanzado la noluntad que diría Unamuno, o lo que es lo mismo esa voluntad negativa, suicida, en la que se encuentra sumido nuestro país.

No he de ir por mi gusto si en crus me lo ruegas, gestual, al modo de acotación teatral. Quizá el poema puede leerse sin una interpretación gestual, pero, él mismo, es teatral. ¿Qué significa esta teatralidad? Intensifica la actualidad del mismo, pues nos traslada al presente en el que está ocurriendo, un presente que sucede en nuestra presencia y que al conmovernos, nos implica en su participación.

Por esa sendica por ande se fueron pa no volver nunca tantas cosas buenas...esperanzas, quererres, suores. Vivir en estas condiciones equivale a dejar de vivir, resignarse, ser el vencido que todo lo ha perdido. Esta gradación de lo abstracto a lo concreto, así lo indica. Sucede cuando se ha nacido pobre, en una tierra dura, expuesta a la sequía, donde toda esperanza se esfuma, bien por los impuestos, los intereses de los préstamos, la escasa preparación, los procedimientos de cultivo

anticuados, la ausencia de abonos minerales, y como consecuencia la precariedad de los beneficios. Los *quereres* son sometidos aquí al mismo ritmo temporal que marca la vida del campesino. *Suores*, los trabajos, pero todo es inútil cuando se ha nacido pobre, y se está determinado por su condición social.

¡*To se fue por ella!*, la senda, el camino, el tiempo, al ser presentados como ella, femenino, se identifica fácilmente con la Parca. Este tipo de expresiones maximalistas, aunque son habituales en el habla, aquí alcanzan una profundidad ontológica, se trata de una existencia abocada a su final.

Por esa sendica se marchó aquel hijo que murió en la guerra. Nos remite a la discriminación que la propia condición social establece, si no se tiene dinero, 1500 pesetas, una suma fabulosa en ese tiempo, el hijo está obligado a servir al rey en el ejército, expuesto a las balas del enemigo, a las enfermedades. El hijo es la continuidad y la ayuda, la riqueza, por eso es la alegría.

Medina que podría ser calificado de antibelicista militante en sus escritos, así: **Canciones de la guerra** y también **Hondos surcos han abierto los trabajos y las penas**, 1919, alegatos contra la primera guerra mundial. Actitud que mantiene desde el comienzo con sus primeras canciones recogidas en la plaquette **Alma del pueblo**, 1900, con sabor a Campoamor, veamos: *El ir a la guerra debe/ algo de gato encerrar/ que lloran los que se quedan/ y cantan los que se van.*

Otra: *Sin piedad mandas tus hijos/ a la guerra a que los maten..! ¡cómo se conoce Patria / que no eres tú quien los pare!*

Un comportamiento que mantiene en su vejez, octubre de 1936, el título: **Dadme un fusil**, paradójicamente así lo manifiesta: *¡Dadme un fusil y que arda en guerra el mundo entero!! ¡Dios mío, y suspiraba yo siempre por la paz!! ¡Pronto, dadme un fusil! ¡Oh, yo que no quisiera/ nunca matar a nadie..desearía matar!! Condenando mi patria las inhumanas guerras,/ ha de tragar la horrible y envenenada hiel/ de tener que batirse contra sus propios hijos..! ¡Dadme un fusil y hagamos la guerra sin cuartel!! ¿Sostenía un ejército para esto mi patria? / ¿para que convertido fuese en traidor puña?! Dadme un fusil y a muerte hasta el fin peleemos/ desesperadamente...¡O muerte o libertad!! ¡Malditos los infames, traidores y perjuros/ que en mi patria desatan esta guerra civil!! Yo que impetré clemente “Perdónalos, Dios mío” / ¡quiero morir matando...¡Pronto, dadme un fusil!*

De tal modo que, si ahora hacemos el recuento de las causas que lo llevan a esa inacción, veremos que son económicas y sentimentales, siendo difícil distinguir unas de las otras. Por una parte, la sequía, ha arrasado los campos, pero los campos

son como la familia misma, por otra parte, el hijo, sangre de su sangre. El paciente Job, no se subleva, no maldice, sólo ha renunciado. Conviene recordar aquí a Joaquín Costa: **Oligarquía y caciquismo:**

Tenemos una agricultura del siglo XV, agricultura del sistema de año y vez, cuando no de tres hojas, por falta de abonos minerales, del riego natural por las nubes, cuando a las nubes les agrada, no cuando al labrador le conviene, de las cinco o seis simientes de cosecha por cada una enterrada; agricultura del arado romano, del gañán analfabeto, del transporte a lomo por falta de caminos, de la rogativa por falta de riego artificial, del dinero al 12 por 100, de la bárbara contribución de consumos,...

El mismo Medina, en una conferencia sobre: **Poesía agraria**, Ateneo de Madrid, el 23 de abril de 1932, dice: **Cansera**, *mi más célebre poesía en la que intenté recoger un hondo estado de desaliento humano, y, por lo tanto, universal (aunque tan español en aquel momento del 98...) Cansera es poesía agraria..., elegía del agro..."Pa que quieres que vaya? Par ver cuatro...*

Quizá estéis pensando: Pero la poesía de Medina es una cosas sentimental, el problema de la tierra es una cosa económica y prosaica."

Replicaré a esta supuesta objeción, primero: que de lo prosaico, y más constantemente de los problemas económicos, deriva lo sentimental: conflicto, miseria, obstáculos amorosos, impotencia artística...drama y motivo en suma, de toda o casi toda exaltación idealista y emocional...

Y segundo: (y esto era, es, un fanatismo en mi) que lo sentimental (sépanlo bien los que se jacten de materialistas y positivistas) es lo fundamental de toda vida posible en lo prosaico y económico. Sin la levadura sentimental no hay nada fecundo. Diré más: (y esto sí que es en mi un viejo ritornelo) si el mundo no se ha de salvar a base de lo sentimental, no se salvará nunca.

Prosigamos con el poema. Del tono enunciativo que sigue a la primera interrogación y, tras *suores*, el poema se intensifica, no sólo por la abundancia de pausas evocativas, sino por el tono exclamativo, protesta no política, sino existencial, un sinvivir que no recurre al suicidio activo, pero que se deja morir.

Por último: *¡Tengo una cansera!...*, a modo de epifonema, resumen del poema, que con los puntos suspensivos recoge todo lo que se ha dicho hasta ahora.

Nunca se había expuesto la situación del hombre abocado a la desesperación, víctima de las circunstancias, de modo tan conciso. Este poema reúne todos los

males que ahogan al hombre y que, de modo disperso, aparecen en muchos de los que componen este libro. Para terminar quisiera mostrar algunos:

Los niños solos (Las quintas), recogido también en sus **Canciones para la guerra** : *De los males que esjarran el pecho/ te digo que es uno pasar por la güerta./ ¡Ni siquiá un mocico!...! ¡toícos pa la guerra!! ¡las casas solicas!...! ¡los padres llorando!! ¡Se siente una pena!...*

A otras tierras (La emigración): *Las tierras no son las malas...! La maldad la tienen los hombres.*

El abejorrito negro (El mal augurio): *¿Pa qué ya más vida, si ya él ya no vive?! ¿Pa qué ya más pena, si ya él ya no pena?! ¡Que me lleve el Señor...! ¡que me lleve que con tanto dolor ya no puedo...*

Nochebuena (La pobreza): *Malhaya el tiempo malo/ malhaya la pobreza, ¡Malhaya el que este mundo se gobiernel de tan mala manera.*

Los pajaricos sueltos(La escuela, la formación, y como consecuencia el analfabetismo): *No mandes a los nenes a la escuela/ porque no la han abierto/ y está, si es el que el Señor no hace un milagro,/ cerraica pa tiempo...! Ha caído en la cama/ mu malico el maestro,/ y es cosas de temer, por las señales,/ que ya no se levante el probe viejo...*

Murria (La enfermedad, la tuberculosis). Puede compararse con **La Andalucía trágica** de Azorín o La tísica XLVI en **Platero** de Juan Ramón.

En la Ñora (Sentido de la vida) comparable a Machado: *El pobre pájaro y el hombre / condenado a dar vueltas.*

La novia del soldao (Muerte en acción): *¡Sus ojos ya no verán/ volver al pobre soldao!...*

Santica (Dureza de la vida para el campesinado) : *Luego José se esespera/ porque la güerta está mala/ y no gana pa casarse/ ni pa comer y se marcha/ a las minas de la sierra/ ande los hombres se matan...*

A la ru ru mi nene... (Mortalidad infantil): *A la ru ru mi nene/ ¡Quién ha e pensarlo!...! ¡Canta y canta y lo lleva / muerto en los brazos!...*

La sequía: *¡To perdio! ..!Perdío de remate,/ sin que Dios lo remedie!...! ¡que tiene la sierra las entrañas secas/ lo mismo que la tien algunas gentes!*

Zagalito a por istiercol! (Trabajo infantil): *En ves de cartera pa los libros/ el capacico a la espalda../ Ya lleno el capacico,/ vuelta a la casa,/ dobläos / por la carga../ Vaciar el capacico/ y volver a salir ¡hala que hala!*

Otro texto con este tema, en prosa: *En la necesidad de aprovecharlo todo, los pequeñuelos no van a la escuela porque hay que echarlos de seis años en adelante a los caminos a recoger basura, o a la sierra, por albardín (especie de esparto) y por leña (monte bajo). Debido a esto, la instrucción escasea, la ignorancia cunde. Además, con la prematura excesiva tarea, no se hace bien su desarrollo físico y se crían raquíticos y enfermos.*

Objetivo de este trabajo

Tiene una función social y muestra las condiciones de trabajo de aquellos que dependían de la tierra. Por otra parte, es un poema que recoge un momento de la historia regional y nacional. Dado que ha pasado a ser representativo del murciano, sería interesante que se plantease como una muestra de identidad.

Anotaciones didácticas

Investigación histórica sobre el final del siglo XIX. Se puede plantear un recorrido urbano. Si es Murcia, comenzaría por el Puente nuevo o de hierro, fechado en 1900. Lápidas que conmemoran la riada de Santa Teresa, catástrofes que de algún modo son representativas de las condiciones laborales del huertano, se encuentran en plaza de la Cruz, calle Dr. Sánchez-Parra. Edificio Díaz-Cassou, calles Trapería, Platería, González-Adalid, estación de RENFE, diferentes escuelas graduadas.

Exposiciones de objetos de época: libros, instrumentos, periódicos, fotos...

Entrevistas a los abuelos.

Recitación del poema.



Miguel Espinosa, 1960

UN DÍA EN LA VIDA DE MIGUEL ESPINOSA

La trayectoria del **Premio de Ensayo Miguel Espinosa**, bajo el patrocinio del Excelentísimo Ayuntamiento de Caravaca, supone un hermoso homenaje a quien siempre recordó su lugar de nacimiento. El ensayo, en cuanto disposición para analizar el mundo, ha sido una constante de su escritura, de ahí que para comenzar mi intervención quiero recordar una anécdota clarificadora, y también, unas palabras de Miguel aparecidas en la prensa.

Esta es la anécdota que fácilmente puede ser elevada a categoría:

Cuenta Mercedes Rodríguez que el día en que conoció a Miguel Espinosa, ambos estaban en el café Santos, hoy desaparecido, que estuvo situado en las callejas que aún perviven junto a Platería. Ella, recién llegada a la Universidad de Murcia; él, en la mesa de enfrente, escribiendo. No era frecuente que en los años cincuenta, la mujer interpelase al hombre, pero, los cafés con tertulia literaria, eran como un espacio ajeno al mundo, isla en medio de un océano de mediocridad, de ahí que Mercedes se dijese: si ese hombre que escribe, formula pensamientos profundos, me interesa. Así que, sin más, se acercó a la mesa pidiéndole que le mostrase lo que había escrito y, Miguel, accedió. Debieron ser frases sustantivas, pues de aquel escrito nació una verdadera amistad. Desde ese momento, Mercedes Rodríguez, se convirtió en musa, contertulia, confidente, corresponsal, mecenas, siempre al otro lado del teléfono, y fue transmutada por Miguel como Azenaia Parzenós, amada del Eremita, en **Escuela de Mandarinés**; Juana enamorada de Daniel en **Tribada**;

Clotilde esposa de Camilo en **La fea burguesía**, y, sobre todo, constante presencia en la vida del escritor Miguel Espinosa.

Las palabras sobre Caravaca proceden de la entrevista que Ángel Medina, publicó en el diario **Línea** el 30 de abril de 1976, dicen así:

–*¿Qué piensas de Caravaca?*

–*Hay para mí dos Caravacas, por así decirlo; una que habita mi interior, o conjunto de recuerdos sobre el pasado, y otra que contemplo y veo, como ciudad. Hablar de la primera sería como analizar una parte de mi conciencia; hablar de la segunda resultaría ser como una descripción.*

Poco después el periodista alcanza el nudo de la entrevista y pregunta:

–*¿Qué piensas de lo local?*

–*Que es lo universal, siempre que en la descripción de su talante se sepa poner entre paréntesis lo simplemente actual e insignificante. Homero, Mateo Alemán, Cervantes, Balzac, Dickens, Gabriel Miró, Thomas Mann describieron sencillamente sucesos locales que en resumidas cuentas, son los únicos hechos.*

–*¿Qué opondrías, en esta concepción, a lo local?*

–*Lo internacional, que es lo irreal, lo vacío; nada hay, en efecto, más vacío que un gran hotel o un aeropuerto.*

–*¿Te gustaría escribir sobre Caravaca?*

–*Sí, mas no en cuanto Caravaca, sino en cuanto mundo. Hablar de Caravaca, o de cualquier lugar, de manera diferente, equivaldría a decir en falso.*

Tanto en la anécdota de Mercedes Rodríguez, como en esta entrevista, Miguel desnuda la apariencia que disfraza la realidad, y accede a lo esencial: Caravaca es el mundo. Esta concepción, opuesta a las modas, puede decirse que es poética y, por eso mismo, filosófica.

La existencia de Miguel Espinosa transcurrió en la cotidianidad de una pequeña capital de provincia con la que no compartió su escala de valores, voluntariamente se excluyó, incluyéndose así en lo que se ha conocido como exilio interior. Esta automarginación comprendió el rechazo por los modos convencionales de entender la narración, la renuncia a un trabajo sujeto a horario, y la impugnación de lo académico, entendido como mimo, saber vacío, mero teatro; negando jerarquías, escalafones y recompensas de ámbito oficial.

Escribía para entender las circunstancias que conforman los hechos, y su necesidad de ser comprendidos. He aquí su definición del bikini: *palmo de tela sobre la vulva*. No se trata sólo de una descripción, hay en ella una concepción ética del mundo, una realidad que nos remite al origen.

Este interés es una constante en su obra, de ahí que ahora nos preguntemos: ¿Qué puede importar para conocer a este escritor que en 1926 naciese, en este lugar al que llamamos Caravaca? Para un amante de la Historia como fue Miguel Espinosa, seguro que tuvo un profundo significado, Caravaca fue frontera con los musulmanes granadinos, encomendada primero a los templarios. Conocemos que esta ciudad poseía un convento de monjas y otro de frailes carmelitas, fundados por santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, respectivamente, y que, éste último, la visitó en repetidas ocasiones. Además es oportuno recordar que hubo un colegio de jesuitas, desaparecido tras su expulsión en el siglo XVIII.

Hay en estos datos elementos emblemáticos de la historia de España que, al mismo tiempo, son metáfora para exponer el proceso de creación, recuérdese que en griego moderno metáfora significa autobús, viajemos. Primero, la frontera, dos lenguas, dos culturas, dos religiones, también el proceso y riesgo que supone la escritura; segundo, los templarios, seducción y misterio; Santa Teresa y su reforma; San Juan, pájaro solitario, o el rigor poético en estado de éxtasis, por último, los jesuitas, sol y sombra de la inteligencia.

Este podría ser el sustrato sobre el que se asienta. Por otra parte, se suele decir que nuestra patria es la infancia, cuando sin ser conscientes entramos en contacto con el mundo, nuestras impresiones, nuestras palabras, son el aire, la lluvia, la luz, las plantas, los animales, el frío y el calor primeros, los que conforman nuestra experiencia, nuestra manera de habitar el mundo. En **Asklepios**, libro de iniciación semejante a **Platero** o **Los alimentos terrestres**, aparece el niño, y cabe pensar que ese niño que siente frío en las rodillas, percibe sus primeros olores, sus primeros sabores, ese niño está situado aquí, seguramente ha compartido con muchos de nosotros todo eso que hoy está a punto de desaparecer y que podría caber en la experiencia que referimos cuando hablamos de nuestro pueblo.

En el año treinta y cinco, la familia, se traslada a Murcia. Espinosa, tras la guerra, concluye el bachillerato en el colegio de los Maristas y comienza sus estudios en la facultad de Derecho de la Universidad de Murcia. La muerte de su padre en el cuarenta y tres, marca definitivamente su vida, ya que afecta a la familia, a sus estudios y a su trabajo.

España acaba de salir de una guerra incivil y las heridas permanecen abiertas. La cárcel, cuando no algo peor; el exilio real o interior, y, sobre todo, el miedo a hablar, el miedo a recordar, imponen un silencio oscuro. Los vencedores definen el mundo, los medios sacralizan la figura del Jefe del Estado.

¿Cómo ve esta realidad? Espinosa se distancia y con humor advierte que la retórica, ritos, uniformes y mucetas, palidecen con los años; se convierte en espectador del gran teatro del mundo.

En Murcia hasta finales de los cincuenta, el paisaje urbano se mantiene estable, a partir de esa fecha comienzan a desaparecer los terrados y palomares, los pequeños huertos interiores con palmera. La década de los sesenta con nuevas calles y construcciones en altura, arruinan su aire pintoresco y romántico. Se crean nuevos institutos de Enseñanza Media, cuyos alumnos aumentarán espectacularmente el número de universitarios. El turismo llega masivamente a nuestras costas y se arrasan paisajes vírgenes. Se perciben ciertos ecos del mayo del sesenta y ocho y algo comienza a cambiar.

En los setenta la ciudad desplaza su centro, así tras haber permanecido durante siglos al pie de la catedral, ahora se traslada con los grandes almacenes. El espacio, como una metáfora visible, muestra los cambios habidos, muerte de Franco y Transición. La secularización sucede a la sacralización.

Entre tanto, Espinosa, escribe y medita. Se rebela contra la sociedad de consumo, ya sea de ideas o de productos. Rechaza la existencia de un mundo que no le permita opinar.

Era curioso de existencias, no de lugares, entendía que, el viaje, no implicaba necesariamente conocimientos. Pessoa en el **Libro del desasosiego**, declara algo que habría suscrito Miguel, dice así: *¿Viajar?, para viajar basta con existir. Voy de un día a otro como de estación en estación, en el tren de mi cuerpo, o de mi destino...La vida es lo que hacemos de ella. Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos.*

Hasta su muerte en 1982, ejercerá diversos trabajos, todos están al margen de su ocupación intelectual.

Durante diez años tuve ocasión de tratar a Miguel, era hombre de costumbres, como el que a diario acude a un jardín y gusta siempre de sentarse en el mismo

banco, desde el que ve pasar las estaciones, sin que en ello encuentre el tedio de la repetición.

Ahora me propongo para acercar su figura, contar lo que hacía durante unas horas, que equivalen al resumen de muchos días. Si la vida se viviera fuera del tiempo, sería una e inmutable, como no es así, se trata de una posibilidad que se multiplica en posibilidades, y lo que voy a relatar podría ser una de ellas.

Hay muy pocas fotos de Miguel, en todas podemos descubrir su mirada profunda y melancólica, sin embargo, en mi recuerdo predomina una sonrisa comprensiva y continua.

La primera vez que nos encontramos fue el día en que mataron a Carrero Blanco, hacía unos días que había leído mecanografiadas unas páginas de **Escuela de Mandarines**, gracias a José López Martí. Aquella tarde aún hubo cine en Murcia, una primera sesión a la que asistimos mi mujer y yo, donde se proyectaba **El espíritu de La colmena**, excelente símbolo que el día iba completando, poco después, mientras paseábamos en una ciudad casi desierta, encontramos a Miguel y a López Martí, ambos vestían con abrigo azul marino, ambos representaban la misma edad, dijimos que Miguel nos parecía más joven y le agradó.

Aunque nos veíamos a menudo, no solíamos concertar las citas. Es sabido que hay en la ciudad una lógica para encontrarse y otra para perderse; la primera siempre nos fue propicia.

Voy a hablar de una mañana que para Miguel está a punto de empezar... En el bulevar Alfonso X, hay gentes que pasean, son pocas, mientras presurosos, los más, acuden a sus tareas. Los niños están en los colegios. La serenidad de las once ocupa las aceras.

A lo lejos veo la espalda de un hombre que camina lento, lo estoy contemplando entre los plátanos de la avenida. El día es luminoso, corresponde a un otoño que aún no ha desprendido las hojas de los árboles, sin duda es Miguel ese hombre que descubro.

Hace sólo unos minutos que ha salido de su casa. Miguel, que ha habitado diferentes calles y barrios, vive ahora en un piso de la calle Muñoz Grandes, número 10, hoy Avenida de la Constitución. La calle es amplia y une dos plazas. En la más próxima hay una fuente. La casa es modesta.

Este es su despacho: una mesa, y sobre la mesa el teléfono y útiles de escribir, perfectamente alineados. En una pequeña estantería hay libros de historia y de filo-

sofía; entre los textos clásicos figuran en excelente edición el **Quijote** y **Castilla** de Azorín. Junto a la mesa, su máquina de escribir, una Olivetti-86. José López Martí, lo calificó de celda. Miguel acaba de leer este texto:

Lo primero que se encuentra al entrar en la casa –lo ha contado el autor del Lazarillo– es un patizuelo empedrado de menudos y blancos guijarros. Las paredes son blancas, encaladas. Al fondo hay una puertecilla. Franqueadla.

Nada hay de extraordinario en este cuento, el autor nos conduce, nos invita a ver, asistimos al nacimiento de esta realidad que son las palabras: ¡franqueadlas!

Miguel gusta de Azorín ese su nombrar las pequeñas cosas, pero y ¿las grandes? La escritura no entiende de tamaños, no es la extensión, sino la intensidad lo que se propone.

El que camina detrás no percibe ningún gesto de agitación, ningún tic característico, toda su espalda, todo su cuerpo, están ocupados en sostener la cabeza, y se concentran en su cuello proporcionado. Se diría que es una cabeza normal, de pelo oscuro y bien cortado, la cabeza de un hombre joven, entre treinta y treinta y cinco años.

He preferido no llamar su atención, quiero recordar lo que veo e incluirme yo mismo en este recuerdo.

Se encuentra ya a la altura de las Claras, a punto de alcanzar la acera del colegio, su andar es lento. Miguel se ha detenido, extrae del bolsillo un papel, comprueba algo y, de nuevo, continúa su camino.

Una vez que se halla en la puerta de Santo Domingo, dirige sus pasos a Mi Bar, que más tarde sería Novecento. Este local está en la Trapería, calle que semeja una plaza, donde siempre que se pasa se pasea, podría decirse que es posible escribir toda la historia de Murcia a partir de esta calle.

Pasa la puerta y, la algarabía del café en la mañana, lo salpica, como si traspasar el umbral, equivaliera a pisar un charco. Toma asiento, pide un café y la prensa. Al poco lo sorprendemos abstraído ¿en alguna noticia?, pudiera ser, y es que bastan unas líneas para que su imaginación comience a discurrir, basta una fotografía para que el mundo se convierta en espectáculo.

Sobre la mesa hay un paquete de tabaco, cerillas y un cenicero. Toma el paquete, es blanco y azul cubierto de celofán, extrae un cigarrillo, lo golpea sobre el mármol con objeto de que se aprieten las hebras, vuelve a colocar el cigarrillo en su boca, mira en torno, pasa presionando la cerilla sobre la caja y ahora, una vez encendido, con placer aspira el humo. Así lentamente pasan los minutos.

Vuelve al periódico..., alza la mirada y descubre, en el que entra, al amigo. El recién llegado se sienta frente a Miguel, apenas hablan, sólo se miran, sonríen como si recordaran. Ambos parece que reflexionan.

Llevan años hablando sobre unas pocas personas para las que diariamente componen diálogos de los que comentan cada palabra. Aunque los sujetos elegidos se mueven por las calles de Murcia, aunque poseen nombres y apellidos, lo que dicen no corresponde a su realidad y, sin embargo, todo es real, mucho más real que la propia realidad desorientada, que éstos viven. Alguno de aquellos nombres, al principio no me eran familiares, por lo que llegue a sospechar que serían mera invención, así me ocurrió con su hijo Juan, al que solía citar como autoridad, mi sorpresa fue, cuando un día se me apareció, en carne y hueso, quien siempre había creído figura de ficción.

¿Por qué lo que dice se pone en boca de otros, y éstos, a su vez, remiten a dichos de los que otros han sido testigos? El que oye no sabe si estamos en presencia de un solista, que pronuncia toda la verdad, de ahí esa polifonía; o nos hallamos ante un coro cuya salmodia es percibida, como si de un solo intérprete se tratara.

¿Qué clase de simulación es esta en la que, hombres y mujeres, son presentados con sus nombres, de modo que cuando aparece José López Martí, se trata de un José López Martí, real, amigo y contertulio de Miguel. ¿La persona se transforma en personaje? ¿La realidad deviene ficción?, o bien ¿esta realidad, remite a otra realidad?

¿Por qué los nombres verdaderos? Quizá pensaba que pasados unos años, las personas pertenecen a la intrahistoria, tal como en las viejas fotografías todos nuestros antepasados se parecen.

Perseguía Miguel nombrar la realidad hasta que se convirtiera en símbolo. Para ello recorría un proceso que podría tener estos pasos: 1º calle, 2º café, 3º amigos, y 4º Mercedes Rodríguez o José López Martí. Lo que se cuenta se va desnudando de modo que, cuando llega al cuarto nivel, la frase ya ha sido acuñada, de modo que posee un valor en sí. La palabra ya está en boca de alguien, sucede por necesidad, como comentaría el mismo José López Martí: *El mundo es lo que se dice, no lo que se habla.*

Miguel constantemente preguntaba y lo hacía para conformar el mundo como expectación, no se conformaba con su mudez. También los niños y los periodistas preguntan, ¿cuál es la diferencia? El niño pregunta porque desconoce, cada una de sus preguntas equivale a la llave que le permite el acceso al mundo. El periodista pregunta como si fuera un niño, y el que responde le muestra su mundillo, ¿por qué

pregunta, Miguel? Es probable que no le interese ni este mundo, ni los mundillos, lo hace para sentir de nuevo que la respuesta es posible, para encontrarse *en el seno del silencio*.

Tiene Mi Bar dos grandes vanos, a modo de escaparates o peceras, desde donde el cliente distraído puede contemplar la calle. He dicho tiene porque aunque la cafetería ha desaparecido, la inmobiliaria que actualmente ocupa su lugar, signo de los tiempos, aún permite recordarlos. Mirar se convierte así en un ejercicio del que es muy difícil apartarse. Lo que se ve, concuerda muy bien con la provincia y, en consecuencia, con el ejercicio novelesco.

Miguel rechazaba la cita o lo libresco, recuérdese que El Eremita, protagonista de **Escuela de Mandarinés**, como Cristo, desconoce la escritura, así para contar algo, primero nos sitúa, describe el lugar, después por medio de gestos y notas interpretativas, crea el ambiente, que equivale al coro. Luego aparece el solista que suma comparaciones, abre expectativas, de nuevo subraya y repite: ¡Es importante!, abruma con una técnica detallista. Y, al fin, llega la anécdota, que ya no es, pues, trascendida por la estética, se muestra como parte del mundo.

Este rito interpretativo confundía a algunos oyentes, creían que siempre se estaba hablando de lo mismo, por lo que, aburridos, se marchaban, no gozaban con la extrañeza ante lo cotidiano. Creo que era la necesidad de ver resuelto algo, como en las novelas de intriga, lo que les impedía continuar. Allí no pasaba nada.

En efecto, no pasaba nada, puesto que todo quedaba. Una tertulia no es un seminario. En el seminario, una vez que se han elegido las semillas, una vez que ha comenzado la germinación, todo se dirige a un único fin: los juicios son interesados. Una tertulia, por el contrario, no puede sustraerse a la vida, la tertulia siempre tiene una ventana abierta.

Puede ocurrir que alguien se asome y, desde esa ventana, vea el mundo y diga: –Atraviesa la calle fulano, parece que lleva prisa, o bien, alguien acaba de entrar en la tienda de enfrente. Puede que, como la ventana está a la altura de la calle, un conocido al pasar se detenga, salude, pregunte o traiga alguna noticia.

Uno va buscando donde encontrarse y hay espacios que lo facilitan, así sucede con el monje en la soledad de su celda, en el paseo por el huerto del monasterio o bajo el claustro.

La calle era el lugar de Miguel. La calle, con unas ventanas que miran a otras. La puerta que se abre, la mirada que descubrimos, las múltiples voces, el paseante. La

ciudad es la calle y la calle es la memoria insuficiente de los hombres que han sido en la ciudad. Miguel era un intelectual de intemperie, quiero decir, expuesto, no protegido por su estatus social o por el prestigio académico.

Miguel aspiraba a la frase acuñada, aquella que como moneda tendría valor independiente, porque partía de esta hipótesis: podría ocurrir que se perdiera todo, libros, historia, mundo, y que sólo quedara una frase, como una calle, ese conjunto de palabras debiera tener sentido, de modo que desde esa frase fuese posible iniciar la reconstrucción del mundo, de su historia y del libro donde había ocurrido.

A menudo, hablábamos de la sentencia y el aforismo, ese equipo portátil que permite viajar sin que cobren exceso de equipaje. A veces, Miguel, extrae un cuaderno donde anota lo que alguien ha dicho, el interlocutor se esfuerza por organizar su pensamiento que pasa literalmente a la página.

De la tertulia alguien se levanta y comienza la despedida. Miguel es el último, se dirigirá con sus maneras lentas hacia la puerta, se despide del camarero e inicia el camino de su casa. Aún es posible que encuentre otro conocido, trate con él una cuestión repetida, que quedará suspendida cuando se alejen, porque las historias no se terminan, sólo se interrumpen.

¿Qué hace Miguel en su casa? Escribe, o mejor transcribe, de modo que lo que ya ha sido formulado se convierte en página. Ha tardado muchos años en perfeccionar **Escuela de Mandarines**. Ahora compone un libro nuevo, Miguel no dice novela, sino libro, en este término encuentra más libertad, un libro está formado por un haz de páginas que recogen el trabajo de un tiempo. Cuando escribe a mano su gráfica semeja una sólida edificación, a menudo parece una torre que se hubiera levantado con ladrillos, cada letra mantiene su independencia, aparecen juntas, no ligadas; sólo la letra E dispone de dos versiones, a veces la A se abre sin que llegue a perder su carácter. Cuando escribe a máquina, el trabajo resulta impecable, basta un pequeño error, para que rehaga la página. La primera edición podría presentarse mecanografiada por su mano. Redacta de modo que cada frase tenga sentido, densa como un verso, frase isla.

A veces se detiene y toma un libro, lee despacio, como si cada palabra contuviera su propio argumento, oye el ruido de la calle, contempla la luz del poniente que tiñe de rojo la pared blanca. Suena el teléfono y se oye una voz femenina...

Esta tarde Miguel irá al Rincón de Pepe. Allí permanece varias horas sentado en un rincón del recibidor del hotel, junto a una mesita donde puede verse un café y el paquete de cigarrillos, a veces un vaso de licor.

¿Por qué elige los hoteles? Quizá porque en ellos desaparece el tedio de lo conocido. Lo provinciano no es el páramo del saber, por el contrario en estas pequeñas capitales hay eruditos que lo han dicho todo, y que es necesario repetir para alcanzar la estimación debida. Ciertamente que, Miguel, busca otra cosa, quiere dar respuesta a quien en solitario, ajeno a la tradición local, se dice: aún el mundo no está hecho.

Un mundo que no está hecho, sólo puede ocurrir en la mente. Y para conocerlo se necesita otro lenguaje. Supo por experiencia que no existe relación entre el objeto y su denominación. Ocurrió entonces que, al nombrar, vio de nuevo, y vio más. Así, a medida que hablaba, se iban haciendo visibles zonas, que siempre habían estado en sombra, el iceberg mostraba su cara oculta. Eran los mismos sucesos, bañados por otra luz, que no atendía a las apariencias. Su literatura aun sin pretenderlo, venía a ser crítica y lo era por el componente ético de su estilo, enunciar la realidad comprendía el compromiso de restaurar la semántica.

Desde su lugar en el hotel, Miguel veía a los viajeros conversar entre ellos, y cómo sus palabras producían una música extraña. Habían llegado para hacer negocios en la ciudad, por esta razón cualquier otra cosa les era indiferente. Este agnosticismo respecto a las tradiciones locales indignaba a los eruditos. Miguel creía, como los viajeros, que sólo hay una manera de ser local y esta consiste en hacer negocios con el mundo. Tiene el negocio la pureza del pacto, esta asepsia es envidiable en un mundo de naturaleza impura.

La página se parece a este tipo de pacto, el escritor pone en ella tanto como puede decir, esto es, tanto como las reglas, que ha elegido, le permiten. Pero en la escritura hay también misterio, y el misterio resulta de la misma aplicación rigurosa de las reglas. Consiste en esa puerta abierta por la que el lector puede entrar. El texto debe ser como una mujer que siempre atrae.

Miguel bebe pausadamente, paladeando, como si con cada trago tomase contacto con la esencia, disfrutando más con la idea misma, que con el encuentro del sabor nuevo y repetido. Mira en torno, descubre la provisionalidad de los objetos, que no convocan hogar estable, sino tienda del que viaja, y se reconoce en su interinidad, ermitaño y viajero, clandestino entre los hombres.

Cuando sale a la calle comprueba que sigue en Murcia, a las nueve el aire aún es tibio, una ligera brisa, endulza la ciudad, Miguel quizá tome asiento en la terraza de una cafetería, encontrará algún amigo, la charla proseguirá donde había quedado suspendida. Ahora entre los interlocutores es frecuente que haya mujeres.

Más tarde, como testigos de la noche, por las calles desiertas, continuarán el diálogo, Miguel y López Martí. La ciudad a esa hora tiene un tinte de irrealidad que hace más verdadero aquello que se dice, la noche convierte a Murcia en el mundo, sólo algún barrendero, algún trasnochador, suceden como aviso de la mañana, que traerá el día siguiente. Mientras la ciudad duerme, también los jóvenes duermen, los portales de las iglesias, las estrechas calles, las plazas parecen dialogar entre sí. Miguel y López Martí, ambos con sus maneras lentas, se convierten en los únicos habitantes de la noche.



Miguel Espinosa en el Museo del Prado, 5 de julio de 1948

VEINTICINCO AÑOS DE MIGUEL ESPINOSA

Con el tiempo nuestros muertos se van haciendo transparentes y, a su través, descubrimos un mundo, quizá más extenso, pero no tan intenso como el que fue, cuando nos acompañaron. Un mundo, donde ahora crece el silencio en forma de vacío y se instala en el recuerdo, como esas plantas que, por impulso de la naturaleza sin que nadie las cultive, aparecen cada primavera, con más color si las lluvias han sido abundantes.

El día uno de abril, se cumplen veinticinco años de la muerte de Miguel Espinosa, no de su desaparición, porque él quiso quedar en sus escritos y, a su voluntad de hombre unió su voluntad de estilo, esa otra permanencia que supera el tiempo al que nos ajusta la vida.

Tiene el estilo de Miguel una peculiaridad: en lo mínimo lo máximo, porque aspira a ser palabra de todos. Si lo comparamos con la imagen, podría decirse que no le tienta el temblor lírico de la acuarela, ni la profundidad del óleo, tiende a la luz y a la sombra, consustanciales en el grabado, al proceso misterioso del aguafuerte.

Miguel, como Dante, recorrió ese camino del que nunca se vuelve, aunque estuviese con nosotros, y descendió al singular infierno de la vida española, y en él supo de la convivencia que estimó como el mayor de los males. Había descubierto que infierno y gloria son para el escritor una misma cosa, pues su misión es dar cuenta por su palabra de lo que ha visto, y encontró en ella el único espacio donde es posi-

ble la esperanza, porque para el que escribe no hay otra experiencia. Trató de hallar ese estado de gracia donde todo puede ser dicho, y lo logró

Sus textos pulsan casi todos los géneros y, en todos, la densidad de su pensamiento, la excelencia de su exposición, ha dado lugar a que la crítica estime el ensayo como la raíz en la que se asientan. Si el ensayo consiste en la búsqueda de la voz frente al eco, sus obras son ensayo.

Claro que, también podría ser la poesía, si es en ella donde celebramos el encuentro con lo originario, pues por Miguel asistimos a ese instante en el que las cosas pierden su mudez y alcanzan el logos.

Sin embargo, lo que dice, siempre lo pone en boca de alguien, situado en un contexto concreto, esto es, arrojado a la sociedad y, sus personajes, víctimas o verdugos, mantienen plena lucidez, nunca son presa de la irracionalidad. Esta conflictividad con el medio garantiza la narración.

A veces, su voz se hace privada y se expone como correspondencia, cierra así el ciclo que en Murcia comenzó con Juan Guerrero Ruiz, Ramón Gaya, y Carlos Ruiz-Funes.

Su primera obra publicada fue *Reflexiones sobre Norteamérica*, 1957, en la Revista de Occidente, bajo el título *Las grandes etapas de la historia americana*, ensayo sobre la aparición de ese país. Así se inicia este libro: *La Historia comienza cuando un día sucede a otro día, es decir, cuando el hombre se revela como animal de memoria. En la escala que va de la materia al espíritu no hay otro ser de memoria que la persona humana; por eso no existe tampoco otro ente de sustancia histórica...*

Durante los años sesenta compone *Asklepios*, edición póstuma de 1985, libro en el que se narra la historia de un hombre exiliado en el tiempo y el espacio, donde asistimos a la formación del escritor, al asombro como condición y a la necesidad de decir con verdad y belleza. Estas son sus primeras palabras:

Me llamo Asklepios, y de tarde en tarde tomo la pluma para confesarme, lo cual hago por cumplir la necesidad de experimentarme verdadero, como ordenó Demócrito.

Amo la comparecencia de todas las cosas, grandes y pequeñas, en la Tierra, entre la Tierra y el Sol, y más allá del Sol, existentes. Busco lo originario, y detesto indagar el fin de cuanto está ahí y permanece, bastando a mi razón el postulado que muestra el hecho...

Sucede después, *Escuela de Mandarines*, 1974, premio Ciudad de Barcelona, obra de madurez, elaborada durante dieciocho años, de la que se conserva una primera versión titulada *Historia del Eremita*. Libro complejo, en el que están presentes los distintos géneros, trata de un hombre que se ve impulsado a denunciar todo tipo de opresión y a decir la verdad, muchos han visto en él una denuncia de la corrupción del poder, algunos al hombre debatiéndose entre la necesidad y la verdad, todos, que este mundo se sostiene por la complejidad del lenguaje. Comienza con estas palabras:

Hace milenios de milenios existía un famoso Estado, llamado Feliz Gobernación, aunque, en verdad, la dicha sólo pertenecía a unos pocos, como descubrirá quien prosiga leyendo...

Y llegamos a *La tríbada falsaria*, 1980, y *La tríbada confusa*, 1984, hasta dar con *Tríbada, Theologiae Tractatus*, 1987, donde se presentan en edición conjunta tal como había sido voluntad de su autor. Trata de un estudio de almas, presentadas en su misma ultimidad. El suceso que origina la obra es este: Damiana abandona a Daniel, su amante, y lo sustituye por Lucía. El hecho lésbico tiene sólo un valor coyuntural, lo que importa es el vacío, la persona vaciada y convertida en máscara, en mimo de sí misma. Leamos:

<<No creo en Dios>>-dice Damiana Palacios, boticaria de cuarenta años. Y habla sin gravedad, entusiasmo ni arrojó. Más que la expresión de una convicción, la afirmación revela una manera de estar en el mundo; equivale a manifestar: <<La cuestión de la existencia divina no me interesa>>.

Su último texto publicado, *La fea burguesía*, Alfaguara, 1990, muestra una sociedad en la que el misterio, la divinidad, lo particular, el lirismo, están ausentes. El protagonista, Godínez, triste empleadillo, revela su asombro ante una sociedad en la que la cantidad sucede como calidad. Elijo este texto:

Dentro de unas horas Mariano hablará de sus obras, y yo asentiré; brindaré por ellas, abismado en la fe. ¡Nunca nos vencerás, Gódínez, con tus libros!, pues habitamos un mundo que no puedes pisar. la irrealidad de lo que somos y la realidad de lo que bebemos, comemos y gozamos. Busca esta noche el restaurante más famoso de la ciudad, mira tras las ventanas, si te dejan, y me hallarás sentado con el ilustre, ante una mesa de flores, al tiempo que la mano del camarero sirve con lentitud un vino rosado. Y si alguna vez devinieras famoso, ofrecería otro homenaje a Mariano, como especialista en tu obra; empero, no te permitiría asomar siquiera la nariz. ¿Habría yo de cenar contigo? Y ¿para qué?, dime: ¿para qué

Desde *Asklepios* a *La fea burguesía*, Miguel Espinosa es el mismo, una voz diferente, que se esfuerza por volver a unir pensamiento y poesía. Espinosa interpretó el mundo, la obra es su visión, por ello la enigmática claridad que sus escritos emanan. El lector se ve sorprendido porque descubre que estas páginas pueden llegar a ser la crónica perfecta de su tiempo y como muestran al hombre en su desnudez, sostenido por su palabra, es trasladado a la actualidad de lo clásico.

Ocurre que los sucesos y los lugares se han transformado en símbolo, o en mito, como gustaba de decir Miguel. Y todo mito, conviene recordar, es superior al conjunto de las interpretaciones. Narración para Espinosa equivalía a alumbramiento.

Han pasado veinticinco años, *La fea burguesía*, ha sido traducida al holandés y al serbocroata, *Tribada*, al francés y, muy pronto, aparecerá *Escuela de Mandarines* en ruso. Sus ediciones en España se han multiplicado. Miguel, transparente, desde alguna parte sonríe.

Objetivo de estos trabajos dedicados a Miguel Espinosa

Hacer visible la figura de Miguel Espinosa en Murcia. Su capacidad de observación, el paseo como método, su visión crítica, la frase lapidaria, el sentido de la tertulia.

Anotaciones didácticas

Una manera de aproximar la figura de Miguel es abrir un itinerario que muestre su presencia en Murcia. De los distintos lugares que habitó voy a elegir el último, el piso de la Avenida de la Constitución, núm. 10, su recorrido por el bulevar Alfonso X, plaza de Santo Domingo, cafetería Novecento, antes Mi Bar, en Trapería, Hotel Rincón de Pepe, Bar Santos.

Consciente de la dificultad que supone hacer visible su figura, sugiero que se elija a cualquiera de los que entre treinta y cincuenta años se encuentren durante el paseo, se le atribuya una historia, unos pensamientos, unos amigos, alguna frase que lo caracterice, los pequeños trabajos que realiza y la autoría de algunos libros.

Dado que Miguel no tenía inconveniente alguno en hablar a los alumnos, tal como lo hizo en el Instituto de Molina de Segura, esa actitud lo convierte en alguien que puede ser abordado en medio de la calle. Aproxima mucho a su talante el calificativo de intelectual de intemperie, utilizado por Juan Ramón Jiménez para definir al intelectual auténtico.

El profesor puede elegir algunos fragmentos o frases y que los alumnos comenten.

Disponemos de un DVD, dirigido por Primitivo Pérez.



Francisco Sánchez Bautista

TIEMPO Y ESPACIO EN FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA

Voy a contar algunas cosas que tratan sobre Francisco Sánchez Bautista. No es fácil hablar de un poeta, y más si es amigo, porque el verso o el poema que hemos admirado parece que sale de la boca con toda naturalidad, como el agua de la fuente, y así, al recobrar la palabra su ser originario, vuelve al anonimato, se funde en el aire con la realidad misma, y ya no es, sino claro misterio, árbol, pájaro, río o mar que habitan la pagina. Un misterio no puede ser develado, pero sí puede ser localizado. Trataré del espacio y el tiempo, con algunas licencias.

Era Murcia una ciudad pequeña, con pequeñas plazas, y pequeñas calles, dos Institutos, uno masculino y otro femenino, más Colegios privados, Escuelas de Magisterio y Comercio, dos Seminarios, Mayor y Menor, y una Universidad que apenas rebasaba los quinientos alumnos. El río conservaba como un viejo sus meandros, pero el agua y los peces eran verdad; había, recordarán ustedes, una isla para los sueños escolares, cuyo nombre, de las Ratas, tenían aún resonancias bucólicas, ¡quién lo diría!

En ese tiempo, huerta y ciudad, eran una misma cosa, así la recuerdo todavía en los años cincuenta, con palmeras que se alzaban sobre los tejados, sombras que sabían a árbol y acequia. La ciudad dormía aún un sueño pacífico, decimonónico, alejada del americano, de modo que el paso al arrabal era un camino de tierra, bordeado

de acequias, cañaverales y huertos de exacta geometría. Las carreteras seстеaban a la sombra de gigantescos plátanos, y casi todos acudían al trabajo en bicicleta.

Claro que el paisaje puede ser una hermosa mentira, y todo lo que la tierra une, el hombre lo separa, por esta razón, nacer en la ciudad o en la huerta marcaban de diferente manera: el huertano conservaba cierto sentido de casta, algo así como el héroe villano de nuestra comedia, mientras el otro, su sonrisa, como una capa de hidalgo, mantenía las distancias.

A un paso de esta ciudad-huerta, en el Llano de Brujas, con resonancia a aquellare, pero en realidad inocente arena para el reloj del tiempo, tiene casa, hermanos y amigos, Francisco Sánchez Bautista, que gusta hablar con los vecinos, especialmente los viejos, que lee y escribe a contrapelo, porque es un tiempo en que entender la realidad es descubrir la angustia, la injusticia, la soledad y, por tanto, supone tomar partido por los unos o los otros.

Son tiempos difíciles para la poesía, y aún más difíciles para los poetas, porque un poeta es un ser impelido a decir y no puede callar. Son tiempos de censura, y sobre todo de autocensura, ésta que podría ser ejercicio de disciplina, contención y silencio necesarios, aquí no es sino torpeza que castra, porque es un tiempo con palabras marcadas.

Un hombre es hijo de su tiempo, y la escuela de Sánchez Bautista fue la República, una escuela como un juego, que aumentó el paraíso de su infancia, una arcadía que, sin duda, hemos perdido, pero que algún día fue suya.

Acerquémonos al hombre y pensemos en su nombre, el nombre propio es una leyenda que nunca cesa y, sobre todo, compromete. ¿Qué descubrimos?, empecemos por Bautista, rememora al que zambulle y da nombre, devuelve la gracia, borra el pasado muerto y da nueva vida. Pasemos a Francisco, que trae sabor de naturaleza, aire abierto, amor al hermano y a la tierra, al sol, al agua. Entremos en Sánchez, hijo de Sancho, de ahí que Francisco vida, Sánchez historia, se funden en Bautista. Un nombre no es otra cosa que una misión, la misión de Francisco Sánchez Bautista era la poesía.

Estos versos de Juan Ramón precisan su talante, anuncian el que ha de ser: *Hombres en flor –corbatas variadas, primores/ de domingo-; ¿mi alma qué es para vuestro traje?/ Jueces de paz, Peritos agrícolas, Doctores: / perdonad a este humilde ruiseñor del paisaje.*

Hay oficios que parecen hechos para esas vocaciones, así nunca mejor aprendizaje para el poeta Sánchez Bautista que su empleo, el cartero tienen algo de Prometeo. Comienza su profesión en Barcelona, y descubre el paraíso de los libros de saldo, se traslada a Fortuna y dispone de la llave de la Biblioteca, allí goza del placer de los clásicos. Al mismo tiempo, la observación, el saber no aprendido, el vuelo de las aves, sus nidos, el canto, los sabores.

Entre tanto conviene detenernos en lo que trata a diario, la correspondencia, por la que sabe del origen y el destino, ¿qué es una carta?, género privado por excelencia, será el reducto último de la verdad, y es que la carta era en esos años una muestra completa de la realidad de España: éxodo del campo a la ciudad, analfabetismo, exilio político y económico.

Contrastemos ahora dos paisajes, detengámonos en su pueblo, un llano continuamente fértil, carriles, acequias, brazales, tierras morenas y comparemos con las ramblas, tierras blancas y la greda de Fortuna, y se nos ofrece con dialéctica precisa el marco para sus reflexiones.

¿Pero, la tierra habla? La naturaleza es muda y comienza su diálogo con el hombre cuando se transforma en paisaje, dice el poeta: *Si el campo hablara, si dijera el campo...* Más adelante, como en una acotación escénica entre paréntesis: *(Pero el campo es mudo en apariencia...*

Lo es sólo en apariencia, porque el campo dicta su lección a quien lo ama. De modo que se puede afirmar que el paisaje siempre es interior, resulta de un querer ver y, al mismo tiempo, sagrada realidad.

Sánchez Bautista ha aprendido de la granada, piel áspera y pobre que sólo cuando se abre, revela su riqueza prismática. Este contraste nos ayudará a comprender su poesía: en el plano temático, la atención al tiempo, hecho historia o curso biológico; la pobreza de la tierra, la escasez del agua que suele ir acompañada de otras miserias morales. En su actitud, se debate entre contemplación y acción, y en el plano expresivo conjuga tradición y originalidad. No ha sido Sánchez Bautista un vanguardista estridente, sino que, paciente, ha compuesto casi todos los metros, tiene su verso el cuento y el sonido de los pasos.

La poesía viene a decir María Zambrano es la respuesta a una pregunta que aún no ha sido formulada, lo que implica temporalidad, pues, si damos con la pregunta, todo se revela ya en ella. Desde el principio, la pregunta es el misterio, la pregunta de Francisco Sánchez Bautista, lleva un ramo de olivo en la mano, dice el poeta: – *Dime, ¿tú que tienes/ corazón absorto?/ – Yo tengo un avaro/ amor por lo hermoso.*

El poeta es la memoria de un pueblo y en su canto comprende cosas que él mismo desconoce. Durante siglos la tierra ha sido madre, mito, símbolo, testimonio no escrito. Si formulamos la pregunta ¿qué ha sido la tierra para Sánchez Bautista? Puede responderse que la tierra es la única verdad, y en ella la belleza, el espíritu, el saber están depositados, a ella volvemos siempre, por ella, como Anteo, recobramos nuestra fuerza, así declara el poeta: *Camino yo buscándole a mi huerta/ su castísimo espíritu escondido...*

Si a ello agregamos su conciencia de clase: *y es que somos de viva/ tierra dignificada*. Observaremos que constantemente se procede desde una afirmación, su búsqueda no implica desconocimiento, sino que persigue una identidad que le es propia, no lucha por ser, sino para que lo dejen ser, porque su gente tuvo el paraíso y lo conserva en la palabra, leamos: *Por eso, padre mío, / cuando hablo, o cuando hablas,/ una frutal aurora/ nace en nuestras palabras...*

Esa edad dorada, durante años, es España, búsqueda de la solidaridad, retórica patriótica que no hay que confundir con la oficial, así frente a la España elegida y victoriosa que predicán, propone la agónica, la enferma, la infortunada, trágica, triste, sedienta, pedregosa.

Sánchez Bautista se sitúa junto al campesino, más que nadie hombre de la tierra, testimonia la entrada en un mundo que rigen otros principios económicos, lamenta la desertización y el abandono de los campos, pero más que eso lo que en el fondo denuncia es la pérdida de su cultura, la pérdida de su razón de ser. En definitiva, denuncia del movimiento migratorio más importante acaecido en este siglo.

Pero esta identidad que se transforma en búsqueda no conduce a un plácido encuentro, su canto, siempre elegía, y las imágenes no son otra cosa que angustiada visión del mundo, así lo dijo Miguel Espinosa: *La metáfora alberga la angustia irresoluble de la libertad, patentizada como posibilidad de trocar los seres y combinarlos en interminables conjunciones*. Discurso que concluye de modo irrefutable: *Los versos de Sánchez Bautista son desesperación...*

Y, en efecto, lo son, porque el poeta ha perdido el paraíso de su infancia. Y la vuelta, el conocimiento del mismo sólo se puede lograr por vía negativa, de ahí su elección de tierras pobres, calcinadas, que muestran su primera geología. Es aquí en Fortuna donde va a descubrir, por contraste, la tierra desnuda, la tierra esencial, donde el hombre dialoga con el planeta, descubre el principio.

Este encuentro podría interpretarse de este modo: si los del 98 eligieron como tema Castilla, descubriendo en ella la esencia de España y su mundo, Sánchez

Bautista va a elegir las tierras secas de Fortuna, ya en el nombre está la paradoja, para dar con el sustrato imprescindible y para ello sigue procedimientos muy semejantes: *Yo aprendí con amor a caminarla/ y a descifrar su viva contextura*. Como en ellos, a mayor dolor, mayor conocimiento: *El dolor fue el principio de mi ciencia*.

No es caprichosa esta aproximación al 98, ni creo que esté sólo sugerida por la presencia de Machado y Medina, la atención al paisaje y sus gentes, o su práctica durante años de una poesía comprometida, permítaseme insistir, sobre todo, si se piensa que el siglo XX ha cabalgado sobre la falsilla del XIX, y está a punto de cerrarse el ciclo, de modo que hubo otro veintisiete, otro 36, unos años sesenta, preñados de futuro, más luego la Restauración y estamos al borde de un nuevo noventa y ocho.

Asomémonos al futuro inmediato y veremos similitudes, apliquemos no ya el ojo, sino el oído, hasta nosotros llegan palabras tales como regeneración, rearme ético, amor desesperado a la naturaleza, especialmente este año que parece que fuego hubiera hecho realidad la despoblación forestal de España.

Para Sánchez Bautista la tierra y el hombre que un día vivieron en armonía, viven hoy un trágico y azaroso divorcio, que no cesa de denunciar. No hay más que una salida y es la vuelta a Naturaleza, ejercicio personal que sólo el tiempo y la memoria sabe mantener.

De ahí que su inclinación por la poesía sea desde un principio cuestión de realidad, ya se encuentre ésta en lo que vemos: *Me enternece el pájaro, la estrella,/ sin comprender apenas este asombro,/ lo más leve dejábame honda huella*.

Ya sea en lo que no vemos, así dice en otro texto: *(Y me palpo y me ausculto, y no conozco/ este misterio del que, a veces, lloro)*.

Sin embargo, en esta realidad, entiéndase bien lo que voy a decir, sé que el poeta Sánchez Bautista no tiene los pies en la tierra, lo que si sé es, qué tiene en sus manos, en sus manos siempre tiene un libro, y en ese libro hay muchos libros, porque el poeta sabe que si hubiese estado con los pies en la tierra sería otra cosa: una higuera de su huerto, el algarrobo del camino, o ese olivo allá en el fondo.

Su poesía no se extiende y ofrece nuevas vistas, por el contrario su poesía bucea y llega al fondo de la página leída. El lector que busque al poeta lego quedará decepcionado, siempre lo he tenido por un sabio cultivador de libros.

Hasta aquí he procurado perfilar las líneas esenciales: el espacio y el tiempo. Cabe preguntarse ahora, ¿dónde vive Francisco Sánchez Bautista? Y sabemos que su casa está en una plaza, desde la que se oye a los que acuden al campo de fútbol

o gritan en el coso taurino. Si el espacio de Sánchez Bautista fuera una fábula, podría ser, sin duda, esta plaza.

¿Qué hace Sánchez Bautista en su casa? Mira la vida pasar, y ve que todo es lo mismo y no es lo mismo, que sólo la luz es verdadera. Entonces, recuerda al poeta Ben Muchbar, en la Murcia del siglo XII que, sentado a la sombra, mientras oye el murmullo del agua, contempla sobre la mesa una botella negra, y antes de llevar el vaso a sus labios, lo alza, mira al trasluz y escribe: *La botella niega con su color las luces del vino, como el corazón del envidioso niega la mano del que le favorece.*

Para Francisco Sánchez Bautista la luz es, ética y estéticamente, necesaria.

El poeta es una memoria a punto de desaparecer, este es su secreto. Se ha dicho que la poesía es el don de la exactitud en estado de éxtasis, de ahí su dureza y su fragilidad. Por eso el poeta vive en lucha permanente con el olvido, esa feroz utilidad que todo lo iguala, por eso Francisco Sánchez Bautista que ha descubierto ciertos secretos, despierta el ritmo que hay en los sonidos, conoce la ligazón interna de las palabras, sabe cuando la sintaxis es armonía, y ello a fuerza de estudio, de combinar la realidad de la letra y la otra realidad para así dar con la poesía, con su poesía.

Objetivo de este trabajo

Presentar la huerta y la ciudad tal como aparecen al comienzo de los años cuarenta, debemos situarnos en una Murcia en la que a partir de las últimas calles comenzaban las sendas, cuando las carreteras aparecen guarnecidas por plátanos de sombra. Carros, bicicletas, galeras, escasos automóviles y camiones componían el tráfico de la ciudad. Entre esa ciudad y la que es hoy transcurre la vida del poeta.

Anotaciones didácticas

Para comprobar la relación entre su poesía y el paisaje de la huerta o el secano el alumno puede recorrer alguno de los parajes en los que ha transcurrido su vida: Llano de Brujas y Fortuna. Creo que el mejor ejemplo de esa unión se puede ahora visitar en el Instituto que lleva su nombre.

En cuanto al tiempo de Francisco Sánchez Bautista está marcado por la historia de los últimos setenta años.

En cuanto a otras actividades propondría un recital poético que incluya pasajes de sus textos en prosa en los que ha cantado a la huerta, su arcadia perdida.



Vista de la ciudad de Caravaca

UN DÍA EN LA VIDA DE SAN JUAN

... ninguna cosa criada ni pensada puede servir al entendimiento del propio medio para unirse con Dios, y cómo, todo lo que el entendimiento puede alcanzar, antes le sirve de impedimento que de medio, si a ello se quiere asir.

(San Juan de la Cruz, **Subida al Monte Carmelo**)

El año pasado, por estas mismas fechas, tuve ocasión de contar alguna de las cosas que sabía sobre Miguel Espinosa, y con objeto de hacerlas amenas, las conté como si hubiesen ocurrido en un mismo día, mi charla tenía por título: Un día en la vida de Miguel Espinosa. Como sabéis Miguel Espinosa es un escritor nacido en Caravaca.

Vuestro alcalde, al que le agradezco su confianza, me retó para que este año hiciese un día en la vida de San Juan de la Cruz, y con toda osadía acepté.

Para ello haré una introducción de carácter general y después pasaré a ese día.

Teresa, Ignacio, Francisco Javier, Pedro de Alcántara, Juan de la Cruz... Todos están en los altares, a todos los llamamos místicos ¿cómo eran aquellos hombres y mujeres? ¿Fueron empresarios y al mismo tiempo santos? ¿Descubrieron el puente que une la contemplación y la acción? Un día deciden vivir en libertad y firmes en su propósito, vencen todas las dificultades con que los prejuicios, las costumbres, atan a los hombres; sin duda fueron gentes de espíritu renacentista. ¿Qué tiene ese

espíritu? Se trata de un tiempo en el que se remueven los cimientos sobre los que se asienta el mundo: inventos, descubrimientos, nuevas lenguas, nuevas razas. Se conocen mejor las obras clásicas, las traducciones recuperan su ser primero, el mundo vuelve a ser joven.

Hoy parece que nadie se asombra ante lo nuevo; hemos reducido el mundo a un todo a cien, todo puede ser adquirido, vemos tantas cosas que si nos dijeran que en el Santuario acaban de llegar unos ángeles, probablemente nadie correría a acercarse para contemplarlos, qué interés iba a tener la presencia de esos mensajeros con plumas; otra cosa, sin duda, sería, si cualquier máximo goleador apareciese por esa puerta, semejante a un ángel de calzón corto con su sonrisa de oreja a oreja.

En una novela de Dostoievski, **Los hermanos Karamazov**, hay un episodio que nos invita a reflexionar, se cuenta que en el siglo XVI en Sevilla, hay una epidemia de peste, donde mueren miles de personas, en la catedral se va a celebrar la misa por el alma de una niña, es hija única, el padre, pese a las lágrimas que empañan sus ojos, descubre entre los presentes a Cristo, y le dice: Tú puedes resucitarla, basta con una palabra tuya. Cristo se oculta entre la masa, pero este hombre insiste, así que Jesús resucita a la joven, y la multitud lo aclama, todos descubren en él al Mesías. Entre tanto pasa por allí el gran Inquisidor, y ordena que encierren a ese que dice ser Cristo, más tarde lo visita y lo reconoce como Cristo, pero le dice que el pueblo no soportará sus verdades, que ellos, los sacerdotes, han sido los intermediarios y que son quienes mantienen el orden, porque si todos tuviesen contacto directo con él, sería el caos. Cristo tras besarlo, reconoce que el Inquisidor tiene razón, y calla.

Tenemos miedo a la verdad y preferimos a los intermediarios, el Renacimiento, fue un tiempo de estreno, aceptó el riesgo que comporta toda exploración. Por primera vez el hombre y la mujer se sienten expuestos, y así sin otra protección que su voluntad de ser, viven la vida como una aventura.

Este nuevo espíritu se hace realidad por medio de fundaciones: Reforma franciscana, Compañía de Jesús, Reforma de los descalzos carmelitas, en definitiva Reforma luterana y Contrarreforma. Conviene recordar que fundar comporta peligros, pues el que estaba seguro, se encuentra ahora a la intemperie. Son tiempos en que traducir un texto o hacer un poema pueden conducir a la cárcel.

Esta fiebre creadora alcanza a Caravaca, donde se encuentra el monasterio de San José, monjas carmelitas descalzas, fundado por Santa Teresa; diez años más tarde, San Juan de la Cruz funda el monasterio de Nuestra Sra. del Carmen, de frailes carmelitas. Según la tradición junto al Templete o Bañadero de la Cruz, se halla-

ba la casa de un morisco que eligió como residencia en su primera visita. Ya es significativo que se tratara de un morisco, con ello la leyenda documenta una simpatía y alude a raíces místicas que día a día van explicando y ampliando el uso de determinados símbolos, tales como el vino, la fuente, o el pájaro solitario, tan propios del sufismo y que utiliza nuestro paisano Ibn Arabí.

La dificultad de la reforma carmelitana, su proceso de implantación, exigía un riguroso seguimiento de la vida espiritual, guías que supieran distinguir entre la realidad y la fantasía, que facilitaran la subida al Monte místico, para ello, Santa Teresa, consideraba necesaria la existencia de un monasterio de frailes junto a las monjas, con el fin de evitar posibles y peligrosas desviaciones. También prefería a los jesuitas como confesores, y recordad que aquí la implantación de la Compañía se remonta a los tiempos de San Francisco de Borja.

Y es que, alguna vez, ha habido un acuerdo entre realidad y deseo.

Alguna vez los alumnos han querido aprender y los maestros han estado capacitados para su enseñanza. Y se ha transmitido lo más difícil, algo que no estaba al alcance de todos, y que requería disciplina y amor, los dos pilares de toda educación.

Dice María Zambrano: *El amor sirve al conocimiento, llega al mismo fin por diferente camino, por el camino que menos apropiado parecía, el de la manía o el delirio.*

¿Cómo hablar de lo que ocurre en el silencio?. Bécquer nos dirá *que no hay cifra capaz de encerrarlo, y apenas, ¡oh hermosa!, si teniendo en mis manos las tuyas, pudiera al oído cantártelo a solas.*

De ahí que sólo los iniciados, esto es, los enamorados, conocen estas verdades. No hay que olvidar que los textos de San Juan siempre se producen a petición de alguna madre o priora, y tienen por objeto guiar en ese camino impreciso, donde la palabra siempre es insuficiente.

Por eso necesita volver a la poesía, porque trata las cosas como si mantuviesen aún la luz primera. El Renacimiento recupera el sentido original de la existencia: la vida es creación.

El principio de la vida para el religioso está en Cristo, hay que recuperar su amor primero, porque el amor lleva a más amor, y éste, a la unión que transforma. Pero, ¿cómo expresarlo? Se trata de una experiencia insólita, algo que tiene principio y se convierte en infinito. Que produce un conocimiento del que no podemos dar cuenta, y cuya transmisión, dado que ocurre en un estado donde el razonamiento y la

palabra nada significan, requiere otro medio: la negación. De modo que lo que no puede ser dicho, porque es inefable, se hace presente gracias a su misma ausencia, así el místico va creando el hueco, se trata de explorar vacíos, de ahondar en las nada.

De ahí que cante la ausencia, porque el ser verdadero está escondido; como el sol cuando termina el día, allí en el horizonte, rojo como un ascua, que alguien contempla, y para ver mejor, cierra los ojos.

San Juan de la Cruz canta con este amor y lo hace con lo que llama, Juan R. Jiménez, poesía abierta, en él descubre el auténtico manantial de la poesía, dice:

Esta es la voz poética más abierta de la poesía española. La vía abierta, la antorcha abierta, la luz abierta; eso que nunca se ha cerrado, se cierra ni se cerrará; la verdadera poesía, lo para siempre. Un abrevadero donde el que bebe no se sacia, y vuelve y vuelve.

No hay otra poesía que la que se da en el poema, y cada lector es una experiencia, de ahí que afirme en el prólogo del **Cántico espiritual**, la cita aunque larga, nos ilumina: *porque los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, (...) y así, aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse a la declaración, porque la sabiduría mística (...) no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto y afición en el alma, porque es a modo de fe, en la cual amamos a Dios sin entenderle.*

Su obra fundamental: **El cántico espiritual** que fue concebido como una égloga de sentido místico, cuyo esquema: búsqueda del amado por la amada, desasosiego, posterior encuentro y gozo, parece tan sencillo y, sin embargo, aunque ha sido comentado por su propio autor, conserva intacto el misterio. ¿Cuál es su secreto?

El caso es que, todas las palabras son comunes, ¿está la clave en la sintaxis? Tampoco parece, ya que sus palabras están ordenadas con sencillez, apenas si hay hipérbatos. ¿Será el tipo de estrofa? Hay cierta armonía en la lira, los cinco versos equivalen a los dedos de una mano que trata de asir lo que no es posible alcanzar.

Y el caso es que su palabra conduce a la imagen fresca, no al fósil de diccionario, sino pez en el agua, que se mueve en el fondo y podemos seguir, es ahí donde la palabra recupera su ambigüedad, porque, como se mueve, significa tantas cosas como quiere significar.

San Juan, nos transporta a la frontera del *no sé qué que quedan balbuciendo*, allí donde el escritor no es dueño de su lengua, sino que es ella quien lo posee.

Aunque en teoría cualquiera de nosotros afirme que, entre significante y significado, no existe más que una relación pactada, vivimos como si la palabra y la cosa fuesen la misma realidad. Este maniqueísmo occidental hace que veamos la realidad como los cíclopes, con un solo ojo. De ahí que me diga un amigo, mientras guiña un ojo: ¿pero de verdad, tú crees que, en el **Cantar de los cantares**, cuando se habla de besos, cuello, senos o cabellos, eso no es sexo? Y claro, contesto que es eso, y más, y mucho más, es el misterio de la belleza que unifica el mundo, la última frontera visible de la realidad, de ahí que no sea extraño que muchos poetas vean en el desnudo la poesía misma.

Voy a pasar al día que da título a esta lectura, antes una advertencia:

La cosa en principio parecía que no iba a tener otras dificultades, que bastaría con reunir unos pocos datos y, como lo iba a hacer en Caravaca, pensé que era suficiente con situarlo en aquellos años, estado de los templos, especialmente el Salvador, la presencia de los jesuitas, un paseo a las Fuentes del Marqués, subida al castillo donde aún no han comenzado las obras que lo convertirán en el esplendido santuario que es hoy, conversación con el morisco que vivía junto al lugar donde se halla el Templete, y claro está, la relación con las monjas de San José, que realmente era el objeto de su venida, pero la escritura, paradojas de la vida, la carga el diablo. Este es el cuento:

Ayer me pidió la hermana Catalina que le diese noticia de un día de mi vida; lo quería, dijo, por ver cómo empleo las horas y por qué escribo, sólo cuando me lo piden, he decidido rendir cuenta de uno que se parecerá a muchos, y lo haré aquí en Caravaca, donde he sido enviado por la madre Teresa para resolver ciertas cuestiones.

La hermana Catalina es cocinera en el convento de Beas, allí hay una balsa que riega el huertecillo, con algunas carpas, y las hermanas y las madres se entretienen observándolas, sin que se sepa por qué suben y otras bajan, a veces desaparecen durante horas; hay también, sobre todo en verano, unas hermosas ranas, cuyo croar durante la noche acompaña la sinfonía de los grillos. Fue ella la que me dijo que cuando cruzaba junto a la balsa solían esconderse, y se iban al fondo, ¿es que las asusto? No, hermana, le contesté, es que buscan otra cosa, allí se encuentran más seguras. Así, le dije, que debía hacer ella, esconderse para buscar en lo hondo, fue allí donde vi a la Señora, ella fue la que me sostuvo cuando de niño caí al pantano, su belleza, la suavidad de las manos, las palabras que decía, se han convertido para mí en una luz que me orienta, por eso me gusta el agua, el agua de pozo profundo, el fondo de los estanques, donde las ranas se refugian. *Entremé donde no supe y quedéme no sabiendo toda ciencia trascendiendo.*

¿Qué le voy a contar a la hermana Catalina? Los frailes no tenemos biografía, no vivimos en el tiempo, y tiempo es lo que necesita toda narración; de mí, la vida que se puede contar, no sería otra cosa que un conjunto de imágenes, a veces incoherentes, como lo son determinados libros poéticos de la Biblia, pongamos por caso el **Cantar de los cantares**, aún recuerdo la traducción del maestro Luis de León, no fue mi profesor, pero tanto oí hablar de él que un día decidí asistir a una de sus clases, era una mañana fría como suelen ser las mañanas de enero en Salamanca, el aula estaba a rebosar, todas las miradas fijas en él, iba desgranando uno a uno los términos del texto, creo que aquel día había comparado la lectura a una granada, y que iría poco a poco desmontando la fruta hasta llegar a obtener el sabor dulce y fresco que produce cuando empezamos a comerla, al salir todos los alumnos no hablábamos de otra cosas, teníamos aún el sabor de la granada en la boca.

¡Alumno!, que palabra tan hermosa, en la oda que el maestro dedica a la Vida retirada, habla del almo reposo, es decir, un reposo que alimenta; alma mater es la universidad, madre que alimenta; ser alumno equivale a aquel que es alimentado. El maestro alimenta el espíritu del alumno.

Quiere la hermana Catalina que le cuente lo que hago cada día, y supongo que espera que sea yo quien lo cuente. Nada más difícil, pues tendré que hablar en primera persona, como si en lo que me ocurre fuese el protagonista, cuando hace tiempo que he renunciado a un yo que agrupe lo que sucede, porque para lo que busco supone un obstáculo y, apenas, si conservo un tú que se relaciona.

Ese viaje que emprendemos cada día en busca de aquel que está escondido, no precisa un sujeto que repita: : *Adónde te escondiste, amado, y me dejaste con gemido? Como el ciervo huiste, habiéndome herido, salí tras ti clamando y eras ido.*

Para ser libre es necesario obedecer. La libertad se funda en esta paradoja, si no hay límites, llámense reglas, no es posible ser libre. A menudo creemos que, si nadie nos manda, somos libres, y no es así, si no tuviésemos obligación, no tendríamos tampoco relación, y si no la hay, seremos semejantes a una piedra que está siempre quieta o rueda sin propósito.

La libertad es el resultado de elegir, toma este camino o el otro, pero no puedes estar ahí parado, la vida del hombre es inquietud, desasosiego, zozobra, movimiento porque está en el tiempo, es como un río cuya corriente todo lo alcanza. Otra cosa sería si el hombre no tuviese vida, no tuviese memoria, no estuviese en el tiempo. Es la primera verdad con la que nos encontramos, estamos limitados por las horas, la de nuestro nacimiento y nuestra muerte.

No tenemos conciencia de nuestro nacimiento, ni tan siquiera es el resultado de nuestra voluntad, sucede que un día de pronto nos sabemos aquí. Tampoco somos dueños de nuestra muerte, la llamamos nuestra por los otros, pues no somos ni tan siquiera testigos, sólo tenemos unos indicios. En cualquier caso somos unos testigos que no pueden confirmar lo que han visto, porque ya su voz, aunque existiese, no diría nada.

¿Dónde estábamos antes y dónde después? Un lugar semejante al silencio, espacio en blanco, donde no hay nada, en el que ni aun la idea de la nada existe. Imposible tener algún testimonio, un lugar en el que no hay caminos, no hay tiempo, no hay palabras.

Y es ese no tener las cosas del mundo, nuestro origen y nuestro destino, ese no saber sería nuestra sabiduría, de ahí que cuando negamos, estamos afirmando, somos cuando hemos dejado de ser.

Aunque sé que no vivo ajeno al mundo, porque el mundo es obra de Dios, y cada una de las cosas que lo pueblan es creación suya, de ahí que el agua de la fuente, la paloma que se posa en el alero, la hormiga que se afana por conservar lo suficiente para el invierno, la raposa obligada a cometer pequeños hurtos, los cantos de aguadores, los labriegos que de madrugada van a su trabajo, la espiga que crece y nos dará el pan, la nuez tan semejante al cerebro, el agua de la fuente, la luz de mañana, forman un coro que canta sus alabanzas.

Porque lo que busco, pasó por estas criaturas y las vistió con su hermosura, aunque no sepan decirme lo que quiero, porque para no perder el camino, pese a que es mediodía, para mí ocurre como si fuese la noche.

A esa noche oscura me refiero cuando trato de orientarme. El hermano Matías, cuya simpleza le hace semejante a un ángel, me dice que a menudo cierra el ventanuco de su celda y trata de encontrar los objetos que hay en ella, así se prepara para cuando le llegue esa noche oscura en la que acabará viendo a Dios.

Ahora abriré la puerta que da al claustro, y me sentaré de nuevo por ver si puedo acabar estas páginas, como se trata de un lugar apartado, apenas si, de tarde en tarde, se oye la voz de algún mozo, que vuelve de podar las viñas o escardar los almen-dros; sólo durante la siega o la vendimia las canciones de trabajo y de amor llegan con toda su plenitud. Los que pasan más cerca son los ganados, ovejas y caballos, lo hacen por el camino real que conduce a Murcia, se oye ladrar a sus perros, oímos las ordenes de los pastores.

Desde la celda aparece un día claro, con luz mediterránea, el sol calienta y es agradable pasear. Me he levantado de la mesa en la que trabajo desde el amanecer, cuando me dispongo a andar he de estirar las piernas pues estoy entumecido, paso de la sombra a la luz y me parece que veo el claustro como si fuera la primera vez. En el centro se encuentra el brocal de un pozo del que se extrae el agua para regar los escasos árboles.

Me he acodado en el pretil del claustro, esta mañana estoy decidido a mirar, quiero sólo contemplar la realidad que me rodea, para ello he dejado la pluma y me he olvidado de la soledad del papel en blanco. No quiero pasar a palabras lo que veo, voy a prescindir de ellas, para así estar más cerca, ser una cosa más entre las cosas, olvidarme de mí mismo.

La luz que antes me parecía blanca, de un blanco pálido, se ha hecho más intensa. Ahora pongo mi atención en una pequeña mariposa que parece jugar entre sol y sombra, se ha posado a unos centímetros de mi mano, luego lo ha hecho sobre la manga del hábito. El cielo está azul sin nube alguna.

Recuerdo una historia que solía contar mi padre sobre mariposas que, al poco de salir al mundo, aladas y brillantes, querían ser crisálidas de nuevo, volver a la oscuridad, temerosas de estar por fin libres. La madre Teresa, también sabe de mariposas porque en su familia de un modo o de otro se ha trabajado la seda.

Ahora como si fuera otro, siento la luz, algo vibra en mi interior, he olvidado lo que he escrito desde el amanecer, he olvidado que he salido de la celda, no siento el tacto frío de la piedra donde me apoyo, aunque mis ojos están abiertos, no veo, no oigo, ni huelo la humedad de la tierra. Es cierto que estoy aquí, pero también sería cierto decir que no estoy. He dejado de ser. ¿Cuánto tiempo dura este no estado? Nadie puede asegurarlo.

El hermano Andrés ha puesto su mano sobre mi hombro y me susurra que han llamado al refectorio, aún sigue allí la mariposa, y la luz, blanco radiante, casi oro, inunda todo el claustro. Los sillares parecen recién cortados, las columnas más altas, el cielo más bajo.

No sé si he comido o no, he vuelto al mismo sitio, pero la mariposa ya no estaba allí.

Tampoco sé por qué he recordado el diálogo que mantuve el otro día con el morisco que nos ayuda a construir la capilla, es un hombre muy raro me dijo la Sra., pero un excelente albañil.

El primer día, mientras descansábamos a la sombra, dijo que nosotros, los fraíles, somos como la higuera que va directa al fruto sin perder el tiempo en las flores. Y, mientras lo decía, me estaba ofreciendo un higo recién cogido, como si se tratase de una demostración. Entendí lo que decía y lo que quería decir, sus palabras me parecieron armoniosas, quizá por eso a la Sra. le sonaban extrañas. Volvió a su trabajo y no hablamos más.

Esta tarde iré a San José a visitar a la madre Ana de San Alberto, últimamente derrama sus lágrimas por algo que no lo merece, y es que anda preocupada por escrúpulos que no la dejan ver con claridad lo que quiere, sería bueno que, como el pájaro solitario, se fuese a lo más alto, y se deje esas melancolías, le llevaré escrito este consejo: *No te conocía yo a ti, ¡oh Señor mío!, porque todavía quería saber y gustar cosas.*

Es importante recuperar la alegría, el sabernos vivos, con la luz, con el aire, con el agua, pisar la tierra, porque si estamos aquí es para esperar, no podemos mirar atrás, volver al pasado, acabaríamos convertidos en sal y la sal cuando llueve se disuelve y empobrece la tierra.

De todo esto, no sé lo que diré a la hermana Catalina, supongo que seguirá pasando una y otra vez junto a la balsa donde se esconden la ranas, para dar con la noche oscura: *Quien supiere morir a todo, tendrá vida en todo.*

Camino del monasterio, aunque abstraído, con la cabeza baja el padre Juan oye que lo llaman, se trata del morisco albañil:

¡Padre Juan!, ¡padre Juan!

Qué quieres, hermano.

Quería recordarle algo que mi padre solía repetir, decía que era un poema muy antiguo, de un tal Rumi, no lo entiendo muy bien, me confunde, dice así: *Hay un mar que no está lejos de nosotros. ¡Es invisible, pero no está oculto! Está prohibido hablar de él, ¡pero, al mismo tiempo, es un pecado y un indicio de ingratitud! no hacerlo.*

Gracias, hermano, seguro que tu padre era un buen hombre, que Dios lo tenga en su seno. Las palabras que no se dicen en vano, son como cristales de aumento, qué hermoso, lo que me has recordado: *Es invisible, pero no está oculto.*

El padre Juan hace sonar la campanilla del torno, desde dentro alguien saluda: Ave María...

Objetivo de este trabajo

Reconocer la presencia de San Juan de la Cruz en Caravaca. Hay diversos testimonios: la fundación del convento de Nuestra Señora del Carmen, muy cerca la escultura del frailecillo andariego, la casa del morisco en la que según la tradición se hospeda, el convento de San José, fundación de Santa Teresa, Las fuentes del marqués. Y por supuesto, imprescindible la visita al Santuario.

Anotaciones didácticas

Se indica la procedencia de los textos. En algún caso me refiero a los billetes que solía entregar a sus monjas proponiéndoles temas para la meditación, extraídos de los Dichos de luz y amor. La cita de Rumi, se refiere a sus coincidencias con los místicos sufíes.

La recitación de sus textos poéticos, previamente fragmentados por el profesor y distribuidos entre los alumnos creo que puede dar un excelente resultado.



Carmen Conde y Antonio Oliver en la Plaza del Pópulo, Baeza, 1937

PRESENCIA

Hay en Cartagena una calle, López Gisbert, abierta para unir la estación de ferrocarril y el puerto, que podría ser la imagen de la enseñanza durante el siglo XX, en ella, el paseante, descubre la presencia de unas humildes escuelas, conocidas como las Graduadas, 1903. En sí, hoy, esto significa muy poco, necesitamos trasladarnos a los años finales del XIX para comprender su importancia, la innovación revolucionaria que supuso su implantación, pues no sólo requería un tipo de edificación específica, sino maestros con preparación y voluntad de trabajar en común y, sobre todo, dispuestos a una entrega generosa, cuyos resultados siempre serían de dudoso reconocimiento, aunque inapreciables en su dimensión moral e intelectual. Aun hay otro hecho ligado a este lugar, el viaje por las escuelas de Europa, 1902, que, comisionado por el ayuntamiento de Cartagena, realizaron dos maestros, D. Enrique Martínez Muñoz y D. Félix Martí Alpera, y que, redactado por este último, es una pieza indispensable en la historia de la pedagogía española, viaje que, en 1936, becados por el Centro de Estudios Históricos, no realizarán Antonio Oliver y Carmen Conde, abortado por las terribles condiciones surgidas a partir de la guerra.

La existencia de estas Graduadas y de este Viaje, testimonian una ocupación que enlaza con la obra de D. Francisco Giner de los Ríos y D. Manuel Bartolomé Cossío, que promovieron la lucha contra la desertización espiritual de España, y que motivarán a Antonio Oliver y Carmen Conde para fundar la **Universidad Popular de Cartagena**. Bajo esta solemne denominación hallamos la fórmula que reactiva toda curiosidad intelectual y estimula la opinión, con la certeza moral de que el conoci-

miento hace a la vida más interesante y que, esta inquietud, dota a los que la poseen de una dimensión que supera los estrechos límites de los intereses personales y conduce al lugar, donde los hombres que leen, gozan de un diálogo en el que no existen las limitaciones del tiempo.

Documento de esta labor es **PRESENCIA**, subtítulo **Cuaderno de afirmación**, boletín informativo de la Universidad Popular de Cartagena, que con periodicidad anual, recoge las actividades programadas durante el curso, da cuenta resumida de alguna de ellas con palabras de los autores, reúne artículos relacionados con la ideología que les mueve, algunos alumnos relatan las diversas actividades...

PRESENCIA consta de cuatro números, de ocho páginas los tres primeros, aparecidos en marzo de 1933, febrero del 34, mayo del 35 y, el cuarto y último, febrero del 36, con 12 páginas. Nunca algo tan pequeño ha comprendido tanto, asombra lo que entrevemos.

¿Por qué eligen este título? La razón es siempre compleja, imagino a Antonio Oliver y Carmen Conde barajando nombres para ilustrar esta entidad que va a nacer. Probablemente se dijeron cosas como éstas: ha de ser breve, más Góngora que Lope, como un término clásico y al mismo tiempo familiar, responsable de su contenido, que atraiga, sabio...Recordaron un texto que Antonio había publicado en el número 9 de la revista **Verso y Prosa**, titulado **PRESENCIAS** con un plural de imágenes amorosas, casi cinematográficas, ahora, se imponía el singular, más contundente... Así quizá llegaron a **Presencia**. Tratemos de averiguar qué se quiso decir, y quizá la clave está en que Presencia se opone a Ausencia, palabra cargada de un dolor romántico que huele a rancio, y porque supone hacer una labor que ha brillado por su ausencia, el pensamiento siempre perseguido, la lectura desterrada y ha llegado la hora de su aparición, y se ha hecho presente y ha venido para durar, llamémosla Presencia. Claro que, también cabe decir que estaba aquí, pero no visible, oculta, sin manifestación, de ahí que con su presencia, alcance por fin este título. Imaginemos que esta fuese una de las proposiciones. Busquemos otra paralela, y lo haremos en la línea del poeta Juan Ramón, maestro indiscutible para ambos, quien desde **Diario de un poeta recién casado**, ha dado con la desnudez que irá confirmando en inmediatas obras, así dirán: el nombre ha de ser luz, ágil como mariposa, pleno como granada, sin artículo que distraiga, desnudo como un mármol clásico, eterno presente, humilde presencia.

¿Cómo hacer presente esta **Presencia**? Las expectativas que abre la República son hoy difíciles de imaginar, asisten a una aurora, es como si hubiesen coincidido vanguardia y clasicidad, y de esa armonía surgiese otra primavera. El entusiasmo

con el que el matrimonio Conde-Oliver emprende la tarea de la Universidad Popular, su profesión de generosidad y total entrega, resultan irrepetibles. Claro que coinciden con un magisterio ejemplar, bien preparado, dispuesto a la misma entrega, y sobre todo, también unos alumnos que comparten el mismo entusiasmo por el conocimiento, que tienen la misma fe en la educación. Por una de esas raras casualidades se aproximan el que quiere aprender y el que desea enseñar, de este ambiente queda testimonio en **Presencia**.

¿Qué labor es la se proponen? Para ello es necesario situarnos en el contexto educativo de la época, y no sólo en lo que conocemos por las estadísticas, esto es, pocas escuelas, escaso material, el trabajo infantil que interrumpía una mediana formación, la lectura como un bien escaso, el aislamiento de los núcleos rurales...De ahí que, simplificando al máximo, distingamos dos corrientes que llamaremos: tradición y originalidad. En la primera, el tiempo como una losa, convertido en hábitos, en métodos, en procedimientos, tiene por objeto repetir, y lo que ocurre afuera y en el presente, lo desecha, cuando no lo denuestra; es el movimiento que más estima la apariencia, estamos ante el fetichismo de una imagen, se trata de una cultura gestual, mimética, que aborrece la novedad y se instala en el rito.

La segunda, ahonda en la raíz para transformarla en ala, no desprecia el pasado, rompe con un presente que le parece injusto, sin imaginación, incapacitado para el futuro; se asoma al exterior no para negar lo propio, sino para afirmarse, por otra parte, observa, analiza, elige, experimenta, y no se asienta sobre la seguridad del que repite, sino que se aventura por las encrucijadas del tiempo. Esta es su historia: Frente al caos de la enseñanza del XIX, rutinaria, memorística, pobre, doctrinal, de textos rancios, impartida en aulas a menudo insalubres, tan oscuras como las mismas doctrinas que transmite, incapaz de estar a la altura de los tiempos, unos pocos españoles plantean la necesidad de un cambio, y para ello estudian la historia, las leyes sobre las que se asienta este pueblo, donde reside el modelo, la imagen que tiene de si mismo y, una vez conocida, necesitan ver más, para lo que comparan con lo que se hace en otros países, donde la ciencia y la justicia, las leyes y los hombres, viven más acordes.

Los españoles que van a trabajar en este proyecto comprenden muy pronto que han de hacerlo al margen de la enseñanza oficial, lo que dará lugar a la Institución Libre de Enseñanza, surgida a partir de la expulsión de algunos de sus miembros por negarse a jurar lo que consideran un atentado contra la libertad de cátedra. Entienden que hay que comenzar por el principio, de ahí su interés en la enseñanza primaria y secundaria. Se trata de formar un semillero de ciudadanos capaces de influir con el

ejemplo en su entorno, para ello acentuarán en su educación el amor a la naturaleza, estimularán la curiosidad por la ciencia, el amor a la literatura y la historia, gusto por el arte, cultivo de la opinión, capacidad para expresarla, vida ordenada y ejercicio físico. Este modelo se irá perfeccionando a finales del XIX y alcanza su madurez en el XX con la creación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la Residencia de Estudiantes, el Instituto-Escuela y, finalmente, con la llegada de la Segunda República, cristaliza en las Misiones Pedagógicas, que se encargan de llevar la cultura allí donde se ha carecido de todo.

Antonio Oliver, 1903, y Carmen Conde, 1907, fundan en 1931, la **Universidad Popular de Cartagena** y se casan ese mismo año, la primera clase se da el diez de marzo de 1932, una vez que han concluido todos los trámites para su puesta en marcha. Conde-Oliver son dos jóvenes poetas empeñados en una tarea infinita: rescatar de la ignorancia a la clase trabajadora que, por múltiples circunstancias, no ha recibido una enseñanza que le permita el acceso a los conocimientos básicos del siglo; consideran que, educación equivale a libertad, ya que rompe las cadenas de los prejuicios, y que, España, necesita ciudadanos y no súbditos. Para poner en práctica esta institución reclaman la ayuda de todos aquellos que estén preparados, porque el saber es más, si se comparte. Por estas fechas, Antonio Oliver, escribe **Tiempo cenital**, publicado en 1932, el libro comienza con un poema que puede ser entendido como un homenaje a la República, he aquí sus primeros versos: *Declaro abierto el mundo,/ la rotación de las mañanas,/ hoy,/ Abril.* Hay en estos versos una declaración programática, un optimismo, que marca un antes y un después. Este será el espíritu que animará la Universidad Popular.

Dado que **Presencia** y **Universidad Popular** son una misma cosa, tiene uno la tentación de repasar la lista de actividades con sus protagonistas para conformar el cuadro de la época, no obstante me limitaré a aquello que aparece en **Presencia**.

Toda revista es un laboratorio en el que se ensayan los más diversos géneros y temas, claro que, cuando como en este caso se trata de enseñanza, entonces también se convierte en un medio lícito de propaganda que llamarán de afirmación. Los veinte y treinta fueron propicios para estas publicaciones, en Murcia son las más importantes: **Verso y Prosa**, boletín de la joven literatura, donde ambos han participado y **Sudeste**, cuaderno murciano de literatura universal, dirigida en Cartagena por Antonio Oliver Belmás, a cuyas colaboraciones hay que sumar las de Carmen Conde en tiempos de noviazgo. Aparecen ya algunas de las constantes que se van a desarrollar en **Presencia**, a saber, el interés por los clásicos de la región, las revis-

tas, Gabriel Miró, el ensayo poético, los libros y las artes plásticas, más la coincidencia de cuaderno como subtítulo.

¿Cómo llevan a cabo su labor?, asistimos con **Presencia** a la maduración de un proyecto progresista frente a una sociedad inmovilista, tienen fe en que elevando el nivel intelectual, extendiendo la cultura, los hombres serán mejores, hay una concepción moral en su interpretación: el mal proviene de la ignorancia, como consecuencia hay que luchar contra ella. Todo el atraso de nuestro país, su oscurantismo, su pobreza, tienen un origen claro: la mala educación cuando no su total ausencia, que se concreta en el elevado número de analfabetos. De ahí que sea imprescindible, si se quiere salir de este estado, rescatar a la masa trabajadora para que no caiga en maximalismos radicales. Para conseguirlo van a articular un sistema complejo:

A) Solicitarán la ayuda de los mejor preparados, acuden por tanto a la élite intelectual de Cartagena y a las Universidades de Murcia y Madrid: D. Mariano Ruiz-Funes, D. Cayetano Alcázar. D. José Loustau, D. Manuel García Morente. También a otras personalidades, destacaré la participación del Dr. Luis Calandre, cartagenero, vinculado a la Residencia de Estudiantes desde su fundación, escritores como Elena Fortún, María Martínez Sierra, Miguel Hernández, Ramón Sijé, historiadores o artistas. Asimismo requieren la colaboración de profesores y maestros que generosamente ofrecen sus conocimientos. Alentados siempre por el apoyo que les ofrece Luis Santullano, a través de las Misiones Pedagógicas, obra de D. Manuel Bartolomé Cossío.

B) Papel fundamental conceden a la Biblioteca, dado que las existentes en Cartagena son inaccesibles a la población obrera y a los estudiantes, bien por su horario, bien por carencia de personal. Revolucionario es el sistema de préstamo, inédito hasta ese momento. El uso del libro no queda reducido a lo estrictamente personal, sino que se promueve lo que hoy llamaríamos animación a la lectura, con debates sobre diversos temas sugeridos por los mismos textos. **Presencia**, dedica en su primer número la página final a este método, además propone una clasificación de los libros por materias para facilitar su búsqueda, y el cuidado de los mismos: *Los volúmenes al ser retirados de la Biblioteca, se deben forrar. La cultura de un país se mide indudablemente por el grado de amor con que los libros son tratados.*

Un libro es un ser vivo; es un hijo de la inteligencia del hombre. Maltratar un libro, es maltratar una inteligencia.

En esta misma página, en una nota titulada **Las Misiones Pedagógicas**, tras exponer las buenas relaciones existentes con este organismo, agradece el *donativo*

de una selectísima biblioteca, que la Universidad Popular, justo es decirlo, no echó a dormir en un rincón. Los libros buscaron a los estudiantes, penetraron en el taller, en las casas, en todas partes.

En **Presencia**, Nº 2, se da cuenta de la creación de la biblioteca infantil que cuenta con 140 afiliados menores de 14 años.

Lo más importante en este apartado corresponde al Nº 4 de **Presencia**, donde colaboran diversas bibliotecas, monográfico que conforma el panorama de España en esos últimos años, ya que dan cuenta desde su fundación al día de la fecha, febrero del 36. Estos son los centros: **Biblioteca-Museo-Cervantes** de El Toboso, de Jaime Pantoja; el **Ateneo Popular Burgalés** por Félix Alonso González; **Biblioteca de Castropol** de Vicente Lorient Cancio; **Biblioteca Popular de Torrelavega** por Alfredo Velarde; por último, la **Biblioteca de la Universidad Popular de Cartagena** presentada por José Vidal Fernández y Felipe Saura, más la historia y recuento de todas sus actividades por Antonio Oliver, el artículo parece cerrar una etapa, hace referencia a una fecha, 18 de julio de 1931, que sirvió para unir a todas las organizaciones e intelectuales: *A dar sentido civil en el más alto concepto a nuestro pueblo y a nuestra cultura, es a lo que ha venido la Universidad Popular de Cartagena y para lo que de modo muy premeditado, fue fundada en 1931.*

Pocos meses después, otro 18 de julio, surgiría el enfrentamiento que acabaría con tantos proyectos.

Aparece también en este mismo número un artículo firmado por Carmen Conde, titulado **Una clase-ensayo**, que supone la culminación del proyecto, pues cierra un ciclo formativo, ya que implica que se ha alcanzado un grado de lectura suficiente y que, ahora, se precisa la capacidad de expresar por escrito. Esta es la finalidad de la clase de Composición, que ya había comenzado a dar sus frutos en la sección titulada **Cuartillas de niños**,⁽³⁾ escrita por Felipe Saura, Alfonso Ros Pérez y Antonia Hernández Rosa.

El ocho de febrero de 1971, se presentó en Cartagena el libro: **Antonio Oliver Belmás y la Universidad Popular de Cartagena**, obra de José Rodríguez Cánovas, poeta, investigador y periodista, colaborador de esta Institución. Hizo la presentación Felipe Saura, catedrático de matemáticas del Instituto de Enseñanza Media “Saavedra Fajardo” de Murcia, que fue alumno de la sección infantil, **Presencia** (3 y 4), he aquí el testimonio de su recuerdo: *Fue corta la vida de la Universidad, apenas unos seis años, pero la actividad fue intensísima y sin pausas. A diario funcionaba la biblioteca y sucedían sin cesar lecciones y conferencias, audiciones de*

música, clásica y popular, y también el Archivo de la Palabra, sesiones de cine, excursiones y visitas culturales... Mas para mí, los mejores frutos se obtenían en la diaria y cordial convivencia de profesores y alumnos, en las charlas informales donde calladamente se iba acreciendo y puliendo nuestra humana formación y nuestra sensibilidad, a la vez que nuestro mutuo afecto. A aquel fanal que encendieron Antonio Oliver y Carmen Conde, y que ayudaba a mantener encendido un reducido grupo de la mejor intelectualidad de Cartagena y del país, acudieron decenas de jóvenes obreros y estudiantes, ávidos de su luz y noblemente preocupados por su entorno social, por su pueblo y su circunstancia.

Este mismo clima es el que Carmen Conde refirió en **Horas de Intimidad**, (2) con estas palabras: *Después de su magnífica conferencia sobre <<Críticismo y Colonización>>, el ilustre escritor y diplomático Sr. Chacón y Calvo, visitó –a otro día– nuestra casa. Era por la tarde, y se la encontró llena de alumnos, de lectores y de los maestros que allí pronuncian sus lecciones. El ambiente cordial, de perfecto cohesión que respiraba, llevó a José María Chacón al diálogo con los amigos allí reunidos...*

C) Bibliografía. A partir del segundo número aparece una sección dedicada a reseñar los libros recibidos que, sin duda, supone una orientación para el lector de la biblioteca, seleccionada y comentada por Carmen Conde. Aunque se trata de meras notas, no por su brevedad son menos interesantes. Veamos: **PERITO EN LUNAS**.– Miguel Hernández Giner. Editorial SUDESTE. Murcia 1933.-*Poesía para cultos; poesía encerrada en moldes clásicos (octavas a la manera gongorina), que turban por su hermosa tradición lírica y desconciertan a los no iniciados por su atrevida y luminosa levantinidad poética.*

Esta sección da cuenta de alguno de los libros que aun hoy siguen siendo representativos, sobre todo en lo que se refiere al ámbito regional: **Historia del Cantón Murciano**, Antonio Puig Campillo; **Historia de Cartagena bajo el reinado de Felipe III**, Federico Casal; **Antología**, Andrés Cegarra; **Canciones**, José Benítez de Borja; **Cristales míos**, María Cegarra; **Cartagena vista por los extranjeros**, Luis Calandre, entre otras.

Hay que sumar las revistas, muestra del clima cultural de la época.

D) En el uso de nuevas técnicas, destacaré por su importancia el Archivo de la Palabra, con textos leídos por los propios autores lo que da lugar a conferencias, debates, surgidos por este medio, *a menudo solíamos colocar uno de aquellos discos y pasábamos la tarde*, me dice Felipe Saura. Téngase en cuenta que la radio aún

es un medio escasísimo. En **Presencia** (2) María Cegarra describe su emoción al escuchar una y otra vez cómo se inspiró Concha Espina para escribir **El metal de los muertos**, esta es su conclusión: *La intelectualidad española plasma en el gramófono, enseñanzas, iniciativas, calor, ímpetu, entusiasmos. Cuando pasen los años será viva, siempre naciente la expresión. Y entre todas las voces, la pena de Concha Espina, su condolencia por los mineros, su oración de piedad y justicia, que quiebran las invisibles lágrimas.*

Particular influencia tendrá el Cinema educativo sobre todo en el medio infantil. El cine como medio para dar a conocer la región y, al mismo tiempo, rescatar del olvido o decadencia determinados componentes del paisaje. Antonio Oliver filma un documental sobre los molinos de velas del campo de Cartagena. La fotografía, con valor documental y artístico, dará lugar a diversas exposiciones.

E) Las excursiones constituyen un instrumento fundamental para la formación de los alumnos, siguen la metodología surgida de la Institución Libre de Enseñanza, que fomenta el amor a la Naturaleza, al mismo tiempo que cultiva el estudio in situ de las obras de arte. El que en el primer número figure Toledo como próxima excursión es un homenaje a la ideología de la Institución libre de Enseñanza en la persona de D. Manuel B. Cossío, descubridor del Greco y creador de las Misiones Pedagógicas.

F) Misiones Pedagógicas, donde los mejores ilustran a los más necesitados y aportan los medios para una continuidad modesta, pero eficaz. La participación de Conde-Oliver aparece reflejada en **Presencia**, así como el reconocimiento a los libros recibidos. Especial importancia tiene el relato de la visita a D. Manuel Bartolomé Cossío, enfermo y entusiasta, ocurrida en diciembre de 1934. El artículo ocupa la primera página y parte de la segunda del N° 3, escrito por Antonio Oliver, comienza por la voz que escuchan a través del Archivo de la Palabra, y por fin hoy, Antonio y Carmen, oyen la voz auténtica, que dice cosas como estas: *El Arte quedaría sacrificado en aras de la Naturaleza. A la Naturaleza hay que ir en individualidad, porque el espíritu ante ella necesita recogimiento. Donde más se acusa la personalidad humana es ante la contemplación de la Naturaleza.*

¡Pobres niños, lo que salen al campo acompañados, guiados, para que las personas mayores les descubran la Naturaleza! Generalmente, estas personas lo que hacen es ahogar el despertar libre de sus almas.

Cuando se refiere a las Misiones Pedagógicas, ahora es el articulista quien presenta el trabajo de los misioneros pedagógicos que a modo de juglares: *enseñan en*

las plazas de los pueblos, donde arman sus tiendas de cultura. Llevan cine educativo, llevan canciones populares, llevan poesía, llevan cuentos, llevan libros, a donde nada de esto existe.

G) Textos literarios. Los cuatro números presentan textos clásicos vinculados a la región. Y puesto que, tanto Antonio Oliver como Carmen Conde son poetas no es extraño que figuren piezas de este género, **Presencia** (1, 2 y 4) destacará: **Eslabones de continuidad** (1), que completo aparece en **El Alma Arrebatada** (1931-1933) O.O.C.C. Hay en este ensayo poético un deseo de afirmarse, de durar. **Ventanas**, Antonio Oliver Belmás (2), recogido en **Prosas Varias** (1923-1932) O.O. C.C., fechado en febrero del 29, presenta alguna variante. **El viento en la Escuela y La amiga de las niñas**, por Carmen Conde (2), el primero forma parte de su libro **Júbilos, poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos**, (1934), con prólogo de Gabriela Mistral, sería interesante contrastar las variantes entre ambos textos; el segundo, podría ser un retrato interior de Gabriela Mistral, por último: **El libro y el paisaje**, que trata de la naturaleza y el arte. En los números 3 y 4 encontraremos poemas de Clemencia Miró, Julio Álvarez Gómez, José Benítez de Borja, José Rodríguez Cánovas, Esteban Satorre, Rogelio Buendía, María Luisa Muñoz de Buendía, Rafael Manzano, Antonio Oliver y en la primera página del N° 4, **El Sur**, poema inédito, 1918, de Juan Ramón Jiménez.

Por otra parte, destacar el retrato que acompaña a la semblanza de: **Ginés de Arlés García**, obra de Vicente Ros, quien durante los difíciles años de posguerra mantendrá en su estudio el espíritu de la Universidad, el texto sin firma de Antonio Oliver (2), califica su poesía y su amor a la República, acompaña a esta nota un escrito del desaparecido Vicepresidente de la Universidad Popular, he aquí un fragmento: *¡Enseñar a los niños!...¿Por qué no mejor aprender de ellos? ¿Por qué no mejor aprender en aquella pureza de sus fraternidades toda la ciencia del bien, ya que tanto sabemos de la ciencia del mal...?*

H) **Presencia** se subtitula **Cuaderno de Afirmación de la Universidad Popular**, para desarrollar esta afirmación, aparecen breves textos de carácter ideológico, son de este tipo: *Para la emancipación económica, el obrero tiene sus sociedades de clase; para la emancipación cultural precisa de Universidades Populares donde encuentre lo que siempre se le negó*. Otros son fragmentos de D. Manuel B. Cossío, de D. Francisco Giner de los Ríos o de San Isidoro, seleccionados por Antonio Oliver. A veces son artículos redactados por los propios alumnos y que tienen como finalidad informar de las actividades que se llevan a cabo en la Universidad, así en el N° 2 encontramos el titulado: **Cultura Popular**, firmado por

Luis Imbernón, obrero tipógrafo; en la misma página: **Cala Bonaire, Mar y Pinos**, de José Sánchez Balibrea, que da cuenta de la excursión a este paraje. En la página siguiente vemos: **El Cinema**, por Juan Chumilla, afiliado núm 361, estudiante, que hace referencia a la controversia sobre el cine. También en esta misma página: **Unidad Espiritual de la Universidad Popular**, firmado por Carmelo Gutiérrez Carrión. En la misma línea, en el N° 3, aparece: **El obrero y la Universidad Popular**, de Manuel Durán, y poco después: **Una institución admirable**, por José Lorente, del que selecciono un fragmento que se refiere a Presencia: *pero...faltaba algo más para que la obra fuera más pedagógica, más educativa; había algo que parecía dejar un hueco. ¿Qué era? ¡Un periódico! La aparición de Presencia (digno nombre) es la inspiración de almas grandes...*

I) Resumen de conferencias: **Pedagogía social** de Carmen Conde (1), por su carácter programático y por su fe en otro tipo de sociedad, señalo este fragmento: *La educación de las masas mejorará la sociedad. Permitidme que os asegure rotundamente que este es el fin primordial de la Universidad Popular de Cartagena.* y **La “Internacional” en el Cantón Murciano** de Antonio Puig Campillo (1), en el que combate algunos tópicos, así en lo que se refiere a la liberación de los penados dice: *Desde tiempo inmemorial los penados de Cartagena realizaban el barrido de las calles, convenientemente custodiados; igual servicio hicieron en los días del Cantón...*

Criticismo y Colonización, conferencia de D. José María Chacón Calvo, diplomático cubano, analiza las luces y sombras de la colonización española.

Estos son los hilos que constituyen la urdimbre de la Universidad Popular de Cartagena, por último quiero hacer alusión al empeño de Antonio Oliver por agrupar todas las entidades dedicadas a esta labor, cree que España encontrará su salvación en la hermandad que surja de la cultura, donde los intereses personales o de partido son anulados por lo que Juan Ramón Jiménez llamaría el trabajo gustoso, para ello, desde el segundo número en, **Hacia un Congreso de las Universidades Populares de España**, las convoca: **Presencia**, *el portavoz de la Universidad Popular de Cartagena, ante el confortante momento cultural que, a despecho de los fuertes enconos políticos actuales, vive la pura conciencia española, llama a la serena reflexión a todas las instituciones que nacieron con un fin idénticamente generoso.*

En el N° 4, recordemos que se publica en febrero del 36, a modo de editorial, aparece: **Hacia la Federación**, de donde tomo estas palabras: *Y aprovechamos el instante para advertir a intelectuales, a gobernantes y a los españoles en general, que*

en España, pese a los enconos sociales y políticos, pese a la resistencia del Estado y de las gentes habitualmente intolerantes, vibra un anhelo popular de superación por la cultura que es imposible desconocer y menos aun coartar, de forma abierta o solapada.

Todas estas ilusiones, la fe en la cultura, el amor a los libros, el cine educativo, las conferencias, las excursiones que promueven el amor a la naturaleza y el amor al Arte, el trato con artistas y escritores, la palabra de hermandad, de bondad, desaparecen arrolladas por la barbarie de la guerra, muy pronto de nuevo, Ausencia sustituye a Presencia.

Objetivo de este trabajo

Mostrar el esfuerzo realizado por la República para mejorar el acceso al conocimiento de todos los españoles. Por ello es preciso dar cuenta de la existencia de la Universidad Popular de Cartagena, de las Misiones Pedagógicas y del espíritu que animó ambos proyectos. Asimismo, dar cuenta del trabajo de Antonio Oliver, Carmen Conde y de todos aquellos que colaboraron para por medio de esta institución mejorar las condiciones de vida de los españoles.

El puerto, la minería, el arsenal, la presencia de los militares han influido fuertemente en la configuración de un carácter abierto, dispuesto a la novedad, muestra de ello son sus edificaciones modernistas, además de la instalación de academias de idiomas. En la actualidad la existencia de la Universidad Politécnica favorece esa orientación pragmática.

Anotaciones didácticas

Visita a Cartagena, calle Mayor, Ayuntamiento, museo romano, museo de la guerra civil, museo de arqueología subacuática, museo Naval.

Visita al centro Ramón Alonso Luzzy donde se encuentra el despacho y los fondos del patronato Carmen Conde y Antonio Oliver.

Recital con textos seleccionados por el profesor de Carmen Conde y Antonio Oliver.



Miguel Hernández, Carmen Conde y Antonio Oliver,
en el molino del Poli, Los Dolores (Cartagena) 1935

MIGUEL HERNÁNDEZ DE EXCURSIÓN

De Miguel Hernández se saben muchas cosas, casi todas se pueden encontrar en los libros. Este artículo tiene por objeto recordar su visita a Cabo de Palos y La Unión.

Si Gabriel Miró no hubiese muerto y, el pueblo de Orihuela o un reducido grupo de lectores, estimulados por Ramón Sijé, no hubiese convocado a otros lectores, entre ellos a la Universidad Popular de Cartagena, al mismo lugar donde el prosista descubrió la soledad, donde conoció la enseñanza de los jesuitas, donde experimentó sus primeros tanteos sensuales, donde encarnó todo lo que había oído contar a su madre, visto y pensado sobre los seres humanos, advirtiendo que se debe proceder a una minuciosa descripción, como si asistiéramos a un mundo recién estrenado, pues sólo existe aquello que ha sido nombrado, escritos con un dimensión ética, así la lepra no es más que una enfermedad de la carne, y la carne es la apariencia, de ahí que el obispo leproso prefiera sobrevivir en las obras.

Repito, sin Gabriel Miró, probablemente, Antonio Oliver, Carmen Conde y Miguel Hernández no se habrían conocido ese día en aquella glorieta, fue el 2 de octubre de 1932, cumplido el tercer trimestre de la salida de los jesuitas, tras el decreto de expulsión promulgado a finales de enero de 1932 por el Gobierno de la Segunda República.

Se dice que Baroja, Machado, Unamuno, Azorín, son los descubridores de Castilla, o que Juan Ramón Jiménez abre la puerta para que el 27 se instale en el Sur.

Pues bien, Gabriel Miró es el inventor del Sureste, nos revela la sequedad, las montañas, árboles y plantas, los rostros, ramblas, arroyos y, sobre todo, el mar. No se limita a mostrar un paisaje, sino que nos enseña a ver. En sus textos se hace visible toda la complejidad del hombre, da a la imagen una profundidad que hasta ahora desconocíamos. Basta leer el **Sr. Cuenca**, para que su opinión sobre la enseñanza quede ahí expuesta.

Los textos de Gabriel Miró han sido objeto de culto para algunos escritores murcianos, Juan Guerrero Ruiz, José Ballester, Raimundo de los Reyes, Andrés y María Cegarra, Antonio Oliver y Carmen Conde.

La revista **Sudeste**, Murcia, julio, 1930. le dedicó su primer número. Había muerto el 27 de mayo de ese mismo año. Aparece en la portada un dibujo de Garay que representa a Miró, y estas palabras: *Gabriel Miró, alto prosista, con cuya muerte pierde uno de sus valores definitivos la literatura española.*

En el sumario figuran estos artículos: **Gabriel Miró. Sigüenza y la eternidad** por Carmen Conde: **Gabriel Miró**, por José Pérez Bojart.

Casi dos años después, sucede este encuentro que hemos comentado, aunque sin duda ya se han conocido, pues ese mismo día disponen del **Clamor de la Verdad**, *Cuaderno de Oleza consagrado al poeta Gabriel Miró. Orihuela, 2 de octubre de 1932.* En recuerdo de aquel periódico de finales del siglo XIX, de ideología carlista, opuesto a **La Antorcha**, liberal, citados ambos en el **Obispo leproso**. Escriben el AntiAlbalonga, Miguel Hernández, Ramón Sijé, María Cegarra, Carmen Conde, Antonio Oliver, Raimundo de los Reyes y Julio Bernarcer.

Antonio Oliver acababa de publicar en ediciones Sudeste, **Tiempo cenital**, un libro optimista impregnado del nuevo aire republicano: *Declaro abierto el mundo, / la rotación de las mañanas, / hoy, / Abril.* Se trata de un texto joven, vanguardista, en el que maduran las cúpulas, se radia que el universo es diáfano, brilla un sol escolar, vuelven los días tetradínamos, las golondrinas son flechas, existen desvelos arteriales, o el sol entra en agujas. Por otra parte, Carmen Conde y Antonio están casi recién casados, 5 de diciembre del 31, y hace unos meses se ha dado la primera clase en la Universidad Popular de Cartagena, su obra. Por amor a la República se enfrenta a Giménez Caballero en el uso de la palabra y le cuesta unas horas de calabozo ese mismo día.

No es extraño que los llegados de Cartagena celebren con simpatía este encuentro con un poeta en el que descubren que ha cristalizado una ejemplar voluntad de superación, alguien que por el conocimiento quiere estar a la altura de las circuns-

tancias del XX, rescatar al pueblo de su tradicional atraso y rescatarse de un objetivo aislamiento. De ahí la importancia que tendrá el correo, el intercambio de libros, la puesta en relación con los otros, las revistas. Además, la necesidad de trasladar a los que nada tienen, a los que nada saben, un poco de todo lo que ha sido la historia, la canción, la biblioteca, el teatro, la pintura de España..., porque en la cultura entienden está la libertad, una aspiración del XVIII, revalidada por los hombres de la Institución Libre, perfeccionada por la Junta para Ampliación de Estudios, animada por la Residencia de Estudiantes, más el Instituto Escuela y que se concreta en la propuesta de las Misiones Pedagógicas, realizada por D. Manuel Bartolomé Cossío.

Dije al comienzo que iba a relatar la visita de Miguel Hernández a Cartagena. Constan dos estancias que desarrolla en carta a María Cegarra, septiembre, 1935: *Qué poco nos hemos tratado, ¿no te parece? Te conocí de pronto en Orihuela, te hable unos momentos; te vi en Cartagena después otros instantes y, por fin, este agosto pasado, inolvidables para mí los días que estuve por esas tierras, logré hablarte durante varias horas. ¿Por qué no nos veremos con más constancia? Sólo me queda de tu compañía tu libro y dos mendrugos de mineral.*

En efecto, por fin han realizado esa excursión que Antonio y Carmen debieron proponerle, a la que alude tras su primera estancia, con motivo de la conferencia y recital celebrado en la Universidad Popular, el día 29 de julio de 1933: *Dad recuerdos a María en la que pienso mucho y en su pueblo. Dime, Antonio –¿ves como ya no te digo de usted?–, ¿cuándo haréis la excursión para, si puedo, ir?*

En esta misma carta, agosto, 1933, da cuenta del envío de poemas y de un texto en prosa a Raimundo de los Reyes *sobre el campo y el mar vuestro y mío*, que apareció en **La Verdad** el 3-8-33, texto de rasgos gongorinos, acorde con el **Perito en lunas**, enero 1933, que había ido a leer a Cartagena: *...El puerto como un corro de colores, ronda de sol, de lino y de madera. Sin arenas, sin playas las orillas, no sin gracia...Velas a lo navajas empuñadas, cuanto más se divorcian de las márgenes más encanecen, más se transfiguran: cuanto más interponen entre nosotros y ellas más sal en situaciones turquesadas...*

Lo que no le impide captar el paisaje característico de los molinos: *En el campo velero, el molino de vela, ¡qué pompa!, pavo real, hace la rueda a la ¡qué pompa fértil! de la era.– ¿Partirás requerido por el Mediterráneo, faro trigal, arsenal almenado de la espiga?*

Del mismo tono es el soneto, **Venus-marítima**, que les envía con esta dedicatória: *Para mis dos amigos esposos Carmen y Antonio, yo. Miguel.* Como muestra

recuérdese el terceto último: *Por fin, venus terrestre, entre millares/ de peces lorigados aconteces,/ concha plisada: y no, falda de perlas.*

Ahora, en los días de esta excursión, 1935, el cambio es rotundo. Le trae a Cartagena, Lope. Ya ha hecho sus misiones pedagógicas, ha roto con Josefina Manresa, ha conocido a Neruda, Alberti, Aleixandre. Así se recoge en **Presencia** n° 4, cuaderno de afirmación de la Universidad Popular: *El día 27 de Agosto de 1935 en el salón de actos del Ateneo el joven poeta levantino Miguel Hernández Giner leyó una interesante conferencia titulada <<Lope de Vega en relación con los poetas de hoy>> a la que siguieron lecturas de poesías de Lope, Conde de Villamediana y parte de un auto sacramental del que es autor el Sr. Hernández Giner. En este acto celebrado el día del tricentenario de la muerte de Lope de Vega el Presidente de la Universidad Popular Dr. Más Gilabert se asoció en nombre de la Institución al homenaje nacional al Fénix de los Ingenios destacando interesante aspectos de la obra del mismo.*

En ese mismo número se notifica, apartado de Excursiones, la realizada el 29 de Agosto a Cabo de Palos. Ese día Miguel los acompaña. La excursión es un método de conocimiento practicado por la Institución Libre, el visitante entra en contacto directo con la realidad, una realidad enmarcada por los que la dirigen, pues no les guía el turismo, mero contacto climático, sino la inmersión, el conocimiento, la búsqueda de lo esencial.

El Cabo es una lengua de tierra que, cuando azota el levante, puede convertirse en isla, visto desde arriba semeja un lagarto cuyas patas se apoyan en el mar. Otros dicen que se trata de un ser mítico, especie de unicornio dispuesto a saltar sobre las islas Hormigas.

Sabemos que se leyeron las **Estampas del faro** de Gabriel Miró, he aquí su descripción del lugar: *Peñas de herrumbre, con cicatrices de pechinas; matas duras, afiladas de dedos que dan un zumo de sabor a petróleo; cantizal y arena. En lo hondo, aduares de pescadores, con las sendas negras de las redes tendidas; sogas enrolladas; nasas viejas sirviendo de jaulas a las crías de una gallina clueca. Campos de higueras; tierras rojas segadas; montes mineros, llagados por el esco-rial de la galena; montes de un perfil árido y exacto. En la lejanía, las montañas azules de los paisajes frescos.*

Los alumnos, sentados en corro sobre el pretil que rodea la explanada de la base del faro, escuchan a Antonio Oliver que va desgranando lentamente su lectura. Ahora les habla del Sirio, al que Miró llama Sicilia, el vapor trasatlántico que nau-

fragó junto a las islas Hormigas, esas que tenemos casi a nuestro alcance. Para aumentar la atención dramatiza con gestos serenos o trágicos, en este momento su voz impresionada:

—Son las cinco de la tarde del cuatro de agosto de 1906, el mar una lámina de plata, tarde plácida, los viajeros duermen la siesta o contemplan el faro, la tierra próxima, ¿por qué se han acercado tanto? ¿Duerme el capitán? ¿Quizá van a recoger algunos viajeros? De pronto el barco ha chocado con la cumbre de una montaña, un arrecife que se encuentra a nueve metros de profundidad, comienzan los gritos, el barco se hunde por la popa, se parte, parece que va a ser tragado por el mar. La serenidad es ahora angustia, todos quieren seguir vivos, no dejarse arrastrar hacia el fondo. Los escasos veraneantes, entre los que se encuentra Miró, están perplejos; los pescadores, los barcos que navegan cerca se aproximan, hay comportamientos heroicos, comienzan a llegar los náufragos y con ellos los ahogados.

Oliver prosigue la lectura:

Todavía se ve una ola menuda y graciosa como un cordero; es la única inquietud de blancura en el silencio del color marino.

Dicen que brinca siempre, hasta en las calmas. Es la llaga del mar, que se ha quedado abierta por la proa del Sicilia. Se hundió el barco resbalando de espaldas, y está acostado encima de otros buques. Vertiendo aceite se les ve dormidos entre pliegues de aguas hondas. Una llamarada glacial de peces va recamando las siluetas recónditas, que en seguida se juntan y se deshacen como una pasta y una bruma verdosa. Aún tiene el Sicilia los toldos tendidos, y a su umbría siguen los pasajeros volcados en los sillones de mimbre y de lona donde reposaban la siesta. Un grupo femenino va derriéndose entre un temblor de muselinas, de telas blancas, estivales. Y una señora sigue apoyada en la borda como en el balcón de un jardín delicioso, inclinándose apasionadamente a lo profundo. Se le han desatado los cabellos entre las aguas, y se le tuercen y alisan como algas y se le abren como un loto.

Finalmente, Antonio Oliver, les ha indicado un rodalito al pie del monte, cercado por una verja de hierro:

—Ahí está el cementerio de las monjas.

Poco después, un alumno, ha recordado la gran nevada del año anterior. Entonces María Cegarra ha dicho que ocurrió el 2 de febrero de 1934, después ha leído de su libro **Cristales Míos**, la viñeta 51, titulada **La luz del faro (Cabo de Palos)**:

Comenzó como todos los días, rítmica, circular, caliente de color, robando sombras, anunciando peligros de geografía con sus gritos de luz.

Espumas dulces de las altas mareas celestes, cubrían la costa, diluían con afán el verde sorprendido de las aguas.

Tal reflejo le devolvieron a la luz del faro las playas distintas, los acantilados en total panorama sustituido, que enloqueció, despavorida de blancura.

Ella misma, ella sola, rompió su armadura y bajó sin camino, por fuera de los escalones de la lente, por dentro del junco de piedra, precipitada, suicida, buscando la otra cara de la tierra y el mar.

Oímos la voz de María que va marcando, subrayando, su lectura. En los dos primeros párrafos lo ha hecho con un tono suave, casi lírico. En el tercero, tras arrastrar lentamente ese *verde sorprendido*, como si ella misma hubiese sufrido el pasmo, ese tremendo susto, quiebra la voz, justo en el mismo instante en el que la tierra y el mar devuelven al faro la misma blancura, multiplicada ahora por la nieve y, la luz, enloquecida por el rayo, se precipita suicida. Todos han aplaudido, Miguel no puede ocultar su entusiasmo. María tímida sonrío.

Ahora será Carmen la que hable, ella también ha contado en su libro **Júbilos**, 1934, ese suceso reciente en **La hija del torrero**, pero no les va a hablar de la nieve, del rayo y de los desperfectos que ocasionó, porque en enero de ese mismo año, el matrimonio, ha publicado la **Antología** de Andrés Cegarra, el gran inválido, el excelente escritor hermano de María, donde se recoge un cuento: **Gaviota** que, a su vez, da nombre a uno de sus libros. Carmen entiende, descubre que hay en este muchacho, el protagonista que vive en la más absoluta libertad, un valor simbólico. *Gaviota* es el escritor, cuyas alas le impiden caminar, otra versión del poema **Albatros** de Baudelaire. Claro que, también conviene recordar, dice Carmen muy seria, el episodio: **Otra tarde**, relatado por Gabriel Miró en **El libro de Sigüenza**, donde se cuenta la historia del zapatero y la gaviota, otro nombre para la gaviota, que come los garbanzos del puchero. Los alumnos ríen, tras la ternura y el lirismo de Andrés, han comprendido la lección que encierra este episodio irónico de Miró.

Entre tanto Miguel no ha dejado de mirar a su alrededor, desde donde está sentado ha descubierto la Manga de arena, el Mar Menor, el Monte Blanco, las islas, tanto las de la albufera como las otras. Poco después irán todos a la Barra, una línea de rocas que defiende las barcas de vela latina que los pescadores varan sobre la playa donde tienden para secar sus redes. Los niños curiosos, se han acercado y

recuerdan que Antonio y Carmen estuvieron con Las Misiones Pedagógicas, les preguntan si van a echar alguna película.

Algunos deciden ir a la playa de Levante y tomar un baño, con ellos se va Miguel, quien al poco ha organizado un partido de fútbol con los más jóvenes. Luego visitan la pequeña ermita sin campana, que se encuentra a la orilla del mar. En las fiestas, cuando acuden todos, hay que meterse en el agua para seguir el culto. Una ligera brisa cimbreaba las palmeras, junto a la carretera hay pinos bajos, de tronco robusto, retorcidos, como manchones expresionistas. Es el viento, ha dicho Antonio, el viento que azota día y noche, levante y lebeche. Un molino de vela próximo se ha estremecido, el agua de la balsa se ha hecho más oscura.

Desde las salinas van a contemplar la puesta de sol, junto al arenal de La Manga, las dunas vivas que el viento mueve, quizá es Antonio quien evoca la soledad del desierto, el yermo de los místicos. Carmen recuerda que muy cerca está San Ginés de la Jara, ese monte que vemos ahí enfrente, que ha sido refugio de ermitaños, monte sagrado. El sol como un gran globo rojo comienza a bajar, las balsas de las salinas se tiñen de rosa.

Al día siguiente, Miguel y los esposos, han ido a La Unión para visitar la casa de María, para conocer las minas. Miguel está sorprendido, se ha descubierto a sí mismo como un desconocido, creía que iba a ver una tierra semejante a la suya y ha encontrado otro paisaje, como si fuese otro mundo, un mundo que estando ahí, no lo vemos.

María ha salido a pasear con Miguel, quiere enseñarle su pueblo, por donde pasan les siguen los ojos de los otros, no son miradas hostiles, sólo son duras o tristes, apenas si hay trabajo. No es que las minas estén agotadas, ocurre que el mineral no tiene salida, cada vez se exporta menos, por eso muchas se han cerrado y, lo que fue, no es hoy más que una leyenda. Ernesto Giménez Caballero que ha estado allí hace muy poco lo ha descrito así:

La Unión era en verdad un pueblecito extraordinario en el Sudeste de España. La Unión como pueblo: no existía. Era el recuerdo de un pueblo. Una carretera, y unas casas, y unos hombres parados, y unos pozos muertos de minas. Era como un yacimiento de alusiones, de derribos, de cosas sidas, de chimeneas extintas. Abultaba más La Unión en mis suposiciones previas que en su realidad visible. Parecía como un cementerio egipcio, como unas ruinas arqueológicas. Ni sus casas ni sus gentes, impedían ver los cerros, el llano, el mar, el paisaje crudo. Todo era paisaje, silencio, desolación, inanidad, abandono: nada, nada.

La tierra aquí no es sólo naturaleza, en ella se revela la lucha del hombre con la tierra. El labrador, sujeto al sol y a la lluvia, cultiva la tierra, y ésta generosamente le da sus frutos; el pescador, echa sus redes, adivina donde están los bancos de peces y obtiene su pesca. El minero, va a ciegas, se adentra en la tierra, excava, busca, persigue una quimera, el minero bucea en la tierra, pero la tierra no es agua, sino angustia, sed, oscuridad, y para extraer el mineral es preciso abrir pozos que, como ojos ciegos, contemplan el cielo. El paisaje de las minas semeja un campo después de la batalla, un campo de ruinas; entonces la tierra parece más triste, más abandonada que nunca, porque está como vacía, vaciada de la inocencia primera, parece que hubiese perdido lo que tuvo de paraíso, y se convierte en escenario de pasiones, y sucede Caín.

Han llegado al final del pueblo, del patio de una de las casas, sale este cante:

*Como guitarras sin cuerdas
se va quedando La Unión:
unos los mata la sierra,
otros se los lleva Dios.*

Miguel estima estos cantos esenciales, profundos. Deciden componer otro entre los dos, María ofrece el primer verso: *Minero, el mineral*, después sigue él: *como recuerda el agua / no se hace sal*.

—No está mal, no está mal. Concluyen sonriendo.

María no contempla la superficie, en calma de siglos, sino que, sin decirlo, descubre ese bullir interior que suele contener la tragedia. Hay en esta tierra una dimensión geológica, algo inquietante, que sólo se entiende cuando uno pasea por las minas, cuando subimos al Cabezo Rajao. Hemos de imaginar una tierra, reseca, agrietada, empobrecida, que dentro guarda un tesoro.

Sin embargo, la tierra sigue tercamente muda, lo que dice hemos de adivinarlo en la inestabilidad de una rambla, en la lucha del esparto por sobrevivir como apuntaba su hermano Andrés. El paisaje deja de ser un telón de fondo, para convertirse en el único protagonista.

Cada cosa que ve Miguel le lleva a una pregunta. El ha sido pastor y conoce la superficie, sabe que esto es palmito, romero, lentisco, pero no está habituado al misterio de los pozos, a esa chimeneas, las vagonetas arrinconadas, la piedra gacha, las balsas de estériles, a ese olor azufrado que despiden montañas de escombros entre el marrón y el amarillo.

Se han detenido bajo los eucaliptos que hay junto a la pequeña estación, a un paso del mercado, la arquitectura de la leyenda minera, cuando La Unión fue otra California, la misma con la que se hizo la calle Mayor, la casa del Piñón, la iglesia.

Es curioso, ha caído en la cuenta de que éste es el único pueblo que ha visto, donde el mercado, un edificio civil, es más alto que la iglesia. Están contemplando la puesta de sol, un sol que parece la herida de un disparo en la sien de la montaña, se trata de un momento solemne, casi religioso, Miguel y María se han mirado.

Han de volver a la casa donde les esperan Carmen y Antonio, bajan hasta la calle Mayor y de allí a Bailén. María, ha entrado en su laboratorio, y escoge unos minerales, luego, sonriendo, le pone a Miguel un nardo en la solapa. En un instante pasan por Miguel mil imágenes, el faro y el mar, los naufragos y los mineros, el esparto, el romero, las palmeras, aquellos pinos, las dunas, las pequeñas calas. Pronto vuelve en sí, y muy serio se dirige a María:

–Gracias por estos mendrugos, siempre que los vea me acordaré de ti. Mira, aquí ha cristalizado el rojo suicida de la tarde. Este parece un paisaje con sus grutas, con sus múltiples colores. Gracias, María, por estos otros cristales de tu libro.

Después, en un gesto teatral, abiertos los brazos, como si se tratase de una despedida, dice:

–Yo soy barro, aunque Miguel me llame, vosotros, amigos, sois cristal, sal de la tierra.

Objetivo de este trabajo

Presentar una actividad de la Universidad Popular de Cartagena y, al mismo tiempo, la relación de amistad entre escritores. En Cabo de Palos coinciden Gabriel Miró, Andrés Cegarra, María Cegarra, Carmen Conde y Antonio Oliver, todos ellos han escrito sobre ese lugar. La compañía de Miguel Hernández sirve para hermanar Murcia, Cartagena y Orihuela.

El recorrido por La Unión, nos da pie para mostrar a la escritora María Cegarra y a su discípulo Asensio Sáez.

Anotaciones didácticas

Uso de la correspondencia para ofrecer ese lado humano del escritor.

Actividades: visita a La Unión y Cabo de Palos. En La Unión comenzaría por el antiguo mercado de abastos, edificio modernista de la misma fecha que el Ayuntamiento de Cartagena, estructura metálica y cristal, obra de los arquitectos Víctor Beltrí y Pedro Cerdán, casa del Piñón, Museo minero. Visita al faro de Cabo de Palos, playa de levante y puerto.

Recitación de diversos textos seleccionados en clase.

Los alumnos han de dar cuenta de este viaje en una composición.



Nacimiento con la Manga al fondo, obra de Asensio Sáez, Navidad-03

POSTAL DE VERANO

A Asensio Sáez

A los dieciséis años en la Biblioteca de Lorca, encontré esta reciente publicación: **Libro de La Unión, biografía de una ciudad alucinante**, título largo que, cuando lo desplegaba ante mis amigos, como última lectura, les parecía sorprendente. El caso es que me entusiasmó el descubrimiento de ese pueblo que, tal como anunciaba su autor, debía ser alucinante. Su relato, mezcla de historia y leyenda, o historia que parecía legendaria, con sabor al lejano Oeste americano, mas los dibujos que precedían a cada capítulo, las canciones con las que ilustraba cada acontecimiento, me hacían sentir la necesidad de conocerlo, pero para ello aún tardaría unos años.

Andaba yo por aquellas fechas metido en el descubrimiento del paisaje, me entusiasmaba andar y, con otros amigos, emprendíamos largas caminatas por los campos del secano lorquino, salíamos muy de mañana, era el mes de julio, y volvíamos sobre las doce, después de atravesar ramblas, ver casas y hablar con la gente que las habitaba. De cada excursión traíamos alguna anécdota, algún descubrimiento, a veces sólo el placer del camino, y siempre razonablemente cansados, para refugiarnos en la sombra de la casa, aún con ánimos para proseguir nuestras lecturas, afuera la calle era un ascua de fuego.

Recuerdo la primera vez que fui a La Unión, era ya alumno de la Universidad, y un amigo que tenía una vespa, con el que debí tratar sobre libros leídos, tal como

acostumbrábamos en las tertulias del claustro, me propuso el viaje, así que decidimos visitar la ciudad. Serían las once de la mañana cuando llegamos, una vez en la calle Mayor, preguntamos a una chica, no recuerdo bien que cosa, el caso es que echó a correr, aquello confirmó el carácter alucinante que esperábamos encontrar, por supuesto no nos atrevimos a buscar al autor, pues sospechábamos que seguramente no existiría y lo consideramos cosa de leyenda. Supongo que, si Asensio hubiese estado en el balcón de su casa, habría sonreído al ver la escena. Fuimos al mercado, sorprende que aquí la iglesia no sea el edificio más alto, anduvimos por sus calles de casas tejidas con ladrillo, vimos hombres que andaban muy despacio o que permanecían sentados, con caras terrosas, como recién salidos de un infierno, después supimos que eran mineros enfermos de silicosis, una confitería semejante a las ilustraciones de Asensio, la casa del Piñón, visitamos el cementerio desde el que podíamos casi tocar el imponente Cabezo Rajao...

Cuando le conté esta anécdota a Asensio, me dijo que sin duda merecía el libro, en ese momento estaba a punto de aparecer la tercera edición y podía contar con él. Al poco así fue, y me lo hizo llegar con esta dedicatoria: *A José Luis Martínez Valero, al que La Unión le gustaría, por su entrañable afecto a nuestras cosas, tener por hijo. Con mi amistad. Asensio Sáez.*

Lo encontré en otras ocasiones, casi siempre junto a María Cegarra. Más adelante, siempre en verano, cuando volvía de Calblanque, caminando por la costa, me gustaba visitarlo en su casa de Cala Reona, situada sobre una plataforma rocosa y dorada que, como una esponja, sostiene esas cinco casas blancas, desde las que se ven los montes mineros cercanos y Punta Espada. A menudo recordábamos a Miró, Asensio había conocido a sus hijas, un día hablamos de Antonio Ros Sáez, el oftalmólogo y político, nacido en La Unión, le apunté que habría coincidido algunas vacaciones con Gabriel Miró, y me dijo que escribiese sobre ese encuentro. Una vez terminado, se lo envié y esto es lo que me contestó, 5 de octubre de 1994: *¡Buena "Postal de verano" la tuya! Verdad es que he disfrutado con tu hermoso texto, por dos razones: la primera porque está bien escrito y la segunda porque el tema me resulta, de algún modo, entrañable, "familiar". Enhorabuena.* El caso es que la redacción final la he perdido, y sólo me quedan unas notas que trato de recomponer, en las que quisiera que permaneciese al menos un eco de aquellas conversaciones:

POSTAL DE VERANO

Es la playa de Levante, recostado en la arena, un joven relee estos versos: *La mer, la mer, toujours recommencé...*, anónimo el mar insiste, parece que repitiera siempre la misma salmodia, pero no es así, sube, baja o resbala, presente continuo, nunca olvido. El muchacho está a punto de terminar medicina, sabe que acaba de llegar un escritor, Gabriel Miró, del que ha leído algún libro que le ha entusiasmado, sobre todo por su capacidad de hacer visible la realidad, por su manera de leer el paisaje del Sudeste que es el suyo.

Bajo la higuera una cabra mordisquea restos. El olor de la higuera equivale a un vaso colmado que sacia antes de acabarlo.

Desde la mecedora en el interior, el escritor, está sumergido en otro tiempo, por una parte contempla el camino polvoriento que conduce al faro, de otra, el mar inmenso, azul donde reverbera el blanco de un levante apenas perceptible. Hay un velero anclado. Cuando se incorpora ve la mancha arenosa de La Manga y el Monte Blanco.

Esta mañana temprano un pescador, el mismo siempre, la cara agrietada por el sol y la sal, con pantalón arremangado y camisa de tela basta y azulada, descalzo, ha saludado desde la puerta:

—A la paz de Dios, ¿me compran este rancho?

El pescador ha mostrado un cesto de esparto donde brillan salmonetes y doradas, serranos y una rascasa.

Junto a la orilla, unas niñas buscan conchas, cada vez que sucede el encuentro, gritan, la madre sonrío.

La luz es una cualidad tangible, respirable, luz cristalizada que deja de ser un medio, instrumento que permite ver, para ser ella misma la que se da, de manera que, porque se ve, no deja ver, y vela los montes y los traslada a un mundo irreal, lejano, donde parece que se alejaran en una caravana que conduce al sueño.

Cabo de Palos es ahora el lugar de la luz, semeja un ascua que se estuviera enfriando lentamente a juzgar por esa calima, tan parecida al humo, que surge continua de la tierra. Parece un animal prehistórico que caminara hacia el mar con sus patas ya semihundidas y la cabeza coronada por la chimenea encendida del faro, un animal que respirara luz.

En la mesa se han servido los salmonetes y las doradas. Serranos y rascasa son la base para una sopa que les acompañará en la cena. Los primeros son rojos como peces de estanque, pero saben a especias submarinas. Las niñas comen su carne que se desgrana como una espiga. Más tarde las doradas que conservan algún reflejo de sus paseos por las praderas de algas. A los postres aparece una montaña de higos verdes, higos chumbos y uva, la exquisita uva de Palos.

El joven estudiante se dirige a la casa en la que vive Gabriel Miró, ya hemos dicho que estudia medicina, muy pronto será oftalmólogo, viste un pantalón blanco, una camisa blanca y unas zapatillas blancas, le propone pasear.

Miró ha alquilado una casa modesta, casi todas las casas son modestas, no disponen de agua corriente, no disponen de electricidad, no disponen de ninguna de las comodidades habituales en la ciudad. Al veraneo en el mar sólo se arriesgan unos pocos. La casa está situada en la playa de levante, se halla alineada junto a otras que forman un primer y único frente, edificadas sobre terreno elevado y, abajo, hay una estrecha playa que a menudo aparece cubierta de algas, plagada de caracolas. La casa tiene dos puertas, una da al camino que sube al faro, la otra al mar, cuando se abren las dos puertas nunca falta el aire fresco.

Miró ha levantado los ojos del libro, ha dejado el lápiz que distraído conservaba entre los dedos, y se ha dispuesto a caminar. Ha ocurrido como en sus libros, sin pereza se ha lanzado al camino. ¿Dónde iremos? Parece decir al incorporarse, pero no le preocupa, cada día trae su cuidado, y cada día este joven le ha ofrecido un paisaje nuevo, grato, en todos les aguarda alguna maravilla, algún descubrimiento.

Ayer fueron a Cala Flores. Aquí todo se baña en calas. Y, en efecto, no le defraudó, el camino lo hicieron por la orilla, tras pasar la Barra, junto a unos eucaliptos que sanean restos del primitivo pantano, tras ellos el palmeral, unas pocas casas, después la estrecha senda que asciende lenta, primero unos pinos achaparrados, atormentados por los vientos de levante y de lebeche, después un barbecho rojo, en el que surgen como por milagro algunas higueras, algunos algarrobos. Desde un altozano contemplan el mar, ahí abajo los Punchosos, el Arco de los Reyes. Bajaron a la cala, el agua como un mastín de lengua blanca lamía la piedrecitas grises. Como aún quedaba mucha tarde decidieron llegar a Cala Reona, para ello Antonio decide que deben hacerlo subiendo al Monte de los Romanos, se trata de una colina que todavía conserva el camino que asciende a la cumbre, una vez en ella, contemplan el valle de Cala Reona, es una rambla sin apenas arbolado, junto a la orilla descubren una mancha verde, higueras, algún olivo y un chamizo donde vive el pastor, poco después ven descender por entre los montes el rebaño y oyen sus esquilas. La

estampa es clásica, poco a poco las sombras van ocupando el valle, cuando el rebaño llega al corral, sucede un silencio pleno, religioso, semejante a una oración.

En el camino, Miró ha visto no muy lejos los montes, se ha detenido y ha dicho:

–Los montes son sagrados, elevaciones donde el espíritu de la tierra se hace visible, de ahí que una vez en la cumbre nos sintamos más unidos al paisaje. El paisaje es la religión que practican los que saben que la naturaleza, las cosas, son semejantes al hombre, y es religión porque une y transforma.

Más adelante ha agregado:

–Yo no cuento, miro y leo. Cada cosa es un signo y cuando las uno, compongo palabras y frases. Mi ritmo es la mirada, no la del paseante, sino la del contemplativo, primero me sitúo, busco ese punto en el que dejo de ser y las cosas comienzan a mostrarse, asisto a su nacimiento. No se trata de virtud, sino ejercicio. Observará usted que casi todos viven en el ocaso, se sirven de lo que les han dicho, usan las palabras como productos del diccionario, piezas de guardarropía, no las ven, no las oyen, no las tocan. ¿Qué sería este paisaje sin las palabras?

Hoy es otro día, van hacia La Manga, Antonio quiere mostrarle las dunas, y la playa donde a veces pueden verse caparazones de tortugas. Luego pasarán al otro horizonte, el del Mar Menor, quiere mostrarle el sol sobre el Cabezo Gordo, testigo de otros tiempos, las islas, su superficie tersa.

Hasta ellos llega el olor a campo recién segado de las salinas, a era, almiares. A ambos lados del camino crecen hinojos, en los que forman extrañas composiciones los caracoles. Pisan una arena fina que a veces se mueve, arena viva.

Les ladra uno de esos perros vagabundos que en verano parecen surgir de la tierra. Gabriel lo mira a los ojos y el perro calla y prosigue su camino.

–Este perro, que nos ha ladrado, me recuerda otro perro, amable y blanco, que llevaban unos niños, he escrito este episodio, y usted lo habrá leído, se lo recordaré, ocurrió en Alicante, junto al rompeolas del puerto, en el espigón de levante. Era un día espléndido, azul, puro, una luz como la de hoy. Los niños y el perro componían la imagen de la inocencia, su contemplación nos hacía sentirnos mejor, proseguimos nuestro camino y a la vuelta vimos a los niños sin el perro, ¿dónde está?, preguntamos y nos señalan ahí, en efecto nos aproximamos y lo descubrimos en el último esfuerzo de sus patas por alcanzar la superficie, ahogado, no comprendíamos lo que había pasado, los niños decían:

–¡Si ha sido sin querer! Le queríamos mucho; pero estaba la mar tan quieta y tan clara, que, sin pensarlo, pues...Lo atamos, para ver cómo se ahogaba un perro y todo lo que hacía!...

Sin duda, el lector recordará el bracear inútil, la mirada angustiada bajo el agua. Los niños han practicado su primer acto gratuito, han tomado conciencia del juego y el juego se hará arte, porque no hubo compasión, atendían sólo a la composición.

–Yo sólo veo, leo las cosas que el mundo nos ofrece, me decía Vd. ayer. Entiendo que el mundo no es malo ni es bueno, se trata de una neutralidad alterada por los sentimientos.

–Creo que no lo habría formulado mejor. El sentimiento amplía o disminuye. El hombre porque siente, cohabita la realidad y, por tanto, la angustia. El hombre lúcido es consciente de que todo aquello que los otros creen realidad, sólo es apariencia. Sólo la luz es real. Cuando escribo tengo la sensación de moverme en un terreno muy reducido, cercado por esa irrealidad de la que he hablado, porque sólo la escritura es real.

–He elegido oftalmología por ayudar a ver lo real, todos miramos las sombras, la realidad nos ciega. Imagine que los que están en la caverna de Platón de repente aparecieran en medio de la realidad, ¿la reconocerían? Puede que pensasen que se trataba de otra apariencia.

–Quizá cambiarían cuando tropezasen en ella, al caer tomarían conciencia de lo que llamamos realidad.

–Ahí quiero llegar. Para evitarles ese batacazo les haré ver.

–Me parece que usted pretende algo más que ver con los ojos. Esa otra visión es más comprometida, le deseo buena suerte en su camino.

Enfrascados en esta conversación han llegado a la primera gola, y se han dirigido al Mar Menor, un sol rojo, grande, comienza a posarse sobre el cabezo, como un balón que los dioses fuesen a recoger. La hora es solemne, poco a poco la luz irá desapareciendo, la última saldrá por la puerta de las salinas.

Gabriel y Antonio vuelven a Cabo de Palos, caminan por entre las dunas, apenas si vemos sus espaldas, luego, cuando vamos a dejar de verlos, se vuelven y alzan sus sombreros en un saludo entre cortesano e irónico. El sol ha desaparecido.

Objetivo de este trabajo

Dar cuenta del libro **El ángel, el molino, el caracol del faro**, obra de Gabriel Miró, que residió varios veranos en Cabo de Palos y recoge el naufragio del Sirio. La posible coincidencia con Antonio Ros, oftalmólogo de La Unión, da pie a esta Postal de Verano.

Anotaciones didácticas

El texto corresponde al capítulo titulado **Una tarde**, del **Libro de Sigüenza**, de Gabriel Miró.

Puede ser utilizado como base para estimular la reflexión sobre nuestro paisaje.



El lugar de Eliodoro Puche, obra de Salinas Correas, 1967

LUCES Y SOMBRAS

(Eliodoro Puche Felices, 1885-1964)

Las luces de bohemia de D. Ramón María del Valle-Inclán, aquellas donde se dice que los ultraístas son unos farsantes, donde la conciencia ética con toda claridad parece que está en Max y la ruindad en Don Latino; aunque, cuando se sigue leyendo, todos, incluido Máximo Estrella, participan en el mismo mísero banquete, pagado con el fondo de reptiles. Sombras del orden burgués establecido, sombras con el orden oscuro de posguerra, cárcel y aislamiento en una Lorca sumida en la pobreza, sumida en la ignorancia y en el miedo; luz siempre de la palabra, cuando España era un país absurdo, hambriento, y brillante sólo para unos pocos.

Esta aproximación se ha organizado en tres partes: a modo de leyenda, de historia y de lectura.

A MODO DE LEYENDA

HERMANOS

*Vosotros sois mis hermanos,
Los malditos, los inquietos,
Los que no tenéis secretos,*

*Los tristes, los saturnianos;
Los que designios arcanos
Os dieron a un mal destino,
Los que errasteis el camino,
Los hijos de la desgracia...
¡Condenada aristocracia
del opio, el amor y el vino!
(El marinero del amor)*

Hay ciudades que están destinadas a ser otra cosa, quisieran ser río, ser mar, ser frontera, ser catedral, y sin embargo durante años, durante siglos, no son otra cosa que esa aspiración: un deseo infinito. Entonces se lanzan hacia arriba y se hacen estrellas que descubrimos en la noche; a veces noches que tienen la luz del mediodía y que sólo perciben los visionarios. Esas ciudades con más cielo que suelo, donde el polvo de las calles, la sombra de los escasos árboles, las plazas recoletas, las carreteras de paso, no son sino muestra también de ese infinito que hace, a los que allí viven, partícipes de no se sabe qué, una especie de sed, un desasosiego, que a menudo confunden con el dolor, y que les hace estar asomados continuamente a un pozo profundo, oscuro, en cuyo fondo siempre hay una luna que ejerce una extraña atracción hipnótica, que a veces semeja un fatum casi romántico, que colma la sed analítica de los críticos y, sin embargo, no es sino verdadera angustia, que no puede ni debe ser definida, porque es parte de ese infinito, que como un sol rojo permanece sobre la ciudad que parece dormida, y no lo está. Estas ciudades edificadas durante siglos, mantenidas en pie por el esfuerzo de unos pocos, duras como rocas, tienen más virtudes geológicas que humanas.

En una de esas ciudades, al pie de un castillo, que se alza como una leyenda, nació Eliodoro Puche, quien siempre aspiró a ser distinto, hasta que las circunstancias, me refiero a la guerra y sus consecuencias, definitivamente lo convirtieron en alguien que se parecía a aquel que hubiera deseado ser, el más olvidado de los hombres y, como un cadáver periodístico, resistía, rodeado de libros y sobrevivía por la luz y el silencio de sus páginas.

Así lo conocí, era en el final de los años cincuenta, eran las tardes interminables del mes de julio, cuando vencejos y golondrinas celebraban sus vuelos rituales sobre la plaza de España y su Historia, hasta que, entre la luz y las sombras, desaparecían.

Con Pepe Guerrero Ruiz, una vez a la semana, creo que podrían ser los martes, entre las cuatro y las cinco de la tarde, llamábamos a su puerta, y nos abría Estrella, rodeada de gatos, y nos hacía pasar a su despacho biblioteca. Como entrábamos deslumbrados, la humedad y la oscuridad del bajo nos parecía otro mundo, nunca habíamos visto en una casa tantos libros, recuerdo sobre una silla, que se parecía a la de Van Gogh, cuartillas escritas con una caligrafía afilada, a veces algo torpe, donde las letras de diferentes tamaños, tachados los versos con una línea, se enredaban prescindiendo de pausas convencionales. Nosotros, una vez allí, aguardábamos, mirando las grietas de la pared, los libros de las estanterías, la calle de tierra al otro lado de la ventana... De pronto aparecía, como si saliese de un túnel, como si llegase de un largo viaje, el pelo revuelto, y se sentaba tras la mesa, interesándose por nosotros. Recuerdo que, en la primera visita, cuando le dije que había nacido en Águilas y que conocía a alguno de sus familiares, me habló de las playas, del sol y del mar, de su casa que estaba junto a la rambla en la Colonia, justo al otro extremo de donde yo había nacido, sin que pueda precisar cómo, esta circunstancia quedaría ligada definitivamente a su memoria. Era una época en la que admirábamos sin haber leído, nos guiaba la fe en otra cosa distinta a la parda rutina que habitábamos.

¿Qué veíamos en él?, quizá lo que buscábamos, nos atraía su aureola de poeta maldito, de hombre represaliado, nos gustaba su silencio, sabíamos que vivía el vacío de la noche que siempre le acompañaba y, sobre todo, su impaciencia para responder a nuestras preguntas. Claro que nunca le oiríamos recitar, aún no conocíamos el secreto de los versos en la voz del poeta, cómo habrían sonado sus poemas modernistas, vanguardistas o los versos sencillos, casi desnudos de la posguerra, nunca lo sabremos. Su voz quebrada, rota, pocos años después, llegaría a la perfección del silencio.

En aquellos años no habíamos leído otra poesía que la de los libros de texto, nosotros ignorábamos casi todo, hasta el punto de creer que autores como Machado, Unamuno, Alberti, Ortega, Lorca, pertenecían a otro tiempo lejanísimo. Con aquellas visitas descubrimos que no era así, que fueron hombres que habían estado muy cerca, que pertenecían a un tiempo donde pensar y escribir, libres de censura, había sido algo habitual, pero se había levantado un muro y permanecían allí, al otro lado.

Entre tanto, nosotros, en la biblioteca pública, leíamos a Alvaro de la Iglesia, a Jardiel Poncela, Axel Munthe, Thomas Mann o la Historia de la Segunda Guerra Mundial, admirábamos la soledad de Robinsón Crusoe y creíamos que Maxence Van der Meersch era un autor excepcional por su compromiso. Pero habíamos descubierto a Ortega y su **Espectador**, lo que nos daba ocasión para charlar mientras

paseábamos por las alamedas, con sus largas tardes, con la complicidad de las miradas de nuestra recién inaugurada adolescencia, sentados en los largos bancos, y siempre pasando bajo las sombras de los árboles, en aquel cruce donde oíamos una y otra vez las mismas canciones. Así fue nuestra iniciación a la poesía. Hasta aquí mi contribución a la leyenda.

A MODO DE HISTORIA

A MI OTRO YO

*¡Perdona este sufrimiento
a que te ves condenado
por haberte encadenado
conmigo en todo momento!
¡Pobre de ti! ¡Cómo siento
verte siempre malherido,
sin más culpa que haber sido
fatalmente mi otro yo!
Quien me hirió a mí, a ti te hirió,
La culpa, ¿quién la ha tenido?
(El marinero de amor)*

Ahora trataré de abordar la historia. Plantea ésta más problemas, por una parte, la falta de documentos, me refiero a la posibilidad de seguir la pista a sus escritos carentes de fecha, habría que revisar los textos, si ello fuese posible, para deducir por el tipo de letra, por la clase de papel que emplea; no disponemos de su correspondencia, ¿dónde han ido sus cartas? Pertenece Eliodoro a un tiempo en el que la escritura epistolar es esencial, y sumamos a esto los cambios a que obliga la historia, hay, tras los ensayos vanguardistas, como un apagón general. Sin duda, Eliodoro, percibe claramente que el simbolismo, la angustia bajo la luna, la búsqueda de su identidad, la tristeza de no ser, las sinestesias que experimenta, no son las únicas vías que conducen a su realidad.

Ocurre que, a partir del fin de la primera guerra mundial, los cambios van a ir haciéndose visibles, y es el caso que su relación con Ramón Gómez de la Serna,

Rafael Cansino-Assens, Huidobro, por una parte, le orientan hacia un futuro que envejece demasiado deprisa, las vanguardias, para serlo, han de estar en renovación permanente. Por otra parte, el conocimiento de los Machado, de Juan Ramón Jiménez, en su evolución sin estridencias, pero constante, le debió inclinar a apartarse de los ecos para buscar la voz. Con la publicación del **Diario de un poeta recién casado** por Juan Ramón y las **Poesías completas** (1899-1917) de Antonio Machado, aparece otra manera que la contemplación del puro interior, el poeta descubre lo cotidiano, y quiere trasladarlo de modo coloquial, así se da una vez más el romance, ya en la asonancia, ya como instantánea emocional que recoge el momento climático, a veces ocurre como silva, o se vuelve al gusto por el octosílabo que aparta a los poetas de ritmos importados. De nuevo Anteo recupera su fuerza al tocar el suelo, la lengua vuelve por sus fueros.

A la muerte de su padre, en el 1928 regresa a Lorca, ¿rompe definitivamente con Madrid? Cuesta creer que abandonase toda vinculación y emprendiese una larga siesta. Eran los años de la Dictadura de Primo de Rivera, y sabemos que su talante y su militancia son republicanos, poco después será director de dos periódicos: **El pueblo** y **República**. ¿Se trata del hijo pródigo que vuelve a la casa del padre? Podríamos estar ante alguien que cansado de la incertidumbre de saber qué va a ocurrir al día siguiente, decide acogerse a determinadas certezas primarias. Elidoro tiene ahora cuarenta y tres años, ha publicado en algunas revistas, ha editado tres poemarios y algunas traducciones llevan su firma, ha hecho amigos, pero no ha consolidado unos ingresos regulares, no ha fundado una familia, el ritmo de la historia es otro, entonces, ¿ha fracasado?, no, sólo ha hecho lo que tenía que hacer, ha tenido la voluntad de ser escritor y, para ello, ha ido a Madrid, y ahora, ha vuelto a casa.

En Murcia hay otro tono cultural, se respira una nueva atmósfera: la Universidad había comenzado en el curso 1915-1916, desde febrero de 1926 Jorge Guillén imparte aquí su docencia. En 1927, crea junto con Juan Guerrero Ruiz, **Verso y Prosa**, donde Eliodoro no participa, pero imagino que sabe de su existencia, pues ha sido asiduo colaborador de revistas. En el estudio de la calle Riquelme, Murcia, se reúnen Garay, Joaquín, Flores, Gaya, Planes, Clemente Cantos, más Juan Guerrero y José Ballester, y sabemos de la amistad de Planes y Eliodoro, es muy probable que se conocieran ya cuando presenta Planes la cabeza conocida como: **El Pregonero de Beniaján**, en el saloncito del Ateneo, 1918, sabemos de su relación con Ballester. En La Unión, 1918, se ha creado la Editorial Levante por Andrés Cegarra, quien, atento a su tiempo, sigue a Juan Ramón y a Gabriel Miró, prosa poética, gusto por el paisaje bronco: el esparto, las ramblas y las minas, más adelante María Cegarra y

su libro **Cristales míos**, y Antonio Oliver y Carmen Conde en Cartagena, y a su vez Miguel Hernández en Orihuela. Claro que es otra la edad, las comunicaciones son más difíciles, pero son los años de la República, de las Misiones Pedagógicas, un tiempo donde los hombres progresistas deben hablar.

Como fácilmente puede deducirse de lo anterior, tengo más preguntas que respuestas. Cuando formulamos las preguntas se parecen a esos escollos de la costa, que el agua cerca y a menudo cubre, batidos por las olas, mantienen siempre la ilusión de la espuma, a veces en los días de calma perfecta, vemos con claridad como se alzan, entonces, precisos como interrogaciones, postulan respuestas y, aunque una sea la pregunta, las respuestas siempre serán múltiples. He aquí mis preguntas: ¿Qué relaciones tenía con Madrid? ¿Mantuvo algún tipo de vinculación con Murcia y con sus escritores, con sus artistas? ¿Permaneció informado por los amigos de Madrid? ¿Nunca vio, nunca habló, nunca leyó? Y la respuesta ya sea en la leyenda, ya en la historia, será diversa. A veces afloran, a modo de respuesta, determinados nombres, así Aurora Guilmain, María Valero, Alberto Valero, Antonio Machado, Rafael Cansinos-Assens, César González Ruano, Andrés Bolarín, José Ballester, Planes...

Quien dirige un periódico de una determinada ideología, no puede permanecer al margen, la tarea de los republicanos se proyectó en la enseñanza, en la ilustración, entendieron que un pueblo instruido era un pueblo próspero, así para rescatarlo de la miseria ancestral, se precisaba una educación moderna. Escritor es alguien que ordena palabras, si se hace, se ordenan las ideas, se formulan preguntas y respuestas, luego, ningún escritor es impermeable a su tiempo. Quizá la poesía es una fórmula expresiva que tiende a la cristalización y por tanto es más difícil percibir los cambios, sin embargo, su adscripción a las vanguardias, parece disponerlo a aceptar novedades, su poética del camino frente a la posada le mantendrá disponible. Después sucede la guerra y sus consecuencias, que para él se traducen en cárcel, privaciones, soledad, y muchas, muchas noches y un largo silencio.

A MODO DE LECTURA

SOLES

Fray Luis, Quevedo, Cervantes,

Insignes encarcelados,

No envidiosos y envidiados

De retóricos pedantes.

*Si alguna vez, navegantes,
 En vuestras rutas de azar
 Oís sus nombres pronunciar,
 Mirad al sol, descubiertos,
 Porque ellos, después de muertos
 En el sol deben brillar.*
(El marinero del amor)

Quisiera que esta contribución fuese un homenaje al poeta Eliodoro Puche que, en aquellos años mudos, nos dejaba libros, diciendo: tomad y leed, como si la biblioteca fuese su cuerpo. Leer significa estar disponible, uno lee como el que atraviesa un paisaje que aun no ha sido urbanizado, a lo que salga.

Su trayectoria comprende desde 1917, con la publicación de el **Libro de los elogios galantes y de los crepúsculos de otoño**, hasta, **Poemas inéditos**, 1961; años de dedicación a la escritura, que incluyen traducciones, artículos periodísticos, narraciones, además de dirigir dos periódicos de orientación republicana en Lorca, más los textos póstumos, algunos ya conocidos por formar parte de los **Poemas inéditos**.

Antes de que se publicara su primer libro, habían aparecido algunos poemas muy interesantes, destacaré PREGÓN DEL ESCAPARATE, en la **Revista anual** de la firma **Romera Hermanos**, Lorca 1912, folleto donde figura junto a los poetas A. Fernández Cerdán, Jesús Cánovas, Alfredo Sanmartín y Enrique Jaén, el texto, por no estar incluido en la **Antología General**, lo transcribiré completo, dice así: *Ved el escaparate de los Romeras/ lleno de figurillas y de abanicos;/ Dice: Venid señoras, niños, niñas/ Contemplad mi belleza pobres y ricos./ Tengo cintas y encajes, polvos y esencias/ que hacen a las mujeres como a las rosas./ De vuestros tocadores las menudencias/ tengo entre mis cristales, niñas preciosas./ Tengo espadas de acero, tengo escopetas,/ soldaditos de plomo, flautas, tambores,/ cajitas de pintura con sus paletas/ y bebés y muñecas de mil colores./ Abanicos de nácar con piedras finas,/ otros llevan pintados bellos paisajes,/ escenas japonesas, figuras chinas,/ y calados que traman sus varillajes./ Grupos de porcelanas que en actitudes/ dramáticas, evocan historias bellas./ Donceles que acompañan con sus laúdes/ eglógicos cantares de sus doncellas.../ Tengo por fin, floreros, centros, jarrones.../ Carteras, tarjeteros, muy olorosos,/ corbatas y gemelos, juncos, bastones/ y pañuelos de seda para gomosos.* La elección del escaparate como tema, el inventario de lo expuesto como

enumeración caótica, el distanciamiento objetivo y lúdico con que se presenta, creo que lo sitúan en una modernidad próxima a las vanguardias.

Su poesía recorre más de cincuenta años y, tras la aparición de los tres primeros libros, está caracterizada por una periodicidad irregular, ya que entre éstos y la **Colección de poemas**, de 1936, han transcurrido diecisiete años, y de aquí, a la publicación de **Poemas inéditos**, 1961, pasarán 25 años, claro que las circunstancias son otras, ahora el silencio es impuesto.

Se ha tenido a Eliodoro por un poeta bohemio, y como tal desordenado, reiterativo, confuso, a veces luz, a veces sombra, del que la tradición cuelga todo tipo de anécdotas, inteligentes unas, graciosas otras, todas desafortunadas. Quizá él mismo contribuyó con algunos poemas, presuntamente autobiográficos, basta leer de **Las alas en el aire**, el titulado DONES, dice así: *No esperes nunca de mi corazón/ lo que te ofrecen tantos:/ una amistad tranquila,/ apacible y eterna./ Eso que llaman/ dicha, felicidad, nunca lo esperes/ de mi.../ Mi corazón/ sólo sabe de cimas y de abismos./ El puede darte, tal es su tesoro/ de amor –si amor es eso-/ o la alta luz o la profunda sombra.* Y, sobre todo, ha contribuido con su silencio a componer esa figura siempre al margen.

La figura de Eliodoro se mueve entre la cima y el abismo, como si una maldición la hubiese condenado a ser ese fósil esperpéntico que representa la pereza mental de un pueblo, siempre reñido con la belleza, cuando no, la visión sesgada desde una perspectiva política conservadora. Y ocurre, porque creo que, se entendía mejor, quiero decir que era preferible, por ser políticamente correcto, un poeta maldito, borrachín y excéntrico, que un hombre con una determinada ideología, opuesta al régimen; de ahí mi interés en mostrar, ahora, al poeta en la cárcel y al poeta en su largo exilio interior.

Eliodoro no nos da una poesía política, sujeta a una determinada militancia, en él, lo político, será que no abandona el compromiso con la verdad, lo que le lleva a dar testimonio de su tiempo; sin duda, en la cárcel, fue la voz para los que no tenían voz en aquellos años de miseria, sobre todo moral; tampoco abandona la búsqueda de la belleza; además, y como consecuencia, siempre busca la libertad.

Trataré de hallar los antecedentes, si los hay, que expliquen estas actitudes. Con Eliodoro pasamos de unos poemarios donde aparece el poeta como único protagonista, traspasado por un dolor, obra del destino, recordemos el texto: **AQUEL DOLOR AGUDO** de **Corazón de la noche**, *Aquel dolor agudo/ ya no atormenta tanto.../ ¡Corazón, corazón, ya no estás mudo! ¡Ojos, ya podéis ver por el cristal del*

llanto!; hasta poemas que comprenden las desigualdades sociales y describen tabernas o cafés con trazos realistas, naturalistas o expresionistas, que podrían suponer un anticipo de su derivación a lo social, al compromiso.

Este compromiso se acentúa a partir del fin de la guerra, dado que la cárcel, el aislamiento, el miedo, son circunstancias que comparte, no ya con otros poetas, sino con cada uno de los hombres y mujeres con quienes convive. Recordaré dos nombres que le van a resultar próximos: Miguel Hernández y Antonio Oliver. El primero, preso y muerto en las cárceles franquistas, compone en ellas sus más bellos versos, con una esencialidad ejemplar; el segundo, en exilio interior, se dedicará a salvar su identidad por medio de comentarios a sus propios poemas publicados en la República, y a escribir las **Loas**, una forma de reconstruir el mundo desde lo elemental. Ambos pueden servir de orientación para comprender la figura de Eliodoro.

Voy a intentar asomarme a su trayectoria. Desde los tres primeros libros hasta la aparición de la **Colección de poemas**, han sucedido muchas cosas y, sobre todo, su inclinación a las vanguardias, ¿en qué medida afectan éstas a su obra? Sin duda le proporcionan una libertad y disponibilidad ante lo nuevo que equivale a un Platón que descubriera el mundo sin el filtro de la caverna, tiene el vanguardista una actitud receptiva universal, que afecta tanto a inventos, arquitectura, modas, pintura, escultura, música, deporte, humor, como a ideas, reformas sociales o políticas. La vanguardia le servirá para emprender una revisión temática y formal.

Por estar más próximo, comentaré algunos textos de **Colección de poemas**, 1936, donde se aprecia fácilmente una disposición frente a la poesía, distinta a la mantenida hasta entonces. Empezaré por ELEGÍA DE OTOÑO, texto que reúne todos los elementos que conforman la estética decadente en el otoño verleniano, al que sitúa como antiguo compañero de sus melancolías y, ahora, ocurre como encuentro; luego ha habido una separación, a la que dedica esta elegía, que ya en sí, confirma ese distanciamiento, de ahí que vaya enumerando uno tras otro sus recuerdos, de los que como pequeñas coronas conmemorativas cuelgan cintas, que desea sean enrolladas en el olvido. Con el reconocimiento del pasado comienza otra manera que, poco después, dará lugar al uso generalizado del romance y la copla, la casi desaparición de las pausas evocativas, el libro de décimas, un cambio temático rotundo, más una desnudez cercana a la oralidad.

En NOCTURNO, el cambio afecta a la consideración de la noche, que cesa como dolor o llanto, y se convierte en el lugar desde donde los que poseen la misma ideología, calificados de visionarios, van hacia un alba nueva, a una aurora cerrada, pero sin puertas. Se percibe una simpatía por empresas comunes, un optimismo que

bien podríamos enmarcar como talante político. Por otra parte, el sujeto, abandona el yo angustiado y dolorido, para ser un protagonista colectivo que se manifiesta como nosotros.

PLENILUNIO, presenta a un poeta arrepentido o distinto, cuando se pregunta por qué ha cambiado su alma por una onza de oro: *¿a qué habré yo vendido,/ por tu onza de oro, mi alma?*, ha perdido la fe en ese contrato fáustico, que le parece de dudosa rentabilidad, pues se descubre como *pobre pez de las sombras*, como *poeta loco que llorando canta*. Con imaginería modernista expone su frustración.

LUX es un poema gnóstico, en el que anuncia que todo misterio será desvelado, no existirá el secreto, se expone así un programa que podría ser político, puesto que es utópico, y aparece como manifiesto. De tono profético, postula un nuevo mundo, una nueva palabra, un nuevo amor.

Aunque aún mantiene en algunos textos la estética anterior, sus poemas han dado un giro definitivo, en LABERINTOS DE CALLEJONES, afirma: *Todo era conocido, y sin embargo/ todo nos habla una lengua nueva*. LA LLAMA QUE HA ENCENDIDO, y ANGELES, son dos textos surrealistas, plagados de imágenes sorprendentes. No falta su afición pictórica con ACUARELA y AGUAFUERTE.

El poema NOCHE, rompe definitivamente con la estética modernista: *Noche...La luna en el cielo/ / Como borrosa medalla.../ El tiempo gastó los rasgos/ Románticos de tu cara*. Y convierte a la luna en una borrosa medalla, reducción vanguardista, en la que por ser medalla tiene un doble valor: conmemorativo y sagrado; al mismo tiempo, por ser borrosa, ya no es más que un recuerdo, se han olvidado los rasgos románticos, es decir, el entusiasmo, el fervor primero.

Tras la guerra, condenado por mantenerse fiel a la República, permanecerá algunos años en prisión, Los textos publicados son:

Poemas inéditos, Serrahima-Moya, Lorca, agosto, 1961.

Más los póstumos:

El Marinero de Amor, Asociación de Amigos de la Cultura, Lorca, 1980.

Antología General, selección de Juan Guirao y José Luis Molina, Editora Regional, Poesía N° 12, Murcia, 1983. Incluye : **Las alas en el aire; Carceleras; Ficción poética de el marinero de amor y Últimos versos**.

En 1989, aparece en edición definitiva: **Las alas en el aire, Ficción poética del marinero de amor y Otros poemas**, con introducción y textos de Espejo Arévalo, al cuidado de Atanasio López Pascual.

Voy a comenzar por el final, aunque corresponde al primer libro: **Las alas en el aire**, edición de 1989, fechado: 1939-1942, por Juan Guirao y José Luis Molina en su **Antología general**, compuesto durante el periodo en el que Elidoro Puche se encuentra en prisión. El texto expresa fundamentalmente sus ansias de libertad, de ahí las alas, que necesitan, exigen, el aire. A la búsqueda de ese aire, ya sea en el amor recordado, o el amor presente, ya en las ideas, o en el sentimiento de la solidaridad, o en la propia poesía como tabla de salvación, dedica este libro, amargo como un fruto verde, en el que abunda el secreto, la penumbra, la inquietud, la ausencia sobre todo. Este libro con sed y con sueños, testimonio de una búsqueda que aunque frustrada, le ha mantenido siempre en el camino, es un libro del que desconocemos ciertas claves que se convierten en preguntas a las que quizá nunca se pueda responder.

Se abre el poemario con tres textos que mantienen una unidad, veamos, el primero, que titula EL AIRE Y LAS ALAS, está dirigido a un tú enigmático cuya identidad plantea la primera pregunta: ¿Se trata de una amada en el recuerdo o la distancia, al otro lado de los muros de la cárcel?, ¿podría ser una ideología de partido que alimentase su fe en otro país, otro estado de cosas?, ¿sería producto de una actitud religiosa donde encontrar consuelo? Sin embargo, es posible que, este tú, sólo sea el libro y la lectura, esto es, su poesía, como se confirma más adelante.

A tu calor se incubaba/ el huevo de mi libertad. En la frialdad de la prisión, encuentra esta fuente de calor, ¿de dónde procede?, está dentro del poeta, en su cabeza o en su corazón, quizá en ambos. *Sueño –mientras me forjo/ el que he de ser mañana– en tu aire libre,/ pleno de amor/ en el eterno/ sol de tu espíritu/ liberador.* El poeta sueña, esto es, hace realidad en un plano virtual, la libertad de la que carece, es en esta cárcel donde forja el que ha de ser mañana, por tanto aparece la idea de un hombre nuevo, la idea de futuro que se concreta en las imágenes: aire y sol, símbolos, donde el aire es la palabra, y el sol, es el conocimiento. De ahí que, ahora, nos diga cuál va a ser el proceso: *brotarán las alas/ y volaré hacia ti.* Su vida tiene un objetivo, porque habrá olvidado, *ebrio de olvido*, libre también *de un presente de incertidumbre y sombras*, presente en el que está preso, porque no entiende la causa de su proceso. Y como epifonema, los dos versos finales: *¡Oh, Poder ser, en la aurora futura, / tú, el aire, y yo, las alas!*, la aurora, el nuevo día que espera.

En *LIBRE ESCLAVITUD*, oxímoron, otra vez encontramos la presencia de este tú, aquí creo que se trata claramente de la poesía, a la que podríamos definir como amor sin fronteras, de claros horizontes, de espacios infinitos, que vuela en el aire libre. *Mi libertad esclava de la tuya/ en pensamiento y obra, /lanzada al fin, sin dudas,/ a la verdad*. El poeta ha entregado su amor a la creación poética, de ahí que diga en pensamiento y obra, y que ahora, está dedicada por entero a la verdad, el componente fundamental de la escritura en este tiempo, por ello al final de la estrofa se dice que, sin otra ley que el instinto y la alegría, o lo que es lo mismo, esa recuperación de la supervivencia, como concepción vital, con lo que supone de vuelta a lo elemental, de ahí el instinto, y la alegría, por la vuelta a la sencillez, la ingenuidad, liberado de formalismos. Y para confirmar esta identidad aparece *el libro sin fondo de tu amor*, lo que puede interpretarse como que la dedicación del poeta a la poesía no tiene fin, por eso mismo, el preso, libertad sin alas, aprenderá a volar.

En el siguiente AIRE LIBRE, enumeración nominal de una serie de características de la poesía, todas ellas conducen al amor y a la libertad.

Es en la cárcel, tiempo de reflexión forzosa, escuela de solidaridad, presencia de la muerte, donde descubre con plena claridad el sentido de su vida, de ahí que el poema IDEAL, defina las circunstancias personales e históricas que podrían haberlo derrotado, pero ni la lucha interior: *violentas tempestades*; ni la incivil guerra inmediata y sus consecuencias, han logrado derribar sus ideales, porque, salvado su corazón, como otro Quijote, convierte el fracaso en victoria: *de nuevo recobrado[el ideal] /cuando ya lo creíamos perdido*.

El poema BELLEZA es definitivo para interpretar ese tú que, en principio, aparecía como un impreciso desconocido. Ha sido pues la poesía, ha sido la belleza, lo que iba buscando. Poema homenaje a Juan Ramón, recuerda a la poética que en **Eternidades**, expone un proceso semejante, recordemos como comienza : *Vino, primero, pura*, y termina con estos versos: *¡Oh pasión de mi vida, poesía/ desnuda, mía para siempre!* Naturalmente no se dan en Eliodoro unas condiciones tan claras como las que conducen a ese encuentro definitivo, por el contrario, el poema se desarrolla sobre una continua paradoja, en este no llegar nunca, se funda el encuentro, de manera que será suya, una vez que la ha perdido para siempre, pues las cosas son como las recordamos, con ese tener no teniendo alcanza una dimensión casi mística.

Complementarios en esta búsqueda son los siguientes poemas: EL CUADRO INTERIOR, EL POEMA Y CREACIÓN. En el Cuadro, se refiere al proceso de escritura, que tiende a la depuración, al desnudo. En el Poema, define la paradoja de

su ser y con Creación marca la independencia de la obra. Eliodoro funde obra y vida de tal modo que en NUEVA VERDAD, dice en sus últimos versos: *Podrás mirarme/ en la gran desnudez/ en que dejé mi vida/ al despojarla/ de los adornos falsos/ de las viejas verdades*. Este testimonio biográfico refiere por una parte el proceso de eliminación a que está sometiendo sus poemas, por otra, no renuncia a sus verdades, esto es, no lo hace a sus ideales, ya políticos, ya poéticos. Con NUEVAS COSECHAS, trata ahora el tema de la recepción, sus poemas están dirigidos a otro lector, el que ha surgido de la guerra, el que sufre ahora la posguerra: *Y el nuevo mosto/ de mis nuevas cosechas/ no es para vuestras bocas delicadas./ el quiere bocas tristes./ bocas endurecidas/ en mis tormentos, / para las que no sea/ amarga mi nueva verdad*.

LA CANCIÓN, propone una pregunta que confirma el deseo de dar su poesía a los nuevos lectores, los otros. Ya no canta para sí, ahora hablará de la verdad y de la belleza para los otros: *Cuándo abrirás tus alas, canción mía./ y volarás sobre la vida hermosa./ Cuándo podré decir: ya mi canción./ es canción de los otros*.

Aunque rehúye ciertas precisiones sobre el aquí y ahora de los años en prisión, se nos escapa lo que en su día pudieron ser claves de comunicación, a veces aparecen poemas que claramente expresan la realidad en la que viven, así A UN AMIGO EN LIBERTAD, donde dice: *Con qué alegría/ dejé de verlo trasponiendo/ el horizonte de la libertad./ Nunca me he sentido más libre.// Ni el pez del mar ni el pájaro del aire/ sintieron nunca/ la infinita alegría/ de nadar y volar tan libremente/ como yo aquella tarde/ sabiéndome/ libre en su corazón/ libre en su libertad*.

Hay un poema excelente, ORACIÓN, de carácter unamuniano, que se convierte en una declaración de principios que contradicen los oficialmente establecidos, magnífica petición, en la que el poeta presenta sus errores como la verdad, exaltación de la individualidad en un tiempo donde triunfa el pensamiento único, impuesto como dogma, cuando España era: Una, Grande y Libre, y se programaba ese desierto de verdades ajenas, esas razones de los otros. Frente a esta aplastante ortodoxia del régimen, el poeta valientemente opone su herejía, dice así: *Señor de los errores: yo te pido/ que me protejas/ contra la verdad odiosa/ de perder mi fe en ti.// Bien sabes/ que mis errores son toda mi vida./ y que ellos sólo me abren el camino/ de mi verdad.// No me abandones/ en medio del desierto/ de verdades ajenas./ Cierra los ojos/ de mi razón a las razones/ de los otros./ Hazme la luz/ en mis errores, Señor de los Errores*.

El libro se cierra con el poema que le da título: LAS ALAS EN EL AIRE, epílogo que refiere poéticamente la biografía de su escritura, nacida entre muros sombríos

os, y es allí donde el poeta va a ir creando, recuerda así a su amigo Huidobro, el poeta como creador, y lo extrae de su propia carne, ya ceniza, que lo es tanto por edad, como por haber amado mucho, después imagina un canto desolado y verdadero, que corresponde a las circunstancias por las que atraviesa, en las que fue tejiendo pluma a pluma, es decir verso a verso, este libro que, ahora, una vez terminado, tenemos en la mano, poemas, que no todos podían ver, pues se han hecho para un tiempo futuro, así dice: *para cuando pudieras/ volar al aire eterno*. De manera que fue arrojándolos por la ventana, o lo que es lo mismo, posiblemente los fue pasando en las visitas que le hacía su hermana. Pero ya, una vez acabado, es libre, independiente, por tanto, el libro debe tender las alas en el aire y echarse a volar, y lo hace con una finalidad: *ser el que quise*, esto es, su mejor yo, no la leyenda, sino la verdad.

También, desde la cárcel, durante los meses de mayo, junio y julio de 1942, compone **El marinero de amor**, 1989, ficción poética, dedicado a Aurora Guilmain, con la que mantuvo una estrecha relación en Madrid, circunstancia que señala Angel Mena Rubio, compañero de presidio, en sus memorias inéditas, tituladas **Retazos de mi vida**.

Eliodoro en la carta-prólogo define la composición del libro y las circunstancias por las que atraviesa: *Así ha ido formándose este poema de poemitas, vago en su conjunto, preciso en sus partes, de olvido y de recuerdo, de ausencia y de presencia, de esperanza y de desesperanza, de amor, de dolor y de melancolía*. Ninguno de sus textos posee esta unidad, todos los anteriores, excepto **Corazón de la noche**, son libros producidos por acumulación, ahora serán las nuevas circunstancias y su voluntad de forma las que le van a proporcionar ese carácter. Se alude a la terraza de una casa en el verano madrileño, semejante a la cubierta de un barco, donde Aurora, la destinataria cubana, canta guajiras, *¿Esas coplas de diez versos, que se corresponden tan exactamente con la clásica espinela?; Qué dejo nostálgico y sentimental tenían aquellas coplas!* Y ahora, qué distinto es el tono, las dificultades, los peligros por los que atraviesa: *En esta última travesía por mares amargos y peligrosos, he escrito para ti este poema, en recuerdo de aquellas noches de verano madrileño, en que la vida era otra cosa más hermosa, más bella*.

El prólogo concluye con este envío: *Asómate de vez en cuando a mi soledad de marinero en peligro, y canta en mi recuerdo las coplas de **El Marinero de Amor***.

Quizá quiso hacer algo ligero, divertido como un juego, sin embargo, las circunstancias se impusieron y salió este libro, hecho para reír por no llorar. La décima contaba con un antecedente del veintisiete que todos recordamos en Murcia, me refiero

a Jorge Guillén, la ironía de sus encabalgamientos, la densidad intelectual de la que dota al octosílabo, pudieran estar presentes en su memoria; otras veces, remite a nuestros clásicos.

Entremos a los textos. En EL JUEGO, aparece el protagonista, una especie de Don Juan romántico, pienso en don Félix de Montemar, también en el Don Juan de Zorrilla: *¡inexperto jugador/que, despreciando al tahúr,/ aventura en un albur/ la riqueza y el amor!* La temática: el desafío al destino, hecho desde la inocencia y, la rima aguda, contribuyen a esta semejanza. Cabe también pensar que ese juego no es otra cosa que un elemento distanciador, que hay un consciente manejo del tópico, recordemos a Espronceda y su **Canción del pirata**: *Que es mi barco mi tesoro/ que es mi Dios la libertad; / mi ley, la fuerza y el viento;/ mi única patria la mar.* Lo que dotaría, dadas las circunstancias, al personaje y al texto, de esta trágica ironía: el héroe arrogante, libre, se encuentra ahora encarcelado, humillado; por otra parte, el barco, que viene a ser la casa de la libertad, se convierte ahora en prisión, de ahí que la ironía acabe en sarcasmo.

Sabemos que esta obra la comienza a escribir en el mes de mayo de 1942, en LA PARTIDA, dice con toda claridad: *mayo me ha visto partir/ a este forzado viaje.* Donde como tributo irónico a su amigo Antonio Machado, agrega: *Muy ligero de equipaje.* Pues recuérdese que era al partir la nave que nunca ha de tornar.

La escritura tiene una consciente función liberadora: *Sólo me queda soñar,/ vivir una vida aparte,/ ir por las rutas del arte/ a la soledad del mar.* (HACIA ALTA MAR).

Sin duda está construido como un solo poema, de ese modo asistimos a su continuidad narrativa, *ficción*, la llama, donde el marinero es despedido y, poco después, contempla desde la popa el puerto del que acaba de partir.

En VIGIA, aparece el poeta como conciencia vigilante, se insta a sí mismo para que nada escape a su emoción: *ni despierto ni dormido/ dejes de ser corazón.*

Insiste en comparar el pasado y el presente, y lo hace con metáforas de antaño, Eliodoro es fiel a sí mismo, así en AGUAFUERTE: *Las que fueron acuarelas/ óleos a todo color,* representan el pasado, que contrasta con el presente: *aguafuerte sombrío.*

LA NOVIA LUNA, resume su biografía: *En mi juventud primera,/ fui tu dulce novio, luna,/ y con tan mala fortuna/ que fui cual si no lo fuera.*

A menudo aparecen imágenes que aluden a la cárcel, ya sea como celda real en la que se encuentra, ya refiera las condiciones de la vida carcelaria, otras, como reflexión sobre la condición del hombre, claro que, en ese momento, debido a sus circunstancias, el decir que todos somos prisioneros, no tiene sólo un valor, si se quiere, filosófico, sino que se refiere a la historia concreta que se está viviendo, cuando España entera no era más que una gigantesca cárcel, de ahí la abundancia de notas que lo confirman: *ese barco tan triste* (LA CARTA). *En mi camarote vivo/ como un preso todo el día* (EN EL CAMAROTE). *De la nave que no anda/ poco se puede esperar* (CALMA). *(No hay nadie en mi derredor...)/ Lo digo en la noche oscura* (LAMENTACIÓN). *Y es un presidio el navío* (HASTÍO). *Amarrado a mi cadena/ de navegante forzado* (EL VINO); *a los toques de corneta/ toda la tripulación/ cumple con su obligación/ desde diana a retreta* (DISCIPLINA). *Está el pobre tan desecho/ en su prisión, que se muere/ y busca lo que le hiere/ como única salvación* (EL PRISIONERO). *¿Quién que es, no es prisionero?* (PRISIONEROS).

Como es constante en Eliodoro no falta el componente amoroso: *He visto gentes dichosas/ de amarrarse a su cadena* (RENUNCIACIÓN). *He visto esclavos de amor/ encadenados de abrazos* (DULCE ESCLAVITUD). *He visto a esos prisioneros/ de sus turbias profesiones,* (CEROS); *y todos eran, ¡horror! / esclavos o prisioneros.*(ESCLAVOS DE AMOR).

En la noche, las voces de alerta de los centinelas, le parecen otras voces que deseaba: *El espíritu se encanta/ con la posibilidad/ de que, en la misma oquedad/ de la noche misteriosa./ ocurriera alguna cosa/ más bella que la verdad* (LA VOZ CREADORA). No exento de ironía, pues la verdad es la prisión, su realidad; otra cosa más bella, sería, cualquier otra cosa, en su casa.

La cárcel acentúa y objetiva la pérdida de su identidad, por lo que constantemente dará cuenta de la confusión de su estado: *En verdad no sé bien si/ soy solamente tu espejo/ o también soy tu reflejo/ aunque te fuiste de mí* (TRANSPARENCIA). *¡Lo que si sé es que no soy/ ni sombra de lo que he sido!* (AMARGURA). *He olvidado las ciudades/ de no tocar en sus puertos;/ mis recuerdos son inciertos:/ nubes, nieblas, vaguedades* (CASTILLOS EN EL AIRE). *Mi sombra en el mar parece/ el espectro de un ahogado*(EL ESPECTRO).

La serie de retratos que desarrolla a continuación conforman una galería esencial de sus admiraciones, comprende: Fray Luis, Quevedo, Cervantes, Galileo, Taso, Beethoven, Wilde, Baudelaire, Rimbaud, Verlaine. Todos ellos han sufrido algún tipo de cárcel, también todos ellos han vencido esa limitación.

RETRATOS, sirve de pórtico, declara que los que a continuación aparecen son su norte y guía: *Retratos en el plafón/ de mi camarote...faros/ tan luminosos, tan claros/ que alumbráis mi corazón.* En SOLES: *Fray Luis, Quevedo, Cervantes,/ insignes encarcelados,* con GALILEO, se pregunta: *Si, ni heresiarca ni ateo/ fuiste, ¿por qué encarcelarte?* No puede entender por qué el mismo está encarcelado, proyecta así su situación, la ausencia de sentido cristiano y de justicia. En ORACIÓN, que culmina la serie, de nuevo se confirma en sus errores, coincide con otro poema del mismo título incluido en **Las alas en el aire**, afinidad que ayuda a entender mejor ambos textos.

Se cierra el libro tal como empezó, con la conciencia de ser uno de los vencidos, porque: *¡Jugó, mas jugó sin suerte/ el Marinero de Amor!(ÚLTIMA)*

Carceleras, 1939-1942, compuesto por un escaso conjunto de poemas, importa poco, si pensados como libro independiente, o como otro capítulo de su experiencia carcelaria.

Creo interesante el titulado: LA CALLE EN LA CÁRCEL, que documenta la terrible situación de aquellos primeros años de posguerra, no está la cárcel entre los muros que la cierran, sino en la calle, la calle es de los vencedores: *fuera es la cárcel,/ la soledad, la atmósfera sin aire,/ con esa luz esmerilada y acre/ de ceniza, gris, húmeda, apagándose.*

El poema siguiente comienza: *Se fue sin saber cómo...y era bella*, podría titularse: elegía de la libertad, expresa la declaración de un hombre de ideas y de ideales, un hombre libre, cuya libertad era la razón de su vida, y de la que ahora se ve privado. En los primeros versos la describe como: *bella, rara, lo infinito, invisible, soplo de alas, rebelde a la garganta.* Luego, da cuenta de su desaparición: *Te fuiste, Libertad, y ¿cómo? Y ¿dónde? ¡Tú, que estuviste siempre tan cercana/ de mi, que era yo mismo/ –o yo tú misma-; mi única palabra/ corazón toda...¡Oh! siempre. ¡Oh, nunca,/ bastante bien amada!*

La cárcel en esos años no es sólo privación de la libertad, sino presencia de la muerte, de ahí PESADILLA: *sueño de un fusilamiento/ [...]vivir la muerte en la vida!*

La cárcel priva de la presencia de los otros, el poema A MI HERMANA ESTRELLA, supone un hermoso testimonio biográfico, pues en efecto, el pequeño depósito carcelario, aún es posible verlo hoy, justa memoria de los lugares, está junto al Archivo municipal, muy cerca de su casa: *¡Qué cerca de la cárcel/ está mi casa;/ si no existieran muros,/ te vería hermana!* El sonido de la campana vecina le recuerda

la infancia, que era la libertad, de ahí que formule a continuación sus ideales: *¡Traedme luz de ayer/ a sendas de mañana!*

Por tratarse de otro caserón ruinoso, el poema SOBRE EL PATIO, la cárcel donde está preso, recuerda de inmediato El hospicio de **Campos de Castilla**, la miseria es la misma, los rostros que aquí no asoman, seguro que están presentes, todo ese dramatismo se traslada a la parra, cuyos trágicos brazos pugnan por salir, y para ello: *suben, suben, suben,/ al aire libre como si se ahogaran*. Es un tiempo de lectura entre líneas, las palabras nunca son inocentes, lo que significa que, en una simple fórmula como: *aire libre*, cobren un sentido muy especial.

La poesía de Machado, otro solitario, que une el corazón y la cabeza, atento siempre a los otros por estarlo siempre a sí mismo, volverá una y otra vez en los poemas de la posguerra, porque ofrece lo que resulta más difícil en esos años: coherencia. Cuando parece que estamos ante un tópico, lo convierte en otra realidad, he ahí su fórmula.

De este modo en CREER, esa vieja fórmula: *si no lo veo...*, que todos alguna vez hemos dicho, es reinventada para resolver la realidad histórica del momento, proponiendo la existencia de otra cosa que la burda venganza, anticipando un futuro que aparece como imposible, así dice: *¡Cuántas veces no creo en lo que veo/ y creo en lo que no veré jamás!* El poema está dividido en dos estrofas, la primera expone la modificación irónica del tópico, sistema que más adelante utilizará magistralmente Blas de Otero; en la segunda, se presenta una realidad que obliga a dismantelar toda la doctrina que se deriva de la frase hecha: *desde ayer faltan algunos,/ algunos que se han llevado/ en camión al otro mundo*. Lentamente se irá produciendo un rearme semántico que cristalizará como oposición crítica al régimen.

OTRA VEZ, recuerda al Machado de Baeza en sus meditaciones, el testimonio de una época. El juego de la rima, la distinta medida de los versos, el tono dialógico, proporciona al poema un distanciamiento irónico necesario para sobrevivir: *Ya llegamos./ La ciudad sucia y sombría / es la misma que dejamos/ sin pena y sin alegría/ otra mañana sin sol/ y también en compañía / de tricornos de charol*.

A veces es la copla o la saeta. Así este texto, inédito, que estando en la cárcel de las monjas dedica a la Virgen de la Amargura, y que transcribe Ángel Mena en sus memorias, saeta que fue interpretada por su hermano: *Santísima Virgen de la Amargura/ Reina del Paso Blanco/ Vuelve tu vista atrás,/ A los ciegos dale luz/ Y a los presos libertad*. Aparte de la intensidad que estas palabras alcanzasen al ser entonadas por la voz de un preso, la presencia de los familiares, el silencio dramático, la

semana de Pasión donde se celebra, todos los elementos que aparecen: amargura, ciegos, luz, presos, libertad, componen el cuadro trágico existencial de una época.

Me parece un excelente poema: EN ESTE SANATORIO, donde de acuerdo con su poética y con su ideología, aquellos que lo han encerrado no van a sanarle sólo de sus ideas, sino de sus ideales, que están depositados en el corazón. El texto tiene una ironía que es su mejor defensa, conviene recordarlo: *En este sanatorio/ de la cárcel*. Aquí el encabalgamiento ya es perfectamente claro. *Me están haciendo un corazón/ para andar por la calle*; es decir, le están lavando el cerebro, mejor el corazón, porque se trata de la relación afectiva con los otros, de ahí que su corazón le permita andar por la calle, evitando cualquier desviación del dogma, esta es la función de la prisión, modificar el comportamiento, para no ver, para no oír, y sobre todo para no hablar, cosa que derivará en un nuevo *beatus ille*. *Un corazón sin dudas, sin pasado*, donde alcanza un tono que años después veremos resuelto en **De vita beata**, de Jaime Gil de Biedma.

Por iniciativa de un grupo de amigos, y la colaboración especial de Atanasio López Pascual, se edita en Lorca, 1961, **Poemas inéditos**, se trata del primer libro de Eliodoro, y el único en vida que, tras la guerra, y veinticinco años de silencio, aparece; es una edición modesta, patrocinada por el prestigioso Círculo Cultural “Narciso Yepes”, lo que supone un reconocimiento largo tiempo esperado.

En este libro se reúnen ciento dieciséis poemas breves, de rima asonante, en su mayor parte romances, endechas y coplas. El primero, dedicado a la memoria de su amigo Antonio Machado, testimonio de fidelidad, evoca su figura con términos temáticos, vinculados a su poesía, que aportan la emoción del momento, en el que, la luz de la aurora, anuncia un mundo sin sombras.

Por el tiempo y el lugar en que se edita, es un libro que supone uno de los primeros pasos para la reconstrucción de la memoria, se refieren experiencias concretas de la época más dura de la posguerra, y que, más adelante, veremos incluidas en **Carceleras**: EN ESTE SANATORIO, LA TERRAZA, HE VACIADO, LA CANCIÓN DE MAMBRÚ, YO LES DIRÍA, EL PAJARITO, DEVUÉLVELE. Poemas, ahora, colocados estratégicamente para evitar la excomunió de la censura. Hay paisajes de secano, con la belleza espléndida de la roca desnuda, un cementerio o el arroyo seco que nada refleja, expuestos a un sol de fuego, paisajes que ilustran este tiempo de escasez y ausencias. Si el paisaje castellano y el andaluz han sido símbolo de la historia o realidad en Machado, ahora recupera ambas cosas, y es el paisaje de una Lorca víctima de la pertinaz sequía, quien mejor lo expresa, tal como lo hará Francisco Sánchez Bautista con las tierras de Fortuna, así el titulado UNA

ALDEA: *La aldea en la llanura/ junto a un ramblizo seco/ con nopales, piteras, / bojalagas y ajenjos,/ y algún cepo de viña/ y algún olivo viejo./En el eriazo mondo/ que roe un sol de fuego/ –triste trozo del mundo/ de la vida en destierro-/ las cuatro tapias altas, / blancas, del cementerio.*

En paisaje, lo más interesante, corresponde a las marinas, de las que fue maestro el pintor, Ricardo Verdugo Landi, ilustrador de alguno de sus poemas en **La esfera**, y con el que imagino que, más de una vez, trataría sobre el desafío que supone para el artista fijar en tela o en papel el movimiento del mar, paisaje que a veces se convierte en interior, así ocurre en AQUEL MAR BLANCO, donde, si aceptamos que se trata de la proyección de nuestra alma, de algún modo nos revelamos en él, lo que equivale a la sombra que descubrimos en la caverna platónica que, aunque carece de luz, remite a la luz, de ahí esa aparente distorsión de los dos versos finales: *Aquel mar blanco,/ como fundido al sol de agosto/ hervía en nuestras almas,/ cegaba nuestros ojos, / ahogaba nuestras vidas,/ pesaba en nuestras frentes como plomo./ Estábamos allí y parecía/ que estábamos ausentes de nosotros.../ Cruzábamos palabras/ que se dijera las hablaban otros.*

Otros, son poemas que pertenecen a lo que se ha llamado exilio interior. Debo advertir que, casi todos los textos, están impregnados por un cierto sentimiento melancólico, propio de esta condición, así: NOCHE EN UN PUEBLO, donde la monotonía, la estúpida seriedad, el silencio, la soledad, concurren de tal manera que le llevan al convencimiento de que ya no es otra cosa sino sombra y sueño, leamos: *Un día y otro día.../ El mundo ¡qué pequeño!/ Mañanas, tardes, noches/ iguales...Ni un momento/ en que se rompa el ritmo/ de la vida del pueblo./ Las mismas caras siempre,/ serias, del mismo tedio./ Tan solitario y triste,/ ando por mis recuerdos/ ajeno a cuanto oigo,/ ajeno a cuanto veo./ Tan solitario estoy/ que muchas veces pienso/ si soy mi propia sombra,/ si soy mi propio sueño.*

A este mismo tono corresponde: EN ESTAS HORAS TRISTES, donde el tiempo se alarga infinitamente y las horas se hacen eternas: *En estas horas tristes, tan amargas, / de eternos días, pienso / en vosotros que os fuisteis para siempre.*

Con ironía asume ahora toda su inhibición de la cosa pública, por tanto solicita en PLEGARIA ser transformado en abejita, el mismo diminutivo contribuye a ridiculizar el tipo de vida al que sus conciudadanos se ven obligados, dice así: *Señor de las transmigraciones,/ si es verdad que encarnan las almas/ en otro ser, te pido cuando muera/ me tornes abejita. Así en mi morada/ habrá sólo dulzura,/ y será la constancia/ norma de vida en mi trabajo alegre/ y siempre, bajo el sol de la mañana,/ volará mi alegría/ de mi casa a la flor, de la flor a mi casa.* En esta silva roman-

ce, se supone que quien desea ser abeja, es zángano en la consideración de los otros, no obstante, el poeta, conciencia vigilante, denuncia la aparente dulzura, la servidumbre de un trabajo alienante que renuncia a toda intervención social, así su comportamiento debe ajustarse a la norma de mi casa a la flor, de la flor a mi casa, o dicho en otros términos: come y calla.

Esto hace que predominen los textos de soledad, soledad como refugio, intensificada con la presencia de la noche, ¿se trata de una huida? No lo creo, corresponden a esta temática de exilio interior, en LA UNA, leemos: *Esta noche el pueblo está/ más solitario que nunca./ Una campanada cae/ grave, pesada. La una.* El poeta vaga por una ciudad desierta, sólo algún perro, las nubes, un gallo, y algún que otro fantasma parecen poblarla. En SOLEDAD: *Soledad, refugio único/ para mi cansado corazón...A veces encuentra ese lugar donde puede descansar, leamos el poema PAZ: En la paz de este paisaje,/ en este rincón de nido,/ sin pensar y sin sentir/ quisiera quedar dormido./ No notar que el tiempo pasa,/ no pensar que se ha vivido; / soñar que una mano dulce/ nos tiende un velo de olvido.* Nótese como se insiste en el peso de la memoria, en la conciencia de que, para seguir vivo, necesita el olvido.

De ahí esa recomendación en el poema: CULTIVA TU SILENCIO, me atengo a los dos primeros versos de carácter gnómico: *si siempre fue callar una actitud discreta/ ahora con más razón medita y calla poeta;* donde subrayaría ese ahora con más razón, inmediatez que parece apartarlo de una preceptiva deseable para todo el que escribe, y lo trae a las circunstancias presentes, a este tiempo castrante de censura en que vive.

A veces sus versos reflexionan sobre la poesía o el poeta: QUÉ EMBRIAGUEZ..., juega con aquella rosa, no le toques ya más, juanramoniana, responde así al tipo de palabra desnuda que persigue: *Más te quiero más, desnuda,/ rosa, solamente rosa.*

LA CANCIÓN DEL CAMINANTE, presenta al poeta siempre en camino, en busca, a la espera de esa poesía que nunca ha podido encontrar: *La esperaré por si acaso/ alguna noche, algún día,/ ella pudiera pasar./ Si no viene seguiré/ cantando, mi caminar./ -peregrino de su amor-/ cansándome, descansando,/ y ¡ay! llegando sin llegar.*

No faltan los versos de tema autobiográfico, Y AQUÍ ESTOY, hartado de caminar el poeta ha llegado, este es su retrato de exiliado: *Soy un Resucitado/ de vuestro olvido,/ un muerto que ha tornado,/ un triste aparecido,/ un bohemio, un vagabundo/ que os viene a traer aromas del otro mundo./ Aquí estoy...Calmad/ vuestra sorpresa. Soy verdad.*

Resto quizá de la cordura, otros dirían resto de una juventud rebelde, perdura en él un rechazo a la vida alienante que empezaba a vislumbrarse, se advierte ya la presencia de lo que más tarde se llamaría sociedad de consumo. El poeta, quiere vivir apartado de esa angustia por la posesión de la nada, que está a punto de convertirse en ideal de vida, prefiere la soledad, el desprecio de los otros, el poema se titula *DEJADME CON MI LOCA*: *Dejadme con mi loca/ ilusión olvidado,/ sólo con mi delirio/ de soñador, con mi fiebre de cántico, / con mi sol y mi luna,/ mis estrellas, mis flores y mis pájaros*. Locura erasmista, porque es ajena a este desvarío que descubre en la sociedad, con su cántico, es decir con su poesía, cuya temática simbolista se fundamenta en la naturaleza, formulada como un lenguaje que, el poeta, está destinado a descifrar, tarea en la que invierte su vida. Mas adelante: *Me asquea vuestra vida sedentaria/ de expediente y de cálculo,/ de ventas y de compras,/ de Bolsas y de Bancos.../ quiero sentirme/ en medio de mi vida solitario,/ y que ella me acaricie y me maltrate,/ que ella me dé también el pan y el palo,/ y arrastrarme ante ella/ como un perro a los pies de su amo*. Hay un rechazo expreso al capitalismo, a la primacía del cálculo sobre el corazón, un mundo que juzga sin sentido y sin sentimientos, de ahí que opte por una vida apartada de todo interés y por tanto solitaria, una soledad que cuesta, que le duele, pero en la que se siente vivo.

Encontramos a veces una poesía gnómica, donde da cuenta de su reflexión poética sobre el mundo, así el poema *ESTÁ TODO EN QUE ESPERES*: *Está todo en que esperes/ teniendo fe en que llega lo esperado; / no hay nada que no venga/ aun cuando te hayas ido cansado de esperarlo. / Si te fuiste, ¿qué importa/ todo? ¿qué venga o no? Si estás, acaso/ vendrá cuando no esperes/ desesperado ya de esperar tanto*. Tal como apunté arriba, este conocimiento es el resultado de su exilio interior.

El último poema, *FUI...*, expresa la fidelidad al paraíso de su infancia, concretado en el primer amor: *Fui –como todas las tardes/ iba– a ver si la veía./ Tenía trece años. Era/ cuando estaba más bonita./ Desde que la conocí, / jugando con otras niñas/ en la glorieta del pueblo,/ mi corazón no la olvida./ Fui –como todas las tardes/ iba– a ver si la veía.../ Pero ya no estaba allí/ jugando con otras niñas./ Tenía trece años. Era/ cuando estaba más bonita./ Aunque no la he vuelto a ver/ mi corazón no la olvida*.

Supone el relato de algo que no quiere perder, porque es el fundamento mismo de su recuerdo, el poeta permanentemente lucha contra el olvido.

Eliodoro Puche, ha conservado para todos, en estos versos, su vida y, como consecuencia, nuestra memoria, nuestra Historia.

Objetivo de este trabajo

Dar cuenta de la ruta de Eliodoro Puche. Lorca es una ciudad muy interesante. Recorrer sus calles supone pasear por la historia, caserones, escudos, iglesias y conventos así lo testimonian. Presidida por el castillo nos recuerda que durante siglos ha sido territorio de frontera. En esa Lorca, Eliodoro Puche, sufrió la cárcel y el exilio interior.

Anotaciones didácticas

Hay un itinerario: **Por la ruta de Eliodoro**, edición y notas de Pedro Felipe Granados y Joaquín Mateos, editado por Amigos de la Cultura, que marca los puntos fundamentales: Plaza de España, Plaza del caño, Cárcel, casa de Eliodoro, plaza de Adentro, cárcel de la monjas, Porche de San Antonio, Plaza de Saavedra...

En cada uno de estos lugares los alumnos leerán textos del poeta.

El viajero, si llega en tren, bajará en la estación de Sutullena, debe recordar que está en el paraje conocido como las Alamedas. Irá a la Plaza de España, donde se encuentra el Ayuntamiento, San Patricio, el Pósito, calle de las Barandillas. Este es el lugar de Eliodoro, en muy poco espacio se encuentran la cárcel, su casa, el colegio donde estudió, las calles que recorría a diario. Se trata de un lugar abierto, al pie del castillo, con un cielo poblado de vencejos y golondrinas.



Agustín Meseguer, retrato de José Manuel F. Melero

AGUSTÍN MESEGUER

(1914-1975)

Yo no conocí a Agustín Meseguer, yo sólo he oído algunas anécdotas en donde se recuerda la figura de Tinito; en casi todas, Agustín, es el antihéroe, especie de Charlot que, con su paso torpe y el bastoncillo de junco, hace que la realidad cobre un relieve más humano.

Las anécdotas recogen el gesto de la época y, si se suman, constituyen un boceto necesario para darnos el perfil del momento. En todas, Agustín Meseguer, ocupa siempre el puesto del compañero imprescindible, sin el que no nos es posible contar la historia, como esas sombras que testimonian la luz del tiempo ido.

¿Cómo fue ese tiempo? Era un tiempo en que unos mandaban sobre otros, y sobre los unos y sobre los otros, mandaba sólo uno. De ahí que, Tinito, aparezca como alguien que se asoma a la ventana y, perplejo, contempla ese espectáculo. Lo que ve, años después, perdida la vocación de permanencia que les caracterizó, será tenido por ridículo. Aunque, entonces hay muchos que lo toman en serio, también hay unos pocos que descubren el trampantojo del momento, pero nadie se atreve a reír. De ahí que necesiten ver a través de un inocente, porque con esa mirada recuperan la gracia de la vida, una mirada que revela el absurdo y, ante este espectáculo, rien, y con su risa se derrumban las murallas.

Ya he dicho antes que no conocí a Agustín Meseguer, pero he oído a sus amigos y, sobre todo, he amado lugares que el amó. Los lugares en sí, son sólo espacio vací-

os que no conservan nada, sin embargo, pueden ser los depositarios del pasado. Basta con que alguien los ame para que comiencen a contarnos sus secretos, claro que, entonces, hay que tener oídos muy atentos para captar el rumor de la historia.

Si Agustín Meseguer hubiese nacido en Castilla, no en Madrid, la tierra, los viejos pueblos, los ríos, nos llevarían al romancero y oiríamos, junto a un entrechocar de armaduras, el grito bélico o el rezo de los páramos de asceta que la luz hiere.

Pero, Agustín es madrileño que es lo mismo que ser mediterráneo, donde el mar azul y blanco, resplandece como una sardina bajo el sol. El Mediterráneo es un mar que habla todas las lenguas y que, incansable, golpea la roca, o se deja caer rendido, para extender su lengua sobre la arena y desaparecer, una y otra vez.

Ver y no ver, esta es su lección, saber y no saber, repite, he ahí su ritmo. Agustín pertenece a esta cultura que fue y desapareció, para más tarde, tras recordar, volver a olvidar, como si eternamente estuviese condenada a ser raptada por las olas.

A unos el mar los conduce al silencio, su ritmo se hace sangre y entran en contemplación extática; en otros, se hace voz, palabra en estado de gracia, y es entonces cuando aparece la poesía que, como el mar, comunica constante, y como el mar se hace mito para que todos entiendan su lenguaje universal.

Cartagena es una ciudad siempre a punto de desaparecer, también siempre a punto de llegar a ser, porque Cartagena es frontera, así la presenta en el poema prólogo con que abre su **Museo de cera** José María Álvarez:

*Descanso sin bajarme del caballo
el calor destroza cuanto se ve
ante mí la Frontera...*

El tiempo tiene también sus fronteras, recordemos algo de la historia de nuestra posguerra: finalizado el racionamiento, un aire de prosperidad recorre la periferia, en Barcelona surge lo que se llamará el grupo catalán de los cincuenta, formado entre otros por: Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Enrique Badosa y Alfonso Costafreda. Se fundan en la amistad, el alcohol, el sexo, la pasión por el verso, los recuerdos de la infancia, la ciudad y el mar. Todo ello con ironía, a veces, con cierta militancia que les llevará a la denuncia, sin que nunca pierdan el decoro, quiero decir el equilibrio entre ética y estética.

En Cartagena, parte de esa periferia, ocurre que: los americanos, las nuevas industrias, el agua del Taibilla, suponen una fuente de ingresos que nos sacará del hambre de la primera posguerra, con ventajas sobre otros pueblos de la entonces

doble provincia. Si en Barcelona es Castellet quien promueve actividades editoriales que agrupan, aquí serán José Antonio Nováis que dirige la **Editorial Baladre** y también Eugenio Martínez Pastor con ediciones **Trirreme**, poesía, ensayo y novela, más la librería **Athenas** de Alberto Colao.

¿Dónde está la raíz de este resurgir? Sin duda se encuentra en el estudio del maestro Ros. Don Vicente con su tolerancia, con su café y su tabaco, acoge a todos los que tienen algo que decir y también a los que quieren escuchar, sin que exista distinción social, ni de sexos. Allí se dan cita viejos republicanos y jóvenes progresistas, pintores, ensayistas y poetas, unos de paso y otros estables. El estudio del maestro se convierte en un espacio de libertad, ganado a fuerza de bondad e ingenio.

La tertulia, presidida por Don Vicente, está compuesta entre otros por: Enrique Gabriel Navarro, Ramón Alonso Luzzy, los hermanos Martínez Pastor, Josefina Campoy, María Teresa Cervantes, Santiago Amón y, naturalmente, Agustín Meseguer. Este mismo grupo lo descubrimos en Mastia, quizá también en el Gran Bar. Los bares forman parte de ese otro país.

El alcohol, a ciertas horas de la madrugada, semeja una gabarra pintada de negro que avanza lenta y por milagro flota. Hay que vivir hacia dentro, entrar en lugares oscuros, cuyas ventanas están cegadas, en bares donde la voz puede ser libre, hasta encontrar el vaso que la sed no vacía.

Junto al alcohol y aquí tan a mano, estuvo el Molinete, donde era posible revivir escenas de la bohemia, ocupar esa excéntrica posición desde donde ver la otra cara de la vida, alejarse de las prácticas regulares para entrar en las informales.

De este modo, la amistad, los bares, el alcohol, cierta estética progresista y el Molinete, constituyen la educación sentimental de esta generación de los cincuenta en Cartagena. A ellos se agrega Agustín Meseguer, un ejemplo más de la España de los frutos tardíos.

El lector hasta hace pocos años, podía disponer de una antología de Agustín Meseguer, titulada **Obra poética**, editada por Agua en 1990, un libro que imagino ya muy difícil de encontrar. A ese libro voy a remitirme para proponer un examen superficial de su poesía. Comprende textos desde los cincuenta al setenta y cuatro, se cierra con **Versos de las Amoladeras**, sus últimos poemas conocidos.

Han sido eliminados los textos de iniciación, esos que conservan frescas las primeras lecturas, flechas sin blanco que aún vagan en el espacio.

Iconoclasta, rompe con las sagradas normas del momento, en el **Hombre bueno**, contempla todas sus bienpensantes actitudes desde el catalejo del cuello de una botella, distorsión muy española, al modo de los espejos valleinclinados. Atribuye dimensiones concretas a términos abstractos, a veces emplea la enumeración caótica, y se asoma a un mundo tiernamente surrealista. También acostumbra a formular una sintaxis desafiante junto a una semántica revolucionaria al modo de César Vallejo.

Tiene poemas de corte social, nunca propagandísticos, asentados en el mejor Machado, que busca el ser ético en los oficios elementales, así su loa al campesino, titulada **Versos para Juan el cabal**:

*Por qué sudas tu pan,
porque la moza
guarda en el arca sábanas morenas,
para tenerte
y hacer hijos.
Para esa gravedad con que varea
a las verdes doncellas del olivo...*

Tributo a esta tierra y, como homenaje a la revista de los años treinta, Sudeste, codirigida desde Cartagena por Antonio Oliver, escribe su **Cantata del Sureste**, 1962, en colaboración con el entonces, aún no novísimo poeta, José María Álvarez, *compuesto una tarde de verano en la terraza de Mastía, y casi seguido, sin corregir, se llevó a la imprenta*, según nota de los editores, editado por Baladre en la colección *Palabras de pan llevar*, donde también se publicaron: **Canto de hacer lejano**, de José María Álvarez y **Coplas de amor fallido**, de Gael Benedí; el poema está dedicado a *Eugenio Martínez Pastor, descubridor del Sureste*, dice así:

*Somos sencillamente hombres.
Vivimos en un tiempo
en que las manos no sirven para nada.
Nos decoran el cuerpo,
con esa imagen pálida de algo
que termina la forma.
Nacimos cuando el parto
sudaba sangres en la arena.
La lengua se nos traba,
y la palabra sale desgarrando*

*de tanta boca seca, de tanta vela en sal,
de tanta acequia sin sentido cabal de la justicia.
Caminamos
porque de andar, las piernas
se nos hacen más nuestras que parados.
Estamos junto al ánfora.
El aceite
ha ungido nuestros cuerpos.
El molino
desnuda la tristeza, y en el aire
hay una espera gris de soledades.
El sureste nació como una llaga,
y de brotar sintió que se partían sus manos...*

Se parte de una declaración inicial en la que reconocen su ser, corresponde a la búsqueda de identidad necesaria de esos años y lo hacen desde un sujeto plural. Comienzan por las manos, donde reside la capacidad de transformar el mundo, hoy por hoy, primeros sesenta, en las circunstancias que atraviesa el país, son los años de emigración a Europa, no sirven sino para decorar el cuerpo, o dicho de otra manera, que, el hombre solo, nada puede hacer, de ahí que, negando, se postule una actitud solidaria, o un compromiso que promueva actuaciones conjuntas. En esta presentación es necesario conocer el origen, de ahí la mención de la sangre, es decir, la lucha fratricida reciente, y el silencio: *la lengua se nos traba*, quizá por dos razones, una porque están prohibidas todas las declaraciones políticas contra el régimen, otra, por la falta de ejercicio que esas prohibiciones comportan. Poco después se remonta a otra historia, rayana en la leyenda por lo elemental, pero plena de luz, por tanto vigente frente a la oscuridad reinante, una historia en la que los elementos clásicos son los fundamentales, es decir, la cultura mediterránea, los orígenes griegos y latinos. Tras expresar algunos deseos, finalmente concluyen en ser, sencillamente, hombres.

Esta escritura coral, de la que la antología recoge otro poema: **Canto al vino**, esta vez en colaboración con María Teresa Cervantes, corresponde a una ética y una estética propia del juglar o el bardo, testigos de las condiciones de vida del hombre y que, al dar cuenta de ellas, denunciaban.

Cercanía que facilita sus experiencias con los trovos, poesía menor, pero poesía del pueblo. Poemas en los que no falta el homenaje a Antonio Machado, poeta ahora de la identidad:

*Para cantarte
busco en los viñedos
el racimo más fresco.
Cerca, en Collioure,
lo dejaré esta tarde
sobre el exilio en muerte de Machado.*

Otro componente lo constituye su vertiente metafísica, exacto análisis del hombre que, porque vive, es un ser para la muerte:

*Estoy eso que llaman yo,
estoy rompiéndome.*

Finalmente, sin que implique dar por cerrado su mundo poético, me referiré a los **Versos de las Amoladeras**, título que equivale a una poética, porque, las Amoladeras, es un paraje de Cabo de Palos, asentamiento neolítico, donde debieron abundar las piedras de amolar, en el poeta adecuadas para depurar las palabras y convertirlas en instrumentos idóneos. Estos versos, como apunta Eugenio Martínez Pastor, son los más hermosos, donde el mar lo ha transportado al primer día, a la primera luz y al mito primero. El viaje, esto es, el conocimiento, parece haber concluido, versos pues, testamentarios, digámoslo con sus palabras, he aquí el último verso del poema *Presentación del mar*:

¿Seré otra vez Ulises, asombrado?

Objetivo de este trabajo

Presentar a uno de esos escritores que dentro de su escasa obra, se convierte en representativo de una época, testimonian una generación, y son protagonistas en el relato oral de ciertas leyendas urbanas.

Anotaciones didácticas

Meseguer, como autor de trovos, nos permite entrar en este tipo de literatura oral, lo que nos lleva a los encuentros que se celebran periódicamente en nuestra región. Podría relacionarse también con la tradición de los auroras, los romances...

El poema colectivo al que fue tan aficionado, sirve para experimentar con textos colectivos que el profesor puede provocar en clase.

Las Amoladeras es una playa de Cabo de Palos en la que se encontraron restos de un poblado primitivo.



Aurelio Guirao en Cieza

AURELIO

El Ayuntamiento de Cieza hace unos años tuvo el acierto de dar el nombre de Aurelio Guirao a su auditorio. Con motivo del décimo aniversario de su muerte, la Editora Regional, ha publicado este hermoso libro, con el título de **Obra Completa**, bajo el cuidado de sus amigos de la Sierpe y el Laúd, y para confirmarlo presenta en portada una de esas viejas puertas de madera, que quizá daba a un patio donde el dueño, tras pasar el día en su huerta de la Vega, después de hacer un alto en el molino de Teodoro, abría con una llave negra y grande; para después, sentado bajo la parra, refrescado con un porrón de vino y un plato de aceitunas, verdes y ásperas, esperar la noche.

Creo que esa puerta está ahí para decirnos que toda lectura requiere una llave. Se cuenta en la tradición judía que todos los textos de la Biblia son comparables a puertas que tienen una llave a sus pies, llave que no siempre corresponde; de ahí que el lector haya de buscarla. Con este símbolo se quiere indicar que, aunque la puerta sea la misma para todos, no existe una llave común, sino que cada uno de nosotros ha de encontrar su clave particular.

También la puerta pudiera significar, uno no sabe nunca que hay tras ella, que, así como una vida sólo se vive una vez, aunque hacen falta muchas vidas para contarla, esta obra completa, no sea su obra total. Y ello sería, para los que hemos conocido a Aurelio, la mejor noticia, pues seguimos esperando que algún día aparezca una de aquellas novelas que narre su estancia en el internado, o sus lúcidos ensayos,

o las piezas teatrales en las que sabemos que trabajaba y de las que solía contar el argumento.

A menudo aquellas viejas puertas, como eran muy pesadas, no se cerraban con llave, bastaba dejarlas encajadas, ahora quisiera empujar para entreabrir la, y con esa intención voy a contar algunas cosas.

Fue en el comienzo del curso 1962-1963, cuando conocí a Aurelio, coincidimos en el Colegio Mayor Ruiz de Alda, situado muy cerca de la Estación del Carmen, recuerdo que lo trajo mi compañero de habitación, venía con Pepe Garrigós, al que todos queríamos y por eso le llamábamos Pepón, que luego impartiría Gramática histórica en esta misma facultad de Filología.

Tenía un gran entusiasmo por los estudios que iba a comenzar. En el colegio era costumbre que los veteranos informáramos sobre profesores y métodos de estudio, también sobre ciertos trucos para los exámenes o clases prácticas; no es que sólo importase obtener buenas notas, es que considerábamos que una cosa era superar las distintas pruebas y otra, muy distinta, el conocimiento.

Como será fácil de adivinar había alumnos que les bastaba con lo segundo y, otros, que sólo se sentían satisfechos, cuando comenzaban a entender. A estos últimos pertenecía Aurelio.

Tenía una curiosidad que rebasaba con creces el mundo monocolor de los estudiantes pertenecientes a los primeros sesenta. Lo digo así porque hubo en esa década, que luego se llamaría prodigiosa, dos partes, la primera estaba aún teñida por el existencialismo de los cincuenta, leíamos con fruición, pero era como si viésemos el mundo a través de un ventanal, a veces sólo teníamos acceso a un patio interior oscuro, aún vivíamos en un tiempo de silencio, aunque cada vez más lejano, pues habíamos empezado a viajar.

Éramos buenos estudiantes, pero excesivamente cargados de otras responsabilidades, no ya las heroicas con que el régimen había pretendido educarnos, ocurría que creíamos ser los protagonistas de nuestra vida, vivir era comprometerse, esto era, lo que entendíamos por fe y por duda, una religión que tenía bastante que ver con nuestras lecturas de Unamuno, además teníamos como meta intelectual lo que habíamos aprendido de Ortega que el hombre se mide por su insatisfacción; a esas preocupaciones, había que sumar las propias de nuestro sexo. Las relaciones con las chicas en Murcia eran propias del siglo XIX, algo así como miradas becque-

rianas, condimentadas con la más burda educación de prostíbulo que corría de boca en boca.

Aurelio, cuando lo conocí, sabía ya muchas cosas y las sabía muy bien. Dominaba el francés y, oh, milagro, era capaz de hablarlo, mientras que, por lo general, nosotros, tras muchos años de estudio, sólo sabíamos leerlo, y nos atacaba una mudez paralizante cuando alguien nos interpelaba en la lengua de la dulce Francia.

Aurelio tenía una cara simpática y casi siempre sonreía, peinado hacia atrás y con raya. En aquellas fechas era obligatorio, repito, era obligatorio, llevar chaqueta y corbata para asistir a la universidad, esta vestimenta formaba parte de la rigidez de la época, aunque no creo que haya que concederle a estas formalidades demasiada importancia. Las ideas no se depositan en la chaqueta ni en la corbata.

Aurelio, lo preguntaba todo, no exigía nada, lo pedía con cortesía, con la misma con la que respondía a todas las preguntas que se le formulaban. En aquellos años apenas si había exposiciones de pintura, recuerdo con que seriedad conversábamos sobre la abstracción, impresionismo y expresionismo, o analizábamos el surrealismo y el cubismo. En su estancia en París había conocido cuadros que aun tardaríamos años en ver nosotros. Tenía buena mano para los decorados de las lecturas teatrales del colegio.

En ese mismo año, el Colegio, recuperó las lecturas poéticas de los colegiales, Tabla Redonda de la Poesía, creo que se llamaba a aquellos ejercicios, una noche leímos los dos, y no recuerdo si fue allí mismo, pero por aquellos días surgió la idea de hacer una revista. Las revistas eran muy rudimentarias, disponíamos de una vieja multicopista, había que hacer los clichés y, dibujar sobre ellos no era fácil. Se llamó **Albatros**, imagino sería Aurelio quien la bautizara, él sabía por qué, pero casi todos lo ignorábamos, sin duda tenía como base el poema de Baudelaire Albatros. En ese número, aparecieron juntos nuestros dos poemas, naturalmente ilustrados por Aurelio. El poema de Aurelio ya era interesante, maduro, se titulaba ALBA INTERIOR, y decía:

*Gris locomotora, el río,
Ebrío de llano y distancia,
Enreda en el azulado
Verde joven de las cañas
Una humareda de niebla
Larga, estrecha, quieta, blanca...
Sobre el retazo de niebla*

*Flotan ballenas montañas
De azul y violeta neutros.
¿Por qué desapareces, alma?
¡¡Sigue a lo largo del río
Con mi carne a tus espaldas!!*

Creo que todo lo que ha escrito después podría encontrarse ya en este primer poema. Primero, la atención a los colores, la fuerza de sus metáforas, hace locomotora al río, ballenas a las montañas, la niebla es humareda. Su precisión en los adjetivos, como si quisiera atrapar todo con los sentidos: la niebla larga, estrecha, quieta, blanca. El poema es ya una composición muy madura, pues tras situarnos en un contexto impresionista, cuando toda la sensibilidad parece ya a punto, sucede la cuestión fundamental, y se hace en forma de pregunta: ¿por qué desapareces, alma? E inmediatamente, enuncia su respuesta, formulada más como un deseo que como una realidad: Sigue a lo largo del río con mi carne a las espaldas, como si se tratase de un mundo al revés, donde el alma cargase con el cuerpo. Este peso del cuerpo, lo arrastraría durante toda su vida, ya fuese como culpa, o como ceguera, el cuerpo era su obstáculo para llegar a ser lo que más deseaba: ser alma. Claro que también podría tener otra interpretación algo así como que la naturaleza es el alma y nosotros sólo somos esa carne interpuesta que a lo largo del río, esto es, de la vida, caminamos, siempre bajo el temor de que pueda desaparecer, lo que supondría dejar de ver el mundo, de gozar de él, porque la realidad se habría vuelto invisible, inasequible.

Más adelante, terminada la carrera, ya me había casado, recuerdo que solía venir a casa. Se hizo muy amigo de Caty, mi mujer, un día llegó con un ramo de rosas, y como sabía que me gustaba pintar me pidió los trastos, colocó el ramo en la terraza y se dispuso a pasarlo al lienzo, al día siguiente volvió y continuó su trabajo, un día más tarde, las rosas, habían empezado a marchitarse, y dijo que ya no iba a seguir, que el cuadro no valía, estuvo a punto de romperlo, lo impedí y hoy mantiene aquellas rosas frescas. Siempre me he preguntado por qué no lo terminó, y la respuesta me parece encontrarla en que Aurelio buscaba la perfección, buscaba el alma de las cosas, pero para encontrarla es necesario atraparla en su huida, dejar siempre una imperfección, por eso creo que, aunque él dijo que el cuadro no estaba terminado, sí que lo estaba como cuadro.

A veces llegaba ya anochecido, cenábamos, conversábamos hasta muy tarde y se quedaba a dormir en el sofá, otras lo acompañaba a la estación y volvía a Cieza en aquellos trenes oscuros de la noche.

Solíamos tratar de poesía o de novela, creo que en aquellos años eran los géneros que más le interesaban. Más de una vez nos hablaba de algo que estaba escribiendo, donde repasaba sus experiencias en el colegio de los Maristas, he visto en sus manos cuadernos de esta y otras novelas, a veces nos leía algún pasaje. Tenía una letra perfectamente legible, dibujaba las palabras con tal precisión, que no era posible confundirlas.

Un día nos sorprendió con la noticia de que abandonaba la Universidad, que se volvía a su pueblo, para de nuevo cargar con su cuerpo.

Creo que fue en Cieza donde descubrió el teatro, primero como instrumento didáctico, tradujo algunas obras y las llevó a la escena, recuerdo que con sus alumnos representó en el instituto de Molina, *La Cantante Calva* de Ionesco, por cierto una muy buena versión que el había compuesto.

Ya casi en sus últimos días, mientras preparaba una exposición biográfica, fui a visitarlo y me contó el argumento de una obra que tenía escrita, donde exponía las contradicciones de determinados discursos, la hipocresía que presidía las relaciones humanas. Obra que aún no ha sido encontrada.

Supongo que debe haber quedado detrás de esta puerta, que apenas he entreabierto. Os invito a que utilicéis la llave para entrar. Como dijo Aurelio en su último recital: *No me hagáis mucho caso, ni piséis en mis huellas...Que cada cual haga su lectura.*

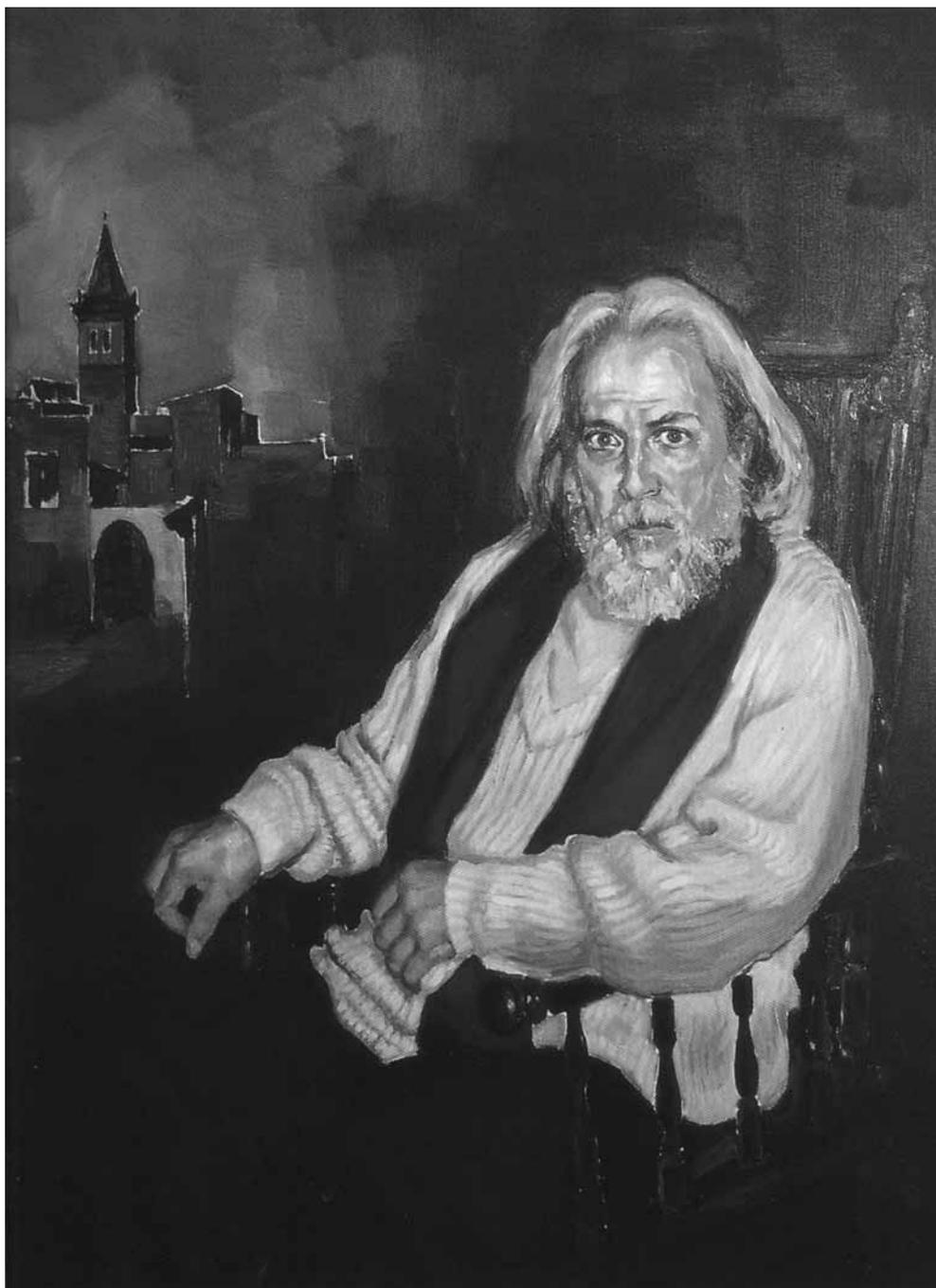
Objetivo de este trabajo

Acercarnos a Cieza, situada entre la rambla del Judío y la rambla del Moro, nombres que evocan esa convivencia, a veces difícil, entre judíos, moros y cristianos. Trato de mostrar a Aurelio, escritor y pintor, desde la intimidad.

Anotaciones didácticas

Cieza es ciudad de artistas, pintores y poetas. Aurelio supo aunar esfuerzos y fue creador e impulsor del grupo **La sierpe y el laúd**.

Sería interesante un paseo por Cieza, visitando su museo y recorriendo diversos lugares emblemáticos: Atalaya, Medina Siyasa, Molino de Teodoro...



José Luis Castillo Puche, retrato de José María Falgas

JOSÉ LUIS CASTILLO PUCHE: CON LA MUERTE AL HOMBRO

Pertenece al ciclo: Los diez de la Literatura Murciana (conversaciones en torno a un libro), curso 1997-1998, impartido en el Museo Ramón Gaya.

El acto se celebró con la asistencia de Castillo Puche, cuya intervención fue de excepcional importancia. Recuerdo que entre los asistentes se encontraba el pintor Aurelio, gran amigo del escritor.

En lo que va de siglo se han escrito tres novelas sobre Yecla: **Camino de perfección**, de Baroja, **La voluntad**, de Azorín y **Con la muerte al hombro**. En las tres predomina la misma actitud crítica y el mismo tono lúgubre. La realidad de Yecla se convierte en metáfora, tiempo y espacio conforman el lugar donde sucede la fábula terrible de la vida. Vida y muerte componen el concierto de la existencia.

Las campanas presiden este concierto, vienen de muy lejos, el aire parece que las lleva o las trae desde la misma eternidad; la religión se ha hecho costumbre, naturaleza, y nos recuerda que la muerte es la vida misma, y que, como es más, hay que vivirla. Se vive la muerte.

Este vivir la muerte que tan fértil nos fue para la mística, ahora conduce a un sentimiento trágico de lo cotidiano, que desemboca en la nada, en el vacío.

Para entrar en este libro que, como un capricho de Goya, viene armado de la muerte, voy a comenzar por localizar el 98 de Murcia, cuya geografía tiene dos puntos fundamentales: El valle de Ricote con Vicente Medina y Yecla en Pío Baroja y Azorín. Sin olvidar que la escuadra de Filipinas dependía de Cartagena y que en Archena se levantó un balneario para la recuperación de los soldados, enfermos y heridos, procedentes de las colonias.

¿Qué tiene Yecla para ser elegida como altar de sacrificio? Tierra de pan y vino, pero en eso todas nuestras tierras se parecen.

En diciembre del sesenta y cinco, un amigo yeclano me invitó a las fiestas de la Purísima, del recuerdo de esos días quiero destacar dos cosas que, por orden de aparición, me sorprendieron. La primera, unos cuadros que se exhibían en un vetusto caserón, paisajes con ahorcados, tétricos, ahorcados que vestían chaqué y portaban sombrero de tubo, los cuadros me parecieron una especie de ajuste moral impúdico. No recuerdo el autor, pero seguro que alguno de ustedes lo conoce.

La segunda, fue el atronador asalto de que fuimos objeto en la plaza, junto a la Iglesia Nueva. Hasta entonces no conocía otros ruidos de pólvora que los castillos artificiales que, ajustados a horario y a salvo de curiosos, se producen con regularidad en las fiestas, estallando siempre allá arriba. Entonces, la proximidad, el trueno, el humo y el olor a pólvora eran para mí desconocidos. Estas dos imágenes contrastaban con las costumbres y el paisaje que observaba, pues tanto la gente como el lugar me parecieron ejemplos de serenidad.

Quizá sea este contraste tan brusco el que ha hecho de Yecla, de Yécora, de Hércula, una ciudad que ya forma parte del mapa moral de la España profunda. ¿Qué hay en este pueblo? ¿el monte Arabí? ¿El Pulpillo? ¿Será esa torre de la Iglesia Vieja y su friso de caretas? ¿Será el extraño empeño de levantar un monumento a la fe, la Iglesia Nueva, en pleno siglo de la ciencia?

Azorín lo ha dicho en **La Voluntad**, uno de sus libros más hermosos, más representativos del 98, donde se cuenta la desviación de la energía de un pueblo, así comienza este libro:

En las viejas edades, el pueblo fervoroso abre los cimientos de sus templos, talla las piedras, levanta los muros, cierra los arcos, pinta vidrieras, forja las rejas, estofa los retablos, palpita, vibra, gime en pía comunión con la obra magna.

La multitud de Yecla ha realizado en pleno siglo XIX lo que otras multitudes realizaron en remotas centurias.

Pío Baroja en **Camino de perfección** convierte a Yecla en ciudad ejemplar de la España negra, la cita es larga y es impresionante:

Yécora es un pueblo terrible; no es de esas negrísimas ciudades españolas, montones de casas viejas, amarillentas, derrengadas, con aleros enormes sostenidos por monstruosos canecillos, arcos apuntados en las puertas y ajimeces con airosos parteluces; no son sus calles estrechas y tortuosas como oscuras galerías ni en sus plazas solitarias crece la hierba verde y lustrosa...

Se respira en la ciudad un ambiente hostil a todo lo que sea expansión, elevación del espíritu, simpatía humana. El arte ha huido de Yécora, dejándola en medio de sus campos que rodean montes desnudos, al pie de una roca calcinada por el sol...le ha dejado en los brazos de un mundo de pequeños caciques, de leguleyos, de prestamistas, de curas, de gentes de vicios sórdidos y de hipocresías miserables.

Los escolapios tienen allí un colegio y contribuyen con su educación a embrutecer lentamente el pueblo...

No se nota en parte alguna la preocupación por la comodidad, ni la preocupación por el adorno. La gente no sonrío.

No se ven por las calles muchachas adornadas con flores en la cabeza, ni de noche los mozos pelando la pava en las esquinas. El hombre se empareja con la mujer con la obscuridad en el alma, como si el sexo fuera una vergüenza o un crimen.

Castillo Puche nos dice de ese mismo pueblo que el lugar es toda España, lugar de encrucijada:

Hécúla no está en el Levante, ni en la Mancha, tampoco está exactamente en Castilla. Hécúla es un pueblo raro...

En ese lugar, Julio, vive los años más difíciles de la primera mitad del siglo. Enfermedad, cementerio, y muertes que van a ir jalonando su vida, haciéndole ver que va creciendo, que es lo mismo que ir muriendo. Nada hay alegre en su infancia, marcada por la muerte de su padre, y el tremendismo de su entierro. Espectáculo que la presencia del “convocao” convierte en danza de la muerte, la danza igualadora, porque es pública, ya que la muerte resulta ser la única cosa que no podemos ocultar, de ahí que tenga, por un triunfo, haber burlado al pueblo, arrebatándoles el cadáver de la madre.

Las peripecias del protagonista expuestas en primera persona, confesión general, a un amigo llamado José Luis Castillo-Puche, el autor, suceden sobre el telón de

fondo de los años treinta y cuarenta, incidiendo sobre todo en algunos episodios, quema de iglesias, paseos, quinta columna, socorro blanco, desmoronamiento del frente, episodios amorosos reducidos a sexo o conveniencia, y sobre todo el truncamiento producido por la guerra, tanto de vidas como de proyectos. Los diálogos, las digresiones, el paisaje y las pinceladas líricas aportan una conveniente sensación de realidad.

Si en Baroja, Yecla, supone una estación en su particular camino de perfección, y en Azorín, la ausencia de voluntad; ahora, para Castillo-Puche, es la enfermedad. Quisiera detenerme en la presencia de ese mal que rebasa lo puramente orgánico para convertirse en un cáncer que roe las almas, pues tiene una trascendencia individual, colectiva y metafísica.

Una novela-dice Ramón Buckley- es el compromiso particular de un hombre con su tiempo, y la forma de la novela es la expresión de este compromiso. Así lo entiende Castillo-Puche, al manipular esos dos cuadernos, que el azar ha puesto en sus manos. Bastará comparar la diferente extensión de los once capítulos, que componen la novela, para entender qué líneas soportan el peso de la narración. Siempre los recuerdos del pueblo y de la infancia son los protagonistas, el personaje apenas progresa, se nos entrega hecho desde un principio.

Y es que la novela se escribe desde el final:

No hay más remedio que comenzar por el principio. Forzosamente tengo que remontarme a aquellos años en que empezó a enredarse el trágico ovillo familiar. Se impone saltar de una vez el muro altísimo de la presente angustia para buscar en su mismo tronco la savia dañina de donde dimana el bronco turbión de mi inútil, absurdo y arrebatado existir.

Y se constituye como la defensa de una vida, se trata de justificar su inutilidad, en ese presunto juicio a la historia de España, así se dice:

Mi única defensa va a ser escribir, no sé si para los demás o para mí mismo. Pero escribir todo.

Y seguirá tratando de comprender las causas de esa enfermedad terrible:

Yo pienso con todo que quizá hay muchas vidas fuera de su lugar, desplazadas de su sitio, quizá la felicidad, si existe, no es más que un problema de ubicación.

Se trata de un alma enferma. Habrá de averiguar cuál es la causa de esa enfermedad: ¿Se debe a la herencia? Si es así, tendría un valor emblemático, simbólico, Julito tendría la enfermedad de todos, de ahí que no sirva para nada el médico:

No hay médico, pues, que valga. Ni oír quiero la palabra del médico. Aunque pudiera sacarme por docenas placas perfectísimas en que los barrotes de mis vértebras pudieran contarse como la empalizada de un jardín. Yo sé mejor que nadie en qué jaula de huesos está encerrada mi alma y la conozco enferma.

Julio, único superviviente de su familia, que ha resistido a la guerra, ahora tiene que orientarse. Para ello se encierra en una habitación de un último piso, abierto a todos los vientos, a modo de torreón, y decide escribir para ordenar así sus pensamientos, al mismo tiempo que calma su inquietud y su vehemencia. De ese modo, sin saberlo, irá asumiendo su pasado y, aceptándose, podrá ofrecer un nuevo camino a su vida. Una vez que se halla lejos de la terrible atracción de la muerte, que representa el pueblo. La muerte no es otra cosa que la memoria anclada en la inacción, de ahí ese extraño paisaje con ahorcado que suele dibujarse en el paisaje.

Recuérdese que en el 51 acaba de aparecer la serie de Cela, **Caminos inciertos**, cuya única novela será **La colmena**, que muestra la desorientación causada por la guerra. Novela de protagonista múltiple, presenta una galería de personajes afines a este Julio, uno de ellos, Martín Marco, me parece el más próximo, me refiero a la relación con prostitutas, aparte de que se trate de un dato sociológico, se convierte también en un dato moral, basta recordar el momento en el que Martín Marco, cansado de deambular por la noche madrileña, viene a buscar refugio en casa de doña Desusa, quien le dice:

—Anda, pasa con nosotras a la cocina, tú eres como de la familia.

Es decir, tú también estás prostituido, eres tan corrupto como nosotras. La prostitución viene a ser el modelo de comportamiento de la época, que muestra de manera ejemplar la historia inmediata. Ha perdido su honra por motivos generalmente relacionados con la guerra, y mantiene una actitud entre romántica y pragmática, por lo que es el punto de vista idóneo para desenmascarar una sociedad, se trata de un oficio guía.

De ahí que cuando el protagonista confiesa que se ha enamorado de una prostituta, sabe que va a ser difícil justificarlo: *Me parece que nadie va a comprender que me haya enamorado de una prostituta.* Y sólo sea, el que se han encontrado en la muerte, su única solución. Esta muerte, insiste de nuevo en la muerte moral.

Lo que podría haber sido un juicio público, se convierte definitivamente en una confesión.

María Zambrano dice en su libro **La confesión: género literario** que ésta resulta de la *desesperación de sí mismo, huida de sí en espera de hallarse. Desesperación por sentirse obscuro e incompleto y afán de encontrar la unidad.*

Unidad que el protagonista va a encontrar en la muerte, no la que él ha esperado por su enfermedad, la falsa memoria, sino por la otra realidad, también desviada de los otros, del hermano de Elvira.

Con este final, Julio vence de nuevo al pueblo, pues muerte y entierro serán hurtados a su historia, pero no a su memoria profunda. Creo que este es el tema de la novela: ahondar en los hombres para dar con los datos con que se amasan los pueblos, para descubrir, a través de su intrahistoria, la verdad de su esencia.

Objetivo de este trabajo

Yecla fue elegida por el 98 como representante en nuestra región de la España profunda, así lo confirman las descripciones de Baroja en **Camino de perfección** y Azorín en **La voluntad**. Castillo Puche continúa con **La muerte al hombro**.

Anotaciones didácticas

Sería muy interesante la visita a Yecla.

Lectura de algunos capítulos de **Confesiones de un pequeño filósofo**.

Selección de textos de **La voluntad**, y contrastar su lectura con el paisaje.

LA CORRESPONDENCIA EN EL SIGLO XX

Voy a hablar de algo que todos hemos conocido: nuestra relación con la correspondencia, y para empezar contaré desde el principio. Para mí, primero, fueron los sellos; recuerdo la emoción que sentía cuando todas las semanas iba a una oficina de exportadores a recogerlos, tendría unos ocho años, y me sentía muy importante, era parte del negocio, pues conocía los países con los que se comerciaba. El sello fue mi primera lección real de geografía.

Luego, era la llegada cotidiana del cartero, el sobre cerrado, el reconocimiento de la letra, el matasellos con fecha y origen, a menudo, si se trataba de correspondencia familiar, se solía leer en voz alta, a veces eran cartas en las que se comunicaba la muerte de alguien, la triste pérdida venía anunciada ya por aquella banda en negro que la cercaba, otras eran las cartas de avión, sobres ligeros con barritas diagonales azules y rojas en los bordes, y es que el color era parte del mensaje, como recordaréis los telegramas tenían que ser más o menos azules, quizá para intensificar la rapidez. El diseño con su arrasadora originalidad aun no había barrido el orden heredado.

Ortega dice en sus **Meditaciones del Quijote**: *Yo soy yo y mis circunstancias y si no las salvo a ellas no me salvo yo*. Vemos la realidad desde nuestro particular punto de vista, porque la perspectiva es un componente de la misma, o lo que es lo mismo, cada uno ve lo que le está permitido ver desde su yo.

Ante el mundo la actitud del hombre es la ceguera. Recordad ese estupendo libro: **El ensayo sobre la ceguera** de Saramago. Uno ve lo que quiere ver. A este propósito recuerdo lo que me contaba un amigo, pintor en Toulouse, cuando se propuso recorrer los campos de concentración donde internaron a los republicanos españoles en el sur de Francia, campos cuya historia es absolutamente real, ocurrió que preguntaba a la gente de edad que era seguro que los había visto y, ante su sorpresa, nadie recordaba, sólo encontró a un matrimonio que vivía en las afueras de uno de esos pueblecitos de mar donde se instalaron los campos, que sí los conoció, eran españoles. Nos lo comentaba, mientras iba colocando sus cuadros para que viésemos el resultado. Lo que allí veíamos eran sólo paredes de ladrillo, ventanas y puertas cerradas, recuerdo un columpio extraño con alambre de espino, pegado a una pared. No había cielo, no había mar, sólo esas construcciones de una planta que aún vemos en el Llano del Beal.

¿Qué quería decir? Desde luego, mucho más que si hubiese imaginado escenas sobre los desastres de aquellos campos donde se les encerró, cuando creían haber llegado al país de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad. Por no decir, por representar sólo el vacío, el resultado era mucho más expresivo.

La confirmación de nuestra perspectiva suele conducir a una visión crítica, de este modo surge el ensayo, donde el yo se convierte en opinante, carta y ensayo están unidas en la historia, así: **Cartas persas** de Montesquieu, o **Cartas marruecas** de Cadalso.

Hoy, como un pálido testimonio, aquella estupenda literatura del XVIII, se ha convertido en las cartas al director que podemos leer en cualquier diario.

La proximidad de las cartas con el diálogo puede convertirlas en un género idóneo para la educación, tal como ocurre en **Cartas a su hijo** de Lord Chesterfield, donde se reúnen más de cuatrocientas, dedicadas a aconsejar al hijo ilegítimo con el que no se tiene un trato directo, diremos que por salvar las apariencias.

Carmen Martín Gaité en su novela **Nubosidad variable** dice cosas sobre la carta muy interesantes:

Querida Sofía: A pesar de los años que hace que no te escribo una carta, no he olvidado el ritual a que siempre nos ateníamos. Lo primero de todo, ponerse en postura cómoda y elegir un rincón grato, ya sea local cerrado o al aire libre. Luego, dar noticias un poco detallada de ese lugar, igual que se describe previamente el escenario donde va a desarrollarse un texto teatral, es de día, en primer término sofá, por el lateral derecho puerta que da al jardín, lo que sea, para que el destina-

tario de la carta se oriente y pueda meterse en situación desde el principio. Son pautas que sugeriste tú –lo recodarás–, cómo marcabas sin que se diera uno cuenta, las reglas de todos los juegos...

Esta atención al espacio quizá nos recuerde a Virginia Woolf: **Una habitación propia**, quien escribe este ensayo a petición de unas trabajadoras que le piden les hable de la novela y la mujer, eran tiempos en los que una mujer tenía perfectamente marcado su camino y, por tanto, venía a ser muy extraño, que pariese novelas en vez de hijos, a partir de esta propuesta, decide en vez de enfrentarse con el tema, indaga el cómo, buscar dónde se establecen las diferencias, la raíz social que le permita descubrir cuál es la verdadera situación, de ahí que con una gran dosis de humor se asome a algunos de los centros masculinos donde se gesta todo el saber, tales como universidades, colegios, parlamento, y trate de hallar la causa, el porqué de la ausencia de la mujer, y la encuentra en la falta de independencia, en ese su estar siempre subordinada, carecer de entidad jurídica para el manejo de sus bienes, en una palabra, no disponer de una habitación propia.

Por contraste encuentro que en los países católicos, pienso en España, muchas mujeres encontraban la libertad renunciando a ella, cuando se encerraban de por vida en un convento, recuérdese Santa Teresa, entonces podían disponer de un tiempo precioso para escribir. Pero esto no es más que una falacia, Santa Teresa escribía a ratos perdidos, o por obediencia a sus confesores, claro que no era una monja típica que obedeciese unas reglas, se trata de una fundadora que establece sus propias normas, que se dirige al Rey, a Duques, Corregidores, Arzobispos y Obispos, gentes todas del aparato del poder para conseguir salvar los obstáculos que en aquel mundo superpoblado de conventos, le iban apareciendo. No obstante, escribe, vemos a la mujer que, entre visiones, dolores, viajes, enfermedades, burocracias, encuentros de negocios, va haciendo su obra. Claro que, para ello ha de renunciar a todo, a los hijos, a los hombres, a los placeres, a las amistades, a las lecturas, para llegar a ese no tener en donde se comienza a poseer. Claro que eso ocurría también unos siglos antes,

Otra perspectiva resultará de asomarnos como mirones, curiosos impertinentes, a ver lo que dice ahí, esto tiene un morbo que podría contribuir a hacerlo interesante. Una carta tiene algo de confesión, se dicen cosas que quizá no se podrían decir cara a cara, y es que la frontalidad supone ya un enfrentamiento, la carta es esa mirada que descubre nuevos perfiles, donde se encuentran componentes inéditos.

Hay todo un rito en el recibo de la carta, que corresponde a lo estrictamente privado, de tal modo que una carta que alguien ha abierto, cuando no figuraba como

destinatario, supone un delito: violación de correspondencia. El estar cerrada comporta una expectación, su lectura requiere recogimiento.

Había todo un mundo alrededor de la correspondencia, el propio cartero podía anunciar a la destinataria:

–Hoy tienes carta del novio.

Seguro que alguno de vosotros guarda en su memoria aquel poema dialogado de Campoamor **¿Quién supiera escribir?**, que comenzaba: *–Escribidme una carta, señor cura./ –Ya sé para quién es ./ –Sabéis quién es porque una noche oscura nos visteis juntos.../ –Pues./ –Perdonad, mas.../ –No extraño ese tropiezo. La noche... la ocasión.../ Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo: Mi querido Ramón: / –¿Querido? ..Pero, en fin, ya lo habéis puesto...*

Cuando pasada la primera posguerra, las cartas venían de Alemania o de Francia, eran las cartas de los emigrantes. A veces también se esperaban cartas que nunca llegaban. Recuérdese la carta que siempre espera el coronel en aquel librito tan hermoso de Gabriel García Márquez, **El coronel no tiene quien le escriba**. Que tenía un gallo de pelea, y esperaba el anuncio de su pensión desde hacía muchos años.

Pero como se sabe las cosas que están sujetas al tiempo, pueden desaparecer, cada vez el proceso es más corto, primero los telegramas, se fueron haciendo más escasos, y los sustituyó el teléfono que solía agarrarse a las paredes como un extraño grillo vertical, y oíamos deslumbrados la voz de los otros, después fue la televisión y el seiscientos. Y ahora el ojo del gran hermano que desde el satélite nos vigila, el ordenador, los teléfonos móviles, el GPS. ¿Y la carta? ¿Qué ha sido de la correspondencia? ¿Ha encontrado un sustituto? Quizá el correo tenga ahora otro soporte, y en este mundo virtual de la pantalla, nos baste con el correo electrónico. Claro que, ya no será lo mismo, pues la forma es parte del significado.

Las cartas equivalen a un diálogo aplazado, como diálogo mantienen la frescura de la conversación, no tienen la rigidez de la página en el libro, pues aunque se escriben con un motivo determinado, suelen incluir elementos circunstanciales, el lugar, la hora, el tipo de escritura, que constituyen un valor por sí y que, a la larga, una vez pasado el motivo, son lo más importante. Juan Ramón habla de la postal que el año 1900 llega a su casa, firmada por Villaespesa y Rubén Darío, decía: ven a luchar con nosotros por el Modernismo, siente Juan Ramón algo así como una llamada evangélica: deja todo lo que tienes y sígueme, vamos a divulgar la buena nueva. Ser modernista, como ser cubista, fueron insultos de carácter estético, modernista más aun, pues implicaba una opción religiosa heterodoxa.

¿Qué permanece de las relaciones de nuestros inmediatos antepasados? Aunque ésta haya sido muy estrecha, apenas si queda algún testimonio, unas anécdotas, unas fotografías, incluso a veces, cuando han desaparecido, se suelen destruir todas sus huellas, como si para recordar, quizá un resto de espiritualidad musulmana, necesitáramos que se eliminase todo residuo terrenal, en esta limpieza, las primeras en caer suelen ser las cartas. Hay como un miedo ancestral a que acaben en manos ajenas, como si contuviesen componentes inconfesables. ¿Por qué actuamos así? Nuestros antepasados han sido ágrafos, como correspondía a una sociedad agraria, los contratos se resolvían con un apretón de manos, y cuando se ha dado la palabra, su cumplimiento no ha tenido ninguna duda.

Se ha dicho: lo escrito permanece, la palabra vuela; y no es verdad. Acontecimientos violentos, me refiero a la guerra incivil y su larga posguerra, marcaron de manera especial esta desaparición, ya que para sobrevivir fue necesario borrar todo rastro que condujese a indicar relaciones no deseables. Cuenta Jorge Guillén que, apresado en la frontera y condenado a muerte, en los primeros días terribles, su padre hubo de quemar todas las cartas que poseía de Azaña. Una vez que la zona era ocupada por las tropas rebeldes, imagino que en todas las casas se llevaba a cabo este particular auto de fe. Durante años, por si acaso, las cartas supuestamente comprometedoras han sido destruidas. De ahí que esta destrucción provoque la aparición de fantasmas a los que somos tan dados, pues el pasado de alguna manera ha de sobrevivir.

Por el contrario, sabemos de una familia norteamericana que desde el siglo XVIII ha conservado todas las cartas, de ese modo se puede reconstruir la historia. Una carta siempre lleva noticias de las circunstancias en que se escribe, una descripción del lugar, el clima, sucesos que afectan a la familia, muerte, nacimientos, bodas, negocios, semillas, animales, cosechas, y por supuesto guerras, viajes, sucesos múltiples que constituyen la historia profunda, lo que Unamuno llamaba la intrahistoria. Ethan Cowan, depositario de este legado familiar, un muchacho de veinte años, sigue coleccionando todos los mensajes que recibe por correo electrónico. Lo que hoy es efímero, será representativo de nuestro tiempo dentro de unos años. La historia no sólo está hecha por los cronistas oficiales, sino que se resiste a desaparecer en estos testimonios aparentemente desechables, ocurre como en esas fotografías amarillentas donde todos nuestros antepasados se parecen y lo que realmente nos interesa son esas cosas que estaban ahí, muebles, objetos de escritorio, maneras de vestir, que dicen sin decir tanto sobre su tiempo.

Sin que se sepa cómo la historia cotidiana, queda depositada en los lugares más ajenos, quizá lo más representativo sería nuestra basura, tal como los arqueólogos actúan sobre las fosas sépticas donde suelen encontrar excelentes huellas, hace unos meses tuve ocasión de comprar en el mercadillo de San Andrés, uno de aquellos libros donde se copiaba la correspondencia comercial de los años veinte de unos exportadores de Beniaján, se trata de cartas aburridísimas donde se da cuenta de las cajas de fruta, que se envían a Inglaterra, barcos que las transportan e importe. No obstante entre todos esos números se cuelan determinadas cosas, una sequía, las escasez de determinadas frutas, y sobre todo la historia de un mirlo, que el hermano lejano había dejado en la casa y al que ahora se le comunica su muerte, debía de tratarse de una especie de tótem familiar pues al poco se le busca un sustituto que promete ser tan bueno como el anterior.

Unamuno guardó todas las cartas que se le enviaron y escribió también muchas cartas, más de mil se conservan:

A mí me dicen algunos que lo mejor que he de dejar cuando me muera será mi correspondencia. Me lo dijo hace ya tiempo doña Emilia Pardo Bazán, y ayer el doctor Bunge, argentino.

Algunas de las cartas sirvieron para marcar sus lecturas o llevan borradores de poemas o permanecieron largo tiempo en su bolsillo.

Pero vengamos a la tarea de don Miguel escritor de sus propias cartas. Dice Laureano Robles editor de su epistolario: *Todas fueron autógrafas, sin secretario ni amanuense, como en alguna ocasión dijo; circunstancia esta que acrece las proporciones de su tarea, escritas en papel rayado, de tamaño holandesa, sin membrete alguno, hasta 1900, y utilizando más tarde otro formato más reducido con el de <<El rector de la Universidad de Salamanca>>, cuando lo era, y de nuevo sin él, cuando dejó de ocupar dicho cargo. O en tarjetas de las llamadas de Correos, no pocas veces. Sabido es también que don Miguel usaba para escribir, hasta que lo sustituyó por estilográfica, una plumilla ensartada en palilleros de caña que él mismo fabricaba, muy ligeros y manejables.*

Hablaré de cartas que tengan que ver con la literatura, aunque esta es una frontera tan borrosa que puede ser un acontecimiento literario, la aparición de la correspondencia entre un librero londinense y una escritora sin éxito, autodidacta neoyorquina, Helene Hanff, es el caso de **84, Charing Cross Road**, uno de los libros más hermosos escritos sobre el amor a los libros en el siglo XX, obra que, como sabéis, ha sido trasladada al cine y al teatro, y que en España dirige Isabel Coixet.

Recordemos que nuestra primera novela surge de una carta, me refiero al Lazarillo, ya que en el prólogo se dice: *pues Vuestra Merced escribe se le escriba daré cuenta del caso, no tomándole por el medio, sino del principio al fin*, y comienza el primer capítulo, *pues sepa vuestra merced que a mi llaman Lázaro de Tormés, hijo de Tomé González y Antona Pérez*. Un texto que como todos recordaréis instaure el anonimato no sólo del autor, en cuya búsqueda tanta tinta ha corrido, sino sobre todo del lector, un vuesa merced que puede ser cualquiera de nosotros. Nos permite así el acceso a una información privada. Recuérdese que llamamos novela a la visión privada de un mundo privado.

Hay cartas que nunca llegan a su destino, cartas muertas las llaman en Estados Unidos, empleado de esta sección ha sido el protagonista de uno de los cuentos más interesantes de Hermann Melville: **El copista de Bartleby**, un personaje de educación perfecta que se niega a hacer su trabajo, prefiere no hacerlo, repite a cada cosa que se le ruega u ordena, tampoco quiere desalojar la oficina vacía en la que vive; y una vez expulsado, no quiere alejarse del edificio, hasta el punto que no encontrarán otro medio que ingresarlo en la cárcel, en la que se niega a comer y muere. Se trata de uno de esos casos de soledad extrema, surgido de esas cartas que nunca llegan a su destino. Algo así como una parábola de la incomunicación.

Otro de nuestros libros fundado en la correspondencia es **Pepita Jiménez** de Juan Valera, en el que a través de las cartas dirigidas al tío, asistimos a la transformación de ese seminarista, que pasa de estar en las nubes a ser un hombre sobre la tierra. Y también quiero recordar que en **Tríbada**, Miguel Espinosa se sirve de este artilugio literario.

En 1903, un muchacho que está leyendo a Rainer María Rilke, es interpelado por el capellán del colegio que, al leer en el libro el nombre de su autor, lo recuerda como su alumno, un chico ensimismado, este muchacho decide escribir a Rilke y de esa correspondencia nace: **Cartas a un joven poeta**, que reúne las cartas dirigidas a este aprendiz de poeta, se trata de uno de esos libros de cabecera de todo poeta incipiente. Leamos unas líneas de la primera carta: *Muy estimado Sr.: Su carta me llegó hace unos días. Quiero agradecersele por su confianza amplia y amable. Apenas si puedo hacer más. No puedo avenirme a considerar la manera de sus versos, pues todo intento de crítica está muy lejos de mí. Nada es tan ineficaz como abordar una obra de arte con las palabras de la crítica: de ello siempre resultan equívocos más o menos felices. Las cosas no son tan comprensibles y descriptibles como generalmente se nos quiere hacer creer. La mayor parte de los acontecimientos son indecibles; se consuman en un ámbito en el que jamás ha penetrado pala-*

bra alguna, y más indecibles que todo son las obras de arte, existencias misteriosas cuya vida perdura, al contrario de la nuestra que pasa.

Mas tarde aparece un librito titulado **Carta al padre**, de Franz Kafka, alegato extraño, entre la confesión y el rechazo a la figura prepotente del padre, purga y testimonio de una actitud frente a los mayores tan propia de nuestros días. Por tamaño excede con mucho lo que hoy consideramos una carta y pasa a ser un tratado de la relación padre e hijo, para hacernos una idea basta con el comienzo, después, que cada cual siga leyendo: *Queridísimo padre: No hace mucho me preguntaste por qué afirmo tenerte miedo. Como de costumbre, no supe qué responderte, en parte precisamente a causa de ese miedo que te tengo y en parte porque para explicarlo necesitaría tener presentes más factores de los que soy capaz de manejar al mismo tiempo cuando hablo. Esta respuesta que intento darte ahora por escrito será igualmente muy incompleta, porque también a la hora de escribir me atenazan el miedo y sus consecuencias, y porque las dimensiones del asunto van mucho más allá de lo que mi memoria y mi entendimiento son capaces de abarcar. A ti todo este asunto siempre te ha parecido muy sencillo, o al menos eso se deduce de tu manera de hablar de él ante mí y ante otras muchas personas, sin importarte quienes sean...*

En Murcia hemos tenido excelentes corresponsales, el primero, sin duda, ha sido Juan Guerrero Ruiz, nombrado por Federico García Lorca, Cónsul General de la Poesía, el segundo, Carlos Ruiz Funes, que mantuvo en los años más duros de la posguerra la antorcha de la amistad por medio de las cartas, el tercero, Miguel Espinosa, cuyas composiciones por lo que hemos visto hasta ahora convierten su correspondencia en precisos ensayos sobre los temas que trata, como vamos a tener ocasión de ver.

He elegido algunos autores representativos, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Miguel de Unamuno, Ramón Gaya, María Zambrano, Miguel Espinosa... Todos componen esa atmósfera que llamamos siglo XX.

Voy a empezar con Juan Ramón, hablaré fundamentalmente de dos cartas, una, dirigida a alguien que nunca existió, aunque tenía toda la apariencia de ser verdad, pese a lo cual, fue una relación en la que sucedieron unas hermosas cartas y un bello poema titulado **Carta a Georgina Hübner**, publicado en el libro **Laberinto**, 1913, que hace referencia a un encuentro que nunca tuvo lugar, entre otras cosas porque, la tal Georgina, fue una creación de dos muchachos peruanos que, entusiasmados por la lectura de **Arias tristes**, 1903, deciden escribir a Juan Ramón con ese nombre, la relación adquiere un clima tan ferviente que, un Juan Ramón enamorado, desea trasladarse para conocerla, asustados, deciden que Georgina ha de desapare-

cer, para ello la trasladan a un sanatorio donde muere de tuberculosis, y comunican la noticia al cónsul de Perú para que informe de lo sucedido a Juan Ramón. El poema compuesto por alejandrinos pareados, introduce fragmentos de las cartas, técnica muy semejante al collage, un invento cubista de la época: *El cónsul del Perú me lo dice: <<Georgina / Hübner ha muerto...¡Ha muerto! ¿Por qué? ¿cómo? ¿qué día? / ¿Cual oro, al despedirse de mi vida, un ocaso, / iba a rozar la maravilla de tus manos / cruzadas, dulcemente / sobre el parado pecho / como dos lirios malvas de amor y sentimiento? / .. / aquellas tardes en que tu ilusión me dijo: / “¡Cuánto he pensado en usted, amigo mío!” .. / ¿ Y yo, Georgina, en ti? Yo no sé cómo eras.. / morena? Casta? Triste? Sólo sé que mi pena parece una mujer, cual tú, que está sentada, / llorando, sollozando, al lado de mi alma! / .. / Ahora, el barco en que iré, una tarde, a buscarte, / no saldrá de este puerto, ni surcará los mares, / irá por lo infinito, con la proa hacia arriba, / buscando, como un ángel, una celeste isla.. / Oh, Georgina, Georgina! Qué cosas! ..mis libros / los tendrás en el cielo, y ya le habrás leído / a Dios algunos versos.. / tú hollarás el poniente / en que mis pensamientos dramáticos se mueren.. / desde ahí, tú sabrás que esto no vale nada, / que, salvado el amor, lo demás son palabras...*

En esta otra carta, dirigida a Zenobia, su novia real, hace alusión a estos poemas de **Laberinto**, pues todos estaban dedicados a mujeres, con las que había mantenido una relación más o menos real, por lo que Zenobia se muestra, como es natural, celosa:

Queridísima hermana Zenobita: Esta mañana creía que irías a la Residencia. Después de lo que hablamos ayer, lo esperaba.. En cuanto a Laberinto, te diré que no tienes razón. Es cierto que hay en este libro poesías que no son todo lo puras que yo quisiera, pero tampoco hay que tomarlas al pie de la letra. En todos mis versos <carnales> hay, si lo miras bien, una tristeza de la <carne>. Puedes o no creerlo; pero te diré que me hastía el placer material, que siempre que he caído me he levantado muy a tiempo.. No sé por qué, en medio de tu cariño, tienes siempre una espina para mí. Como defensa no debe ser, pues yo no te ataco nunca...

Ese primer viaje frustrado a América, tendrá lugar más tarde cuando se lleve a cabo su matrimonio, lo que dará lugar a **Diario de un poeta recién casado**, libro que revoluciona la lírica del siglo XX, y por el que dadas las circunstancias no será precisa la relación postal.

Las cartas a Georgina Hübner contrastan con las que Pedro Salinas dedica a Catherine Whitmore, y que coinciden con la composición de **La voz a ti debida**, **Razón de amor** y **Último lamento**, que están entre los grandes poemarios de amor

del siglo XX, esta correspondencia se ha salvado de puro milagro y las conocemos desde 1999, publicada en España por Tusquets, en abril del 2002, ha dado luz a la verdadera historia que, como un fantasma, se había tejido alrededor de estos libros. Historia en la que figura el gravísimo intento de suicidio de Margarita Bonmatí, esposa de Salinas. Coincide con el curso sobre el 98 que da lugar al conocimiento de ambos, creación de los famosos cursos de la Universidad Internacional que aún se celebran en Santander, guerra y comienzo del exilio. Veamos un fragmento: *¡Sí, Catherine, qué terrible la salida de la clase, ayer, yo solo! Había un cielo maravilloso de esos cielos de Madrid, que son como la única ternura que se permite el paisaje austero. Indecisión de luces y sombras. La misma hora en que bajamos la escalera entre el día y la noche, en ese momento que tanto me conmueve. ¿Sabes por qué? Porque es una hora en que parece que todo va a dejar de ser lo que es. Las formas de la naturaleza, árboles, masas, líneas, pierden su contorno exacto, se desdibujan, se revisten de apariencias nuevas. La noción de la distancia y de los tamaños se altera. Y todo parece estar escapando de lo que fue de día, de la obligación de ser como se es...*

En 1959 publicó Jorge Guillén un libro dedicado a Federico García Lorca, titulado **Federico en persona**, que también servirá como prólogo a las obras completas publicadas por Aguilar, abundan en este libro las cartas cruzadas entre Federico y Guillén, elijo una de ellas por su riqueza de datos, procede de Capuchinas, 6, y fechada en diciembre del 26. Hay que recordar que desde diciembre del 25 Guillén es catedrático de la Universidad de Murcia, que ha concursado junto con D. Ángel Valbuena y que éste ha obtenido la cátedra de la Laguna, luego pasaría a Murcia y probablemente alguno de vosotros lo recuerde, Guillén vive en la calle Capuchinas, donde se encontraba este convento, hoy Barítono Marcos Redondo, justo detrás de Hacienda, en la casa que fue palacio del Marqués de Ordoño, leamos la carta: *A todo esto nuestra vida de Murcia, muy agradable. Tenemos casa cómoda, alejada, en una atmósfera ya de pueblo –en silencio y con rumores y ruidos rurales. Los balcones se abren a toda la ciudad, y a los montes. ¡Y qué mejor posición vital que la de un panorama! Los hijos están muy bien, con una felicidad corporal, animal que nos transporta al séptimo cielo. Así, Murcia reducida a paisaje.. pero con algunos amigos, y entre ellos, el delicioso Juan Guerrero, así vamos dando a esta casi soledad, riqueza íntima y bien poblada. Voy preparando –es mi principal labor– el libro de versos. Estoy corrigiéndole y adornándolo, por eso en los últimos días no he escrito ningún poema nuevo...*

Hay otra en la que cuenta un paseo por la huerta, de 25 de febrero de 1927: *Hace un día espléndido. Venimos de un camino entre huertas. He vuelto a casa para escribirte. Cada vez me penetra más agudamente lo que yo llamo la felicidad atmosférica: es que nos viene en el aire, y en la luz del aire, cuya tranquila respiración –solamente respiración– calma nuestra inseguridad de vivir. Sólo así estoy seguro de la totalidad de mi existencia. Respirando esta luz. ¡Ah! ¡Viva el Gallo de Granada! ¡Qué bien va a estar ese kikirikí! También esto alegra y clarea los días.*

Solemos clasificar las cartas por el contenido, la materia de que tratan, así decimos correspondencia familiar, amorosa, comercial, hay entre ellas las que conocemos como cartas de pésame, donde manifestamos nuestros sentimientos por la muerte de un ser querido, comenzaré por un poema de Antonio Machado que en realidad es una carta, dirigida a José María Palacio, dice así:

Palacio, buen amigo,/ ¿está la primavera/ vistiendo ya las ramas de los chopos/ del río y los caminos? En la estepa/ del alto Duero, primavera tarda,/ ¡pero es tan bella y dulce cuando llega!.../ ¿Tienen los viejos olmos/ algunas hojas nuevas?/ aún las acacias estarán desnudas/ y nevados los montes de las sierras./ ¡Oh, mole del Moncayo blanca y rosa, / allá en el cielo de Aragón, tan bella!/ ¿Hay zarzas florecidas/ entre las grises peñas,/ blancas margaritas/ entre la fina hierba?/ Por esos campanarios/ ya habrán ido llegando las cigüeñas./ Habrá trigales verdes,/ y mulas pardas en las sementeras,/ y labriegos que siembran en los tardíos/ con las lluvias de abril. Ya las abejas/ libarán del tomillo y el romero./ ¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?/ Furtivos cazadores, los reclamamos/ de la perdiz bajo las capas luengas, / no faltarán. Palacio, buen amigo,/ ¿tienen ya ruiseñores las riberas?/ Con los primeros lirios/ y las primeras rosas de las huertas,/ en una tarde azul, sube al Espino,/ al alto Espino done está su tierra...

Para testimoniar el desastre de la nuestra guerra incivil, nada me parece mejor que la lectura de esta carta de Unamuno, ya en arresto domiciliario y a punto de morir. Dirigida a D. Quintín de la Torre, fechada el uno de diciembre de 1936, dice así:

... le escribo desde una cárcel disfrazada, que tal es hoy esta mi casa. No es que esté oficialmente confinado en ella pero sí con un policía –¡pobre esclavo!– a la puerta que me sigue a donde vaya a cierta distancia. La cosa es que no me vaya de Salamanca, donde se me retiene como rehén de no sé de qué ni para qué. Y así no salgo de casa. La razón de ello? Es que, aunque me adherí al movimiento militar no renuncié a mi deber –no ya derecho– de libre crítica y después de haber sido restituido –y con elogio– a mi rectorado por el gobierno de Burgos, rectorado del que

me destituyó el de Madrid, en una fiesta universitaria que presidí, con la representación del general Franco, dije toda la verdad, que vencer no es convencer ni conquistar es convertir, que no se oyen sino voces de odio y ninguna de compasión. Hubiera usted oído aullar a esos dementes de falangistas azuzados por ese grotesco y loco histrión que es Millán Astray! Resolución: que se me destituyó del rectorado y se me tiene en rehén.

En este estado y con lo que sufro al ver este suicidio moral de España, esta locura colectiva, esta epidemia frenopática –con su triste base, en gran parte, de cierta enfermedad corporal– figúrese cómo estaré. Entre los unos y lo otros –o mejor los hunos y los hotros– están ensangrentando, desangrando, arruinando, envenenando y entonteciendo a España. Sí, sí, son horribles las cosas que se cuentan de las hordas llamadas rojas, pero y la reacción a ellas? Sobre todo en Andalucía. Usted se halla, al fin y al cabo, en el frente, pero, y en la retaguardia? Es un estúpido régimen de terror. Aquí mismo se fusila sin formación de proceso y sin justificación alguna A alguno porque dicen que es masón, que yo no sé que es esto, ni lo saben los bestias que fusilan por ello. Y es que nada hay peor que el maridaje de la demencialidad de cuartel con la de sacristía. Y luego la lepra espiritual de España, el resentimiento, la envidia, el odio a la inteligencia...

Terminaré con la carta que dirige Miguel Espinosa a Milagros Laín, viuda de su amigo José Luis Alemán, parece hecha sobre la estructura de las **Coplas por la muerte de su padre** de Jorge Manrique, de lo general a lo particular, fecha 23 de abril de 1975, hay en esta carta una emoción contenida que se traslada al lector:

Mi querida amiga:

La muerte de José Luis Alemán no es algo que yo pueda olvidar. Después de Pepe Viudes, y juntamente con Salvador Montesinos, he sido creo su más cercano amigo en la época juvenil. Nos conocíamos desde los doce o catorce años; parece que lo veo ahora, con sus maneras lentísimas, levantarse a recitar la lección en el Colegio de los Maristas. Viví su niñez, su adolescencia y su primera juventud. Cuando estudiábamos Derecho, pasábamos noches enteras hablando: intentábamos asomarnos a las cosas. Fue mi padrino de boda y el padrino de mis hijos.

Era especialmente reflexivo, sentía cierta tristeza de descubrir la raíz de las cosas; razonaba mil veces un tema, lo enjuiciaba todo. Me enseñó mucho: por ejemplo, a tratar a una mujer como si la conociera de siempre; no pudo enseñarme por mi incapacidad, a amar a los amigos y a moverme por razones puramente éticas: él sabía hacerlo. Hacía 1961, en un viaje que hizo a Murcia, desde América, me

encontró en la total destrucción; me llevó a Madrid, me ayudó como ninguna otra persona, cosa que jamás he olvidado.

Desde la muerte de José Luis siento que el mundo ya no es, como si dijéramos, el ser que yo conocía. Contemplo la luz, veo las gentes, oigo los ruidos, y siento que en esa contingencia falta un componente: la existencia de mi amigo. Es natural que yo experimente así, ya que la muerte de José Luis es también la muerte de muchos años de mi vida. Ha muerto él y parte de mí. Sin duda que Pepe Viudes debe sufrir esta sensación redoblada.

José Luis y yo hemos sido hombres muy desamparados desde casi nuestra adolescencia; además, tuvimos la mala suerte de abrir los ojos a una sociedad que pretendía restaurar el feudalismo de los terratenientes y de los apellidos. El tema del desamparo, expuesto de mil maneras, era su constante preocupación. Yo he sido tan realmente irresponsable, tan alegre y confiado, que apenas hace un año que advertí mi desamparo. Él, sin embargo, me hablaba de esta cuestión cuando teníamos veinticinco años.

José Luis iba al colegio como huérfano de padre, su hijo, que tiene once años, según me han dicho, irá también al colegio como huérfano. Esto, que para otras personas podría ser motivo de melancolía, me sirve a mí de fortaleza. En la situación del niño veo cierta grandeza; un retorno de ser del padre y de la dureza que para él fue la vida. Me complace imaginar que tu hijo poseerá las maneras lentas y el carácter reflexivo de José Luis. Y siento este deseo porque empiezo a amar, desde ahora, a ese niño: es el intento de sustituir al amigo y de restaurar, en su ausencia, mi existencia.

La dureza que la vida significa para algunos, no reside en la vida misma, sino en el talante de esos algunos. Con un talante como el de José Luis, la vida tenía que resultar siempre dura, porque la reflexión, la bondad, el constante instinto ético, la complacencia en la palabra, el juicio sobre la existencia, el recreo en ser, la observación perenne, el perdón continuo, la benignidad, la paciencia, la concordia, en cuanto modos de nuestro ser, son comparencias que sólo pueden traernos males y tristezas.

Me pregunto qué significado ha tenido la existencia de José Luis, por qué ha venido al mundo, por qué ha muerto mientras viven tantos malvados, etcétera. Muchos dicen que estas preguntas no se deben formular, porque son falsas cuestiones; otros afirman tener la respuesta; y otros, finalmente, sostienen que no existe respuesta. No seré yo tan tonto como para decir que tales preguntas no pueden hacerse, pero tan

poco tan insensato como para contestarlas con simples palabras, dando una respuesta o aseverando que no la hay. Por tanto me limitaré a mantener las preguntas. Del silencio que sucede a ellas, surge una perturbación que me inunda.

Me alegra sobremanera saber que la muerte de José Luis fue inconsciente y sin dolor ni saber de ella. Esto ha sido un bien sin límite; como sabe Pepe Viudes, yo deseaba que así ocurriera.

Contéstame, te lo ruego, un abrazo. MIGUEL ESPINOSA

La lectura de las cartas, al asomarnos a otras intimidades, nos convierte en voyeur, claro que también, asistir como espectadores a determinados programas de televisión, nos convierte en mirones, pero, sin duda, hay diferencias. Vivamos la diferencia. Muchas gracias.

Objetivo de este trabajo

Presentación de este género y de algunos de sus componentes, también dar cuenta de su situación hoy con las nuevas tecnologías

Anotaciones didácticas

Abrir un debate sobre los nuevos soportes y vaticinar sobre el futuro de algunos medios. Expresar por escrito estas opiniones con un ensayo.

Exposición con cartas y postales familiares.

Novelas epistolares.



San Francisco de Borja, obra de Nicolás de Bussy

SAN FRANCISCO DE BORJA

Hombre en su punto. No se nace hecho: vase de cada día perficionando en la persona, en el empleo, hasta llegar al punto del consumado ser, al complemento de prendas, de eminencias. Conocerse ha en lo realçado del gusto, fáltales siempre un algo; tardan otros en hazerse. El varón consumado, sabio en dichos, cuerdo en hechos, es admitido y aun deseado del singular comercio de los discretos. (Baltasar Gracián, **Oráculo manual y arte de prudencia**)

LA HISTORIA

La Compañía de Jesús surge con el Renacimiento, en un tiempo de crisis, reformas, novedades, que multiplican la realidad cotidiana y convierten al mundo en algo que aún no ha sido descubierto. En la religiosidad quieren ser auténticos, de ahí que busquen el origen y restauren las reglas primitivas, recuérdese la reforma de los carmelitas descalzos llevada a cabo por Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Nace la Compañía con un espíritu de lucha, sus hombres se convierten en paladines del Concilio de Trento, decididos a extender sus enseñanzas in partibus infidelis, esto es, allí donde la ortodoxia no se ha conocido o está en peligro, lucha contra la corrupción y la ignorancia, que consideran pecados capitales, convierten al

mundo en tierra de misión. A partir de San Ignacio la vida religiosa deja de pertenecer al claustro, monasterio o convento, y puede encontrarse en toda clase de trabajos.

Tienen las ideas claras, parten de un firme propósito: a la mayor gloria de Dios, A.M.D.G., se proponen ser el brazo ejecutivo del representante de Dios en la tierra, el papa, al que han hecho voto de obediencia, y lo hacen sin timidez, dispuestos a utilizar todos los medios lícitos a su alcance. Este voto pronto va a complicar su existencia, pues puede concitar los odios de las autoridades nacionales, acostumbradas a manipular la jerarquía, aparte de que, esta dependencia, favorecerá la evasión de capitales con destino a Roma, pues el órgano central tiene allí su residencia. Claro que, naturalmente, ellos participan en el sistema mismo, pues serán confesores de los Reyes, lo que les facilita una entrada en el secreto que roza el espionaje, un conocimiento comparable a lo que hoy llamaríamos información privilegiada.

Sin que sea preciso abandonar el mundo, ponen al alcance de la voluntad conseguir un determinado clima espiritual, para lo que se valen de un método al que denominan Ejercicios espirituales. Proponen representaciones de lugares, visualizaciones, sufrimientos, que combinados con las anotaciones, repetidos exámenes de conciencia, propósitos, elecciones, tratarán de hacer visible lo invisible. Será fundamental el espacio, el conocimiento del medio para abordar la realidad, hic et nunc, aquellas circunstancias que, salvadas con otro uso, fueron tan del gusto de Ortega. Sin duda, el origen militar de Ignacio de Loyola, impregna este planteamiento estratégico posicional.

Voy a proponer algo que está a la vista de todos. Pensemos en el antiguo colegio de los jesuitas de Murcia, en Acisclo Díaz, antes calle de la Acequia, recuérdese que a ellos se les atribuyó durante siglos el conocimiento de las intrigas, de los secretos políticos y el saber económico, como consecuencia, hoy la presencia del gobierno murciano en ese lugar y la vecindad de los centros comerciales corroboran esta leyenda; claro que, otros, podrían atribuir este hecho a la política de Carlos III, pero lo que está, es, y el ser fue antes que el estar; argumento este último, aunque simple, por lo enrevesado de su exposición, quizá también jesuítico.

El colegio se debe al empeño de D. Esteban de Almeida, obispo de la diócesis, amigo de San Francisco de Borja, quien según Cristina Gutiérrez, encuentra en los jesuitas <<*un instrumento imprescindible para llevar a cabo los objetivos enunciados en Trento, sobre todo, la educación del clero, la revitalización de la fe apoyada en el conocimiento, la implantación de nuevos códigos morales y una espiritualidad más activa y consciente.*>>

El jesuita padre Barma en carta, 1555, dirigida al padre Francisco de Borja, en ese momento comisario de la Compañía de Jesús para España y Portugal, se muestra favorable a la creación de un colegio, entre otras cosas, porque *«al instruir a los niños en la gramática, se les instrúa al mismo tiempo en virtudes, y que esto daría lugar a que de mayores serían buenos mancebos, buenos clérigos, buenos regidores»*. ¡Qué cerca de los propósitos de hoy y qué lejos de sus resultados!

El colegio se levantó junto a la parroquia de San Miguel, extramuros, pasada la Puerta de los Porceles, el 14 de diciembre de 1556 se inauguraron las clases. Las obras aún continuarán durante algunos años y la iglesia se terminará poco después, convertida hoy, en una estupenda sala de exposiciones, a veces lugar de conciertos, conferencias y actos oficiales, posee una fachada cuyos elementos son emblemáticos, por una parte en dos hornacinas que ocupan los laterales figuran San Lucas, patrón de los estudiantes del colegio, y Santa Catalina, la papisa católica para los jesuitas, presidiendo se encuentra San Esteban, escoltado por San Ignacio y San Francisco Javier, ambos con el manto de jesuitas, semejante al que viste la figura que vamos a tratar, hasta tal punto que algunos atribuyen la tardía aparición a la mano de Nicolás de Bussy.

CUESTIÓN DE MÉTODO

En un país cuya leyenda atribuye sus éxitos a la improvisación, donde se presume que no es la repetición, sino lo nuevo, la base de su educación, sin duda que la aparición de los jesuitas supuso un cambio de rumbo, sobre todo, porque ellos sí que disponían del método que garantizaría una regularidad en el tipo de formación recibida.

El sistema es superior al individuo, la organización exige que cada miembro obedezca por voto tanto a su superior, como a su vez el superior a su general y el general al papa. Esta aparente rigidez garantiza la uniformidad de cada uno de sus miembros.

Aunque la enseñanza está dirigida a los futuros miembros de su Orden, no rechaza a los alumnos externos, su éxito es tan grande que más adelante, formarán a gran parte de la juventud europea, hasta el punto que corresponde a Baltasar Gracián, proponer el tipo de hombre al que aspira el siglo XVII. Odiados por los ingleses,

confesores de las monarquías católicas de Europa, creadores de sistemas de explotación de alto rendimiento en las colonias españolas, van a ser el blanco de las iras del pueblo en el siglo XVIII, lo que supondrá la expulsión de Francia, Portugal y España, aquí acusados de promover el motín de Esquilache, ocurre en 1767 y conocemos todos los detalles de la operación, más los sufrimientos del destierro en Córcega ya que fue rechazada su admisión en los Estados Pontificios, por el diario de uno de los expulsos, el jesuita Manuel Luengo, a ello hay que sumar poco después la disolución de la Orden, aunque años después se consiga su rehabilitación, ya se ha creado la leyenda negra, en la que el oportunismo, la lucha por el poder, una enseñanza rutinaria, que impide el crecimiento intelectual de los alumnos, más sus intervenciones políticas siempre en apoyo de causas reaccionarias, y el amor al dinero, los convierten en **La araña negra** de Blasco Ibáñez. Su prestigio social concita acerbas críticas, prueba de ello es la cantidad de textos que desacreditan, o atacan ferozmente la Compañía y su labor educativa, entre otros elijo algunos del siglo XX: **AMDG**, de Ramón Pérez de Ayala, **El señor Cuenca y su sucesor**, en el **Libro de Sigüenza**, de Gabriel Miró, **Sin camino** de José Luis Castillo Puche, todos sus autores han sido alumnos de colegios jesuitas. Por su vecindad, Orihuela, quisiera detenerme en el texto de Miró, creo que, en el deseo de no repetir su experiencia, se encierra otro sistema, se recuerdan algunas anécdotas que presentan la utopía negativa de la enseñanza, recuérdese: *Señor Sigüenza, sacuda al señor Cuenca que está durmiendo” Yo le despertaba. El señor Cuenca abría sus grandes ojos, velados de tristeza y de sueño, mirábame pasmado, se desperezaba y sonreía perdonándome.*

Cuando terminan los ejercicios espirituales: *Y acabada la semana de silencio, cuando todos los colegiales prorrumpieron en su primer grito libre, expansivo, gozoso, corrí al lado del inspector y le pregunté por el señor Cuenca. “¿Todavía no sabe que preguntar es una grave falta? No lo vuelva a hacer” me dijo.*

Dos son los métodos de que se sirven, ambos complementarios: Los Ejercicios Espirituales y la Ratio Studiorum. Con los Ejercicios se procura la entrada en la vida espiritual, es el resultado de una larga experiencia, concebido como notas de trabajo, texto abierto, fragmentario, consejos para realizar estos ejercicios por cuyo nombre “*se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones, según que adelante se dirá. Porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, por la misma manera todo modo de preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas la afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad*

divina en la disposición de su vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales.”

Tienen una duración de cuatro semanas, que se organizan así: Para la 1ª Consideración y contemplación de los pecados, el problema del mal y la necesidad de la salvación. 2ª La vida de Cristo nuestro Señor hasta el día de Ramos inclusive. Trata de la elección del tipo de vida que se desea. 3ª La Pasión de Cristo nuestro Señor y la 4ª La Resurrección y Ascensión. Bajo estos epígrafes, figuran las indicaciones que podrían corresponder a la vía ascética, pero hay algo más, escrito para los que han de dirigir los ejercicios, nada se descuida, desde lo que se ha de comer, las posturas que se estiman más convenientes para hacer las oraciones, como se debe proceder en las mismas, la hoja de ruta en la que deben ser anotadas las faltas, la atención a los cinco sentidos en todos los ejercicios de meditación, las horas a las que es conveniente cada ejercicio, el silencio, el recogimiento, de manera que todo se convierte en una experiencia personal que compromete al sujeto que los practica. He elegido algunas notas, para mostrar tanto el estilo sobrio, como la atención a todos los detalles, por su interés me referiré a los modos de oración que entiende son tres:

—antes de entrar en la oración repose un poco el espíritu asentándose o paseándose, como mejor le parecerá, considerando a dónde voy y a qué...

—para el primer modo de orar conviene considerar y pensar en el primer mandamiento cómo lo he guardado y en qué he faltado,..

—El segundo modo de orar es que la persona de rodillas o sentado, según la mayor disposición en que se halla y más devoción le acompaña, teniendo los ojos cerrados o hincados en un lugar sin andar con ellos variando, diga Pater, y esté en la consideración de esta palabra tanto tiempo, quanto halla significaciones, comparaciones, gusto y consolación en consideraciones pertinentes a la tal palabra, y de la misma manera haga en cada palabra del Pater noster o de otra oración cualquiera que desta manera quisiere orar.

—El tercero modo de orar es que con cada un anhélito o resollo se ha de orar mentalmente diciendo una palabra del Pater o de otra oración que se rece, de manera que una sola palabra se diga entre un anhélito y otro, y mientras durare el tiempo de un anhélito a otro, se mire principalmente en la significación de la tal palabra, o en la persona a quien reza, o en la bajeza de sí mismo, o en la diferencia de tanta alteza a tanta bajeza propia...

El otro texto fundamental desarrolla **Las Constituciones**: la cuarta parte trata de la enseñanza, lo que dará lugar a la Ratio Studiorum, o Plan de Estudios. Se sistematiza la educación, siguiendo el método parisino, que consiste en avanzar cuando se ha consolidado lo aprendido; opuesto al italiano, que favorece la dispersión.

En lo que se refiere a la edad de los alumnos: *La edad conveniente parece será de catorce hasta veintitrés años..*

Por lo que atañe al cuidado de los estudiantes: *Teniendo especial advertencia que no se estudie en tiempo no oportunos a la salud corporal; y que duerman el tiempo suficiente y sean moderados en los trabajos de la mente, para que más puedan durar en ellos, así en el estudiar, como después en el ejercitar lo estudiado a gloria de Dios nuestro Señor.*

Orden en los estudios: *Guárdese orden en las ciencias, y antes se funden bien en latín que oigan las Artes; y en éstas antes que pasen a la Teología escolástica; ..Recuérdese que la Inquisición española prohibía ingresar en los estudios teológicos sin la debida formación, lo que llevará a San Ignacio a estudiar a París.*

Procedimiento: *Los estudiantes sean continuos en ir a las lecciones, y diligentes en el proveerlas, y después de oídas en el repetirlas; y demandar lo que no entendiesen y anotar lo que conviene para suplir la memoria para adelante. Se quejan los estudiantes jesuitas de la escasez de conocimientos en el estudio universitario convencional, de ahí que lo complementen con “lecciones”.*

Asimismo tratan de las disputas o debates, de la emulación entre estudiantes, de cómo los que más saben pueden ayudar a los retrasados, de los libros y bibliotecas, buenas costumbres. En cuanto al alumno rebelde: *es mejor despedirle de las escuelas, que tenerle donde él no se ayuda y otros reciben daño.*

El estudio de las humanidades fue fundamental para este procedimiento; jesuitas y reformadores, Lutero, Calvino, Melanchton, coinciden, pues saben que colegios y universidades marcarán el futuro religioso de Europa, así dice el padre Polanco, secretario personal de S. Ignacio en carta a Laynez, 1547: *El estudio de las humanidades ayuda a la comprensión de la Escritura, es una propedéutica tradicional para la Filosofía, ofrece una introducción pedagógicamente sana a otros temas, capacita a una persona para expresar mejor sus pensamientos, fomenta la pericia en la comunicación que exigen los ministerios de los jesuitas, y desarrolla la facilidad para diferentes idiomas que pide el carácter internacional de la Compañía.*

Fijan los libros que han de leerse, previamente expurgados, y descartan autores o doctrinas sospechosos, Erasmo que no fue del agrado de San Ignacio, estuvo proscrito en los colegios de jesuitas.

Un amigo que prefiere seguir en el anonimato, alumno durante años en Comillas, me cuenta, sin resentimiento, el gusto por cierto estilo del XVII en sus recriminaciones, agudeza y arte de ingenio, no una orden que anulase la voluntad, sino que inclinase al convencimiento, así cuando, cosa de niños, dejaban la puerta abierta, acostumbraban a decir: *Si puertas para qué abiertas, si abiertas para qué puertas*, donde la repetición, el retruécano, y la reconversión, más la confusión o desconcierto y vergüenza que provocaban en el alumno eran ciertas, quizá me apunta, mi amigo, la afición al juego de palabras o la frase alambicada anulaban el rigor del tratamiento.

FRANCISCO DE BORJA

La entrada en la Compañía de Francisco de Borja, duque de Gandía, debió significar en la Corte una fuerte conmoción, pues si antes había sido amigo y fiel colaborador de Carlos V: combatiente en las jornadas de Francia donde cae herido de muerte Garcilaso, al que asiste en sus últimas horas, como recuerda Antonio Oliver Belmás, cuando ya en 1942, se propone escribir una obra teatral que con personajes reales y literarios, a veces casi auto sacramental, dé cuenta de la biografía de Garcilaso, en ella aparece Francisco de Borja, entonces Marqués de Lombay, he aquí sus palabras: *¡Yo le asistí en el último suspiro!/ Yo, marqués de Lombay/ conozco de profundo lo que hay/ en esta pobre vida que respiro./ Mi compañero amado/ es ya despojo yerto; / mas su alma ha tocado,/ sin duda, el alto puerto/ y con Dios se ha juntado/ aunque en la tierra quede el cuerpo muerto./ Ese es el buen combate; / el que al hombre lo eleva hasta el altura; / el que lucha consigo la criatura/ cuando, ante Dios, se abate/ y busca de otro espacio la luz pura. / Cantor dulce, admirado; / ya está muda tu gorja/ y yo vivo animado/ a dejar por la Cruz el marquesado; / ser Francisco de Borja/ y en el cambio de estado/ tener llaga y dolor en el costado.* Ciertamente que aún tendrá que aguardar un tiempo pues será nombrado: Virrey en Barcelona, y aun estaba destinado a continuar ocupando cargos de responsabilidad con Felipe II. Será, tras la muerte de su esposa, cuando definitivamente comiencen los trámites.

Para la misma Orden supuso una baza muy importante, gracias a sus relaciones, su capital y el ejemplo de su decisión, prueba de ello son las gestiones que, por encargo de Carlos V y de Felipe II, realiza cuando ya es jesuita. Ante la importancia y los compromisos del nuevo miembro, será conocido como el señor Rafael, porque es aconsejable el secreto en la profesión de votos.

El 27 de marzo de 1546 fallece D^a Eleonor de Castro, esposa del Duque de Gandía; el 2 de junio del mismo año emite el voto para entrar en la Compañía, San Ignacio le responde desde Roma admitiéndole y le da algunos consejos para el tiempo que ha de aguardar aún, pues los trámites son muchos, se trata de un padre de ocho hijos: *Entre tanto que estas cosas se concluyen, pues V. Sría. Tiene tan fundados principios de letras para sobre ellos edificar la sagrada teología, holgaría yo, y espero que dello Dios se servirá, que aprenda y estudie muy de propósito la teología; y si ser puede, querría que en ella se graduase de doctor en esa universidad de Gandía, y esto con mucho secreto por ahora (porque el mundo no tiene orejas para oír tal estampido), hasta que el tiempo y las ocasiones nos den, con el favor de Dios, entera libertad.*

Estamos en el comienzo de la Compañía, es muy importante evitar desviaciones, que tanto puede ser por carta de más, como de menos, es imprescindible mantener la uniformidad, que nadie se mueva en las filas, disciplina, reglamento. San Ignacio desde Roma conoce el interior de cada uno, pues están obligados a no tener secretos, de ahí la reacción al caso Gandía, cuando dos jesuitas solicitan permiso para retirarse al yermo durante siete años, quieren gozar de los favores que la contemplación les ha anticipado, permiso que se les niega y se les separa, y se les obliga a que mantengan su vida ordinaria.

El servicio a Dios lo entienden como un trabajo cotidiano, las gracias que reciben, no tienen la menor importancia, lo importante es el camino, no pueden permanecer en lo alcanzado, frente a todo desaliento han de mantener un optimismo continuo que se logra por la oración repetida. Como consecuencia, las locuciones, las visiones, esos regalos que alcanzan algunos, no se estiman como sustanciales. Hay en estas apreciaciones cierto parecido con el camino seguido por Santa Teresa, de ahí las buenas relaciones que mantiene la Santa con los jesuitas, ya que van a ser excelentes guías en el camino místico, dado que, por ignorancia, muchos confesores reprenderán a las monjas por determinados actos que no son más que síntomas, confundiendo lo esencial con lo circunstancial, impidiéndolas continuar en su ascensión al monte Carmelo. Prejuicios y mojigaterías serán así fácilmente superados. Recordemos cómo siendo adolescente en Medina del Campo, Juan de Yepes, asiste

al colegio que los jesuitas acaban de abrir, sin duda, esta primera formación, pudo ser definitiva para su orientación.

Resulta curioso el episodio que el reverendo D. José de Villalva y Córcoles presenta en el **Pensil de Ave María, Historia Sagrada de las imágenes de María Santísima**, sobre una imagen que fue conocida como Virgen de la Luz, para pasar años después a Virgen de la Salud, por las trazas podría tratarse de un milagro de los que quizá tanto abundaron en la época, sin embargo en cuanto al tratamiento seguido por los testigos, también jesuitas, descubrimos cierta ironía, pese a la ferviente exaltación del narrador:

Visto esto les enviaron [las monjas de las Claras] a decir que el fuego era en el aposento que estaba contiguo a la iglesia (que era donde el padre Diego Suárez asistía y estaba en oración). Acudieron a su aposento y hallaron al dicho padre levantado del suelo más de tres palmos, su rostro como un ángel mirando a la Santísima Virgen de quien recibía sus luces y resplandores. Dejó la Comunidad al santo en su éxtasis y se salieron enviando a decir a las Madres les pagase Dios el cuidado que habían tenido y que habían ya registrado el fuego y que aquel fuego no era el que quemaba la fábrica sino el que abrasaba los corazones amantes de la Santísima Virgen. Procuró la comunidad bajar esta imagen a la iglesia y colocarla en una de las suntuosas capillas que habían fabricado, procurando desde entonces cuidado y servir a esta soberana imagen quedándose con el título glorioso que le pusieron de la Luz...

Melquíades Andrés en su **Historia de la Mística de la Edad de Oro en España y América**, señala que la *mística de Ignacio apunta hacia algo nuevo: junto al servicio por amor, lo trinitario, cristológico, mariano y caballeresco en clara integración de lo espiritual y temporal. Parte de la oración de propio conocimiento y de seguimiento de Cristo para llegar a su total servicio y entrega. Más adelante agrega: La mística de Ignacio sigue veredas originales. No se expresa en formulación nupcial. Insiste en la nonada humana como actitud humilde y amorosa de servicio, cumplido a perfección con gozo, por costoso que sea. El servicio es una constante en él: Todo para mayor gloria, reverencia, servicio y alabanza de su divina Majestad.*

Si simplificamos la cuestión mística entre contemplativos y activos, quizá sea la suya más activa que contemplativa, la oración está subordinada al apostolado. No es extraño que Miguel de Unamuno cuando escribe *Vida de Don Quijote y Sancho*, establezca un riguroso paralelismo entre la vida de D. Quijote y la vida de Iñigo de Loyola contada por el P. Pedro de Rivadeneyra.

Todo lo nuevo está expuesto al peligro, a menudo es la Inquisición quien vela por la ortodoxía, alarmada por las filtraciones de protestantes que se están produciendo en Castilla, así ocurre con Francisco de Borja, acusado de haber escrito un libro: **Obras del cristiano**, edición pirata realizada en Baeza, 1550, ese mismo año se edita en Alcalá: **Primero parte de las obras**, sin permiso del autor, ambos con añadidos de otros autores, lo que plantea el problema de cuáles son las obras que deben ser eliminadas. Ante el peligro de que la sospecha salpique a los Ejercicios del fundador, Borja se traslada a Portugal y después a Roma, donde el clima es otro. Allí alcanzará el grado de General de la Orden. A su esfuerzo y buena administración se debe el colegio que más adelante se transformará en la Universidad Gregoriana, y la iglesia de Jesús. Para tratar un asunto político vuelve a España y Portugal, un viaje que le costará la vida, pues ya muy enfermo vuelve a Italia donde fallece. Su cuerpo, por mediación del Duque de Lerma, su nieto y valido de Felipe III, es trasladado a Madrid.

Canonizado por el papa Clemente el 12 de abril de 1671, su imagen pasa a ser uno de los iconos representativos de la Compañía, junto con San Ignacio y San Francisco Javier. Si a ello sumamos que San Esteban se gestiona cuando Borja es Comisario de España y Portugal, resultará imprescindible su presencia en la iglesia del colegio.

LA ESCULTURA

Nicolas de Bussy de origen francés o alemán, ambos posibles por circunstancias históricas, nacido en Estrasburgo, nacionalidades que manejará a su favor en la guerra de Sucesión, se establece en Murcia en 1688, tras haber pasado por Madrid, Granada y Alicante, firme creyente, posiblemente de prácticas ascéticas (lector de **El cristiano interior**), que introducía cédulas con oraciones de su puño y letra en las esculturas, a fin de obtener la máxima eficacia.

José Sánchez Moreno en **D. Nicolás de Bussy, escultor**, Murcia, 1943, hace esta semblanza: *Hombre-artista, inquieto y andariego, metido en negocios ajenos a su profesión [se refiere a una compañía minera en Huercal-Overa, para la explotación de un yacimiento de cobre]; escultor de su Majestad; casado y viudo; generoso para con sus familiares, por agradecimiento noble; escultor inspiradísimo y vigoroso,*

quizá algo seco y con ribetes de trágico, o, por lo menos, patético. Acabó sus días, como es sabido, vistiendo el hábito de mercedario en el convento de la Orden en Segorbe.

Trabaja la piedra y la madera, sobre todo el ciprés. Conviene recordar este texto de **Los complementarios** de Antonio Machado: *Las artes plásticas trabajan con materia bruta. La materia lírica es la palabra; la palabra no es materia bruta. Toda poesía es, en cierto modo, un palimpsesto.* De acuerdo, en la poesía; no tanto en la materia bruta, ya que la piedra o la madera imponen sus condiciones, como consecuencia tanto la poesía como las artes plásticas son un palimpsesto, el escultor elige una determinada piedra o madera para hacer una determinada escultura, así también con la tela, el papel, óleo, acuarela o acrílico. Atengámonos a la escultura en madera, y de ésta, al ciprés, propio de tierras secas, calientes, acostumbrado a darle seriedad al paisaje, no tanto sombra, árbol estático por excelencia, hasta el punto que Zenobia Camprubí, cuando conoce a Juan Ramón siempre de oscuro, siempre serio, le dice: «Es Vd. Un ciprés, más parado que los del Generalife»; de madera blanda, olorosa, no se raja, procede de un árbol en lucha por despegarse del suelo, *enhiesto surtidos de sombra y sueño*, trágico, como si aprisionase en su interior dolorosos recuerdos, sin duda impone unas determinadas condiciones a las que tendrá que ajustarse el escultor. Alonso de Herrera en su **Agricultura general** dice: *La madera del ciprés es de muy singular olor, y es preciosa para arcas, nunca se carcome, ni cría gusanos, ni se hiende si no hubiere fuerza.* Francisco de Borja en unos de sus **Seis tratados muy devotos y útiles para cualquier cristiano**, en el tratado III, llamado **Colirio espiritual**, comenta a propósito de los árboles y el hombre que *Debería siquiera hacer como el árbol que, si pone muchas raíces en la tierra, es para echar más virtud en las ramas.*

El ciprés es árbol de raíces profundas que cuando adulto no exige ninguna labor. Orhan Pamuk en su libro **Estambul, ciudad y recuerdos**, editado por Mondadori, dice sobre este árbol: *En las pinturas de Melling, como en las miniaturas iraníes, los cipreses, protagonistas indiscutibles del jardín tradicional islámico y del Paraíso según la pintura islámica, aparecen como manchas oscuras, elegantes y dignas, que le otorgan al paisaje una elegancia poética.*

La elección del ciprés por Nicolás de Bussy sin duda no ha sido fortuita, es propio del Mediterráneo, del Sur, recuérdese que él es centroeuropeo, probablemente encuentra en esta madera la fuerza trágica de sus figuras, esa lucha entre lo visible y lo invisible que intuye el espectador. Era costumbre en la huerta coronar la barraca con una cruz de ciprés bendito.

Juan Orts Román en una conferencia, titulada: **Fray Nicolás de Bussy el más original de todos los imagineros**, con motivo de la apertura del curso 1944-45 en la Academia de Bellas Artes de la Sociedad Económica de Amigos del País, en Murcia, se refiere a la plasmación nueva de los motivos religiosos: *pues se le puede considerar como el primero de los escultores de la Pasión de Cristo; es decir, el primero que lleva al “paso” la escena completa del momento pasionario*. Hay pues en sus obras el deseo de presentar la escena, de ahí el sentido teatral, dialógico de sus personajes.

Hace también referencia a un comportamiento que afecta a todos los imagineros y con mayor razón debe incluirse a Bussy, pues acaba como mercedario, cito: *además de cofrades fervorosos, para dar más realidad a sus obras y mejor inspirarse, solían, durante su ejecución, hacer vida religiosa, quedando durante meses y meses dentro de los conventos, como adscritos a la vida de la Comunidad*.

De ahí que lo llame místico del cincel.

Entre sus características la profesora Sánchez-Rojas destaca la manos largas, cuidadas, las uñas perfectamente trabajadas, señala las venas en las manos que llegan a simular arabescos, amplios volúmenes, ropajes de policromía monocolor en tono muy oscuro, negro, marrón, sólo una pequeña orla estofada anima las sobrias vestiduras de San Francisco de Borja. Cabeza pequeña, en relación con el resto del cuerpo que se estrecha en las sienes, boca entreabierta. Bien, estos son los rasgos fundamentales de sus esculturas, veamos lo que tenemos aquí.

Quisiera traer a vuestra memoria un cuadro que durante años podíamos encontrar en la última sala, hoy desaparecida, la correspondiente al siglo XX, me refiero al titulado **La pelea**, de Luis Garay, donde en una calle de tierra, de casas de una sola planta, con terrado, probablemente el barrio de San Juan, se ve a un grupo airado, hay un perro que contribuye con sus ladridos al escándalo, pero sobre todo hay una mano que sobresale, se trata de una mano expresionista, ella sola sería capaz de darnos la tensión de ese momento.

Quizá lo primero que vemos en esta escultura sea esa misma mano, iconografía cuyo origen se documenta en Alonso Cano. ¿Qué nos dice? No es una mano que nos incline al sosiego, ese gesto con el que se dice que Felipe II se dirigía a sus súbditos, impresionados por la grandeza del Escorial, y por la sobriedad de su monarca, ¡Sosegaos!, y aparece una mano plana que serena, aquí está levantada, no es un paréntesis, sino una pantalla donde se nos va a representar el triunfo de la muerte sobre la vida, sobre la inteligencia, sobre la belleza. No se trata de la mano que, aun-

que se alza, se recoge para la bendición, mano que ha aceptado ya la vida y la muerte, encontramos en ella la sorpresa del descubrimiento, algo así como debió ser esa ceguera y consiguiente caída que se cuenta de San Pablo cuando persigue a los cristianos.

Si esta escultura fuese un signo ortográfico, veríamos que la pequeña cabeza, equivalente al punto, estaría encima de esta mano, y formaría un signo de admiración. Creo que, si así fuese, si así lo hubiesen visto los jesuitas que le encargaron la obra, seguro que les hubiese complacido, pues, ellos mismos han gustado de toda la literatura emblemática, están habituados a ver donde los otros apenas si descubren lo que allí está escrito.

Claro que es muy posible que se asemeje más a un signo de interrogación, obsérvese ahora el manteo, cómo envuelve al hombre que sería una duda, dos caminos, una pregunta que parece cuestionar la calavera coronada que sostiene en su mano izquierda. Hecho que se ha tenido como trascendental en su paso del hombre viejo al hombre nuevo, la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, fallecida en Toledo, va a ser enterrada en el panteón de los reyes en Granada, y será Francisco de Borja, durante ese tiempo Marqués de Llombai el encargado de efectuar el traslado y dar fe de su autenticidad. Como una metonimia, sólo poseemos esta imagen que revela todo un drama, asistimos al momento en el que reconoce el cuerpo corrompido, doña Isabel no quiso ser embalsamada, los restos de la que fue inteligente, bella, tierna, muerta a los 36 años.

La escultura está dotada de un dinamismo que la hace parecer parte de una comedia de la época, asistimos al clímax, ese momento en el que el protagonista se adelanta a la boca del escenario y recita los versos que conmueven definitivamente a los espectadores, pues confirman el final.

Sus ojos, el entrecejo, el casi temblor de los labios entreabiertos, la ligera inclinación de la cabeza, manifiestan no la duda ante lo que ve, sino el asombro, la confusión por lo ha sido y por lo que es. No hay en la figura una actitud hamletiana: ser o no ser, que obedecería a un planteamiento conceptual, hay aquí la intuición profunda de la fugacidad de la vida, la presencia de la muerte, la imparables realidad, y como consecuencia: la confusión entre la belleza que fue y la ausencia presente; sic transit gloria mundi.

Oigamos lo que dice Don Miguel de Unamuno, en las **Conversaciones de Andrés Caballero**, lo propongo como contraste, obra de Antonio Oliver Belmás: *hablando un día con Andrés y Constanza* [es decir, Antonio y Carmen Conde], *les*

dijo que las esculturas castellanas, por castellanas, no sonreían, no eran dulces, suaves, como las esculturas del Sudeste, como las de Salzillo... Pero Andrés cree que si hay algo español, genuinamente español, es la sonrisa. Al menos así lo estimaron los grandes hombres del Siglo de Oro y aun muchos de sus antecesores. Andrés desemboca en una etapa de la historia de su país que reclama, imperiosamente, la sonrisa. Porque la sonrisa dulcificará todo lo que aún sigue demudado de rostro, de semblante. La sonrisa es la verdadera fuerza. Andrés, trasunto de Antonio Oliver, en prisión atenuada, en aquella España negra de posguerra, inquisitorial, propone la sonrisa como solución.

Sigamos con nuestra escultura, la cabeza y las manos conforman una figura triangular, probablemente evocando el trinitarismo que caracteriza a los jesuitas. No son afectos a una visión bipolar, sino que añaden otra matización que impide una concepción simplista de cualquier asunto. La mano cuya palma vemos, refuerza la tristeza, el dramatismo que aparece reflejado en el rostro. La otra, sostiene la calavera, ambas presentan el haz y el envés de la realidad. Se comprende así el ser del mundo.

Matías de Bocanegra, 1612-1668, compone la **Comedia de San Francisco de Borja**, A la feliz venida del excelentísimo Señor Marqués de Villena, Virrey de esta Nueva España, en la escena final se procede al descubrimiento del cadáver para su identificación, están presentes el secretario, al arzobispo y Borja quien se niega a aceptar que esos despojos pertenezcan a su Señora, así dice: *Señores, aunque apruebo/ a hacer el juramento, no me atrevo,/ que en esta caja puse yo una estrella,/ y no hallo de su lumbre una centella. / A esta tumba traduje todo el polo,/ y no hallo de su luz un rayo solo./ La Emperatriz hermosa entonces era,/ y ahora una desnuda calavera. / No es aquél, no es aquél su rostro hermoso,/ no es su semblante aquél majestuoso./ Por tanto entre las dudas que aquí siento,/ será sólo el temor del juramento/ que juro, que según fue mi cuidado,/ en haber este cuerpo trasladado/ de Toledo a Granada moralmente,/ juzgo que ningún caso ni accidente/ pudo hacer que el yo que os entrego ahora/ no sea de Isabel nuestra señora; / que decir que es el mismo, y afirmallo/ juzgo imposible cuando más jurallo,/ porque le quede al mundo de esta suerte/ testimonio es mudanza de la muerte.*

Este suceso se ha considerado no sólo como muestra del desengaño del mundo, sino causa de su decisión para entrar en la Compañía, de ahí que se le atribuyan estas palabras que se recogen en la obra: *No más servir señor que se me muera*. De donde se deduce que toda la escultura está planteada como un emblema que podría colocarse bajo esas palabras. Por otra parte la utilización del teatro como medio para promover la devoción fue practicada por los jesuitas.

Otras obras muy conocidas son el Cristo de la sangre en el Carmen, originado por el tema del lagar místico, no tiene los pies sujetos con clavos, sino que parece que camina al paso de la procesión, al mismo tiempo sugiere que pisa las uvas de las que mana la sangre que da vida, pues por medio de la eucaristía redime, José María Ibáñez en sus estudios Bio-bibliográficos, Murcia, 1928, recoge una quintilla popular que resume la religiosidad de la época, dice así: *Los pies saca del madero,/ des-angrándose camina/ el Dios hombre verdadero,/ que de sangre hace sendero/ con sus pisadas divinas*. Recomiendo que se compare el rostro tal como se conservó tras su quema en la guerra, su misma deformación parece que aumenta el patetismo.

Ya antes se ha dicho que Bussy incorpora una originalidad a la imaginería, así cabe destacar sus grupos escultóricos que según Orts: *dan una pauta típica para los desfiles procesionales*. Sería recomendable una visita dirigida al Museo de la Preciosísima Sangre, instalado en lo que resta del antiguo convento de los Carmelitas calzados de Murcia, adjunto a nuestra primera Universidad, hoy grupo escolar del Carmen. Allí se puede estudiar con todo detalle: la Negación, el Ecce-Homo o Pretorio, la Caída. En ellos la composición, la fuerza dramática del conjunto, la estampa costumbrista, la enseñanza evangélica, la conmoción que sufre el espectador cuando los ve en la calle, todo se constituye como una fuente de información que nos traslada al siglo XVII, a su teatro, a sus devociones, a los autos sacramentales.

LA LITERATURA

La literatura barroca, tridentina, señala lo perecedero, la fugacidad, el desengaño, en algunos casos tal como ocurre en la iconografía de la época aparece claramente expresa la calavera, he aquí algunos textos que podrían ser útiles para completar esta aproximación:

A UNA CALAVERA

Lope de Vega

Esta cabeza, cuando viva, tuvo/ sobre la arquitectura destes huesos/ carne y cabellos, por quien fueron presos/ los ojos que, mirándola detuvo.

Aquí la rosa de la boca estuvo,/ marchita ya con tan helados besos;/ aquí los ojos de esmeralda impresos, / color que tantas almas entretuvo.

Aquí la estimativa en que tenía/ el principio de todo el movimiento,/ aquí de las potencias la armonía.

¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!./ ¿donde tan alta presunción vivía/ desprecian los gusanos aposento?

Saavedra Fajardo, como colofón de sus **Empresas políticas**, coloca este soneto, bajo un emblema en el que, presidido por una calavera, cubierta por una tela de araña, yacen por el suelo la corona y otros símbolos del poder político; el texto no es excelente, pero sí representativo:

Este mortal despojo, oh caminante,/ Triste horror de la muerte, en quien la araña/ Hilos anuda y la inocencia engaña,/ que a romper lo sutil no fue bastante./

Coronado se vio, se vio triunfante/ con los trofeos de una y otra hazaña./ Favor su risa fue, terror su saña,/ Atento el orbe a su real semblante. /

Donde ante la soberbia, dando leyes/ A la paz y a la guerra presidía,/ se prenden hoy los viles animales. /

¿Qué os arrogáis, ¡oh príncipes!, ¡oh reyes!./ Si en los ultrajes de la muerte fría/ Comunes sois con los demás mortales?

Por último agregaré éste de **José Luis Castillo-Puche** que pertenece a su libro **Sin camino**, 1956, donde se relatan las perturbaciones de un seminarista en Comillas, cuando se debate entre la carne y el espíritu, episodio en el que toman parte, Enrique, el protagonista y el padre espiritual:

¿Para qué tienes, si no, aquí encima, esta calavera? Hazte continuamente esta reflexión: “Esto es la vida, esto es todo lo que a mí me parece tan hermoso. A esto se va todo. Ésta es la única realidad.”

Si Enrique tenía la calavera era más bien como algo decorativo, que llamara la atención. A veces se torturaba pensando a quién habría pertenecido aquel cráneo. ¿Habría pertenecido a alguna persona joven?

El Padre Espiritual cogió aquel casco frío y pajizo como si se tratara del hueso de una fruta espléndida. Pasó las manos lentamente por las cuenca de los ojos, por

la boca, por los orificios de la nariz y de las orejas, por la imaginativa garganta...Palpaba con extraño terror las cuencas terriblemente expresivas del cráneo.

–Esto hizo cambiar a San Francisco de Borja: “No quiero servir más a señor que se me puede morir”, dijo, ¿Comprendes?

Enrique no sabía someterse a esa bárbara experiencia. En los orificios inertes veía rebullir la gracia centelleante de la mujer soñada, aquella expresión suya, aquel encanto misterioso.

Objetivo de este trabajo

La devoción popular y la escultura. Murcia, ciudad de procesiones. La enseñanza en los colegios de los jesuitas. La vida de San Francisco de Borja.

Anotaciones didácticas

Reflexión sobre las procesiones.

Creo que puede dar lugar a diversas visitas: Museo de Bellas Artes de Murcia, Museo de la Preciosísima Sangre, instalado junto a la iglesia del Carmen de Murcia, Museo de Salzillo, Colegio de Santo Domingo, Orihuela.

Debate sobre la enseñanza. Composición de un ensayo con la opinión del alumno.

LA POESÍA EN MURCIA (APROXIMACIÓN)

La provincia es punto de partida, todo ocurre fuera y lejos, en algún lugar donde la utopía es un producto autorizado, donde el hecho de verse todos los días no se ha convertido en tedio, sino en estímulo continuo de descubrimiento. Lugar donde la vida aparece como revelación y, compartir ideas, asistir a su desarrollo, saber que el otro es distinto y que juntos somos más, recupera el verdadero, el mejor sentido de existir que llamamos amistad.

Puede que las cosas hayan sido así, aunque también podrían haber ocurrido de otro modo.

No creo que nuestra historia transcurra muy distante de la que sucede en Madrid durante estos últimos cien años, pero sí que se ha vivido de manera absolutamente diferente, ¿por qué? Por ahora, conformémonos con un porque no hemos sido el Centro. Recuérdese que el centro es ese punto desde el que podemos contemplar todo lo que gira.

Juan Ramón en Palos de Moguer conoce la existencia de Rubén por las revistas que le llegan a su hermana, ¿No se recibieron en Murcia?

Federico Balart, Ricardo Gil y Vicente Medina quieren llegar a sus lectores, tratan el sentimiento casi siempre fundado en la pérdida de los seres queridos y la tierra como expresión de la identidad, también reflexionan sobre temas trascendentes, y lo hacen con esa musicalidad propia que constituye su estilo. ¿Quién de ellos ha

logrado permanecer? Esta es una pregunta que no persigue la verdad, sino una interesada prospección de mercado, como consecuencia no la formularé.

El tiempo, que convierte en robinsones a los futuros lectores, arroja a la playa versos del uno y del otro, quizá sean de Ricardo Gil, algunos de Balart, pero es seguro que muchos son de Medina, el más alejado de la capital.

El conocimiento no es una mañana radiante y luminosa, libre de sombras, por el contrario, aparece como algo que se va descubriendo a medida que avanzamos. La lectura, suelen decir los judíos, es comparable a una nuez, tiene tantos niveles como barreras hay que superar para llegar a gustar del fruto. Hay, por tanto una primera lectura que se refiere al hecho bruto, literal, primario, al pan, pan y al vino, vino; equivale a romper la primera y dura cáscara. Hay otro nivel que es entrar no ya en lo que está formulado ahí, sino en lo que realmente quiso decir el autor, lo que intuyo, lo que el tiempo mismo va revelando. Luego hay aun otro nivel, que correspondería a aquello que a cada uno se le revela en el instante de la lectura, algo estrictamente privado, de lo que no somos conscientes pero queda como un no sé qué, un misterio que alimenta y nos hace ser distintos.

Si aceptamos que este proceso es posible en cada uno de nosotros, ¡qué diríamos de la historia!, y por tanto de los lectores que nos han precedido

Juan Guerrero Ruiz, cónsul de la poesía, lo llamará Federico García Lorca, siendo aún estudiante, se entrevista con Juan Ramón Jiménez el 27 de mayo de 1913, y surge una fecunda amistad que aún sigue dando frutos, en 1998 y 1999 se publican los dos tomos de su libro: **Juan Ramón de viva voz**, ejemplar testimonio de amistad y saber poético. El magisterio que siembra este conocimiento entre los escritores y pintores murcianos provoca un cambio rotundo en su sensibilidad que se orienta hacia: una musicalidad suave, encuentro con la luz y el aire, triunfo de la inteligencia, pérdida de la seriedad, acceso a lo cotidiano, exaltación de la imagen, prosa poética...

Pese a todo, fecha 1922, se celebra en el teatro Romea un homenaje en el centenario del nacimiento del poeta y novelista José Selgas Carrasco, con toda la parafernalia provinciana, traslado de los restos, Real Academia de la Lengua, autoridades, ofrenda de la regiones de riguroso traje folclórico, portado por lindas señoritas.

Andrés Cegarra funda, en La Unión, la Editorial Levante, y vive la angustia de su pueblo y la propia desde su cama de inválido, entre tanto lee a Miró y su prosa se hace carne, esparto y rambla, mar azul o gaviota. Cuando muere, será María, su hermana, quien continúe, como si de un dictado se tratase, porque se escribe lo que

se recuerda, y se recuerda tanto lo conocido como lo intuido.

Eliodoro Puche, exhibe su nombre como una provocación ultraísta y sobrevive a la desorientación de su bohemia en Madrid.

El uno de febrero de 1926, llega a Murcia Jorge Guillén y, por la gracia de la luz del Sur, se le hacen visibles, carnales, sensaciones que formula como cuadros de perfil exacto, en planos múltiples, cubistas. Con Juan Guerrero, funda la revista **Verso y Prosa**, y todo el Veintisiete visita la ciudad, visita el Malecón, puebla con sus voces las tertulias. La Universidad acaba de cumplir sus primeros diez años, el Conservatorio Superior convierte la música en algo más que una afición, pintores, escultores, escritores y músicos están al día.

Como todos sabemos, mil novecientos treinta y seis, pone fin a este hermoso período y ocurre un largo y frío invierno, hasta que en 1939 se suspende la primavera y comienza el exilio interior y el exilio real, miles de españoles no volverán. Muchos ingresan en prisión, otros son asesinados, todos entran en un profundo silencio.

Eliodoro escribe algunos poemas en la cárcel que casi nadie lee. Los libros se convierten en una mercancía peligrosa, cuya posesión, cuya lectura perjudica seriamente la salud.

Antonio Oliver, como encargado, listero, trabaja en la construcción del Instituto de segunda enseñanza de Lorca. Joaquín uno de nuestro mejores pintores, sobrevive retratando hombres y mujeres de Lorca.

Del cuarenta y seis al cuarenta y ocho aparece la revista **Azarbe**, con autores garcilasistas. A veces en números monográficos, así los dedicados a Juan García Abellán, Adolfo Muñoz Alonso, Manuel Fernández- Delgado Maroto, Salvador Jiménez, Cano Pato.

Quizá la que más fresca se mantiene de esos años sea **Sazón**, ediciones de poesía, dirigida por Basilio A. Fuente Alarcón, en el N° 2, junio 1951, aparece posiblemente la primera publicación de Miguel Espinosa: **Cazador de mariposas**. Todas las ilustraciones de la revista son de Asensio Sáez. En 1953, aparece Monteagudo, dirigida por el profesor D. Mariano Baquero Goyanes, hasta su muerte, 1984, se publican 87 números; del 85 al 93, nuevo formato con 11 números, y se acaba como revista de creación, para pasar a revista científica.

Carlos Ruiz Funes, desde su sombrerería, escribe cartas y lee para mantener la memoria. Proyecta puentes que se harán después.

En los cincuenta surge el poeta que canta por todos, se lee al Antonio Machado de **Campos de Castilla**. La poesía pretende consolidar la solidaridad de las tierras y sus gentes, porque todos sueñan el mismo sueño: un futuro mejor. Julián Andúgar y Francisco Sánchez Bautista recorrerán sus campos personales. Ahora una experiencia personal, ocurría en Lorca, años cincuenta, mi recuerdo del Chato Evaristo componiendo poemas dadaístas al combinar los títulos del escaparate de la librería de Montiel, obra efímera, absolutamente efímera, de la que quiero dejar constancia aquí. Eliodoro Puche viaja a Murcia para participar en una de aquellas reuniones no oficiales de pintores y escritores que se celebraron en el Archivo Notarial, el vetusto caserón de Vara de Rey. Manuel Fernández– Delgado, padre de Manolo, funda la galería de arte Chys, de la que se suele recordar la exposición, año 1960, de Pedro Flores y su vuelta a España, también regresa Gaya del exilio.

En Cartagena, de cara al mar, hechos a novedades, en el 62, Agustín Meseguer y José María Álvarez proyectan su **Cantata del Sureste**. (Se publica la novela **Tiempo de silencio**, aunque censurada, se convierte en una experiencia que nos proyecta hacia el futuro.) Los bares, las cafeterías y las altas horas se convierten en el refugio de los escritores. En Murcia la vida intelectual transcurre en el café Santos.

En el 67, la poesía se hace oral, porque es la voz lo que se ha perdido y, los universitarios, quieren recuperarla, para ello se funda **Zauma**, que integra a poetas heterogéneos: Sobejano, Salom, Sánchez Bautista, Clementson, Pilar López, Andrés Mellado, M. Valero, Provencio... Se lee todo lo que tiene sabor hispanoamericano, latinoamericano, también se dice. Con claridad comienzan a llegar rumores de los exiliados.

1970 es el año en que Castellet canoniza a los **Nueve novísimos** poetas españoles, entre los que figuran José María Álvarez y Martínez Sarrión de Albacete, aún Murcia.

El Corte Inglés se instala en la ciudad y presenta un mundo donde todo puede ser adquirido con tarjeta, el consumo aporta un aire fresco que nos aleja de lo terruñero. El centro urbano se desplaza y desacraliza, Murcia parece haber perdido su memoria y, a medida que crece en altura, se olvida de sus calles estrechas, sus pequeñas plazas, su ritmo cansino.

Se pronuncian correctamente nombres de poetas cuya existencia hasta ayer era desconocida, la cultura se universaliza, París, Venecia, Nueva York, San Francisco o Londres son lugares que el cine y la literatura convierten en familiares. El exilio económico contribuye a paliar el tradicional desconocimiento de otras lenguas. Lo

virtual se hace real, las imágenes de la pantalla, el sueño y la ciudad ocupan el poema.

Con José María Álvarez se sabe que todo se ha dicho, pero también que cada uno ha de repetirlo con su particular acento. Nada es nuevo, si antes no ha sido. Y para documentarlo publicará varias ediciones de su proteico **Museo de cera**. Comienza a escribirse en 1970 y finaliza treinta años después. Se propone la obra total donde concurren el discurso y sus referentes. La primera edición se publica tímida y pálida en amarillo, 1971, por la editorial Helios, precedida de una entrevista con el autor, que dio mucho que hablar. Con el poema, **Historia maravillosa a las tres de la madrugada**, a modo de prólogo, donde resume los estragos del 68: *Sólo quedamos vivos/ sobre la ciudad Kaputt/ Johan S. Bach y yo./ Y los dos muy borrachos.*

Contaré la historia de este libro como si se tratase de un cuento, dice así: José María Álvarez, joven poeta, llegó bañado por la luz púrpura del cinematógrafo, recién salido de una película americana, Casablanca, por ejemplo, y lo hizo acompañando por otros a los que se les llamó novísimos, aún gobernaba el Generalísimo, pero nunca más se habló de aquella guerra, ni sintieron el dolor de sus padres, tenían el alma de celuloide y estaban dispuestos a mentir para hacer el amor.

Sin rubor citaron autores y lugares, que no figuraban en nuestro inventario carpetovetónico y provinciano. Se atrevieron con textos, cuya enunciación, pocos años antes, hubiese sido prohibida por todas las censuras, me refiero a la oficial, la de la iglesia y la del partido.

José María vislumbró lo que estaba ocurriendo y se dispuso a conservar los mapas que indicaban el camino al Parnaso, de ahí que conciba su libro como un manual de exploradores. Y descubrió que los mapas eran borrosos y, peor aun, que el mundo descrito, había desaparecido. Sólo existía una oportunidad, en **La isla del tesoro**, de Stevenson, y se lanzó a la aventura, cuando por fin alcanzó la isla, descubrió que el marinero loco había trasladado el tesoro.

Cuando se habla de José María, se habla de literatura. Literatura y vida suelen ir en paralelo, sin que lleguen a confundirse. La literatura es un instrumento de simulación, no es que sea falso lo que se dice, es que dota de otra vida a los hechos, la letra crea esa pátina que da a la realidad el relieve suficiente para que tropecemos con ella. Se piensa aquello que es un obstáculo, aunque sólo sea por pura supervivencia. El escritor es un superviviente. ¿Cuál es el obstáculo para José María? Cartagena. No olvidemos que, obstáculo, es lo que se ama, suma de contradiccio-

nes. Cartagena es una ciudad que a menudo esta a punto de desaparecer, como lo confirma el reciente descubrimiento del teatro al pie de la catedral.

Creo que me voy extendiendo demasiado, así que acabaré con otro poema, titulado **Ceremonia del Sur**, prescindo del aparato de citas: *El sur no tiene estatuas./ Como un reino increíble / bajan las montañas hasta el mar/ sus áridas llanuras,/ abrasados caminos./ Cadáveres de puertos que una vez/ alumbraron los mares. Devorados/ bajo el sol por el tiempo./ Mundo viejísimo impasible/ contempla el paso del Destino, / los imperios, que alzárónse y cayeron,/ enterrándolos Sin memoria.*

Y es verdad, el Sur es la piel, de ahí que la historia sólo sea presente y presencia, ola siempre renovada, no monumento, pátina que envejece, se rompe definitivamente con la Castilla de Posguerra.

Miguel Espinosa, poeta porque buscó lo originario, en los setenta da por concluido **Asklepios**, reflexión poética sobre la formación de un artista en tiempos de miseria, de ahí el destierro del griego a otro tiempo y a otro espacio. El poema elegíaco que dedica a la muerte de su madre es uno de los más hermosos y nos remite a un género, la prosa poética, de larga tradición entre nuestros escritores: Andrés y María Cegarra, Carmen Conde, Sánchez Moreno, José Ballester, Ramón Gaya, Asensio Sáez, García Montalvo, Dionisia García... He aquí el final de ese poema:

Nunca más veré una patria ni oiré una risa. Nunca más la nube, la piedra, la planta, el animal ni la cosa mostrarán novedad. Nunca más elegiré la palabra y su notación. Nunca más sentiré, ni por los ojos de alguien, la continuidad y representación de los tuyos en los míos. Nunca más habrá candor ni donaire, inclinación hacia la Verdad ni voluntad de reflexión. Porque nada regresa, sino que transcurre sin retorno hacia la nada. Contigo muere el niño, y el muchacho y el hombre.

Tras el fallecimiento del General, comienza titubeante la Transición y, al poco, la Editora Regional. En el 79, por primera y última vez hay un Congreso de escritores murcianos, presidido por José Luis Castillo Puche, donde se debate el tema de la identidad. Hernández Ros, Presidente a la sazón, con un lapsus genial, declara clausurado el Congreso en el momento de su inauguración. La cultura se oficializa y los actos se multiplican.

De la mano de los clásicos viene la renovación, algunos recién descubiertos: Leopardi, Cernuda, Pessoa y Cavafis. En el 77 se concede el Adonáis al joven Eloy Sánchez Rosillo por **Maneras de estar solo**. ¿Qué novedades aporta este libro? Otro concepto del poeta, frente al atacado por la carcoma de lo provinciano, se siente junto a los clásicos que nos han precedido, el poeta es un elegido: *Siempre te he visto*

así, con esta muda/ aceptación altiva de la noche./ Sobre tu gesto el tiempo deposita/ la pátina afligida de la stirpe/ que te eligió y dio nombre a la costumbre/ de andar siempre tan solo entre los hombres./ La ceniza sagrada de otros cuerpos/ acumula en tu voz sus viejos cantos,/ su manojito de huesos y palabras./ Te han señalado a ti porque adivina/ que eres el eco roto de sus gritos: / a tu modo dirás lo que aprendiste/ en la frecuentación de sus presencias./ Saben cómo te hieren esas sombras/ que te imponen su amor, su deterioro./ Tu destino es buscar lo que se esconde/ tras la espesa corteza de los días,/ evitar que te escuchen los oídos / que alimentan su paz en la dorada/ seguridad del pan y los metales./ Habitarás la tierra de tu culpa,/ la casa amarga de la soledad./ Pero en tu pecho brillará una herida / y en tu dolor palpitarán los astros.

Hay una recuperación de ese ser distinto que se manifiesta en la soledad que es el poeta, alejado de los convencionalismos del pan y los metales. Con este poema firma ante los lectores su declaración, su manera de estar solo. Hoy, Premio Nacional de Poesía.

Se suceden las revistas: **Azahara, Márgenes, Tránsito, Arrecife...**

La ciudad pierde definitivamente su pintoresco aspecto sureño, se sustituyen terrados y terrazas, por áticos; desaparecen definitivamente los palomares, surgen el corredor urbano y las máquinas tragaperras, los vídeos se multiplican. Antiguas iglesias sirven de museos. La arqueología apasiona a nuestros jóvenes estudiantes y fastidia a nuestros viejos constructores. Nace una **Historia de la región murciana**. Poco después **Ochenta y dos años de poesía en Lorca**, de José Luis Molina.

La Editora Regional publica algunas antologías: Eliodoro Puche, Julián Andúgar, Francisco Sánchez Bautista, María Cegarra, Antonio Oliver.

En 1980 aparece en Cieza **La sierpe y el laúd**, que reúne a un grupo de escritores y artistas en torno al poeta y pintor Aurelio Guirao, proyecto que combina diversas publicaciones y encuentros entre jóvenes escritores. Ser joven se convierte en un valor, y aun más ser mujer, pues ambos han permanecido muchos años silenciados.

Y empezamos a conocer a las poetisas, que siempre habían estado ahí, pero apenas nadie había reparado en ellas. Primero María Cegarra y Carmen Conde, o María Teresa Cervantes, alejada durante muchos años, después de haber publicado algunos libros y dirigido una pequeña revista que se llamó **Títero canta**. Aparecen Josefina Soria; Juana J. Marín Saura lleva una excelente revista en la mano, **Azahara**; Dionisia García y Aurora Saura. Dicen y se las escucha. Hablaré de Dionisia, que tiene la fortuna de conocer y tratar en Málaga a dos personas que me son entraña-

blemente queridas, Jorge Guillén e Irene Mochi Sismondi, su segunda mujer, y enlaza con la Imprenta Sur, hoy Dardo, y funda con Salvador López Becerra: Begar Ediciones, **Nueve enunciaciones**, 1982, de José Ángel Valente es uno de sus títulos, después junto a Salvador García Jiménez y Francisco Sánchez Bautista proyecta **Tránsito**, de la que fue directora, una de las revistas más interesantes por su nómina de colaboradores en esos años. **En Voz Alta**, de Shron Keefe Ugalde, antología de poetas publicada por Hiperión este mismo año, aún no ha sido presentada en Murcia, donde también figura María Teresa Cervantes, declara Dionisia su poética, dice así: *Qué somos sino memoria. El tiempo nos aloja y despide en una travesía misteriosa e imprevisible. Nuestra “venganza”, la mía, es recoger en el poema la vida que se fue, y continúa en nosotros junto al presente, proyectada hacia el futuro, no como movimiento de huida, que sería vano, y alejaría de la búsqueda de plenitud en el tiempo. Desde el presente, ampara la sensación de no contar con una existencia parcelada por las edades, sí concebida unitariamente con perspectivas diferentes.*

De su último libro: **Engaño de los días**, editado por Tusquets, elijo el poema **Aliento**, sincera confesión, leamos: *¿Quién ha llegado a ese lugar/ preciso de los dones? / Cuando en la soledad nadie nos mira,/ sabemos de desiertos/ con días incapaces/ de alcanzar la belleza, / y penetrar con tino/ el corazón del hombre./ el mío ahora con su hielo,/ y el escaso entusiasmo/ de volver donde siempre,/ a ese mundo amarillo del verano,/ a la infancia rural de aquellos días./ Todo está dicho ya, pero yo espero, / porque es nueva la fiesta de la calle,/ tu tibia voz al alba, y la sonrisa,/ al preguntar la hora.*

El escritor José María Álvarez se convierte en un excelente gestor organizando el **XIII Congreso del Mediterráneo**, internacional, encuentro entre escritores y críticos, acorde con su concepción de la literatura, poco después emprenderá **Ardentísima** que consistiría en una intervención cultural sobre diversos espacios, así llega la poesía a los pueblos, los institutos y los bares.

Quizá convenga, ahora, decir algo sobre la voz de los poetas. Sabido es que a veces el texto, sintaxis, encabalgamientos, tono, en una palabra su estilo, de algún modo puede descubrirse en su voz. Trataré de unos pocos, José María tiene una voz profunda, cortada a veces con un acento irónico. Eloy parece que soportase sobre sus hombros la estructura del poema, de ahí que empuje la voz con todo el cuerpo, como si quisiera poblar la realidad del círculo en que se encuentra. Dionisia es cálida, envolvente, parece que va sílaba a sílaba y sin embargo no es lenta. Paco Sánchez Bautista, es el hombre de la tierra, entrecortado, duro y suave al mismo

tiempo. Aurora Saura de voz pausada marca el tiempo de los versos. Soren se ovilla, entra en sí, y su voz ocurre como si hablase desde un pozo. En Pedro Felipe se encuentra el cansancio de una raza. Jesús Cánovas parece que hablase desde una montaña. Raquel Lanseros lee como si persiguiera su propia voz. Pilar López poseía una voz inusualmente fuerte. De ahí que convenga oír a los poetas, porque su palabra es la voz del mundo.

En algunos bares, entre copa y copa, oímos recitar versos durante años, unos pocos tienen sus propias publicaciones: **La Puerta falsa**, **Cuadernos de bitácora**. Aparecen nuevas revistas: **Octubre**, que equivale a una plaquette, a veces hace publicaciones de un solo autor, obra del arqueólogo y poeta Jesús Bellón que cose a mano los cuadernillos. **Ágora**, **Espartaria**, **Thader**... Otras permanecen o están a punto de desaparecer: **Monteagudo**, que, cuando se transforme en revista científica, dará lugar al **Aula de Poesía** de la Universidad, y también a **Dáctilo**, una revista con dos números, todo ello de la mano de Isabel García Molina. El primero se abre con una entrevista a José María Álvarez, que da el toque desenfadado, y también el artículo de Antonio Aguilar largamente titulado: **Vista panorámica y subjetiva de la poesía joven murciana, descrita por uno de la banda**, que posee ese tono dogmático, irónico y maximalista que tanto nos caracteriza. **El pregonero**, revista cultural, es generosa en literatura; **Venga**, guía del ocio murciano, dedica una página a la poesía por el poeta Juan Luis L. Precioso. El museo Gaya, fiel a quien ha sido no sólo pintor, sino ensayista y poeta, se dedicará a promocionar estas aptitudes, y lo hace con **Poesía en el Museo**, el cuento en el Museo, el flamenco en el Museo, además de mantener vivo el espíritu de Gaya a través de diversas publicaciones, obras completas del propio Ramón, cartas de amigos, **Otoño en la ciudad**, de José Ballester, bajo su orientación se publica la obra de Juan Guerrero Ruiz: **Juan Ramón de viva voz**, título que se debe al propio Gaya. La lectura en el día del libro de un autor murciano, ha hecho que la plaza de Santa Catalina, junto a la Plaza de las Flores, quizá uno de los lugares más hermosos de Murcia, suenen la voces de Miguel Espinosa, Sánchez Moreno, José Ballester entre otros. Cuenta el museo con un boletín que recoge las actividades y esos dípticos en los que van apareciendo los poetas.

La Asociación de la prensa, edita en fascículos una Antología de escritores murcianos de ayer y de hoy. El 92 nos deja unas **Rutas literarias de la Región de Murcia**, donde los paisajes, las calles y los pueblos de Murcia, pueden ser recorridos bajo la mirada de nuestros escritores. También Antonio Parra promueve otra experiencia: **Veinte miradas oblicuas**, o lo que es lo mismo, veinte escritores ven

nuestra historia desde una perspectiva no habitual. En 1989, Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, publican su **Historia de la literatura murciana**, años después aparece la de Santiago Delgado. Antonio Marín Albalate reúne y publica con la librería Escarabajal de Cartagena, colecciones de poemas dedicados al aire, al mar.

Todas las actividades, conferencias, recitales, necesitan un espectador, quizá el mejor que ha existido fue José María Párraga, incansable asistente desde los tiempos de Zauma.

Espectador es el que sabe mirar, el que sabe oír, para el buen espectador la vida es espectáculo. Solía llegar puntual, y no rehuía los primeros puestos. No era el ignorante que recibe y olvida, sino aquel que compara, establece grados y define. El que sabe escuchar, conoce. Interveníá en todos los coloquios. Aunque José María era siempre él, representaba a muchos, y cuando intervenía se convertía en la voz del pueblo que solicita una aclaración sobre algo que interesa a todos, pero sólo él se había atrevido a formular. A menudo entregaba al poeta o al conferenciante uno de sus dibujos, esa intervención gratuita rompía con la teatralidad propia de los actos.

Como hemos entrado en la sociología, será inevitable contar otra cosa. Si Miguel Espinosa convierte a sus amigos en personajes, Soren Peñalver es el personaje de Soren Peñalver, cabría decir que es su mejor poema. Soren, poeta, ensayista, promotor de actos culturales, incansable charlista, sabio y sensible lector, memoria privilegiada, don de lenguas, viajero por países sin ruta turística, amigo de escritores no siempre nacionales, presentador no presentado, inédito, escritor de un voluminoso diario, articulista, admirador de María Zambrano, coordinador de varios números de Postdata, suele transformar todo acto cultural en celebración.

Voy a dar cuenta ahora de la función de las revistas, confieso que mi lista no va a ser exhaustiva, hasta ahora, sólo he dicho algunos nombres. Una revista no es un libro, la revista es un proyecto, por tanto tiene más de una dirección, se trata de un conjunto de posibilidades, tentativa, página experimental. En una revista se pueden publicar poemas, ensayos que no caben en los libros y sin embargo han sido la semilla de muchos libros. Una revista tiene siempre algo de profeta, clama en el desierto y al cabo de los años se descubre que, ya estaba dicho, lo que ahora todos repiten. Para hablar de todas voy a elegir una, esta revista de la que voy a contar algo se llama **Ágora**, dependiente de un imaginario Taller de Arte Gramático que fundaran en su día Fulgencio Martínez y Manuel Navarro con la colaboración de Cristina Morano. El primer número, aparecido en febrero de 1998, presentado en la cafetería Actor's Studio, plaza de los Apóstoles, especie de sótano excavado en la muralla, compuesta por pocas páginas en cuya portada aparece una foto robada de Woody

Allen dirigiéndose a la prensa en algún lugar de “El país”. En este número-manifiesto se plantea la cuestión del autor, el consumo cultural, el profesor Jarauta habla de la emoción del viaje, Cristina tiene la sección de entrevistas, aparecen poemas y alguna otra cosa. Ya escribe Acedo, uno de los heterónimos de Fulgencio, que en realidad es el alma, algo así como el que lo recibe todo, lo hace todo e inventa todo. El segundo número La comunicación-mundo, amplía páginas, la revista se hace más sólida. La tercera se dedica a lo sagrado. En la cuarta figura un homenaje a Borges, La número cinco, 2002, a Miguel Espinosa. La sexta a Cernuda, noviembre 2002, y se da cuenta de la creación del premio Andrés Salom otorgado a la poeta sevillana Pilar Domínguez Toscano. Toda revista es semejante al Guadiana, desaparece y vuelve a aparecer, a veces su desaparición es definitiva. Sin embargo *Ágora*, tras un período de descanso volvió con más fuerza, y así emprendió la etapa en la que se encuentra, de las seis páginas del primero, hoy ha llegado a más de cien, con dos números anuales a partir del 2005, primavera-verano y otoño-invierno, se suceden los homenajes, al Quijote, a Gil de Biedma, a Vladimir Holan, a Juan Ramón, a Pío Baroja, a Pilar López, a García Márquez. Probablemente podamos disponer del número 12 más uno este mismo mes.

Internet ha entrado en el mundo del poeta y sus lectores, de ahí que desde otoño del 2000 dispongamos de una excelente revista digital: **El coloquio de los perros**, y que naturalmente como se dice en su página inicial surge del milenario puerto de Cartagena, justo donde siempre se ha hecho la poesía más innovadora, revista por la que gracias a la red somos conocidos, y nos aleja del mundillo literario provinciano, obra de Juan de Dios García y Ángel Gómez Espada, que anda ya por el número 18.

Héctor Castilla y Cristina Morano, presentan desde el 2004, la revista **Hache**, dedicada a la creación poética.

Invariablemente las actividades que surgen en determinados pueblos se deben al empeño de uno o varios, a la dedicación y naturalmente a su trabajo, así podemos entender la existencia de los **Encuentros de poesía** en Águilas, que recayeron en la persona de Jesús Cánovas, aunque seguramente él nos dirá que no estuvo solo.

A esta manera de no estar solo se suma la creación de **Espartaria**, un grupo que todos conocéis y que ha cristalizado en libros, conferencias, recitales, conferencias y premios. Sucedió, como todos recordaréis, en una época lorquina de pertinaz abandono de toda actividad literaria. A sus fundadores quiero rendir un sencillo homenaje: gracias por vuestro trabajo.

Sé que este tipo de encuentros han sido promocionados por vosotros, siempre hay hombres o mujeres puente que sacan a los poetas de su soledad.

Y es que el escritor sigue siendo un tipo de torpe social, pues dado que ve a través de la letra, no está atento a las muchas cosas que conforman la vida, ya que para él, la vida por antonomasia, está en la palabra escrita.

Sucedan algunas antologías, la de Santiago Delgado y la de David García.

Aunque confieso que no soy partidario de los premios, como en mi trabajo de profesor tampoco he sido partidario de las notas, creo que es suficiente apto y no apto, a menudo he participado como miembro del jurado de premios poéticos, así he asistido desde el comienzo hasta el final al premio Emma Egea, el primero lo recibió María Teresa Cervantes con **El desierto**, y el último Héctor Castilla por **Carta desde el Invierno**, ha sido un premio del que han disfrutado dos miembros de Espartaria: Reinaldo Jiménez con **Al paso volador de las perdices**, y Pedro Felipe Granados por **Emocionario**. Durante unos años ha impulsado la vida cultural de Cartagena. Ha sido obra de Eugenio Martínez Pastor en su totalidad, activista cultural y político de izquierdas. Promotor de la revista **Agua**, de **Pasos**, de creación literaria, de la que dirigí algunos números, premio Alumbres, publicaciones sobre Beltri, el arquitecto modernista de Cartagena, más personajes olvidados como López Pinto, fusilado con Torrijos o la cátedra militar Villamartín, el excelente teórico del XIX.

En Cieza, asisto al jurado del Luys Santamarina, como se trata de un premio internacional, es interesante el conjunto de libros que se presentan, hay siempre algún israelí, algún hispanoamericano residente o no en Miami. Hasta ahora, el único ganador murciano ha sido el poeta y novelista, Pascual García, y lo hizo con su libro: **Luz para comer el pan**. Luz, constante en su poesía, que inunda lo cotidiano y lo sublima.

La Sierpe y el Laúd sigue con su curso y presenta, en el 2006, una antología, titulada **Obra completa** de Aurelio Guirao, acompañada de un DVD con documentales de las actividades múltiples a las que dedicó su vida, actor, ensayista, poeta.

Ahora vamos con la más rabiosa actualidad. Estar metido en el mundillo literario no significa que se conozca el mundo. Uno está atento al día a día, y con ese vivir sólo se puede hacer sociología, y claro, se trata de un punto de vista bastante pobre. No obstante voy a intentar hacer un esfuerzo, antes se subía a la torre de la catedral, desde donde se nos ofrecía el panorama de la ciudad, hoy, quizá la sociedad es más

laica, ya no es posible, de ahí que ahora sea la plaza, el lugar de la democracia, donde tengamos acceso a las cosas que ocurren.

Si alguien llegase a Murcia y acudiese a todos los actos que suceden en una semana, probablemente creería que ha llegado al Parnaso, acudiría al museo Gaya y oiría a un excelente poeta nacional, quizá le llamase la atención que se trata de un público reducido. Iría al Aula de Poesía de la Universidad y conocería tanto a poetas residentes en la ciudad como a foráneos, comprobaría que algunos de los rostros que ve le recuerdan a otros que ayer vio en el Gaya, pero dirá, no, no puede ser. Al día siguiente se trasladaría a la cafetería del Archivo, donde dos poetas leen sus poemas, y empieza a ser un síntoma, reconoce alguna de las caras, ahora sí que es verdad, sin duda son los mismos, pues lleva idéntica chaqueta, y sus gafas son idénticas, hasta su sonrisa se diría que es la misma, se trata de Paco Soler, consuelo de los conferenciantes, lo llamaba el otro día García Martínez. No obstante, a la tarde siguiente, se entera de que existe una cafetería, Itaca, donde también hay recitales, y allí va, y allí oh, sorpresa, se encuentra con los mismos. Ahora duda si ha cambiado de lugar, si los poetas son diferentes o Murcia ciudad barroca, aunque existe, es mera apariencia.

Claro que, puestos a pensar, alcanza la certeza de que los espectadores son los mismos, y también que son pocos. De ahí el exquisito trato con que los poetas se dirigen a sus oyentes. Frases que invariablemente se repiten, os agradeceremos eternamente que hayáis venido, despreciando el partido de fútbol que está a punto de comenzar. Nunca el presentador debe hacer estos obscenos agradecimientos, ya que, pudiera darse el caso de que se despueble la última fila que, a veces, suele coincidir con la primera.

Esta precariedad se suele trasladar al plano sociológico de minoría y mayoría, si pudieran contarse, como dice Antonio Machado: *Por muchas vueltas que le doy –decía Mairena– no hallo la forma de sumar individuos*. Quién le iba a decir a Juan Ramón, a la minoría siempre, que sería recibido en Argentina por miles de personas, y que la inmensa mayoría de Blas de Otero, ni fue inmensa, ni mayoría. Habría que leer con despacio la **Rebelión de las masas** y entenderíamos algo más esta situación. Puede llegar Sabina como poeta y llenar a rebosar una sala de quinientos espectadores, pueden venir Ángel González o Gamoneda al Aula de poesía y contarse con los dedos de la mano los asistentes. Las cosas son así, lo que debería ser, ya sabemos, es otra.

El curso pasado, como sabéis hubo cambio de Rector y de equipos en la Universidad, y se temió la desaparición de el Aula de Poesía, lo cierto es que, aun-

que entró en un cierto letargo, mantuvo sus actividades, por obra y gracia de Isabel García Molina, su musa gestora: presentación de libros, algunos escritores, y el premio Dionisia. La cafetería Ítaca, organizó un ciclo poético, obra de José Antonio Martínez Muñoz y Héctor Castilla. Los primeros martes de mes se continúa el ciclo de Poesía en el museo Gaya. Se incorpora a estas actividades el Mueso de Bellas Artes, que en su remodelación ha perdido los cuadros del XX, pero quiere estar al día y para ello combina poeta y narrador, ciclo que dirige Ramón Jiménez Madrid, que también lleva los cuentos en el museo Gaya. Santiago Delgado convoca a los escritores para que interpreten cuadros y esculturas en este mismo museo.

A mi me corresponde el ciclo de Poesía en el Archivo, y así entro en ese mundillo que se parece al mundo y que, porque estás ocupado, preocupado diría, en la organización, no te deja ver, con toda la claridad que desearías, lo que pasa. El proyecto consiste en unir poesía y pintura, especie de homenaje o recuerdo de lo que habían sido los años del Archivo Notarial, el estudio de la calle Riquelme y el del maestro Ros en Cartagena, sin olvidar las tertulias del Santos, las del grupo Azahara, las de La sierpe y el laúd, o en Lorca la que se forma alrededor de Eliodoro Puche en sus últimos años o la que se constituye como Espartaria. La cafetería del Archivo, toda cristal, según la definición de Pedro Felipe es un acuario, desde donde vemos y somos vistos, yo diría que se trata de un lugar íntimo que inclina a la reflexión y a la confesionalidad, donde todos los meses se celebran actos musicales que comprende: música antigua, música de raíz y jazz, más actuaciones de flamenco. La organización del acto poético consiste en la lectura de dos poetas, con un máximo de 15 minutos, todos los asistentes tienen a su disposición los textos que son leídos, de modo que pueden anotar sus impresiones, si lo desean, para posteriormente intervenir en el coloquio, se ha huido de la presentación rigurosa, para evitar el tono académico, tras los poetas, del cristal cuelga una exposición efímera de entre cuatro y seis cuadros, obra del pintor que ha hecho el separador que todos tienen sobre la mesa. Una vez que han leído los poetas, el pintor suele referir por qué ha elegido esos temas, y la relación que pudiera encontrar entre pintura y poesía, y sucede el diálogo. La intención es que por este circuito pasen todos los poetas, con el fin de que el archivo tenga constancia de su imagen, de su voz y de su obra, pues todo el acto se graba. El ciclo se recoge en un libro, y se hace una antología de imágenes y sonido, libro y DVD que están a punto de aparecer.

Cómo es la poesía que se hace hoy en Murcia, repasaré lo que tengo más cercano, empezaré por Natalia Carbajosa y Antonio Marín Albalate, ninguno de ellos se conforma con las respuestas al uso, sus poemas exponen esa diferencia entre la rea-

lidad que vivimos y su pensamiento, lo que los convierte en disidentes. Juan Ramón Barat tiene por tema la vida y sus circunstancias, es decir, sus palabras; Pedro Felipe, el misterio de la luz, memoria, tiempo y ausencia. Aurora Saura va del compromiso al éxtasis, Raquel Lanseros permanece entre la realidad y el deseo. Cristina Morano, desenmascara las apariencias, está en la lucha, Fulgencio Martínez es el hombre expuesto en los lugares cotidianos, de intemperie, entre el misterio del pensamiento y la poesía. Carmen Piqueras, la infancia como tema; Ángel Paniagua de rigor formal, persigue el ser, metapoético. Soren Peñalver, clásico en sí mismo, amante de la etimología, versado en lenguas; Jesús Cánovas, robusto y expansivo, filósofo y místico. Héctor Castilla, precisa del sujeto, objeto de su poema, de vuelta del invierno; José Antonio Muñoz, apuntes del natural, indaga en la oscuridad del amor, a ras del suelo o del cielo. Pedro López, en lucha siempre con la historia, Ginés Aniorte busca en los antepasados, la vida cotidiana, esa misma historia.

Por último trataré del poema, podría decir que las formas canónicas, el soneto, por ejemplo, sigue en manos de los poetas mayores, aunque no es extraño que los otros practiquen algunas catas. Francisco Sánchez Bautista, posiblemente es el que mejor los ha compuesto y los compone, no obstante casi todos se inclinan por los versos impares, el endecasílabo en sexta es el que más abunda, suele darse junto al eneasílabo y heptasílabo. Quizá apunta una recuperación del alejandrino, así en Eloy y en Dionisia. En lo que se refiere a su musicalidad, a veces tiende a cierto prosaísmo, apenas si se emplea la rima consonante, a lo sumo, destacar ciertas paranomasias y alguna que otra rima interna. Hay visiones, imágenes que proceden del surrealismo, aunque casi todos tienden a un poema que recoge experiencias o recuerdos con expresiones familiares, apenas si aparecen los recursos cultistas que fueron del gusto de los años ochenta, y si lo hacen, suceden con la máxima naturalidad, bien sea por formación universitaria, bien por estancias largas en lugares cuyas lenguas dominan. Apenas se practica una poesía comprometida con motivos sociales, si acaso es irónica, apenas si hay riesgos vanguardistas.

Entre tanto, la vida literaria sigue su curso, en el Aula de Poesía de la Universidad se ha presentado el pasado día 21 el **Libro de las excusas** de José María Pinilla, XII premio Luys Santamarina –ciudad de Cieza 2007. Ese mismo día y a la misma hora dio comienzo el segundo ciclo de Poesía en el Archivo, con Dionisia García y María Teresa Cervantes. Al día siguiente en el Café del Arco, se reunieron los miembros del jurado Andrés Salom, esa misma tarde el poeta Fulgencio Martínez pronunciaba una conferencia en el Museo de Bellas Artes en la que analizaba uno de los cuadros; Dionisia García en Las Claras, presentaba el libro

Equipaje Elemental de Ángel Almela, poeta de Cieza, uno de los fundadores de la Sierpe y el Laúd. Hoy estamos en Lorca, recitan Ana María Alcaraz, Antonio Aguilar, Marta Zafrilla y José Oscar López.

Objetivo de este trabajo

Presentar el clima cultural, incidiendo de manera especial en el poético, de una pequeña región, mostrando algunos de sus componentes: revistas, recitales, centros y actividades.

Anotaciones didácticas

Aproximación a la actualidad.

Se pueden promover recitales poéticos en clase o en el centro.

Una exposición con revistas literarias, secciones culturales de los distintos diarios, textos manuscritos, libros, y otros testimonios en fotografías, DVD...

TRES ACTORES Y UN ESCENARIO

REPARTO

ISIDORO MÁIQUEZ
JULIÁN ROMEA
FRANCISCO RABAL

MUJER PRIMERA
MUJER SEGUNDA
MUJER TERCERA

VOZ

MÁSCARAS

La acción, con la intemporalidad que el teatro permite, transcurre en un solo acto.

Aparecen Isidoro Máiquez, Julián Romea y Paco Rabal, cada uno con atuendos característicos de su época, ropa de calle.

El escenario apenas tiene mobiliario, debe dar la sensación de espacio vacío, sólo hay un gran sol en el horizonte. Los personajes, primero, sentados en cómodas mecedoras, están de espaldas a los espectadores. Poco a poco se levantan, se ponen cara al público y van aproximándose muy lentamente. Suenan voces de mando, gritos de manifestación, diversos himnos. Oímos: Viva la independencia, Por el rey, A

sus órdenes, Viva el rey, Viva la república, No pasarán, Viva Franco, Abajo la dictadura, No a la guerra, Viva el rey.

Se proyectan sobre el fondo grabados de Goya, el retrato de Máiquez, retratos de Romea y de Rabal, también los lugares de nacimiento, teatros, monumentos en su homenaje. Uno a uno muy despacio se adelantan hasta casi el borde del escenario y comienzan a hablar.

ISIDORO MÁIQUEZ.— El pueblo tuvo que romper el gran silencio al que la historia lo había reducido.

JULIÁN ROMEA.— Nunca tuvo voz. Cada pueblo ha de conquistarla.

PACO RABAL.— La voz del pueblo es la voz de la naturaleza.

ISIDORO.— Pero la naturaleza ha entrado en una afonía definitiva.

PACO.— El consumismo es el mejor tapabocas que se ha inventado.

JULIÁN.— Por eso tenemos que indagar en la mudez.

ISIDORO.— La palabra está gastada, necesitamos regenerar las voces familiares, rescatarlas de los malos versos y de los malos actores y, sobre todo, de los malos espectadores.

JULIÁN.— Hay que alcanzar la verdad, volver al principio.

ISIDORO.— ¿Dónde está el principio?

PACO.— Al otro lado de la palabra. En el gesto, en el mimo, antes que el hombre rompiese a hablar ya decía cosas, cosas sin palabras.

JULIÁN.— No, no, ahí sólo estaba la mudez y el grito, habría que volver al coro, cuando reunidas las voces formaban una voz.

PACO.— ¿Y por qué no? Vamos a intentarlo, con el tono de mi milana, ¿recordáis? Vamos, repetid conmigo...

TODOS.— Cuando representamos hacemos visible lo invisible, damos voz a lo que no la tiene. Nuestro escenario fue sagrado porque, ni el tiempo ni el espacio, eran obstáculo para formular lo que se tenía que decir: el asombro y la fiesta. Todos los lugares están aquí y todos los tiempos: pasado, presente y futuro. Celebremos esta comunión con los espectadores.

PACO:— ¡Milana, bonita! ¡Milana, bonita!

La luz ha ido disminuyendo, cuando está casi oscuro unas mujeres vestidas con ropas de casa los toman de la mano y los sientan a una mesa, poco a poco vuelve la luz, Romea ocupa el centro, Rabal la derecha y Máiquez la izquierda. La mujeres inician un diálogo sobre diversos actores y actrices de la competencia, se interrumpirá con un grito, se retiran.

MUJER PRIMERA.— Dicen que se lo debe todo a ella, que ella lo buscó.

MUJER SEGUNDA.— Lo buscó y lo encontró.

MUJER TERCERA.— Pues ahora cualquiera lo diría, parece que es ella la que depende de él, porque sé de buena tinta que, si le dan el papel de primera dama, es porque él la recomienda.

MUJER SEGUNDA.— También dicen que ojos que no ven..., vamos, que consentir y escalar son una misma cosa.

MUJER PRIMERA.— Y qué, ¿hubiese sido mejor? ¿Seguir por los caminos de pueblo en pueblo, malcomer y morir de viejo?

MUJER SEGUNDA.— La ocasión la pintan calva, claro que a veces lleva falda.

MUJER PRIMERA.— Y no es calva, precisamente.

MUJER TERCERA.— La fauna española es muy rica.

MUJER PRIMERA.— Querrás decir del mundo. Unos cardan la lana y otros tienen la fama. Otros cornudos y apaleados.

TODAS A CORO.— Y las cosas, todas, son como son.

MUJER PRIMERA.— ¡A callar!

Cuando se hace el silencio, comienzan a evocar su infancia.

PACO. Mi nombre es Francisco, Francisco Rabal, pero todos me llaman Paco. nací en Águilas, un pequeño pueblo junto al mar, al que llegaban barcos lejanos y cargaban todo lo que se sacaba de la tierra. Mi familia trabajaba en la mina. Eran años de hambre y de guerras, pero nosotros queríamos vivir, queríamos que todos comiesen, por eso teníamos nuestras ideas.

ISIDORO.– También yo he vivido junto al mar y junto a la historia, soy Isidoro Máiquez, nací en Cartagena, puerto del que Cervantes dijo: *cerrado a todos vientos y encubierto*. Vivíamos en la calle Cuatro Santos, cuatro es un número clave en Murcia: Cuatro Esquinas, Cuatro Cantones, simboliza el lugar por el pasan todos. También el mar es un lugar de cruce, mi padre era valenciano, mi madre genovesa por su padre, a todas horas oía hablar de nuestros antepasados, lo que contaban venía casi siempre del mar, llegaban barcos como olas que mansamente se posaban a la orilla.

JULIÁN.– Mi padre era hombre de ideas liberales, y ahí comenzaron nuestras dificultades. Me bautizaron Julián por el santo del día, me llamo Julián Romea. La casa donde nací estaba en la plaza de Santa Catalina, desde mi balcón veía el edificio del Contraste, el ir y venir constante de huertanos que allí entraban, salir a la calle era ir de plaza en plaza. Una plaza es como un estanque de luz donde juegan los niños, donde se reúnen los hombres, donde a veces hay gritos, siempre lugar de encuentro. Cada vez que he salido al escenario, he recordado esa plaza, esté donde esté, oigo su silencio, como un murmullo, que recordase la historia.

PACO.– Cuando empecé a tener uso de razón, me di cuenta de que la historia se había esfumado y que nosotros éramos unos fantasmas, vivíamos, sí, pero nada podíamos saber de los que nos habían precedido, todo era borroso, y un gran silencio cubría nuestro mundo, un silencio mudo, el peor silencio que existe.

ISIDORO.– Como sabéis es necesario callar, para oír, pero imaginad una situación en la que, aunque calleemos, no oímos, y eso pasa porque nuestra sociedad es una especie de batán que golpea incesantemente, ruidos en forma de palabras que parecen decir cosas, pero sólo son aire, vacío, que saliese de una vejiga gigante que contuviese todo el aire, y ese mismo aire se fuese escapando, y la dejase exhausta.

A menudo me he preguntado por qué mi padre se dedicó al teatro, creo que, si hubiese querido enseñarnos algo, no lo habría hecho mejor, tres hermanos estamos metidos en este mundo.

JULIÁN.– He oído decir que en Alcantarilla, a una legua de Murcia, hay un lugar al que llaman la Voz Negra, os imagináis que las voces fueran de colores, cómo sería una voz negra, oscura como una caverna, una voz que saldría de nuestro interior más oscuro.

PACO.– Probablemente como la voz ronca de Isidoro, negra y trágica.

ISIDORO.– Hay que conseguir la voz de la historia, esa es la que el actor busca.

JULIÁN.— El escenario tiene una boca que hace a la voz grande y profunda como el mar. El mar nunca calla, los pueblos y las multitudes son como el mar.

PACO.— Todos hemos oído la voz del pueblo, todos hemos presenciado revoluciones, motines, guerras...

JULIÁN.— Sin embargo, esa no era sólo su verdadera voz, la suya también es el trabajo, la serenidad de la merienda y el abrazo al caer el sol, cuando rodeados de hijos contemplan el día que se va y esperan tranquilos el día de mañana.

PACO.— No sé si los españoles viven así o lo desean, a mi me parece que esa paz de la que hablas, si está en alguna parte, debe ser en los cementerios.

ISIDORO.— Los españoles hablan atropelladamente, tratan de quitar, de quitarse la palabra unos a otros, por eso nunca encuentran el silencio.

JULIÁN.— La palabra les estorba, y gritan, así creen que piensan, porque no oyen al otro.

En este instante se oye una voz, sale de entre el público e interpela a los actores.

VOZ.— Sres. actores, les ruego perdonen esta interrupción, no quisiera con ella confirmar su teoría sobre la manera que tenemos de hablar los españoles.

ISIDORO.—(Contrariado) Sal fuera, si tienes algo que decir, sal al pasillo y ponte donde te veamos, (el foco ilumina a la voz, que se levanta y va hacia el escenario) y dilo de una vez, no tenemos apenas tiempo.

ROMEA.—(Conciliador) No lo asustes, o callará, tengo entendido que hoy los espectadores son muy tímidos.

PACO.— No es timidez, es la falta de libertad, la calle ha tenido un solo dueño durante demasiado tiempo. Pero habla, di lo que tengas que decir...

VOZ.— (Con modestia) Ya sé que nosotros no estamos aquí para hablar, sólo quisiera matizar algo de lo que dicen ustedes, se trata del grito, como saben se grita cuando algo nos duele, y duele mucho no saber, no haber sido educados en el respeto al conocimiento, no saber que antes de hablar hay que pensar, y no saber que hay que escuchar a los pocos que piensan, aunque cueste mucho.

ISIDORO.— (Sarcástico) Excelente. Ha hablado usted como un maestro.

PACO.— Si no tiene otra cosa que decir puede retirarse, y muchas gracias por su intervención.

JULIÁN.— Le aseguro que me gustaría seguir charlando con usted, si le parece podríamos vernos después en la cafetería.

La voz, que no llega a subir al escenario, se retira.

ISIDORO.— (*Conciliador*) Tampoco nosotros oímos al otro, a los otros, nosotros sólo somos una voz en el desierto del escenario.

PACO.— El escenario es como el papel en blanco, lo que trazas permanece. Claro que su blancura es como la del desierto, deslumbra, efímera como la luz, como efímero es cada momento que sucede en el escenario.

JULIÁN.— Por eso seremos eternos. Nada más vacío que las crónicas teatrales, son incapaces de contener uno solo de los instantes a que se refieren.

ISIDORO.— Sólo sé que lo que hacemos es irrepetible, pensad en esculturas de mármol, perduran siglos y siglos, imaginad esculturas de hielo, bastaría el primer rayo de sol y las formas se irían haciendo borrosas, más aun, imaginad ahora, esculturas de humo, la más ligera brisa, las modificaría, como ocurre cuando contemplamos las nubes. Esculturas de aire son nuestras palabras, nadie las ve, nadie las oye, están ahí y no están ahí, esa es nuestra materia, trabajamos con aire, somos aire.

JULIÁN.— Somos aire, en efecto, somos una tormenta que se abate sobre las conciencias.

ISIDORO.— Que remueve a la gente en sus asientos y les muestra lo que son y lo que han querido ser.

PACO.— Perdonad que rebaje un tanto vuestro románticismo de época. Creo que sería más razonable decir que son lo que les han dejado ser. No vamos a ser tan presuntuosos que creamos que nos hemos hecho a nosotros mismos.

JULIAN.— Vana ilusión, los comerciantes seguirán creyendo que son el producto de su esfuerzo, que el destino no es otra cosa que el puesto de trabajo de los funcionarios, y que, al que madruga Dios le ayuda.

ISIDORO.— Recuerdo cuando íbamos de pueblo en pueblo con mi padre, malcomiendo, e intentábamos que el público se entusiasmase con la patrañas que poníamos en escena. Lo importante para ser actor era tener una voz potente y profunda, que diese entidad al personaje, y sobre todo saber aguantar la mirada de los espectadores, desafiarlos con un gesto altivo.

JULIÁN.— El espectador quería mucha acción, mucho ruido, que los personajes llegasen atropelladamente como si acabasen de atravesar media España en un santiamén.

ISIDORO.— Las acciones cuanto más pintorescas y estrambóticas mejor, lo razonable ya ocurría en casa, y era muy aburrido.

JULIÁN.— La verdad es que, cuando empecé en Madrid, y asistía al Conservatorio, no era mucha la diferencia. Claro que Isidoro ya les había mostrado el camino, y el actuar con naturalidad, empezaba a no verse mal del todo, ya había acabado Moratín con escenas absurdas. Sus personajes dialogaban como podrían haberlo hecho en casa.

PACO.— He oído decir que tenáis los machos bien puestos, que tuvisteis que luchar con autores y público, con las autoridades...

ISIDORO.— Hubo de todo, autores apenas si había, sólo traducciones y adaptaciones; el público semejante a aquel que en Toledo quería matarme porque mi personaje era un indeseable.

PACO.— Alguien me contó que no pudiste acabar la obra.

ISIDORO.— Así fue, y huí en el primer carro que me salió al paso. Hubo un momento en que caí en la cuenta de que, o actuaba como yo quería o me dedicaba a acarrear agua,

PACO.— No hubiese estado mal, subir unos cántaros al paraíso y desde allí, ¡agua va! Empapar a los del patio de butacas.

ISIDORO.— (*Apenas inicia una sonrisa y sigue*) Un día tuve esta visión: Me encontraba solo en el teatro, todos se habían marchado, debía ser madrugada, pues sentía escalofríos, el escenario era una vagina inmensa a la que miraban atentamente miles de espectadores, algunos gritaban, otros aplaudían, todos decían: ¡Más, queremos más!. De la vagina iba saliendo una extraña criatura semejante a esos monstruos que Goya puso en sus pinturas negras. ¡Más, queremos más!, repetían aquellas miles de bocas, como si algo distinto estuviese a punto de aparecer.

JULIÁN.— El teatro es una escuela de costumbres, el escenario es el reflejo de la sociedad, claro que no sólo reproduce, sino que tiene la tentación de modificar, y el caso es que puede alterar los comportamientos, quizá el monstruo, que veías salir, era una hermosa criatura. Como decía Victor Hugo, no confundamos el reflejo con la luz.

ISIDORO.— Eso mismo pensé yo, y dejé España y fui a Francia y asistí a las representaciones que se hacían allí, vi al gran actor Telma que tenía una manera sublime de aparecer en escena. Y aprendí de él, hemos sido amigos.

JULIÁN.— Pero volviste.

ISIDORO.—(En tono amargo) Cuando volví, nadie me entendía, era como si hablase otra lengua.

JULIÁN.— Es muy difícil reeducar al público.

ISIDORO.— El monstruo no lo producía el escenario, toda la sala era el monstruo. Goya tenía razón, los aquelarres eran reuniones habituales entre españoles.

PACO.— Y aún lo siguen siendo, sólo que ya no se celebran a oscuras, sino con la claridad del día o de los focos. Allí donde se niega la posibilidad de pensar, se celebra un aquelarre.

La luz pierde intensidad gradualmente, casi en la oscuridad aparecen máscaras vestidas de negro, unas llevan un enorme esparadrapo blanco en la boca, otras con grandes tapones en los oídos, otras con los ojos vendados. Y entonan una salmodia como esta:

Come y calla, canalla.

Bebe y traga, canalla.

Escucha, escucha, escucha.

No hay nada, nada, nada.

Solo, canallas, canallas...

Una luz muy potente hace que se agrupen y caigan al suelo formando un montón de harapos.

JULIÁN.— Pasemos otra página y sigamos. Tú, Isidoro, te plantaste y dijiste que no representabas por imposición, que lo tuyo es el arte, es decir la libertad.

ISIDORO.– Me costó salir desterrado de Madrid, con una escolta de caballería, camino de Ciudad Real.

JULIÁN.– Ser rey para el público, con un rey tan sensible para el arte como el Narizotas, era muy peligroso.

ISIDORO.– Cuando representaba “Numancia” se reforzaba el piquete de guardia del teatro.

PACO.– La primera vez que te vi fue en Cartagena, bajo los ficus de la plaza de San Francisco, imponente, como un tribuno aleccionando al pueblo.

ISIDORO.– Las autoridades pedían que moderara mi tono, así que cuando decía: <<Y escrito está en el libro del destino/ que es libre la nación que quiere serlo.>>

O aquello de: <<A fundar otra España y otra patria/ más grande, más feliz que la primera...>>

La ovación era tremenda, el público puesto en pie gritaba: **¡Amnistía! ¡Libertad! ¡Amnistía! ¡Libertad!**

Éramos una fuerza política que molestaba a su majestad.

PACO.– Un grano en el culo del poder.

JULIÁN.– Resulta curioso que, ese mismo Rey, dijese de mi la primera vez que actué en el Príncipe: <<Este muchacho que hace “El Testamento”, empieza por donde otros acaban.>>

ISIDORO.– Sonó la flauta por casualidad.

PACO.– La verdad es que no tuvisteis mucha suerte con los reyes, tampoco la tuve yo con los que no eran reyes. Sin embargo vivimos momentos de gloria, los espectadores nos querían. Quizá nos hubiese ido mejor en provincias, en la paz del destierro, pero no habríamos vivido. De las experiencias nace el arte del teatro.

JULIÁN.– Eso mismo lo he repetido muchas veces, primero es la naturaleza, el conocimiento del mundo, por tanto la verdad. Hay quien dice que el actor finge, piensa que como todo lo que ocurre en la escena: muerte, enfermedad, locura, amor, no pertenece a la vida del actor, como consecuencia todo lo que hace el actor es fingir. Pero no es verdad, no se trata de representar a Otelo, hay que ser Otelo.

ISIDORO.– A mi ese personaje me dio la gloria, y también casi la muerte, lo vivía tan intensamente que me olvidaba de la escena y más de una vez estuve a punto de ahogar a Desdémona.

PACO.– A escena traemos un momento puntual, el instante crucial, y sin embargo debemos hacerlo como si fuese la vida, lo natural. En el drama no hay otra unidad que la acción.

JULIÁN.– Ni más método que la Verdad. Escuela de la Verdad es mi método, es lo que trato de transmitir a mis alumnos en el conservatorio. “*He procurado aplicar siempre al arte el precepto poético de Horacio: <<si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.>> Y en veinte años de experiencia ni una sola vez he tenido que arrepentirme de ello.*”

ISIDORO.– Pero seguían gritando, como los romanos en el circo gritaban, como en las guerras contra los moros: **¡Santiago y cierra España!** Ciérrala bien que nadie entre, que las ideas ni entren ni salgan, que nada se mueva. Gritan en las plazas de toros, gritaron contra los franceses, contra Norteamérica, contra éstos y contra aquellos.

JULIÁN.– ¡Ay! Si alguien supiera orientar ese grito. ¡Qué buen vasallo, si hubiese buen señor!

ISIDORO.– El pueblo español es la imperfección en grado sublime, por eso mismo roza lo divino. Su grito algún día llegará a Dios.

PACO.– Sólo aumentaremos el ruido. En los campos de fútbol gritan y seguirán gritando por los siglos de los siglos, y nosotros trataremos en vano de conducir ese grito.

ISIDORO Y JULIÁN.– (*Los dos al mismo tiempo*) Qué has dicho, fubo, fútbol.

PACO.– He dicho fútbol, perdonad, supongo que lo desconocéis, antes era un deporte, hoy sólo un espectáculo, en el que veintidós jugadores, divididos en dos equipos, se disputan con los pies una pelota que han de introducir en la portería contraria.

JULIÁN.– Has dicho con los pies, y por qué no con las manos.

PACO.– Con los pies y con la cabeza, nunca con las manos, como veis por fin la historia presenta un juego digno de estos días, donde pies y cabeza son una misma cosa.

ISIDORO.– Lo que no inventa el hombre, lo inventa el diablo.

PACO.– El diablo no, los ingleses.

ISIDORO.– (*Risas*) Son la misma cosa.

JULIÁN.— Las mujeres son el diablo.

ISIDORO.— Aquí cuando algo es difícil de entender, lo hacemos teología. Y así nos va.

Se proyectan rostros de mujeres, se oye que hablan y ríen. De pronto irrumpen en la escena un grupo de mujeres, parece que se cuentan un secreto, un secreto a voces.

1ª MUJER.— *¿Te lo dije o no te lo dije? A buen entendedor pocas palabras...*

2ª MUJER.— *Sí, es cierto, estaba claro, se veía venir. Con ese andar de aquí para allá, y luego aquel aire que se traía.*

3ª MUJER.— *No me digas que todo no era más que apariencia.*

1ª MUJER.— *¿No había de decírtelo? Será que cada vez que nos cruzábamos no te clavaba el codo, si debes de tener cardenales.*

3ª MUJER.— *Bueno, bueno, la vida, hay que ver cómo es.*

2ª MUJER.— *Desde luego, unos suben y otros bajan.*

1ª MUJER.— *Y algunos se caen.*

3ª MUJER.— *Para no levantarse más.*

1ª MUJER.— *Bueno, eso nos ocurrirá a todos.*

2ª MUJER.— *¿Incluso a los actores?*

1ª MUJER.— *Incluso a los actores y a las actrices, y a papas, reyes, ministros y a los pobres labradores.*

JULIÁN.— Las mujeres siguen siendo un misterio, actúan como sabias y no tratan de explicar por qué lo han hecho, no te dan la tabarra con la pedagogía, aunque son excelentes maestras.

PACO.— Como aquí nadie lee, han aprendido del púlpito, la lengua la han hecho los curas, los valores han sido establecidos por ellos, y claro, la mujer, ya se sabe, es fuego y el hombre estopa. Qué cosas dice el pueblo.

ISIDORO.— El pueblo es sabio, lo que ocurre es que nuestro pueblo anda como perdido, está todavía en el desierto en busca de la tierra prometida.

JULIÁN.— Que se conforme con la mujer prometida. Al menos esa promesa alguna vez se cumple. Y vosotros me parece que también habéis disfrutado.

ISIDORO.— Hemos creído que así era, lo que no estoy tan seguro es si fue cierto. Pronto caí en la cuenta que yo era el seducido, y no el seductor, como pretendía.

PACO.— Cada cual sabe lo suyo, se suele decir, pero en estas cosas, la sabiduría está de parte de quien debe ser.

JULIÁN.— Me llamo Romea, no Romeo, eso lo tengo cada vez más claro. La mujer es el mejor interlocutor que he tenido. A Bécquer, poeta desconocido y buen dibujante, le oí un poema que hace referencia a este asunto.

PACO.— Creo que sé al que te refieres, ahora lo conocen hasta los párvulos.

JULIÁN.— Decía: *¿Qué es poesía?, dices mientras clavas en mí tu pupila azul. ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas? Poesía eres tú.*

En efecto, sólo la mujer es capaz de entender lo profundo y tratarlo como tal.

PACO.— El hombre cuando se refiere a esas cosas, piensa que no son de su incumbencia, supongo que por timidez o ignorancia.

JULIÁN.— Lo cierto es que cuando se percata ya es tarde, se ha pasado la vida reservándose para esa oportunidad que nunca llega.

PACO.— La mujer lo sabe, tiene conciencia del tiempo, en el hombre el tiempo es sólo un concepto.

ISIDORO.— ¡Qué gran verdad! Lo que yo hubiese dado por saber eso a tiempo. No habéis visto mi retrato en el Prado, está justo enfrente de la Duquesa de Benavente, la mujer más inteligente de mi época. Parece que dijese: **he ahí el camino.**

JULIÁN.— Siempre se está a tiempo, amigos míos, sobre todo para empezar, y tú lo estuviste (*se refiere a Isidoro*), sabías que las cosas en el teatro, en el público de España, no podían seguir así, por eso fuiste valiente, tu marcaste un camino, a nosotros nos ha sido más fácil, nos bastó con seguir tus indicaciones.

ISIDORO.— Yo quería actuar con naturalidad, quería ser yo mismo, no forzar mi voz, sino aparecer en la escena como el que parece que uno es. Pero decían de mí que era **frío**, otros me llamaban **pico cerrado**, **voz de mudo**, **cántaro roto**, los más remilgados: **galán de invierno y de hielo**, **agua de nieve**, y los necrófilos, **boca de muerto**. Los actores somos cosa pública, por tanto pueden nombrarnos como quieran.

JULIÁN.— Siempre ha habido pervertidos Muchos se dejan embaucar por una palabra, que creen es el fiel retrato del aludido, dicen es tierno, frío, apasionado o imbécil, y suspenden el juicio, ya no tienen que indagar, viven de oídas, si para nosotros el escenario es la boca, para ellos es una gigantesca oreja, que recoge el eco, tienen por amante a la ninfa Eco.

ISIDORO.— Cada uno es cada uno, sin embargo nuestra imagen depende de los otros.

PACO.— Valle-Inclán, un autor del que habríais disfrutado con su amistad, solía decir que el público español no es inculto, sino maleducado, y añadía que la incultura puede ser corregida con facilidad, se enseña a leer al que no sabe, pero la mala educación exige un doble trabajo, primero, lograr que olviden lo que creen saber y luego, mostrarles lo que es.

ISIDORO.— Algo semejante decía Lope en su Arte nuevo de hacer comedias, cuando se refería a la cólera del español sentado. Siempre que pienso en ese espectador, me parece verlo allí, con el entrecejo partido de enfado, los labios prietos, mirada fija, taladrante, una cabeza enorme y hueca, que hubiese olvidado todo, como si estar en el teatro fuese recuperar lo que pensamos de la infancia, una plaza en la que todo está a punto de ocurrir.

JULIÁN.— El teatro promueve la convivencia con las ideas y con las costumbres, plantea la historia como algo que aún no ha sido resuelto, y nos habla del futuro como si fuese un presente que podemos analizar.

PACO.— ¿Convivir?, convivir es el asunto más difícil, tanto que aún no está resuelto. Vemos a dos personas en su soledad, y nos parecen dos seres amables, los ponemos juntos y su relación se hará tortuosa, a veces mezquina.

ISIDORO.— Eso hace que la figura de don Juan sea envidiable, sin embargo su soledad debe ser terrible, en su vejez será un cascarrabias inaguantable.

PACO.— Hay quien dice que el espectador va al teatro a que le diviertan de sus ocupaciones, no quiere problemas, sino que lo liberen del cansancio de la rutina que es su vida.

ISIDORO.— Creo que eso no es lo que nosotros nos hemos propuesto, para que las cosas sean así, habría bastado con no mover nada, no intentar cambiar ni la escena ni el público.

JULIÁN.— Hay tantas cosas que se pueden decir, y que pueden ser entendidas por la sala.

PACO.– Todos los actores se han visto sorprendidos por esa corriente magnética que alguna vez se establece. Entonces todo es posible, el actor dice sin decir. Aparecen esos sobrentendidos que son mágicos.

ISIDORO.– Nuestra tierra produce esparto y seda. El esparto nos da la lección del trabajo, lo necesario; la seda es el lujo, la riqueza.

JULIÁN.– También somos el oasis y el desierto, la sed y el agua. Dos vidas, opuestas o complementarias.

ISIDORO.– Dos maneras que han convivido durante siglos.

PACO.– En mi vida, a veces, ha habido esparto, a veces seda. El esparto es duro, rígido, pero cuando se pudre en los cocederos, su fibra es flexible. El gusano de la seda no siempre produce ese tejido suave como la piel femenina, a veces, se hace hijuela, fibra rígida, capaz de soportar el peso del pez con el que lucha el pescador.

JULIÁN.– Todo actor lucha por una buena obra, aquella en la que pueda desplegar todos sus recursos.

PACO.– Entonces en la escena se convierta en un gigante.

JULIÁN.– Isidoro, encontró Otelo. Shakespeare, era más actual que nunca, sus personajes eran hombres, con su grandeza y sus miserias. Isidoro convirtió la escena en un puente entre el neoclasicismo y el romanticismo por eso también triunfó con Oscar, hijo de Osían.

PACO.– En España hay dos tipos: Quijote o pícaro, creo que habría sabido hacer los dos, pero me fui haciendo al pícaro, hasta que me convertí en un inocente, mitad quijote, mitad superviviente, y aprendí a hablar con los pájaros. Entonces pareció que todos me entendían.

ISIDORO.– Yo había estado en Francia, yo adoraba lo francés, sin embargo, aquel día, cuando el pueblo se rebeló contra la tiranía de los soldados franceses, no tuve la menor duda, me coloqué junto al pueblo. Después representé: **El día dos de Mayo**, de Paula Martí, no era buena pero tuve un gran éxito, la unión con los espectadores era perfecta.

JULIÁN.– Vivir desviviéndose parece que es el destino de los españoles.

PACO.– El teatro es una contradicción.

ISIDORO.– El héroe que nos representa, nuestro Quijote, era un loco, loco por conseguir lo imposible. Yo me volví loco, mi demencia estaba hecha de soledad y

rabia. Este país nuestro no combate a los fantasmas, sólo los ahuyenta, y después actúa como si nunca hubiesen existido, de ahí nuestra proverbial amnesia.

PACO.— Dicen que en la oscuridad y el silencio de la noche, salías al balcón de tu casa increpando a los fantasmas, intentando disipar la oscuridad, luchando por dar con la luz...

ISIDORO.— Eso buscaba, la luz, eso busqué siempre, la luz. Y encontré la locura.

JULIÁN.— Tú perdiste la razón, yo la voz, el asma me impidió la representación de **El hombre de mundo**, en ese momento comprendí que había dejado de estar, otra cosa habría sido no ser para ser, representar, el actor se convierte en metáfora visible, es y no es al mismo tiempo.

PACO.— Os ponéis estupendos cuando habláis desde el final, como si sólo tuviésemos una vida, para nosotros no cuenta, la barca nos trae y nos lleva. Sobre el escenario, la vida no acaba nunca. Siempre estamos a punto de empezar. No hay momento más espléndido que el silencio primero, cuando se levanta el telón, todo es posible, la palabra sustituye al mundo, y el mundo todo comienza a ocurrir... La escena y la sala son ya una misma cosa. El tiempo de la calle se ha detenido, querido público, poned atención: **¡Comienza el teatro!**

Objetivo de este texto

Se trata de mostrar la utilidad de la dramatización para acercarnos a los personajes y su historia. Este texto puede ser entendido como una invitación para que profesores y alumnos se lancen a interpretar determinados sucesos y figuras históricas.

Anotaciones didácticas

Considero la dramatización uno de los instrumentos más eficaces para que un profesor pueda obtener excelentes resultados.

La buena lectura ya es una interpretación, si a ello sumamos un actor caracterizado adecuadamente, contribuiremos a que su recuerdo perdure.

Existe un DVD con la puesta en escena de este texto.

OTROS TEXTOS

LA PRIMERA LECCIÓN

Unos compañeros me invitaron para que pronunciase la conferencia inaugural del curso, 1988-1989. Por primera y quizá última vez, se hizo en Cajamurcia, al margen de las autoridades. Asistieron profesores, alumnos y padres.

En primer lugar quisiera dar las gracias a Ustedes, gracias a vosotros y gracias a mis compañeros, que me han concedido el honor de confiar en mi palabra. Si algo de lo que dijera satisface, o mejor, si lo halláis útil, sabed que no será mío, sino de todos.

Consciente de esta responsabilidad, paso a la primera lección.

Tiene la primera clase un clima de emoción que quisiera compartir con vosotros, profesores, alumnos y padres. Todo está a punto de comenzar, pero aún, profesor y alumnos, no se conocen. Todo está cargado de futuro. Como es un comienzo tiene el temblor del recién nacido, se inicia el porvenir.

Antes de seguir, permítaseme esta digresión: Camilo José Cela en **La Rosa**, bellísimo primer libro de sus colapsadas memorias, hace algunas consideraciones sobre los títulos, como suyas, atinadas y sabrosas. Así la titulación con nombres propios le parece caduca: Madame Bovary o Pepita Jiménez, son títulos a su parecer con una técnica que ha envejecido.

Los títulos, agrega, han de ser fáciles de recordar, llamativos, sencillos, alusivos, no excesivamente poéticos y sin signos ortográficos. Es curioso, sigue diciendo, pararse a ver que los títulos con una única palabra ganan en belleza, por la sola anteposición del artículo: **El fuego** de Barbusse, **La busca** de Baroja, **El idiota** de Dostoievski, son títulos bellamente concretos, elegidos con sabiduría.

Hecho este inciso, recordaré que hace unos días se me pidió un título y di el de **La primera lección**, título a mi entender neutro y escolar, que me pareció adecuado al acto, y, por qué no, al contenido. Estaba lejos de imaginar las alusiones que tan anodino título encerraba, alguna de las cuales voy a contar:

Hay quien ha pensado que se trataba de algo relacionado con **La Lección** de Ionesco, y naturalmente su teatro del absurdo, aquí inicio puntos suspensivos, y que cada cual juzgue.

Otros, con sonrisa de connivencia, me dicen: ¡Vaya, vaya, con que la primera lección! Donde descubro ciertas connotaciones político-administrativas. Mi ánimo se muestra perplejo, porque no sé si la lección la vamos a dar nosotros o nos la van a dar.

Un viejo luchador me abraza y me dice: ¡Ya era hora de empezar por ahí! Claro que, bien entendido, que lo que se dice el primer día, hay que mantenerlo hasta el final. Ahora sí que me aterra esa responsabilidad...

Esta va a ser una clase algo especial. En otras suele el profesor tratar de que habléis, con objeto de indagar vuestro nivel de acceso, vuestro talante. Así se solicitan los datos personales, oímos vuestras voces y todo ello con una finalidad: ir estableciendo las catas que permiten un conocimiento aproximado del grupo. No creáis que la impresión primera es la definitiva, sino que a lo largo del curso se va perfeccionando, porque han sido muchos los días, las pruebas, los diálogos sostenidos. Sin embargo, esta clase de hoy parece que va a seguir otros derroteros. Vosotros ahí, en teoría, todos, y como es el primer día, estáis callados, por qué, quizá porque no os conocéis, porque otros profesores os miran, porque están vuestros padres... Bueno, prefiero pensar que hay una sola razón, y es que estáis interesados en lo que os voy a decir. Si es así, acomodaos, respirad tranquilos, nadie os va a preguntar, sería demasiado largo, y vuestros directores me han advertido que no debo sobrepasar las dos horas. Sosegaos.

Ya hemos dicho que ésta va a ser una clase algo especial, de lo que voy a hablar no habréis de tomar nota, sólo os pido que me acompañéis un rato, y reflexionemos juntos. El tema es vital, ni más ni menos trata de lo que hacemos aquí, lo que espe-

ráis de vuestros profesores y lo que nosotros deseamos de vosotros. Quisiera dirigirme, especialmente, a los que por primera vez han asistido y a aquellos de vosotros que, porque estáis en COU, este año será el último, o lo ha de ser, así lo espero.

Años que en el país de la enseñanza llamamos cursos, palabra que conviene recordar procede del latín y significa “acción de correr”, que implica trasladarse de un lugar a otro, pero con prisa, o bien realizar un camino en menos tiempo de lo que otros lo hacen. Observaréis que el tiempo del que quiere aprender es excesivamente corto, de ahí que a los estudios se les llame carrera. Una carrera, bien es cierto, paradójica, puesto que se trata de trasladar algo sin que lo hayamos movido, por decirlo así sería un movimiento estático. Algo hay de extraño, conviene advertir. Extrañeza que supone dificultad, así que no es de comodidades de lo que voy a hablar. Estaréis conmigo en que la vida es la misma, tanto si se estudia, como si no, me refiero a fechas; os aseguro que los estudios no persiguen alargar la vida, sí el vivirla más intensamente. Intensidad que no se nos ofrece como algo regalado, sino que es algo que hay que ganarse, como se gana el pan, Porque este es un trabajo, a veces demasiado duro.

Dice Ortega que el hombre se mide por su insatisfacción, esto es, porque como se ve poco cuando se conoce, y desea ser más, tiende hacia ello, porque este hombre, del que vamos a hablar, y que yo deseo esté en vosotros, no dice ¡basta!

Os pido que seáis exigentes, y aquí es necesario que apliquéis bien vuestras energías, para que no se desvíen hacia la exterioridad y se dispersen. Atiéndase a estas palabras de Juan Ramón Jiménez: *Somos aristócratas por ascender o querer ascender a un ser que todos debemos estar creando, porque estamos aspirando a crear y creando nuestro yo superior, nuestra mejor descendencia*. Una aristocracia para todos, que más adelante precisará así: *No hay forma más exquisita de aristocracia que la de intemperie, cuando el hombre puede vivir tranquilamente fuera y sin miedo*.

Quiero hablaros de un mundo donde el hombre y la mujer son personas, seres capaces de desempeñar un papel, de realizar algo. Esta realización será vuestro empeño. Hay un horizonte que proyectó en su día D. Francisco Giner de los Ríos, utópico, si se quiere, pero próximo que dice:

Ningún hombre, por lleno que esté de sí mismo y de su interés egoísta, deja de hallar en su conciencia una perenne aspiración a que el bien se produzca.

Mirad estos años como tiempo de proyecto, quede claro que proyecto no significa sueño o ilusión, quiere decir echar hacia delante. No se trata, pues, de un estado

pasivo, donde se sufren las circunstancias, sino que, por el contrario, es suma de voluntad y esfuerzo, inteligencia aplicada al dominio de unas técnicas que os permitirán conseguir cierta perfección.

A menudo *las cosas no nos interesan porque no hallan en nosotros superficies favorables donde refractarse*, nos recuerda Ortega. Por tanto os pido que seáis exigentes con vosotros mismos, para que no caigáis en la tentación de buscar culpables, de encontrar excusas que justifiquen vuestro desánimo. Recomendaba Camus a los jóvenes que guardasen su ira para que, una vez madurada, la aplicasen allí donde fuera necesaria. Digo esto, porque el joven no siempre tiene razón, aunque no le falten, como a todos, razones.

Este es un tiempo difícil, y no trato de ocultarlo, no quisiera llamaros a engaño. El trabajo que vais a hacer es muy duro, y el camino debéis recorrerlo uno a uno, y solos.

Es un camino recorrido por otros, lo que puede suponer una ventaja, puesto que el esfuerzo se realiza sobre un programa, lo que ofrece una unidad para este trabajo.

La unidad de avance –nos recuerda Juan Ramón– entre maestro y discípulo es el secreto más generoso de la enseñanza. Si no existe esa unidad, poca ilusión puede haber en uno ni en otro; y si no hay ilusión en ellos, la enseñanza y el aprendizaje no existen.

Todo lo que se dice sobre el alumno es válido para el profesor, porque el proceso es recíproco. Recordad esas famosas parejas que son D. Quijote y Sancho, o Platero y yo. Haced, ahora, sobre lo que voy a leer una ligera traducción y se verá cómo se puede aplicar: *Yo he hecho muchas veces –recuerda Juan Ramón– la prueba, he hablado poéticamente a unos y a otros, y en dos o tres días he cogido siempre el fruto. Se les ha removido a todos el tesoro, insospechado para mí y acaso para ellos, de su propia belleza: pensamiento y expresión, eran otros en oír y hablar al contacto con la poesía.*

Pero del camino, bien porque se ha pasado por él muchas veces, o porque vamos muy aprisa, a menudo sólo recordamos la cinta negra del asfalto, como cuando se ha hecho un largo viaje; aunque quizá, otra imagen más aproximada sería la de un viejo mapa, donde alguien grabó unas marcas que el tiempo ha borrado, sin que, por otra parte, en esta historia aparezcan piratas o se busquen tesoros.

Cito piratas y tesoros porque los estudios tienen algo de aventura, y con ello no me refiero al azar de los exámenes, sino al riesgo de que acertéis a orientaros en el laberinto de los saberes, de tal manera que las asignaturas no se conviertan en una selva enmarañada, en un amontonamiento sin sentido, o bien en saberes estancos. Recordad que se dice estanco de algo que es impermeable, y yo os recomiendo espíritu de esponja, ¡tiempo tendréis de olvidar!. En **Juan de Mairena**, un tratado heterodoxo, entre otras cosas de pedagogía, dice Antonio Machado: *Cuando el saber se especializa, crece el volumen total de la cultura. Esta es la ilusión y el consuelo de los especialistas. ¡Lo que sabemos entre todos! ¡Oh, eso es lo que no sabe nadie!*

Vuestro trabajo está en buscar relaciones, en hacer vuestra la experiencia que es la clase de cada día.

Aquí insistiré en un punto, algo que a modo de brújula os oriente, es necesario comprender, y para ello resulta indispensable el manejo del mayor número de palabras que seáis capaces. Hay un vocabulario activo que debéis aumentar, y un vocabulario pasivo que incrementará vuestra libertad de acceso al conocimiento. Conocimiento que ha de interiorizarse y, para que lo hagáis vuestro, es bueno que preguntéis a los profesores, para que de la pregunta surja la respuesta: *sólo conocemos bien lo que hemos visto nacer*. Pero volvamos al **Juan de Mairena**, que nos advierte de un peligro: *Se dice que vivimos en un país de autodidactos. Autodidacto se llama al que aprende algo sin maestro. Sin maestro, por revelación interior o por reflexión autoinspectiva, pudimos aprender muchas cosas. En cambio hemos aprendido mal muchas otras que los maestros nos hubieran enseñado bien. Desconfiad de los autodidactos, sobre todo cuando se jactan de serlo.*

Procurad evitar lo que se ha llamado la pregunta del español, esto es, la pregunta que hace el que ya sabe..., habría que añadir lo que hay que hacer, porque se trata de acción, no de un recurso intelectual para promover una perspectiva distinta. Evitemos lo que Machado anunciaba: *– Nuestro español bosteza! ¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío? / Doctor, ¿tendrá el estómago vacío?/ –El vacío es más bien en la cabeza.*

Esta charla, como sabéis, se ha titulado primera lección, pues bien, convendría recordar, ahora, que lección significa: acción de leer, de modo que vendría a ser que, trasladamos a palabra, lo que vemos. Y ver es otra cosa que el resultado del simple abrir los ojos, porque, aunque la vista es un regalo maravilloso, no vemos sino lo que distinguimos, y vemos sólo lo que queremos ver. *Si no hubiera* –recuerda Ortega en las **Meditaciones del Quijote**, libro definitivo para abrir el apetito del conocimiento, repito, si no hubiera– *más que un ver pasivo, quedaría el mundo*

reducido a un caos de puntos luminosos. Pero hay sobre el pasivo ver un ver activo, que interpreta viendo y ve interpretando; un ver que es mirar. Platón supo hallar para estas visiones que son miradas una palabra divina: las llamó ideas.

Así, cuando separamos, establecemos nuestra primera ordenación. Más aun, como somos personas, seres que se comunican, hasta que no damos con la palabra, nos sentimos azorados, como al borde de algo y, porque no vemos, estamos en peligro, de modo que el vértigo nos atenaza, sufrimos con nuestra mudez. Por ello la palabra. Recordemos el aforismo de Juan Ramón: *Quien entrevé, lo verá.*

La palabra es camino, un camino ya explorado, pero que, como antes dijimos, se nos ofrece disperso, confuso. Nuestra primera sensación será la de andar entre la niebla, y en ella es fácil perderse. De ahí la necesidad de obrar con prudencia, de volver sobre lo elemental, de consultar el diccionario de dudas que ha ido aumentando en nosotros, para que de la duda hagamos nuestra firmeza. Así con humildad, siempre dispuestos a aceptar la claridad, venga de donde venga, seguir adelante, porque la palabra, aunque es certeza, también es transitoria, y lo es porque se olvida, pero su olvido es fecundo. Américo Castro en un trabajo escrito hacia 1922, sobre la enseñanza del español, recuerda que: *Un muchacho de diecisiete o dieciocho años, debe estar sometido a un conjunto de presiones culturales, cada vez más intensas, cuya finalidad debería ser dotar al alumno de la mayor cantidad de puntos de vista sobre el universo; hay que crear para el joven un amplio teclado de posibilidades, tanto ideales como técnicas; lo formativo (leer con plena conciencia, escribir con plena reflexión), lo instrumental (lenguas modernas, práctica de la ciencia), lo sugeridor (literatura, historia, arte) deberían poner el espíritu de nuestros chicos como una ballesta tensa, presta para disparar su originalidad en cualquiera de los infinitos campos que ha de ofrecer la vida.*

Para lograr este olvido fecundo, que es resultado de un aprendizaje múltiple, es necesario tomar conciencia del trato exquisito que requiere. Estaréis conmigo en algo que es una experiencia común, algo que solemos indicar diciendo que lo tenemos en la punta de la lengua, porque recordamos, al menos, que lo que queríamos decir no es lo que hemos dicho.

El camino está en la palabra. Claridad, precisión y síntesis, os darán la clave. Es preferible una cabeza bien ordenada, que bien llena. Veamos cómo se puede lograr.

Aunque hay quien asegura que conoce el método para aprobar todas las asignaturas en un par de semanas de fin de curso, temo que explicar su sistema nos lleva-

ría algo más que esta breve charla, posiblemente todo el curso, por lo que os recomiendo que sigáis las indicaciones de vuestros profesores.

Sí os diré que conviene:

Trabajo diario.

Orden en vuestros libros y cuadernos.

Arte de pensar con el bolígrafo.

Conciencia de límites.

Y, sobre todo, atención, que no está reñida con el descanso. Es necesario atender, entendiendo.

Es muy posible que, fácilmente, comprendáis lo que se dice, que os suene lo que se explica, porque ya lo habéis oído, si es así, no está mal, pero hay un peligro y es que toméis el rábano por las hojas. Es natural que os suene y recordéis, ahora es el momento de fijar y ampliar, de que matices y relaciones ayuden a reflexionar sobre lo conocido. Hay una época en la que la memoria lo es todo, y el gozo de aprender viene estimulado por la novedad de la materia, pero ese estadio de aprendizaje está a punto de acabarse, entráis en un período en que el olvido, bajo la tentación del desinterés, comienza a reclamar su puesto, y es necesario adaptarse a estas nuevas condiciones. Ahora haréis vuestro, interiorizando, lo que antes se veía ajeno. Poco a poco, caeréis en la cuenta de que vuestro trabajo no consiste en la acumulación, sino en la ordenación. Es un hábito de estudio, un método de acceso a la realidad, lo que habréis logrado, siempre y cuando se trabaja para ello, porque, insisto, no es algo caído del cielo, no debemos confundir la madurez orgánica que alcanzamos con la edad, con la madurez intelectual, que es ejercicio.

Recordad que una golondrina no hace verano. Conviene que vuestra atención se convierta en hábito. Deben entrar en movimiento todos los resortes: oído, vista, tacto, hasta que lleguéis a ver a través de las palabras, hasta que el mundo se convierta en palabra.

Partimos de cero, porque ya os he dicho que el camino se borra. Esto hace que el ejercicio intelectual se desvanezca fácilmente, aunque en su debilidad está su fortaleza. Alcanzaréis un saber no sabiendo, una permanente tensión.

Mañana, digo, mañana, no el mañana que solemos imaginar como un horizonte lejanísimo, hablo de mañana a las nueve, a las diez..., cuando empiecen a transcurrir nuestras primeras horas de clase, aunque sabemos que se ha de cumplir la pro-

fecía de Machado: *Es la clase. En un cartel/ se representa a Caín/ fugitivo, y muerto Abel/ junto a una mancha carmín.* Donde parece que se anunciara un fin trágico: Caín fugitivo (el que somos) y Abel muerto (el que hubiésemos deseado ser). Tengamos paciencia, profesores y alumnos, que cada mañana nos dé algo nuevo... Novedad que no estará, repito, en lo sorprendente de la materia objeto de estudio, ni en el proceso de acceso a ella, sino en nuestro contacto, en nuestra disposición, que no nos venza la monotonía de la lluvia en los cristales, pero dejemos que el tiempo pase, y descubriremos que los días son como la lluvia, y que aprendemos su lección.

Cuando el agua es escasa, como ocurre en Murcia, se aprende a tener sed, y sed es lo que necesitamos.

Por último, esto es lo que con Juan Ramón nos deseo, aunque parezca paradójico:

¡No corras, ve despacio, que adonde tienes que ir es a tí sólo!

¡Ve despacio, no corras, que el niño de tu yo, recién nacido eterno no te puede seguir!

PRÓLOGO PARA ALUMNOS

Todo nombre es un depósito de memoria. Si estudiáis en el instituto Vicente Medina, sentíos orgullosos. Recordadlo cruzando las calles como vosotros, cuando recorría vuestros campos, mientras trabajaba ayudando a su padre en el quiosco del balneario y leía todo lo que estaba a su alcance, cuando oía hablar a los viejos, sabía de los casones, del hambre, de la emigración, de la incultura y del esparto. De Archena fue su novia, y también su mujer...Pero sobre todo, recordad, que fue en esta vega y en este secano donde aprendió la lengua, ese saber que convierte a las palabras a veces en albercas, en cuyas aguas dormidas permanece la historia, a veces en pozos que, excavados en la arena del desierto, mantienen la fuente de la vida.

Un proverbio árabe dice: Bebe en el pozo y deja beber, en él se nos advierte que, el agua o las palabras, son de todos, y que su uso excluyente no es, sino abuso, exceso que enturbia el origen y vuelve borrosa la claridad primera, con que la voz, recién estrenada, debió deletrear el mundo.

Entonces, antes de la rueda y del arado, cuando el fuego era sagrado y la llama, efímera escritura, con su danza iba abriendo la oscuridad, fue cuando el hombre, impregnando la mano en la sangre del animal sacrificado, plasmó su huella sobre la roca, página de piedra, que, durante cientos de siglos, aguardó a sus lectores.

Escribir es ordenar, nos aparta del caos, significa colocar una palabra junto a otra de manera que, agrupadas, expresen lo que hemos querido decir, repito, que hemos querido, por tanto lo que queda sobre el papel equivale a nosotros mismos, es una

manera de dejar testimonio de nuestra existencia. ¿Supone esto que el escritor vive más? No, la escritura no alarga nuestra vida, pero como se sabe viviendo, es más consciente, conoce la imagen y el espejo.

Se ha dicho que nuestra poesía comenzó con Bécquer, fue él quien nos recordó el decir no diciendo de nuestros místicos, y fue consciente de la dificultad que implica servirse de una lengua común para todos y que, al mismo tiempo, penetra en las zonas más íntimas y nos lleva al misterio que es la mujer y el hombre. De ahí pasamos al Modernismo, hecho para el gozo y el dolor, un impulso por el que América quiso rendir homenaje a nuestro viejo Continente, y nos redimió del prosaísmo y de la lija de los académicos. Los poetas querían ser dioses y se quedaron en bohemios, pero de ahí surgieron el gran maestro Rubén y su “hermano” Juan Ramón, cuyos arrepentimientos han dado lugar a casi todas las poéticas de este siglo. Entre tanto los cansados de este planeta y sus reglas y sus museos, inauguraron el No y se dedicaron a explorar todos los terrenos marginales, allí donde la sintaxis y la semántica habían mantenido una relación cordial, y comprobaron que la experimentación era necesaria para sacudir los tópicos de una tierra a punto de perder su elasticidad y su humanidad, convirtiéndose en cartón piedra, descubrieron que la ciudad era un nuevo territorio y lo exploraron, también que las máquinas eran nuevos hermanos a los que el hombre debía dedicar su ternura. Y llegamos al 27 y su pureza semejante a la luz primera que alumbró lo real y, el amor y las cosas todas que el hombre toca, sacudieron su pereza y habitaron el mundo. En principio fue la amistad, porque sintieron que cada uno es cada uno, que no se es por comparación y que juntos somos más.

Hoy, vosotros, veis publicado vuestro primer poema. Descubrís en esas líneas de los versos que ya no os pertenecen, sino que son de todos, y sin embargo, ahí está la huella de vuestra mano, os sentís como Alicia cuando se encuentra al otro lado, donde las dimensiones se alteran, y aquello que queríamos decir no se corresponde con lo que figura en la página.

Tienen los libros estos extraños caprichos, reconociendo como vuestro lo que ahí está, sabréis que es de otros, ya distantes, pese a estar a vuestro lado, a los que llamaréis lectores.

No voy a enumerar vuestros nombres, ya figuran aquí. Sí, quisiera, del mismo modo que al principio os recomendaba el recuerdo de Vicente Medina, que ahora recordéis a vuestros profesores, sin ellos, sin su orientación, este libro, no habría existido... Tampoco pretendo comentar vuestros poemas, esa tarea la dejaremos para los lectores, pero sí quiero dar cuenta de algunas de las cosas que habéis escrito.

Antes, debo advertir que la escritura es un misterio y una trampa, de tal modo que no suele corresponder el objeto de que trata con lo tratado, a menudo no es más que una máscara que colocamos para ser capaces de nombrar lo que de otro modo no podríamos.

Estas son algunas de vuestras palabras, todas veréis que son hermosas, llenas de luz: *pájaros, hojas, bombillas, cuerpo, aire, roca, mar, ingenio, labios manantial, olvido, gozo, interrogación, sueño, libro, noche, escritura, rayo mariposa, montaña, huerto, estrella, jazmín, alba, -ico, amigo, padre, silencio, tiempo, guitarra, rosa lluvia, ángel, primavera, jardín, amanecer, Neruda, olas...*

Si aceptamos que toda palabra es una metáfora, un poema breve, imaginad la primera vez que sonó la palabra pájaro, y tuvo alas, todo lo que tiene ala es poesía, dice María Zambrano, y posado en lo alto cantó el primer pájaro, el pájaro solitario de San Juan, de Gaya. Y fue por su nombre por lo que existió para siempre, porque, cuando estaba oculto, bastaba citarlo para que se percibiese un temblor en el aire que lo anunciaba. Así en cada palabra buscad su realidad y, como mineros, excavad en lo profundo hasta que cada nombre os muestre toda esa historia, que se guarda en los libros.

Y que los libros os lleven a vosotros mismos, y os hagan libres.

LA ENSEÑANZA

La enseñanza sucede casi siempre en dos mundos: el natural y el administrativo. Dos mundos cuya convivencia está marcada por el conflicto, no la ruptura.

El primero es un mundo donde el diálogo es posible y su ritmo es estacional; todo lo que sucede tiene principio, desarrollo y fin. Creo que, aquel que se dedica a la enseñanza, prefiere este mundo, y lo prefiere porque puede amarse. Así desde que se producen las primeras palabras: ya sean fórmulas, dibujos, tratamientos de textos, iniciación a diversas lenguas o promover el acceso a las más intrincadas abstracciones, profesor y alumno asisten al crecimiento de algo maravilloso a lo que llamamos luz del conocimiento.

El segundo, es un mundo espinoso, es el del examen, la nota, el punto final de algo que no tiene fin, de ahí su incongruencia, el absurdo de su existencia. Este es el mundo que cada día crece más, extiende sus tentáculos sobre espacios que no sospechábamos, y pretende medir, sopesar, realidades que se escapan a toda medida.

A esos dos mundos hay que agregarle otro y tercero, formado por los libros que mantienen el equilibrio. A este mundo pertenece **Crónica sentimental de la Educación**, obra de Antonio N. Sánchez Mayorga cuya presentación celebramos hoy. Su aparición coincide con el primer centenario de la JAE, o lo que es lo mismo, la Junta para Ampliación de Estudios, originada por la Institución Libre de Enseñanza y que contribuyó a la transformación del panorama intelectual de España, pues de eso se trataba, no de remover el tinglado que sostiene la enseñan-

za, mera apariencia, sino de conseguir modelar los hábitos intelectuales de los españoles, quizá demasiado acostumbrados al exabrupto. Recordad que la JAE dará lugar al Centro de Estudios Históricos, a la Residencia de Estudiantes, al Instituto Escuela, a las Misiones Pedagógicas y, tras la República, al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Basta rastrear los nombres más significativos de los últimos cien años y fácilmente se podrá localizar su participación en cualquiera de estos centros.

Todos estos organismos han perseguido los mismos ideales que alumbraron a los mejores hombres del XVIII, los ilustrados. Un ilustrado es claro en la exposición, ameno, ordenado en los argumentos, equilibrado en sus valoraciones, cuidadoso de las formas, amigo de sus amigos, constante en el sentido común, buen conversador, hombre de principios y amante de la verdad. Conviene saber que la Ilustración no es resultado, sino origen, proceso, aspiración, camino. Tengo a Antonio Sánchez Mayorga por un hombre de ese tiempo, que está siempre por llegar, mitad profesor, mitad alcalde, pues no hay alumno que, antes o después, no sea ciudadano, y es para ese futuro ciudadano y para ese alumno para quien escribe este libro.

Alumno quiere decir alimentado, y se corresponde con el alma mater que es la Universidad, madre que alimenta. Fray Luis habla del almo reposo, algo así como la cumbre de que está hecho el ocio. A menudo nos sentimos como en un valle enraecido por la polución, el ruido, la falta de claridad, por eso es necesario trasladarnos alguna vez a esa meseta donde el aire es más fino, allí donde ser ciudadano es el resultado del respeto a los otros y naturalmente a uno mismo.

De ahí que, puesto que estamos en Murcia, quiera recordar el testimonio de un estudiante de aquella pequeña universidad del barrio del Carmen, tan pequeña que cabía en un pequeño colegio, junto adonde estuvo el primer Instituto Saavedra Fajardo, claustro del que Antonio Sánchez Mayorga forma parte. Para ello leeré las palabras con que, el que más tarde sería catedrático, Isidoro Martín, evoca la figura de su profesor Jorge Guillén, poeta de la claridad. Sobre sus clases dijo:

En su docencia practicó un método que resultó extraordinariamente eficaz y formativo. Cuando había tratado con cierta extensión algún tema, nos exigía que redactásemos un trabajo para poner a prueba la asimilación de lo que habíamos escuchado y para fomentar los criterios personales. Estos trabajos los corregía cuidadosamente y nos los devolvía con las indicaciones que consideraba pertinentes, que luego aclaraba de palabra en un dialogo sencillo y cordial.

La enseñanza que se deduce de esta **Crónica sentimental** de Antonio Sánchez Mayorga, podría resumirse en el poema que Jorge Guillén, desde el exilio, dedica a la Calle de la Aurora, poned atención:

*Así se llama: calle de la Aurora
Puro el arco en el medio, cal de color azul.
Aurora permanente que se asoma
–Sobre corro o motín– al barrio aquel del Sur.*

Donde la calle, lugar de tránsito, dirección que conduce a la Aurora, arranque del día, inauguración de la mañana, comienzo de la vida, se convierte en arco que sostiene el equilibrio, siempre en el justo medio. Y, por último, de nuevo la misión del profesor y su relación con el alumno, el hecho de la clase, contenida en el verso que cierra el poema: *Humilde eternidad por calle corta.*

Antonio Sánchez Mayorga, gracias por recordarnos esta calle y que, tu Aurora, sea la de todos.

ORIGEN DE ESTOS TEXTOS

Los ojos no ven, saben, publicado por la Asociación de la Prensa de Murcia, primero como folletín que acompañó a los diarios, posteriormente reunido en el libro: **Murcia: Veinte miradas oblicuas**.

Generación del 27 en Murcia, aparecido en **16 ensayos sobre autores murcianos**, edición de Santiago Delgado, Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 2008.

Ruta de Vicente Medina, en **Rutas literarias de la Región de Murcia**, Murcia, 1992.

Cansera, en **16 ensayos sobre autores murcianos**.

Un día en la vida de Miguel Espinosa, con otra introducción en **Los tratados de Espinosa. La imposible vida de un burgués**, edición de Vicente Cervera, María Dolores Adsuar y María del Carmen Carrión, Universidad de Murcia, 2006.

Veinticinco años de Miguel Espinosa, en el núm. 49 de **El museo, papeles de información del museo Ramón Gaya**, Murcia, mayo-junio 2007.

Tiempo y espacio en Francisco Sánchez Bautista, publicado **En el grato caudal de lo vivido (estudios sobre Francisco Sánchez Bautista)**, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1998.

Presencia, aparecido en la revista **Presencia**, núm. 0, Cartagena, septiembre 2006.

Miguel Hernández de excursión, en **Ágora, Papeles de Arte Gramático**, núm. 13, otoño 2007-invierno 2008.

Postal de Verano, en **Homenaje al académico Asensio Sáez**, edición de Santiago Delgado, Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 2008.

Luces y sombras (Eliodoro Puche Felices, 1885-1964), en **Eliodoro Puche: análisis e interpretación**, edición de José Luis Molina Martínez. Asociación Amigos de la Cultura, Lorca, 2007.

Agustín Meseguer (1914-1975), en **CAXITÁN**, núm. 1, enero 2009, Revista Minor de la Real Academia Alfonso X El Sabio.

Tres actores y un escenario, en **Tres actores y un escenario**, Asociación Universitaria Rector Sabater, ciclo coordinado por Ángel Más Legaz, Editora Regional, Murcia, 2006.

Prólogo para alumnos, en **Poemas 7**, I.E.S. Vicente Medina, Archena, 2007.

El resto de los artículos son inéditos.

ÍNDICE

Prólogo	9
Los ojos no ven, saben (primer día de Jorge Guillén en Murcia)	13
Generación del 27 en Murcia.....	25
Ruta de Vicente Medina.....	41
Cansera.....	53
Un día en la vida de Miguel Espinosa.....	71
Veinticinco años de Miguel Espinosa.....	85
Tiempo y espacio de Francisco Sánchez Bautista	93
Un día en la vida de San Juan de la Cruz.....	103
Presencia (boletín de la Universidad Popular de Cartagena)	115
Miguel Hernández de Excursión	129
Postal de verano	141
Luces y sombras, Eliodoro Puche.....	151
Agustín Meseguer	177
Aurelio	187
José Luis Castillo Puche: Con la muerte al hombro	195
Correspondencia en el siglo XX.....	203
San Francisco de Borja	221
La poesía en Murcia (aproximación).....	239
Tres actores y un escenario.....	257
La primera lección	277
Prólogo para alumnos	285
La enseñanza.....	289
Origen de estos textos.....	293

El escritor y su paisaje (Rutas literarias y didácticas)

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

El autor de este libro va concibiendo una serie de rutas literarias, que afectan no sólo al paisaje de la huerta murciana en el caso de Francisco Sánchez Bautista, de la geografía minera de la Unión con Asensio Sáez o de Caravaca en su relación con Miguel Espinosa, sino también a las calles, rincones y plazas de la ciudad, por donde pasearon y se detuvieron personalidades como Jorge Guillén, Pedro Salinas, Miguel Hernández y algunos otros, y así hasta dos decenas de escritores, que el catedrático murciano José Luis Martínez Valero va desvelándonos, como si se trataran de enigmas poéticos y literarios tan cercanos a nosotros, como presentes en nuestras avenidas y en nuestros paisajes.

